

9(44) 11789-1804.

HISTORIA

8 610

DE LA

REVOLUCION FRANCESA.

FA

POR

11732

LUIS BLANC.

Version libre

por Luis Cortés y Suñá.

TOMO V.

Madrid :

—
IMPRENTA DE DON GABRIEL GIL,

PRINCIPE, 14, BAJO.

1872

1873

1874

1875

1876

1877

1878

CAPÍTULO V.

Aparicion del déficit.

Pintura de Calonne y sus planes.—**Caracter singular y sistemático de sus locuras.**—**Por qué se hace cómplice de los cortesanos.**—**Raras ilusiones de la corte.**—**Largueza calculada de Calonne sus operaciones; refundicion de monedas de oro.**—**Los representantes de las provincias son convocados de súbito.**—**Aparicion del déficit.**—**Actitud de los diputados y sus maniobras.**—**Calonne es atacado por todas partes, despues de haber declarado la guerra á los abusos.**—**Lo que tuvo de grande en la inconsecuencia aparente de la opinion.**—**Caída y marcha de Calonne.**—**Destierro de Necker.**

Interin el negocio del collar se dió á conocer por sus escándalos, otro golpe teatral, no menos funesto á la monarquía, se preparaba, este era la aparicion del déficit.

La diplomacia de una querida, habia colocado en la Hacienda pública á M. de Calonne, personaje amable y peligroso, que bajo las apariencias de la frivolidad, ocultaba la penetracion ó perspicacia de un ministro de Estado: engañado sin duda por las esterioridades, los historiadores de su tiempo, asi como los del nuestro, no han visto en M. de Calonne mas que un atrevido jugador, un atolondrado cápaz de tratar á la Hacienda pública como los marqueses de entonces trataban á la virtud y á las mujeres, con la ligereza de un hombre afortunado, la cortesania de un gentil-hombre y la incredulidad de un ánimo resuelto (1). No han sospechado que lejos de haber sido dictada su conducta por el acaso, fué el resultado de un cálculo vivo y pronto.

Calonne habia conocido muy bien que la monarquía estaba herida mortalmente; que se sostenia por una especie de artificio (2); que, para salvarla, si era posible, solo un medio habia de que poder echar mano: reformar.

(1) *Monthyon, particularidades sobre los ministros de Hacienda*, p. 277 y siguientes.

(2) *Memoria remitida al Rey por M. de Calonne*, en Soulavie, t. VI, cap. II.

restablecerlo todo, y valiéndonos de su propia espresion, volver á levantar el edificio entero (1).

¿Pero cómo lograrlo? aquí mostró Calonne un ingenio original y penetrante: su plan fué estravagante y caracterizó la situación.

Siendo necesaria la reforma de la monarquía, era menester inducir á las corporaciones influyentes á consentir en ella, casi á quererla, y para esto, hacerse su cómplice, distribuir grandiosamente y por gracia los restos del Tesoro, sobornarlos, hartarlos, y riendo conducirlos así hasta el borde de un abismo que se les presentaría de pronto tan espantoso, tan profundo, que Rey, nobleza y clero se verían precisados á llamar por sí y á voz en grito á las innovaciones libertadoras.

Cuando un austero plebeyo, un vecino de Ginebra, M. Neckér, fué á hablar con tantos caballeros altaneros de ponerse á nivel del Estado llano de resignarse á la igualdad del impuesto, á las rebajas de los sueldos, á las restituciones de posesiones empeñadas, evidentemente debió desechar la nobleza, é imitar al privilegio amenazándole en nombre del derecho comun. Pero que M. de Calonne, amigo de fiestas y placeres, cortesano, elegan-

(1) *Relacion de M. de Calonne al Rey.*

te, sin rigidez, sin ceño, y tan viciosa como el que mas, viniese á pedir un día la completa reforma del Estado, no sería ciertamente sospechoso, y podría decir á los privilegiados, despues de haberlos procurado un auñeo feliz: ahora que la Hacienda pública toca su fin y el festin se ha consumido, es preciso pagar ó perecer.

Tales fueron las combinaciones de Calonne. Semiejañte á esos médicos que, para curar una enfermedad la hacen pasar del estado crónico al estado agudo, él, en vez de combatir el egoismo de las altas clases, quiso fomentarle, llevarle hasta el delirio; muy seguro de que llegaría un momento en que las mismas clases sufrirían el derecho común por necesidad, por interés y por miedo.

No quiere decir esto que amase dos príncipes y que tuviese el patriotismo de un Colbert ó la moralidad de un Sully: tanta virtud no cabía en aquella alma tan viva: era inteligente, es cuanto se puede decir. Aún debe añadirse que su carácter se avenía prodigiosamente con la naturaleza de sus proyectos: pedir prestado, tener millones, derrocharlos, alucinar, nada estaba mas en armonía con el temperamento de un agradable licenciado. Puso pues Calonne manos á la obra y se encaminó recto á su fin que no era como se ha creído, proporcionar á los grandes un momento de

felicidad, sino embriagarles, para someterles (1).

¿Y qué otra marcha podrá seguir? economizar? Abriendo el Real Tesoro donde dijo solo encontró dos talegas de doscientas libras (2), no pudo equivocarse en los ardides de la cuenta. No solo no había podido Necker convertir el déficit que dejara Clugny en un exceso de renta de diez millones, sino que aun era imposible que hubiese quitado el antiguo vacío, habiendo tenido que soportar el enorme peso de la guerra de América. En cuanto á los sucesores de Necker, Fleury y d'Ormesson, habían añadido nuevos empréstitos á los quinientos treinta millones (3) tomados á préstamo por Necker. Fleury había sacado tan solo veinticinco millones del impuesto de los nuevos sueldos por libra, y la tercera veintena no había producido á d'Ormesson mas que veinte y un millones.

Así, pues, bajo la deducción de los cuarenta y cinco millones arriba mencionados, el déficit, durante los dos ministerios d'Ormesson y Fleury, había crecido inevitablemente.

(1) Para convencerse de ello, no hay mas que examinar la *Memoria de Calonne al Rey*.

(2) *Memoria de Calonne*, ya citada.

(3) En el librito sin título en respuesta á Calonne, lleva Necker á 530 millones el total de sus empréstitos, comprendiendo en ellos 40 de anticipaciones.

Calonne debió considerar la economía, como un recurso insuficiente, como un espediente usado. No le quedaba mas que engrandecer en cierto modo el peligro para imponer á los que le rodeaban la ley de las últimas resoluciones.

Lo primero que hizo fué abrir un empréstito de cien millones (1), y entonces favores, gracias, liberalidades llovieron sobre los maravillados cortesanos: restableciéronse los intereses en los arriendos y administraciones, se dieron pensiones vitalicias á los que no las tenían, y pensiones perpétuas á los que las poseían vitalicias. El veedor general de las rentas públicas recibía con los brazos abiertos á los pretendientes y colmaba sus deseos á manos llenas. Todo París supo que un día había enviado Calonne á ciertas damas alfénsigos envueltos en billetes de la caja de descuento (2): la complacencia se erigió en sistema, y el último medio de gobierno de que usó la monarquía francesa fué la locura.

Por lo demás, las seducciones de la persona se unían en Calonne al poder del hombre de empleo: su elevada estatura, su agradable conversacion, su gracia, los movimientos de

(1) Edicto del mes de Noviembre.

(2) *M. de Calonne en persona* por M. C... (Barra). Bruselas, 1788.

su rostro agradable y delicado (1) contribuía á grangearle el aprecio y la estimacion del gran mundo: los cortesanos repetían sus dulces palabras viendo en él tanto mas ingenio, cuanto que se burlaba de la economia y ridiculizaba á los acreedores del Estado casi al igual de los suyos; tuvo sin embargo maña para hacer pagar sus deudas á Luis XVI, al cual declaró con negligencia el primer día un personal pasivo de doscientas veinte mil libras. El rey, sin dárle nada, sacó esta suma de su cartera en billetes, de la empresa de aguas, y la entregó al nuevo ministro: imagen fiel del modo con que iba á administrarse la Hacienda pública.

Un rasgo que pinte el espíritu de la corte, dice que la reputacion equívoca de M. de Calonne, le sirvió aun mejor que lo hubieran podido hacer sus risueñas promesas y la estension de sus presumidos talentos. Fleury y d'Ormesson habian salido del ministerio; el último en particular, con un renombre de insuficiencia al par que de integridad. Pero viendo la incapacidad unida á la rectitud, se habian habituado á confundirles; pretendian creerle inseparable (2), al menos entre los cortesanos

(1) *Monthyon, particularidades sobre los ministros de Hacienda*, p. 277.

(2) Fragmento de una carta manuscrita, sobre la Asamblea de los diputados, en la *Correspondencia de Grien*. Noviembre 1788.

y á los ojos de los que decían con la sonrisa en la boca: *Dios nos libre de la gente honrada!* Un administrador ligero de escrúpulos pareció fácilmente superior.

Lo cierto es que las prodigalidades de Calonne y su imperturbable serenidad, engañaron á los capitalistas que cebaban por otra parte primas usurarias; y la confianza que Necker había merecido por sus economías, las obtuvo Calonne por sus gastos. ¿Y las consecuencias? le tenían sin cuidado porque las había previsto, así usó de empréstitos sin miramiento, sin prevision, y como si este recurso no hubiese costado nada. Necker había pedido á préstamo durante la guerra y aun durante la paz: en noviembre de 1785 entró en el ministerio y abrió en diciembre el primer empréstito que fue de 125.000,000 lbs.

Al año siguiente, pidió prestadas 100.000,000.

Y al otro año. 80.000,000.

Pero interin recibía por sí mismo el importe de estos empréstitos, hacía pedir á préstamo además, para la cuenta del Rey, por los Estados del Languedoc, de Flandes marítimo, y por la ciudad de París. 49.000,000

Por medio de una extensión furtiva de los antiguos empréstitos en 1781, 1782, y aun en 1770, se procuró.

122.900.000

Aumentó las fianzas de los arriendos en administraciones de.

14.600.000

Creó nuevas cargas por.

10.000.000

Obligó secretamente á la caja de descuento á proponerla una caución ó fianza de ochenta millones que tuvo en seguida y públicamente la moderación de reducir á.

70.000.000

Aumentó las anticipaciones de.

79.000.000

Importe de los empréstitos y recursos extraordinarios.

650.500.000 librs.

Que debían costar un interés anual de (1).

45.420.000 librs.

Con tales recursos, Calonne pagó las deudas urgentes y dió curso á su proyecto de consolar inmediatamente á la nación: cada nuevo

(1). *Aclaraciones y piezas justificativas para servir de confirmación á la petición presentada al Rey por M. de Calonne, p. 65.*

edicto tomaba la forma de una promesa: los embarazos del Tesoro tocaban á su fin, decían los preámbulos; la luz y el orden iban á constituirse en nuestras rentas públicas (1). Y ¿cómo no creerlo? Luis XVI parecia dar su real palabra y mostraba á la Francia las dichas perspectivas: además, ¿aquel Tesoro tan calumniado, no obraba prodigios? ciento treinta y seis millones de descargos al contado se gastaron solo en el año 1785 (2). Apenas se compró á Rambouillet para el rey, mediante catorce millones, cuando se apresuraron á comprar por el valor de quince millones á Saint-Cloud para la reina (3).

Calonne empleó de este modo setenta millones, ardiente por satisfacer las fantasías y dorar la miseria pública: la casa de Reaujon, la selva de Grésigne, Chanteloup, el ducado del Amboise, el señorío de la isla de Ré, la Isla Dios, el palacio de Boulainvilliers, el de la Intendencia de París, el de la administración

(1) Edicto de Agosto de 1784: «Hemos reconocido con gran satisfacción que esta deuda se extinguirá fácilmente por medios seguros, graduados, etc...» Edicto de Octubre de 1785: «Tenemos la satisfacción de saber que con la ayuda del nuevo empréstito, podremos efectuar esta extinción total, etc...»

(2) Estado real y verdadero del egercicio de 1785. Bailly, *Hist. financiera*, t. II, p. 292.

(3) *Memorias histórico-políticas*, t. VI, p. 114.—El precio de Saint-Cloud, está disimulado en las piezas producidas por Calonne, y ascendido tan solo á seis millones.

general... tales eran las adquisiciones inútiles, onerosas por que Calonne mantenía la ilusión: cuando ya no sabía como disipar la fortuna pública, trocaba los dominios; y como buen jugador, parecía atenerse á lo que el Estado perdiera noblemente. El abate de Espagnac, amigo de Calonne, recibió en cambio del condado de Sancerre una multitud de dominios de que formaba parte el de Hatton-Chatel: este dominio lindaba con la tierra de Hanonville, perteneciente al ministro, y bien pronto se encontró anejo: de aquí la sospecha tan natural de una connivencia; de aquí los clamores de oponion que llegó á creer que M. de Calonne, se habia acordado de sí mismo á fuerza de dar á los demas: quizás no habia allí mas que imprudencia; pero la probidad de un ministro, es como la mujer de César: no basta que sea irreproachable, sino que es necesario que lo parezca.

Entre tantos gastos acumulados, se vieron algunos útiles como los del puerto de Cherbourg; los hubo ridículos; los hubo tambien irritantes. El pueblo vió colérico levantarse el muro en circuito que aun hoy dia comprende á Paris, y aquellas fastuosas barreras construidas por Calonne para que habitasen un sinnúmero de guardas de concesion detestada (1).

(1). *Memorias histórico-políticas*, t. VI.

Un folleto atribuido al conde de Mirabeau (1) declaró la indecancia de tales murallas monumentos de esclavitud, cuyo lujo era un insulto (2). El autor concluyó con estas palabras del mariscal de Noailles: «Soy de opinion que se ahorque al autor del proyecto.»

Pero lo que levantó contra Calonne los clamores mas vivos, fué la refundicion de monedas de oro, operacion inatacable sin embargo, y que fué muy bien dirigida, pero que sirvió de pretexto al odio (3), y que historiadores de nuestros dias á falta de haberla estudiado, han declarado de honrosa para la memoria de Calonne. Es menester aclarar este punto histórico de nuestros anales financieros.

Despues del descubrimiento de las minas de América, el valor relativo del oro tendia gradualmente á esceder al de la plata: antes de 1726, un marco de oro valia diez marcos de plata: en este año, época de la última refundicion en Francia, el valor del marco de

(1) Bachaumont, *Memorias secretas*, t. XXXIV, p. 198.

(2) *Relación de un ciudadano contra el nuevo circuito de Paris, levantado por los arrendatarios generales*. Véase el prólogo.

(3) En un folleto impreso en 1788, con el título de *M. de Calonne en persona*, se han agotado la mayor parte de las abusos dirigidos contra este ministro: pero Carra, autor de dicho folleto, explica así los motivos del odio que le inspiraba Calonne: el trabajo de las gracias, se hizo el 31 de julio de 1786, y no fué comprendido en él.»

oro subió á catorce marcos y cinco onzas de plata: esta alza con el valor comparativo de monedas de oro, fué mas considerable en Portugal, en Inglaterra, y sobre todo en España donde en 1779, el valor de un marco de oro ascendió á quince marcos y siete onzas de plata.

La rectificacion que acababa de hacer la España perjudicaba á la Francia, animando ademas de la medida la esportacion de las materias de oro: en efecto, un marco de oro que en Francia no valia mas que catorce marcos y cinco onzas de plata, trasportado á España procuraba al exportador quince marcos y siete onzas. Para detener la esportacion y hacer al mismo tiempo aprovechar al Estado la alza comercial del oro en Europa, resolvió Calonne llevar el valor de nuestro marco de oro á quince marcos y cuatro onzas, es decir, subirle una quincena: por consiguiente, un edicto de octubre de 1785 mandó hacer una refundicion; leváronse todos los lises á la Casa de Moneda para que se refundieran, y en el marco de oro en que anteriormente no se habian tallado mas que treinta lises, despues se tallaron treinta y dos, lo que era ganar dos lises por cada treinta ó una quincena (1). Véase, pues, que en cada uno de los

(1) Carra, en *M. de Calonne en persona*, dice una de-
TOMC V. 2

antiguos luises de veinticuatro libras se habia hecho un beneficio de una libra y doce (sols).

En tiempo de las anteriores refundiciones, el Rey se habia apropiado todo el beneficio: ahora se admitió al público á la distribucion: se recibieron los luises en cambio por veinticinco libras y no se reservaron al Rey mas que doce (sols) por luis, de los que debian sacarse los gastos de la fabricacion y los menoscabos que esta hace inevitables. Pero mientras que se hacia un provecho considerable en el peso, se vieron en la precision de tener que sufrir una pequeña pérdida en el título que es el grado de pureza en las monedas; hé aquí como:

El título legal de nuestra moneda se habia fijado en veintidos quilates; pero el oro perfectamente acrisolado, siendo de veinticuatro quilates, autorizaba la ley por lo tanto la mezcla de dos quilates de liga; en otros términos solo permitia dos partes de cobre en veintidos de oro puro: no obstante, como es muy difícil de hacer esta mezcla con exactitud, se habian admitido, con el nombre de *enmiendas*, tolerancias que se habian fijado en medio en once treinta y dos avos; es decir, que se cree buena la fabricacion cuando el título de los luises solo diferia en once treinta y dos avos

cima sesta parte; y no es este el único error que contiene el folleto. Véase el capítulo X, p. 249.

del grado de fino prescrito por los reglamentos (1): por consiguiente el Luis debía de ser de veintion quilates, y veintion treinta y dos avos.

Con arreglo á los usos se quiso y debió reconocerse el verdadero título de las monedas que iban á refundirse: reunióse al efecto cierta cantidad de monedas acuñadas en todas las fábricas del reino, y de aqui se formaron riele, cuyo título fué justificado con el mayor esmero (2): reconocióse que el título de los antiguos luises era demasiado débil, que necesitaba cuatro treinta y dos avos de fino, y se dispuso que se añadiesen estos cuatro treinta y dos avos á cada refundicion, á fin de reducir toda la nueva moneda á la tasa general y uniforme de veintion quilates y veintion treinta y dos avos.

La infusion de esta parte de oro fino en la moneda refundida, no habiendo costado menos de tres millones, se les tomó sobre los doce (sols) reservados al rey, y nada mas justo, por cuanto este déficit existió solamente por falta de colaboradores empleados anteriormente en la fabricacion: igualmente, se sa-

(1) Necker, *Administracion de la Hacienda pública*, t. III, p. 45 y siguientes.—Necker indica solamente la tolerancia mas frágil: era de diez á doce y treinta y dos avos ó sea en medio de once á treinta y dos avos.

(2) Súplica al rey por M. de Calonne, p. 33.

có de los veinte (sols) aprobados á los portadores de luises la pérdida de peso que habian experimentado las piezas, tanto por el roce como por las alteraciones del fraude; lo que reducía á quince (sols) en medio el beneficio del portador.

Remitióse á las fábricas de moneda cerca de novecientos mil marcos: esto era solo la mitad de lo que se habia acuñado después de 1726, donde pudo verse que la otra mitad habia desaparecido de la circulacion, á causa de la ventaja que habia tenido con retirarla de aqui.

Tal fué la operacion, que procuraron los particulares un lucro de veinte millones; que valió siete millones al fisco; que rectificó el título de las monedas, y puso la Francia á cubierto de los perjuicios que nos resultaban de nuestros cambios.

Y no obstante, los enemigos de Calonne encontraron en esto motivo para escandalizar, empezando por negar que las antiguas monedas de oro eran de un título inferior, lo que hacia desaparecer la necesidad de añadir del fino en las fundiciones, y acusando al ministro de haberse apropiado fraudulentamente el valor de una refinacion que no habia tenido lugar.

La acusacion era difícil de sostener, porque para esto era necesario ó negar actos au-

ténticos ó divulgar la complicidad de la mentira y del robo al procurador general de la junta real de moneda, al inspector general de los ensayos, en fin, á todos los ensayadores particulares. Una circunstancia fortuita vino por desgracia á confirmar las sospechas. M. de Bajerlé director de la Casa de Moneda de Strasburgo, era viejo y achacoso hacia mucho tiempo: su regente no hizo la adición prescrita, pasó de aquí no obstante el valor de las cuentas, y se descubrió el fraude: en el ínterin muere M. de Bajerlé y corre la voz que el robo del regente ha sido autorizado por una carta confidencial del ministro: en vano desplegó Calonne toda su severidad contra el ensayador infiel; en vano requirió á sus acusadores que presentasen sus pruebas, oponiéndoles el testimonio del hijo de M. de Bajerlé, consejero del Parlamento de Naney y hombre de carácter respetable (1): la opinion no decayó. Calonne sufría la pena de su mala reputacion.

Sin embargo, habia llegado el dia en que el ministro habia juzgado lo que habia de suceder: el dia decisivo en que la monarquía enteramente arruinada á fuerza de expedientes y sinrazones, debia contemplarse casi fe-

(1) Véanse las *Piezas justificativas* publicadas á continuacion de la *Súplica al Rey*.

liz en hallar por última suerte de salvacion su propia obra que destruir.

Calonne desarrolló sus planes en una memoria que remitió á Luis XVI á fines de 1785. ¡Y cual no debió ser la admiracion del rey! El descarado disipador de la vispera hablaba de repente la lengua de Turgot, y superaba á la rigidez de Necker: el loco encantador que deramara el oro á manos llenas, se habia enmendado de súbito y proponia, no términos medios, sino *grandes partidos* (1); presentaba á Luis XVI el imponente cuadro de su reino para restaurar: donde estaba la division, era menester introducir la unidad: seguian las provincias leyes diferentes, era necesario traerlas á un principio uniforme: estaban separadas por aduanas, era preciso chocar atrevidamente con las barreras interiores, y hacerlas retroceder hasta las fronteras: poseian los paises del Estado el privilegio de representacion, era necesario trastornar dicho privilegio y aplicar á toda la Francia *una forma de deliberaciones nacionales* (2): no heria el impuesto territorial sino á los bienes en el Estado llano, era menester estenderlo sin escepcion ninguna á todas las tierras del rey, nobles y

(1) Véase la *Memoria de M. Calonne al Rey* sobre la necesidad de convocar á los diputados.

(2) *Memoria de M. de Calonne al Rey*, pár. 1.

sacerdotes, y sustituir el pago en especie al pago en metálico: estaba agoviado el pueblo de contribuciones, era preciso reducir la talla, disminuir el precio de la sal, abolir para siempre la corvea...; en una palabra, mas privilegios, mas distinciones, fuera division, por todas partes la justicia, por todas partes la unidad: esto era como un resumen de las ideas de Vauban, de las miras de Turgot, y de los proyectos de Necker.

Tal reforma en la monarquía no podia someterse á la aprobacion del Parlamento: á la sola palabra de igualdad en la reparticion de las cargas públicas, los nobles de ropa se hubiesen estremecido de cólera. Calonne por otra parte habia cambiado con el primer presidente procederes tan hostiles, de propósito tan ultrajante, que las relaciones del ministro y la magistratura se habian roto de un modo irreparable; habiéndose hecho asunto de gobierno una desavenencia personal: asi aparecia de nuevo la ardiente, al par que inevitable cuestion de los Estados generales; entre tanto, se recorrió á una Asamblea de diputados.

La lista se hizo en silencio y se compuso con bastante habilidad: nobleza, parlamento, clero y estado llano debian concurrir á la formacion de la Asamblea, pero el número de estos estaba combinado, de modo que cada una

de las resistencias previstas fuese sentenciada, tomada separadamente, á la debilidad numérica: y así no se dió para representantes de clero, cuyos privilegios iban á verse amenazados, mas que catorce obispos y cuatro eclesiásticos, cuando entonces se daba para representantes del estado medio á los corregidores de las veinte y cinco principales ciudades del reino, á saber: Paris, Leon, Marsella, Burdeos, Ruan, Tolosa, Strasburgo, Lila, Nantes, Metz, Nancy, Reinas, Búrges, Limoges, Orleans, Turs, Montpellier, Montauban, Caen, Amiens, Bayona, Chalons Valenciennes y Clermont á las que se añadió Troyes que reclamára.

Guardóse bien el secreto; la misma reina tuvo la humillacion de ser escluida de la confidencia: el anuncio de la convocacion de los diputados estalló de improviso y sorprendió á todo el mundo. Calonne habia pensado que allí la admiracion era un cambio de fortuna, porque daba á una medida inesperada la importancia de un golpe decisivo, de un golpe de Estado: habia llegado el momento de experimentar si la monarquía queria y podia salvarse.

Habiendo llegado los diputados á Versailles antes del 29 de enero de 1787 no se reunieron el dia señalado (por las cartas órdenes). Declarado sin motivo y sin escusa, se les dejó vagar por la ciudad, en el ri-

gor del invierno, y la voz pública les enseñó los emplazos sucesivos, primeramente el de febrero, después el 14 y por último el 22: se supo de una manera vaga que los ministros se hallaban enfermos, que M. de Vergennes estaba espirando, y que viviendo del mismo modo que administraba las rentas públicas, Calonne había prodigado y perdido su salud entregado á los placeres: no carecían de fundamento estos rumores. Calonne agotado como el Tesoro, no estuvo preparado el 29 de enero, ni el 7, ni el 14 de febrero, no habiendo podido concluir las numerosas memorias en que bajo el nombre de reformas iba á desenvolver el plan de una revolución (à mettre aux voix.)

En la noche del 12 murió Vergennes, y el fallecimiento de este ministro, tan fiel como capaz, contristó de un modo singular el alma de Luis XVI, el que apenas bastante fuerte para ser apto para una dignidad real pacífica, no veía sin asombro á esta convertirse en un combate: habiendo ido á visitar el cementerio en que acababan de depositar á Vergennes, poseído de ternura murmuró estas palabras: «Cuán dichoso sería en descansar á tu lado (1).»

En la sala de los gastos secretos (Menus).

(1) *Memorias histórico-políticas*, t. VI, p. 132.

consagrada dos años despues á los Estados generales, abrió Luis XVI con un discurso sucinto y sencillo la Asamblea de los diputados. Por lo que hace á Calonne, estuvo atenuante, místico, audaz y despejado: hizo á la Asamblea una especie de confesion general de la situacion; declaró en un discurso lleno de chistes, que al entrar en los negocios habia encontrado las arcas vacías, estinguida la confianza, seiscientos cuatro millones de deudas exigibles, y ochenta de déficit anual (1): no se cuidaba de los elogios, y decia que todo lo habia reparado: abundaba el dinero, el crédito estaba recuperado, las deudas de la guerra se habian cancelado, los gastos estaban exentos de atrasos, y, cosa nueva, se habia devuelto el pago de las rentas por tanto tiempo retrasadas el mismo dia del vencimiento de plazos. Al estruendo de tantos contrastes hizo suceder Calonne atrevidas paradojas, y bajo el velo trasparente de la alusion, estableció entre Necker y él un paralelo en que la pretension de la administracion no era por lo demas otra cosa que la insolencia del gentil-hombre: distinguia dos clases de economia; una minuciosa, horrible, separando á los solicitadores de esterioridades severas y de dureza estéril; y la

(1) *Proceso verbal de la Asamblea de los diputados en Versailles el año de 1789.* Paris, imprenta Real, en 4.º

otra, cuya invencion parecia atribuirse, noble y grande, amable hasta en su vigor, dejando contar sus repulsas mas bien que sus gracias, y calumniándose asimismo por apariencias de facilidad que el prurito de hacer daño trasformaba en profusion: por otra parte, las circunstancias le habian prohibido tomar el *aspecto de la penuria*: en el número exacto del déficit y en la importante cuestion de saber si á los ochenta millones ya justificados, era menester añadir el interés de enormes empréstitos contraidos durante los ministerios de Necker, Fleury y d'Ormesson y durante el suyo, propio evitó Calonne explicarse. Y el déficit, siglos hacia que existiera, se habia aumentado de año en año: solo la administracion de Necker le habia hecho ascender á cuarenta millones, y Calonne habia tenido que llenar un vacío espantoso... y despues de haber trazado asi la genealogía del déficit, añadió, para aclararlo con una sola palabra, *que desde 1776 hasta fines de 1786, en diez años habia tomado á préstamo mil doscientos cincuenta millones.*

El velo se habia descorrido; de pronto se desvanecia la ilusion que produjera en Europa la *Cuenta*. El ministro que habia firmado esta famosa cuenta, el príncipe cuya impresion habia permitido, el guarda-sellos Miro-mesnil y el conde de Vergenne, de cuya exac-

titud habian respondido, se veian convencidos de delito de ignorancia ó de engaño. No obstante, el escándalo de semejante negativa fué menos grande que el estupor que causára la aparicion de un déficit cuya profundidad apenas osahan sondear, y la alarma de la Asamblea se redobló cuando pasando á los medios de impedir aquel mal no definido, declaró Calonne la absoluta insuficiencia de la economía y que sería imposible pedir *siempre* prestado, imponer *mas* y anticipar *aun*. ¿Cuál era, pues, el remedio soberano? Para llenar el abismo, para establecer la Hacienda pública, para reanimar la monarquía, en fin, para seguir viviendo, ¿qué recurso quedaba?... Los abusos. Si, los abusos; y relevando al punto con la dignidad del discurso un pensamiento verdadero revestido de las formas de una agudeza, como hubiera podido hacerlo un tribuno de la plebe, exclamó:

«Los abusos tienen por defensores al interés, al crédito, á la fortuna y á las antiguas preocupaciones que el tiempo parece haber respetado; pero ¿qué puede su vana consideracion contra el bien público y la necesidad del Estado?... Los abusos que hoy se trata de destruir, para la salvacion pública, son los mas considerables, los mas protegidos: aquellos cuya existencia pesa sobre la clase productiva y laboriosa; los abusos de los privilegios pecu-

niarios, las *excepciones de la ley comun*, y tantas exenciones injustas que no pueden eximir á una parte de los contribuyentes sino agravando la suerte de los demas (1).»

Nunca habian resonado tales palabras en los oidos de un rey de Francia, y Calonne no las pronunciaba aqui sino despues de haber declarado que, «estas miras se habian hecho enteramente personales al Rey (2).»

Ya se deja conocer cual seria el aspecto de los diputados cuando vieron dirigirse ante ellos á aquellas dos imágenes igualmente molestas: el déficit por un lado, y las reformas por otro. Aquel era desconocido, porque se le declaraba de ochenta millones y no se le decia la última palabra: estas, es decir, las reformas, eran espantosas, porque se trataba de rasgar el antiguo pergamino de los privilegios en la reforma de la monarquía en que iban á confundirse de súbito plebeyos con aristócratas y legos con clérigos. Calonne se habia resguardado detras de la voluntad del Rey, pero esto mismo hirió en lo mas vivo á los diputados y especialmente al clero que amenazaba el principal ataque. «¿No es burlarse de la nación, exclamó ásperamente

(1) Discurso de Calonne en el *Proceso verbal de la Asamblea de los diputados*, (1787), p. 72.

(2) *Proceso verbal de la Asamblea de los diputados*, p. 56.

el arzobispo de Narbona, no es tomar á sus representantes por carneros y bestias, reunirles á fin de tener su sancion dirigida toda á una obra? (1).»

Tal era el preludio de las tempestades que iban á estallar contra Calonne. En una Asamblea á que los diputados no habian llevado sino la pericia militar y los parlamentarios la ciencia de enjuiciamiento, la influencia que dá el uso de la palabra perteneció naturalmente á los Cicé, á los Boisgelin, á los Lomenie de Brienne (Brena), prelados fecundos que se habian instruido enseñando las cosas de Dios para guiar la discusion de sus propios negocios.

La primera memoria, en cuanto á las asambleas provinciales, fué bien acogida; pero desde que se llegó á la segunda, pudo ver el ministro que el acero habia llegado á la herida. ¡Aplicar el impuesto territorial á todos los propietarios sin distincion! Los diputados se alarmaron y dispuestos á mudar la cuestion, se apresuraron á llevarla al terreno del déficit, tratando de conocer antes de deliberar, los estados de cargo y data.

Sorprendióle á Calonne un paso tan altanero; pero con todo eso, disimulando su humor, consintió en *comunicar* el estado de las

(1) *Memorias secretas de Bachaumont*, t. 34, p. 196.

rentas públicas á una comision de cuarenta y dos miembros. La reticencia pareció ofensiva; los ánimos se indispusieron y la querella se encendió. En vano desplegó allí Calonne toda su sangre fria y sutil elocuencia; fué menester llegar al número; fué necesario reconocer que el déficit era no de ochenta millones, sino de ciento doce (1).

Asi por una maniobra mas hábil que leal, desechaban los diputados en la oscuridad la cuestion de reformas, y ocupaban las miradas con la fantasma del déficit.

Conviene añadir que si los diputados temieron el advenimiento de la libertad, hablaron al menos su lenguaje; que si con mano ouidadosa separaron los problemas que inquietaban, reconocieron por lo menos y saludaron en lo que tenia de indefinido y de vago el principio de igualdad. ¿No era por otra parte muy natural que antes de entregar nuevos recursos á una administracion devoradora, se le pidiese su balance?

Hé aquí lo que pareció herir la opinion pública que lejos de maldecir la mala intencion de los diputados se ejercitó en fomentarla. Para irritar mas su amor propio y animarles á la resistencia, se les llamó *diputados*.

(1) Ibid. p. 221.—Calonne llevó despues el déficit á ciento quince millones. Véase su respuesta en el escrito de Necker, p. 90.

(notés) (1) alusion irónica al papel pasivo que les destinaba el ministro; el nombre de *grandes de los diputados* se dió á los miembros de la oficina que presidia el príncipe de Conti (2), á causa de su ardiente oposicion á los planes de Calonne; y á los que cedian, se les comparaba con los pagodas chinos cuyas funciones se reducen á mover la cabeza en señal de asentimiento (3).

Por lo que hace á Calonne, á despecho del giro audaz y popular de su iniciativa fué perseguido, mofado y cantado en todas partes. Se habia dicho, y el público parisiense siempre pronto á reirse aun de sus miserias, se complacia en repetir: «El rey está en la *estacion fija*, el ministerio en la *variable*. Calonne en la *tempestad* y la nacion en la *mas seca* (4).» La reina, á quien se suponía haber tenido parte en prodigalidades conocidas, se vió espuesta á su vez á crueles sarcasmos, y cuando iba á la ópera, decia el pueblo en alta voz: «Aquí viene madama *Déficit*.» (5).

Pero esto no era mas que una de las fases

(1) *Memorias de Fleury*.

(2) Hábiase dividido la Asamblea en siete oficinas, presididas cada una por un príncipe de sangre.

(3) *Memorias secretas de Bachaumont*, t. 34.

(4) *Ibid*, p. 196.

(5) *Memorias histórico-políticas del reinado de Luis XVI*, t. VI, p. 171.

de la agitacion. Haciendo saltar todo á miles las chispas de la alegria francesa, la Asamblea de los diputados alimentaba pensamientos mas serios. El espiritu de oposicion se aguerria á los debates cuyo ruido engrandecia el eco de los salones prolongándole. Los libros de Necker, concebidos y redactados con la claridad del saber y animados con un color sóbrio, habian puesto de tal modo en voga las graves preocupaciones, que hablar de las rentas públicas era entonces un modo de tener ingenio. La ocasion se presentaba admirable, incitante, y el jardin del Real-Palacio resonó en mas arengas que oyera nunca la ciudad de Londres.

El Rey, sin embargo, se admiraba de tantos obstáculos y daba rienda suelta á la brutalidad de su cólera ó á los gemidos de su debilidad. Ya corria la voz que habia llorado, ó bien que habia firmado en blanco treinta y tres cartas-órdenes para deshacerse de los miembros mas revoltosos de la Asamblea (1). Lo cierto es, que pasando de la cólera á la amabilidad, se enfurecia y se humillaba, pero no mas. Cuando los diputados fueron á enseñarle el número del déficit que ellos mismos habian comprobado, en un acceso de furor cogió una silla y la hizo pedazos exclamando:

(1) Bachaumont, *Memorias secretas*, t. XXXV, p. 13.
TOMO V.

«Ese pícaro de Calonne! Merecería que le hiciese ahorcar (1).» y no obstante, á ese Calonne le amaba el Rey entrañablemente, y su violencia solo servía aquí para encubrir la indignación con que le penetraba la resistencia de los diputados. Les había convocado como que eran por decirlo así, el consejo de familia de la monarquía: debía atenderse á encontrar formas imperiosas y casi amenazas de censura donde había esperado en las puras adhesiones del respeto?

Calonne hizo entonces un cálculo que en otros tiempos hubiese sido justo. Conociendo muy bien que personificaba la pérdida de los millones á los ojos del pueblo, trató de volver á llamar á la cuestión de las reformas la atención pública, separada con la persecución del déficit; dió á la prensa las memorias que remitiera á los diputados, á que añadió un preámbulo en que decía: «Se sacrifican los privilegios?... sí, la justicia lo quiere, la necesidad lo exige. Pagarán mas indudablemente; pero ¿quienes? Los que no pagaban bastante.» Este escrito lanzado con profusión por Calonne, inundó á París y á la provincia; y á fin de que se extendiera mas, le dirigió este á los curas (2), y desviando así contra los abusos la

(1) *Memorias histórico-políticas*, t. VI, p. 169.

(2) *Memorias de Bessival*, t. II, p. 218.

tempestad que le amenazaba, pareció declarar al público una resistencia que impedía al Monarca hacer la felicidad del reino, lo que era verdaderamente convocar al pueblo.

Pero por una de esas inconsecuencias de la opinion cuya singularidad no es mas que aparente y se refiere á causas profundas, sucedió que Calonne tuvo contra sí en particular á aquellos cuya causa litigaba. Entregándose á prodigalidades odiosas al pueblo, se habia hecho menos impopular que se hizo, desechando reformas que el pueblo deseaba con pasión.

¡Brillante y glorioso índice de la grandeza de los sucesos que se preparaban! ¡Prueba chocante que en los espíritus, la parte moral de las mejoras pedidas, dominaba á la parte material y vulgar! ¡Oh! ciertamente que se hubiera levantado la revolucion á la señal dada por un escéptico, un disipador, por el cajeiro demasiado dócil del conde de Artois, por el cínico tributario de los retretes de Trianon, hubiese sido ya cosa estraña; pero que la regeneracion de la Francia se viese reducida á no ser mas que un negocio de intendente y que el homenaje debido á la idea de justicia se presentase bajo la forma de un procedimiento de administracion, era un escándalo histórico; y hé aquí á lo que la nacion rehusó noblemente suscribirse, pues no quiso la

iniciativa de Calonne, ni su estampilla, ni la mezcla adúltera que en sus planes hacia desaparecer la magestad de los príncipes invocados; en una palabra, se indignó de que osaban ir á acuñar moneda con su derecho.

¿Qué quedaba, pues, al ministro para sostenerse? Luis XVI abandonaba la flojedad; los diputados le profesaban un odio que la reciente denunciacion dirigida contra ellos habia cambiado en furor; la opinion en fin, proclamaba á voz en grito un nuevo ministerio.

El 8 de abril, día de Pascua, el *Club de los políticos* recibió un paquete sellado que no debia abrirse hasta las once de la noche. Llegada la hora se abrió el pliego en el que se encontró una obra sin título, por vía de respuesta á los asertos de Calonne, acerca de la inexactitud de la *Cuenta*. Sabiendo que á las diez debia este presentar su dimision, y temiendo se le sospechase haber contribuido á la caida de un rival, Necker quiso asignar una fecha cierta á la aparicion de su libro.

Al día siguiente se supo en París que Calonne estaba trastornado y se echaron ávidamente sobre la obra de Necker. Por hábil que fuese la defensa del antiguo ministro ginebrino, no podia y no pudo ser concluyente: pero la dignidad de su lenguaje, la luz artificial de sus cálculos en que los millones parecian obedecer á su voluntad y estrecharse en co-

umnas persuasivas segun las necesidades de la causa, todo esto deslumbró á los parisien-
ses que impacientes por desmentir á Calonne,
se apresuraron á dar la razon á Necker. Fas-
tidiado Luis XVI del ruido que la popularidad
de Necker estendia hasta Versailles, le envió
una carta-orden en que le desterraba á cuaren-
ta leguas de la capital (1), pero sufrió la hu-
millacion de ver á Paris entero rodear de ho-
nores al autor de la *Cuenta*, si bien entre los
visitadores que fueron á cumplimentar al des-
terrado, se echó de ver al mas influyente de
los diputados, candidato para el ministerio
vacante, Lomenie de Brienne (2).

Al paso que Necker se alejaba lentamente
de la capital, orgulloso de una persecucion
que acababa su fama, Calonne por su parte,
atravesaba el reino, perseguido de ciudad en
ciudad por la gritería de la multitud y por las
cartas-órdenes, desterrado primeramente á
Berry, despues á Flandes, de alli á Lorena,
pero desafiando la mala estrella, siempre el
mismo, siempre burlon, y repitiendo en voz
baja que consentia en ser ahorcado *con tal que
hiciesen otro tanto con los augustos cómplices* (3).

(1) Madama Stael, *Consideraciones sobre la Revolucion Francesa*.—Por lo demas, la hija de Necker se ha engaña-
do dando el destierro de su padre como anterior á la cai-
da de Calonne. Véase t. I, págs. 116 y 117.

(2) Ibid.

(3) *Memorias histórico-políticas*, t. VI, p. 169.



CAPITULO VI.

Fatalidad de los Estados generales.

Lomenie de Brienne. — Disuelve la Asamblea de los diputados. — Fisonomía de los príncipes en dicha Asamblea. — Planes del conde de Provençe. — Los Estados generales demandados. — La dignidad real en lucha con los Parlamentos. — Reformas de los diferentes trenes de la corte. — Chanzas de la nación. — Escena violenta entre el duque de Coigny y Luis XVI. — Sólido del 6 de agosto de 1787. — Pregoneros públicos. — Roberto de Saint-Vincent. — Parlamento en Troyes. — Negociación. — Sesión memorable del 19 de noviembre de 1787. — El Rey promete los Estados generales. — D'Epremeuil. — Destierro

*del duque de Orleans.—Noche del 4 de mayo
—Sólio del 8 de mayo.—Disturbios.—Caída
de Brienne y perdon de Necker.—Destino de
Luis XVI.*

Nada salia bien á la monarquía, no tanto las prodigalidades de Calonne, como las economías de Necker. El Rey veia volver contra sí no solamente las reformas que habia temido, sino aun las que se proponia á sí mismo. La invencible fatalidad de los acontecimientos, no le permitia oponerse á la revolucion ni transigir con ella. El sino de este príncipe era ser su adversario indeciso, su espectador irritado y la víctima.

Restaba un procedimiento de que aun no se habia echado mano y que se ensayó: tal fué la violencia.

Lomenie de Brienne fué llamado á reemplazar á Calonne con el título de gefe del Consejo de Hacienda y de ministro de Estado, despues como interinamente M. Bouvart de Fourqueux, consejero de Estado, septuagenario, modesto y poco conocido. Este último se reconocia inferior á las funciones de ministro, y aquel por el contrario, se creia superior. Quince años despues llamaba á la puerta del Consejo, pero Luis XVI no le apreciaba,

habiendo hallado en los papeles del gran Delphin su padre que el abate de Lomenie pasaba por ateo y filósofo (1). Cuéntase también que con motivo de la candidatura de Bienne en el arzobispado de París, había dicho un día el Rey: «Sería menester á lo menos que el arzobispo de París creyese en Dios (2).» Brienne había hecho su educación política en la frecuentación de los enciclopedistas y por la lectura asidua de las memorias del cardenal de Retz. Partidario de los economistas, se había acostumbrado á una especie de liberalismo intolerante, peculiar de esa famosa escuela: amigo de Turgot, unia como él á teorías de libertad el humer de un gran visir: místico con aire de grandeza de ingenio y mas galante de lo que convenia aun entonces á un prelado, en todas partes tenia influencia: en las Asambleas del clero donde mostraba estar ducho en el manejo de los negocios y entre las mujeres de mundo que mas de una vez le hicieron árbitro de sus contiendas con amantes infieles ó sospechosos (3). Aun cuando no hiciese á su arzobispado de Tolosa mas que raras apariciones, ocupaba allí los espíritus de su persona, no dejando nunca de señalar su mo-

(1) *Memorias histórico-políticas*, t. VI. p. 36.

(2) M. de Levis, *Recuerdos y retratos*, p. 103.

(3) Senac de Meilham, *Del gobierno, costumbres y condiciones de Francia*.

rada con uno de esos actos brillantes de beneficencia de que se apodera la fama, y que no emanaban en él de la caridad del cristiano, sino de la filantropía del filósofo. Con todo, la verdadera causa de su elevación fue la perseverancia que puso el abate de Vermont en preconizarle en el círculo de la reina. María Antonieta fue la que sujetando las repugnaciones de Luis XVI, nombró al arzobispo de Tolosa jefe del real Consejo de Hacienda, después ministro de Estado; y como para indicar que estaba en el rango de los Richelieu y Mazarin, fingió decir en voz alta y en pleno tribunal: «No hay que equivocarse, señores; es primer ministro.»

La Asamblea de los diputados un momento interrumpida, prosiguió sus trabajos. En posesión de los Estados de Hacienda que Calonne no había querido dejar en sus manos, hubieran debido hallar los diputados una línea final trazada fuertemente, y que indicase con claridad la situación de los negocios, pero en vano la buscaron. El déficit era demasiado conocido é inapreciable; funesta incertidumbre que permitía engrandecer á la imaginación los peligros del reino. Unos hablaban de ciento ocho millones, otros de ciento veinte y cinco, de ciento treinta y aun de ciento cincuenta. En la ausencia de una seria compatibilidad y de importantes piezas que Luis XVI

hizo desaparecer del dosel (1), algunos llegaron á negar la realidad del déficit (2), temiendo que fuese necesario acudir al remedio decisivo: la igualdad del impuesto territorial.

Sin embargo, la palabra de *Estados generales* se habia hecho oír. Lafayette y Castillon, procurador general del Parlamento de Aix, les habian demandado formalmente en la oficina del conde de Artois, con motivo del gran escándalo del príncipe: la Asamblea, que veía acercarse el momento en que seria preciso pronunciarse con las vias y medios, adoptó vivamente la idea de los Estados generales (3), prefiriendo declarar su incompetencia á votar por su patriotismo. En el fondo, los diputados censuraban todo sin determinar nada, y Brienne debió despedirles de cansado que estaba con sus discursos, demasiado sábios para ser tan poco concluyentes.

El arzobispo de Tolosa pronunció, el día de la clausura, un discurso estravagante y que denota bien el inmenso desorden en cuyo seno vivia la antigua monarquía. El ministro felicitaba á los diputados por haber justificado la importancia del déficit, les hacia honor de

(1) En las *Memorias del barón de Besenval* se encuentra la declaración, t. II, p. 233.

(2) Sallier, *Anales franceses*, p. 60.

(3) *Historia del gobierno francés despues de la Asamblea de los diputados* p. 100.

lo que era una afrenta para la corona: ¿Qué había sido preciso que fuesen á Versailles de los cuatro puntos cardinales del reino para enseñar al jefe del real consejo de Hacienda el estado en que se hallaba el Tesoro! para enseñar al archivero la verdad que los documentos encerraban. Así fué, ¿quién lo creyera? Adoptando el término medio de ciento cuarenta millones (1), admitió Brienne la existencia del déficit, y bien pronto descansó su plan sobre estas bases: reducir los gastos de cuarenta millones, hallar cincuenta en el impuesto y pedir cincuenta de estos á préstamo.

Los diputados, separándose de aquí, sembraron por todas partes el desasosiego: pero viéndoles volver de una Asamblea que no había sabido querer ni resolver nada, la Francia comprendió que sola en adelante, era capaz de cambiar su fortuna y de dirigirla.

Por lo demas, la Asamblea de los diputados había sido como un teatro en que se dibujaran importantes fisonomías. Cada príncipe de sangre reveló allí su carácter: el duque de Orleans (2) se mostró lo que entonces era: muy amigo de los placeres para resignarse á los cuidados y zozobras de un papel; y mien-

(1) *Proceso verbal de la Asamblea de los diputados en 1787, p. 303.*

(2) Por la muerte de su padre que aconteció en 1785, el duque de Chartres de quien se habló en los capítulos precedentes, se hizo duque de Orleans.

tras se le creia en Versailles al frente de su oficina, pasaba por París en traje de caza y con jaurias (1).

En el conde de Artois se echó de ver su franqueza con mezcla de altivez; pero de los príncipes el que atrajo mas particularmente la atencion, fué el conde de Provence cuyos secretos designios conviene decir aqui: asiduo y atento á las deliberaciones, no habia olvidado nada de cuanto podia ocuparse de él la opinion pública. Hablando de la gabela, decia: «que no debia quedar de esa máquina infernal sino el recuerdo de un mal pasado (2).» Repetia gustoso que una respetuosa resistencia á las órdenes del soberano no era vituperable, y que era licito iluminarla sin ofender (3): porque aquel príncipe astuto, á quien la obesidad precoz de su persona (4) parecia permitir solo los cálculos de una lenta ambicion, tenia siempre los ojos fijos en el porvenir: acariciaba en la soledad el proyecto de arrainar poco á poco, no á la monarquía sino al monarca: en público hablaba como

(1) *Bachaumont, Memorias secretas*, t. 35, p. 122.

(2) *Historia del gobierno francés (depuis) desde la Asamblea de los diputados, etc.*, p. 67.

(3) *Nougaret, Reinado de Luis XVI*, t. II, p. 35.

(4) *El último día de París bajo el antiguo régimen*, por Barrère, cap. 33, continuaciones de las *Memorias de Barrère*, publicadas por MM. Hipólito Carnot y David d'Angers.

heredero posible del trono: y á solas obra-
ba como un sucesor ávido é impaciente,
dando á sus pasos bastante resolucion y atre-
vimiento para hacerles populares, y la sufi-
ciente prudencia para no tener que desapro-
barles si debiera algun dia ceñir la corona.

Restablecer el régimen feudal en su anti-
guo esplendor, es decir tomar al revés la obra
de Richelieu, tal era el oculto fin de su poli-
tica: hubiera querido gobernar al frente de
una nobleza escogida que concentrando en
sus manos la posesion del territorio, había
reemplazado el Parlamento para el registro
de las leyes: á fin de asegurar su ascendiente
sobre la alta aristocracia, le hubiese *hipotecado*
dominios, reservándose el derecho de retirar-
los á la muerte de cada uno, medio infalible
de introducir la herencia en el servitismo: en
una palabra, su sueño era un pago á los gran-
des (vassalites) vasallages de la edad media (1).
El futuro rey de la carta concebía entonces
una imitacion de la division de la Inglaterra
por Guiliérmo el Conquistador: así empleaba su
fortuna en adquirir dominios, y en la Asam-
blea de los diputados dejó descubrir de sus mi-

(1) Manuscrito de M. Sanguaire-Soulligné. — Es de ad-
vertir que dicho manuscrito está conforme con las *Memo-
rias de Barrère*. Véanse las últimas páginas del capítulo
preliminar.

ras cuando en la última sesión recordó que era el primer gentil-hombre (1).

Antes de chocar con la nación, la monarquía debía encontrarla donde quiera que apareciese una sombra de representación. Trasladóse el campo de batalla al Parlamento.

Diversos edictos aprobados por la Cámara tocante á las Asambleas provinciales, libertad de comercio de granos, abolición de la cervéa, se registraron sin oposición; pero no bien se presentó el edicto del timbre cuando los murmullos más enérgicos anunciaron un próximo combate. El impuesto del timbre (*frappé*) perjudicaba á los billetes de viaje, certificados de estudio, finiquitos de rentas, registros de negociantes, memorias de abogado, periódicos, papeles de música y hasta los reconocimientos del Monte de Piedad; y por qué el arzobispo de Tolosa presentó aquel impuesto, que era impopular, antes que el de la subvención ó carga territorial que era justo? ¿Cómo escapó á los ministros de la corona que el Parlamento tenía un pretesto muy sencillo para rechazar el primero sin indignar la conciencia pública? ¿Cómo es que un hombre que á falta de ingenio tenía espíritu, era incapaz de

(1) Discurso de Monsieur, hermano del rey, en la última sesión de legislatura. *Proceso verbal de la Asamblea de los diputados*, p. 308.

ver lo que un niño hubiera visto? Porque un poder superior arreglaba y hacia esas cosas.

Para desviar y llamar la atencion hácia el déficit, el Parlamento como los diputados, exigió comunicacion de los Estados del real Tesoro, y entonces el abate Sabathier soltó estas palabras: «No son *Estados de Hacienda* lo que necesitamos, señores, sino *Estados generales*:» célebre aproximacion que á la sazón venia á espresar el pensamiento de todo un pueblo. El Parlamento de París acogió favorablemente aquel juego de palabras, demasiado sério en el fondo para que se descárra notar su forma chistosa: declarándose inepto para la consagracion del impuesto y apelando al imprescriptible derecho de la nacion, pareció obedecer á un sentimiento de honor. «Encargado, decia, por el soberano de manifestar su voluntad á los pueblos, nunca ha sido encargado el Parlamento por los pueblos de remplazarlos (1).» ¡Confesion singular y demasiado tardia! ¡Obraba aqui el Parlamento de buena fé? Que despues de haber registrado para mil doscientos cincuenta millones de empréstitos entrase de repente en escrúpulo á presencia de un impuesto que amenazaba sus privilegios, seguramente habia alli con que sorprender, y Brienne hubiera sido bien veni-

(1) Exhortaciones decretadas en el Parlamento de París el 16 y 21 de julio.

do diciendo á los magistrados: ¡Tened cuidado! el desinterés de hoy condena la usurpacion de ayer. Pero no: tal era el vértigo de aquel hombre, enviado sin que lo supiese á acompañar á los funerales del poder absoluto, que ni aun pensó en levantar ante el pueblo atento, la máscara con que se cubrian los parlamentarios. ¡Nadie supo sino turbarse, indignarse y encolerizarse!

El 6 de agosto de 1787 es llamado el Parlamento á Versailles, donde el Rey sentado en su sólio y hablando con magisterio, ordena el registro de los dos edictos, timbre y sujecion territorial; pero de antemano los magistrados protestaron contra lo que llamaban un *fantasma de deliberacion* (1); y entrando al día siguiente en sus Cámaras, declararon nulas é ilegales las copias ordenadas.

La dignidad real sin dinero, se veía entre la bancarrota y la violencia: necesitaba un golpe de Estado ó contra sus acreedores, ó contra el Parlamento, en cuya alternativa el procedimiento de la violencia fué el que lisonjeó mas la ligereza de Brienne y la fogosa vanidad del guarda-sellos Lamoignon, y se pusieron á preparar cartas-órdenes en silencio.

Pero los parlamentarios por su parte comunicando al pueblo el ardor de que estaban

(1) *Historia del gobierno francés desde (depuis) la Asamblea de los diputados*, p. 173.

animados, habían encendido todas las cabezas. Los jóvenes consejeros de las pruebas judiciales que iban á las Asambleas, como hubieran marchado al combate (1), lograron arrastrar la grave prudencia de los viejos magistrados de la gran Cámara. La *baseche* (2) gruñía en los *Pas-perdus*. Los ciudadanos, obstruyendo las salas del palacio, esperaban que se abriesen las puertas para preguntar con imperio por el resultado de las deliberaciones hasta entonces ocultas. Un consejero del Parlamento, Adriano Duport, había trasformado su casa en un club en que se reunían Mirebeau, Target, Bøederer, el marqués de Condorcet, el obispo de Autun (3), y participaba á sus colegas una denuncia en forma contra Calonne, es decir, contra la corte. La efervescencia estaba en el aire. Cualquiera que abría un consejo de moderación era acusado de felonía y vendido á Brienne y en seguida los pregoneros en las calles, bajaban la voz y se abstendían como por pudor de pronunciar el título de los edictos emanados del sòlio.

Entretanto para calmar los espíritus, da-

(1) *Anales franceses* por Salier, antiguo consejero en el Parlamento de París, p. 80.

(2) Jurisdicción y tribunal de los escribientes que tenían los procuradores en el Parlamento de París.

(3) *Memorias del abate Morellet*, t. I, cap. 17, página 336.

ba la corte el espectáculo de una pequeña revolución interior, y hacia ruido con un reglamento que reducía los gastos del Rey y de la Reina (1). Maria Antonieta disminuyó el número de sus caballos, coches y servidumbre, y en los artículos de *boca y cámara* economizó cerca de un millon. Se reformaron los equipajes del jabali, del lobo y de la cetrería; se suprimió en parte el vuelo del gabinete y por entero los centinelas de la puerta de entrada, los gendarmes y la caballería ligera (2); y últimamente se ordenó la demolición ó venta de los castillos de Choisy, de la Muette, de Madrid, de Vincennes y de Blois. No temió el ministro-arzobispo quitar al duque de Polinac la dirección de la posta de caballos que Calonne por complacer á un amigo separó de la Casa de Correos, y se atrevió á pedir á M. de Coigny su dimisión del cargo de caballerizo mayor, que inutilizaba la reunión de la grande y pequeña caballeriza.

Pero ¡cuán irrevocables son los decretos de ese tribunal invisible: la fuerza de las cosas! Lejos de aplacar el Parlamento, como lo esperaba Brienne, aquellas reformas fueron objeto de mofa.

Unos no vieron allí mas que una conce-

(1) Reglamento publicado el 9 de agosto de 1787.

(2) *Historia del gobierno francés desde la Asamblea de los diputados*, p. 167.

sion arrancada al miedo, una cobardía, y para aquellos las mismas rebajas sirvieron únicamente para publicar abusos ignorados, gastos poco conocidos y que un déficit de ciento cuarenta millones hizo juzgar naturalmente escandalosos. Otros afirmaron que aquellas reformas, por otra parte insignificantes, no eran buenas mas que para disminuir el brillo del trono. ¡Qué! ¿se necesitaba reformar la cetería, la mas brillante y menos costosa de todas las cargas de la corona? ¿No se sabia que los capitanes de diferentes volaterías compraban su empleo y que los halconeros repartidos en las provincias, iban á París solo una vez al año en la primavera á su costa y con sus aves? ¿Era necesario suprimir al mismo tiempo que el equipaje del lobo, la caza de un animal salvaje y destructor, y eso por una miserable economía de treinta mil libras?

Pero aquellas reformas que Luis XVI oia vituperar por la opinion pública, eran en el palacio del príncipe objeto de las reclamaciones mas enérgicas. «Es horrible, decian los gentiles-hombres, vivir en un pais en que uno no está seguro de poseer al dia siguiente lo que tenia la víspera: eso no se vé mas que en Turquía (1).» El duque de Polignac, despues de haber forzado al arzobispo de Tolosa á balbu-

(1) *Memorias del baron de Besenval*, t. II, p. 256.

cear excusas á presencia de la Reina, quiso por generosidad dar la dimision esperada. En cuanto al duque de Coigny, se dirigió á Luis XVI y fué tal la escena, que el mismo Rey la contaba en estos términos:

«El duque de Coigny y yo nos hemos fastidiado verdaderamente; pero creo que me habria conmovido (Cattu), que se lo hubiera pasado (1).»

Lo que los reyes hacen por fuerza los pueblos no les conocen ningun gusto. A despecho de recientes concesiones, el 13 de abril tomó el Parlamento á la mayoría por ochenta y un votos contra treinta y seis y los aplausos de los espectadores. Se dió un decreto que desechaba en los edictos emanados del sόlio la facultad de autorizar la cobranza de los impuestos y privar á la nacion de sus derechos.

A esta noticia Brienne y Lamoinon se animan á dar el golpe que meditaban, y el 16 de agosto por la mañana recibe cada magistrado una carta-όrden firmada hacia ocho dias y concebida en estos términos:

«Señor: os doy esta carta para mandaros deis cuanto antes mi buena ciudad de París y marchar á la de Troyes, en el plazo de cuatro dias á esperar allí mis órdenes, prohibiéndoo

(1) Memorias del baron de Besenval, t. II, p. 256.

salir de vuestra casa antes de vuestra partida.»

Era el día de la Asuncion. Algunos parlamentarios se sobrecogieron de un aumento de devocion y fueron á misa á pesar de la defensa. El viejo consejero Roberto de Saint-Vicent, dijo al oficial de las guardias francesas, portador de la carta cerrada: «Caballero, hoy tengo que servir á un señor mas grande que el Rey; os participo que voy á la iglesia (1).»

Al día siguiente los hermanos del Rey llevaron los edictos al registro de la Cámara de cuentas y al Tribunal mayor, y entonces pudieron verse los efectos de la grande capacidad desplegada por el caballero de Provence. Bien que se mostrase aquí como misionero del despotismo, la multitud le colmó de aplausos, por cuanto habia sabido componer su semblante y aparentar tristeza de circunstancia. No sucedió así al conde de Artois, que mas franco con la insolencia de sus pasos, le llenaron de insultos (2).

No tardaron por lo demas en resonar en las provincias la cólera pública. Al saber el destierro del Parlamento de París, todos los tribunales del reino protestaron: los Parla-mentos de Rouen, de Rennes, de Grenoble y

(1) Nougaret, *reinado de Luis XVI*, t. II, p. 293.

(2) *Bachaumont, memorias secretas*, t. 36, p. 23.

de Besanzon, demandaron tambien la admision á juicio de Calonne y la convocacion de los Estados generales: el Parlamento de Burdeos lo tomó con tono tan soberbio, que se le trasfirió á Libourne.

Por lo tocante á los magistrados desterrados á Troyes, ponian buena cara apelando á las causas en el desierto y alegrándose interiormente de que los interrumpidos procesos iban á amotinar contra el ministerio á la multitud apasionada y bulliciosa de litigantes. Sabíase por otra parte que careciendo Brienne de fondos para concluir el año, le seria muy embarazoso su triunfo y encontraria mas difícil pagar que vencer. Fué menester negociar; se dirigió por debajo de cuerda al primer presidente y se convino en que retirados los dos edictos, se sustituiria una segunda veintena que percibir sin privilegio ni distincion hasta el año 1792 (1).

Con estas condiciones, gracias al enojo que empezaba á apoderarse de los jóvenes consejeros de la sala de pruebas (2), bruscamente alejados de la patria, de los placeres, del ruido y del amor, el Parlamento convocado volvió á

(1) Carta de Lomenie de Brienne al presidente del Parlamento de París en Troyes, hallada entre los papeles de Luis XVI.

(2) Llámase en francés *Chambre des Enquetes* que era una de las salas del Parlamento de Francia. (N. del T)

París y se instaló de nuevo en el palacio, festejado con gritos y exclamaciones de alegría, iluminaciones y cohetes, mientras el pueblo quemaba en la plaza un maniquí que representaba al ex-ministro Calonne (1).

El tiempo de vacaciones y los hermosos días de otoño que atraen al campo á los vecinos de París, magistrados, ricos y pensadores, contribuyeron poco á poco á la calma y tranquilidad de aquellos tumultos. El goce de los campos sirvió de diversion al sentimiento de los males del reino, y pareció terminada la crisis porque ya no se hablaba de ella. Así bien, los parlamentarios desde su regreso de Troyes, habian vuelto á entrar en el sosiego y reposo, conociendo algunos que no era necesario jugar con las agitaciones populares, y que dar curso á las pasiones de la multitud, era esponerse, segun la espresion de Montaigne, á *revolver y trastornar el agua para otros pescadores*.

Duval d'Eprenenil, consejero de los mas ardientes, fué á ver en secreto al guarda-sellos Lamoignon á quien habló con un lenguaje que hacia un singular contraste con la fogosidad [de las recientes disputas, proponiendo un convenio que redundase en provecho de la

(1) *Anales franceses*, p. 103.

paz pública. Los Estados generales, dijo, son inevitables: cuidado con que se hagan un manantial de disturbios. Que el Rey los prometa en el término de dos ó tres años, y eso traerá de nuevo la confianza; que presente de una vez y de antemano todos los empréstitos que necesitará todo el tiempo que duren los Estados; el Parlamento secundará al ministerio, y si se sabe dirigir bien la eleccion de los diputados, los Estados generales harán salir de sus deliberaciones el poder del monarca y la tranquilidad del reino, la fuerza y la paz. Lamoignon pareció herido de aquellas miras cuya prudencia elogió, las adoptó y fingió le habian conmovido tanto que le hacian llorar (1); pero no bien hubo salido d'Eprenenil, cuando el guarda-sellos corrió á casa del principal ministro, título que daban á Brienne, á contarle la conversacion y reirse con él de tan imprevistos adelantos. El primer cuidado de ambos fué propalar la visita d'Eprenenil y entregarla á los comentarios de la malignidad (2) haciendo creer que la promesa de una intendencia habia operado semejante (retour) pago. Se les ofreció paz y querian guerra. Acalorar una querella próxima á extinguirse, era

(1) Sallier oyó esos hechos de boca de d'Eprenenil.

(2) Se halla este hecho en un manuscrito sobre Jacobo Duval d'Eprenenil que nos remitió su familia y que está conforme con los *Anales* de Sallier.

la inconceivable locura de los dos hombres: no preveían que en la lucha que les llamaba, perecería la monarquía de muerte violenta, y que ellos mismos sucumbirían de muerte voluntaria (1).

En el mes de noviembre de 1787, muchos consejeros se retrasaban en el campo, cuando de pronto se declaró sesión regia para el 19, á que debieron asistir príncipes de sangre, Pares, y la mayor parte de los ministros, y en la que el rey habló con aspereza á los parlamentarios, así de sus faltas pasadas como de su derecho absoluto. Presentáronse en seguida dos edictos, el primero de los cuales creaba empréstitos graduales y sucesivos durante cinco años, para la suma total de cuatrocientos veinte millones, y el segundo aseguraba un estado civil á los no católicos. La introducción del primero prometía convocar á los Estados generales antes de cinco años.

Así, el electo por suerte convocaba á los electos por inteligencia. A aquel Luis XVI que tuvo la insolencia de dar su persona por una definición del Estado, respondía la Francia un siglo antes: el Estado lo componemos nosotros. Ya era tiempo que se comprendiera aque-

(1) Brienne y Lamoignon acabaron por suicidarse: este se mató en 1789; aquel en 1793 evitó el suplicio del cadalso bebiendo una porción de veneno. Véase el *Ensayo histórico-crítico* de Paganel, t. II, p. 26. 1815.

lla respuesta: la fuerza promete el derecho.

Pero Luis XVI decia *dentro de cinco años*. ¿Por qué, pues, tantos atrasos? ¿No era bastante grande el desorden? ¿Habia que esperar peligros mas eminentes y que se necesitase una suma superior á cuatrocientos veinte millones? Hé ahí lo que diversos opinantes hicieron presente al Rey con la mayor franqueza y libertad. El abate Sabathier dió ejemplo de una resistencia envuelta con formas respetuosas; pero se levantó un antiguo consejero, era Roberto de Saint-Vincent, austero jansenista á quien la rigidez de sus principios y de sus costumbres y su vida retirada permitian un lenguaje tosco é inspiraban una elocuencia agreste: pertenecia á esa fuerte raza de parlamentarios que desde Saint-Cyran se hallaba en estado de desafiar á los jansenistas, á los reyes y al Papa. «Cuatrocientos veinte millones de empréstitos, exclamó; ¿cómo puede esperarse que el Parlamento emita su voto en pró de semejante acto, al paso que si un hijo de familia hiciere otros semejantes ningún tribunal vacilaria en anularlos?» Dirigiéndose á Luis XVI, comparaba á la dignidad real con un minero imprevisto que de propio intento, se entrega á los golpes de la usura mas escandalosa. Pedir prestado para vivir, era darse la muerte; aconsejaba al Rey, le intimaba casi á convocar los Estados generales; á

convocarlos, no dentro de cinco años, sino pronto, sin demora, sin dar lugar en fin á que los males del reino se hiciesen de súbito incurables; y añadiendo la amenaza á la censura, decia: «Vuestros ministros quieren evitar la convocacion de los Estados generales cuya vigilancia temen; pero es vana su esperanza: las necesidades del Estado os obligarán á reunirles de aqui á 1789... Sí, de grado ó por fuerza os obligarán á hacerlo.. Convocad señor, los Estados y cread, si es menester, un empréstito; pero cortad esas promesas ilusorias de presentar á la Asamblea de la nacion el orden establecido, el Estado libre; ó mejor dicho, quitad tanto preámbulo, porque es indigno de la magestad real y es hasta indecoroso...»

Inmóvil y fijos sus grandes ojos en el orador, escuchó Luis XVI hasta el fin aquellos varoniles y enérgicos apóstrofes que no le ofendieron, aunque el acento del desembarazo y el ceño adusto aumentaban mas y mas la aspereza. Roberto de Saint-Vincent impuso respeto al Rey; d'Epremenil le sedujo, estuvo para arrastrarle y le pidió encarecidamente que convocase á los Estados generales para el año 1789; fecha funesta que se presentaba ya á muchos ingenios perspicaces, como si una rápida y luminosa intuicion les hubiese hecho medir el tiempo que quedaba de vida á la

monarquía! Entonces tuvo d'Epremenil un momento de verdadera elocuencia: estuvo, dice Sallier, á punto de conseguir el mas bello triunfo que puede obtener la palabra. Como viese la emocion del Rey, duplicó las instancias: «Señor, con una palabra vais á llenar todos los deseos: un entusiasmo universal va á pasar con una ojeada de este recinto á la capital, de la capital á todo el reino; un presentimiento que no me engañará, me lo asegura pues lo leo en las miradas de V. M.: el ánimo está en su corazon y la palabra en sus lábios. Pronunciadla, señor, otorgadla por el amor á los franceses...» Detúvose el orador y la Asamblea tuvo ante sus ojos un cuadro mudo, no menos elocuente que la palabra de d'Epremenil, magistrado cuyas miradas parecian haber fascinado á Luis XVI, quien dispuesto á pronunciar la palabra deseada, y callando mas bien por embarazo que por indecision, no dejaba por eso de mostrarse enternecido y convicto. En las gradas del trono, Lamoignon pálido de cólera, y adivinando la derrota del monarca, se deshacia por sostener con una señal la voluntad vencida; pero no osaba volver la cabeza por miedo de publicar asi el imperio del vasallo y el abatimiento de su señor.

Poco duró la emocion: cuando el primer presidente hubo recogido los votos, no esperó Lamoignon á que se contasen segun cos-

tumbre, subió junto al trono, receloso, alteradas las facciones con despecho contenido, y despues de hablar en voz baja al Rey, que pronunció estas breves fórmulas cuya disonancia sin duda no advirtió y que consternaron á la Asamblea: «Veo que es necesario establecer los empréstitos que mi edicto contiene. He prometido convocar los Estados generales antes de 1792, y debe bastarós mi palabra. Mando que se registre mi edicto.»

Como el escribano en gefe escribiese la mencion en el sobre del edicto, de repente en el seno de un ligero rumor que recorria los bancos de los señores, se oyó levantar la voz del duque de Orleans, protestando contra la ilegalidad de la sesión y pidiendo que se añadiese á la mencion del registro: *hecho, de orden espresa de S. M.* El rey respondió tartamudeando: «Me es igual.... sois el verdadero dueño y señor.... Sí.... es igual.... porque lo quiero (1).» Y despues de ordenar la lectura del edicto relativo á los protestantes, se retiró.

Tomóse entonces con arreglo á la proposicion de d'Eprèmenil, un decreto destinado á quedar oculto en los registros. El Parlamento declaraba no tener arte ni parte en la co-

(1) *Anales franceses*, p. 129

pia ordenada; pero esta protesta tímida y en cierto modo clandestina, se cambió al otro día en estrepitoso furor, cuando se supo que el Rey acababa de desterrar al duque de Orleans á Villers-Coterets, y que los consejeros Préteau y Sabathier, sospechados de haberse la dictado al príncipe, habían sido llevados y conducidos, uno al castillo de Dourlens y otro al Monte San Miguel.

París se puso en movimiento de fermentación, y el duque de Orleans que al salir del palacio se vió escoltado en triunfo hasta su carretela y rodeado del populacho en masa, fué colmado de alabanzas; admirando y elogiando unos su valor, así como la firmeza de los dos magistrados, y complaciéndose otros en contar que habiendo querido el baron de Breteuil encargado del arresto, subir en el coche del príncipe para tenerle mas seguro, conforme las órdenes del Rey, respondió el duque con tono de desdeñosa arrogancia: «Pues bien, subid detrás (1).»

Los parlamentarios por su parte daban á la prision de los dos consejeros la importancia de un interés de Estado, denunciando el escandaloso abuso de las cartas-órdenes, forma bárbara, procedimiento de un despotismo del que habían guardado silencio muchísimo

(2) Bachaumont, *Nemorias secretas*, t. 36. p.291.

tiempo, y que les pareció intolerable desde que alcanzó á dos de sus colegas. Rehusaron, pues, registrar el edicto concerniente á los protestantes, hasta que se pusieron en libertad á Fréteau y á Sabathier. Pero aquella vez la corte creia resistir á la opinion. En vano envió el Parlamento diputados á Versailles á solicitar la gracia del desterrado y la libertad de los dos prisioneros, porque el Rey les despidió con el frio laconismo de un sultan.

Entretanto, el arzobispo de Tolosa, consumido por la fiebre que le devoraba, debilitado por continuos espútes de sangre, y agobiado de males que estrañaban encontrar en un prelado, luchaba con el tormento de su salud perdida. No porque el célebre médico Barthez le recomendase absoluto descanso y completo abandono de los negocios, proseguia con menos afan sus despóticos desig-nios (1), sino que por el contrario, viendo el ambicioso prelado en Lamoignon un colega embelesado con empezar de nuevo á Manpeon, meditaba desde su lecho la brutal y absoluta abolicion de los parlamentos, codiciaba para el Rey el despotismo, y para él el arzobispado de Sens en cambio del de Tolosa. En esto último fué complacido, y como le quedaban deudas personales, le asignaron

(1) Memorias del baron de Besenval, t. 2. p. 299.

una corta de árboles (*une coupe de bois*) de novecientas mil libras (1).

Pero hé aquí de repente una noticia vaga que circula, y poco á poco se acredita y asegura, que los comandantes é intendentes de provincia han recibido orden de irse á sus respectivos destinos; que han visto salir de Versailles correos portadores de pliegos reservados que el mismo día debían abrirse en todas partes; y por último, que impresores encerrados en un obrador rodeado de tres filas de bayonetas (2) trabajaban sin descanso en componer el testo de temibles edictos.

En el interin habiendo ganado d'Eprémenil á la mujer de uno de los oficiales de la imprenta real, logró aquel echar por la ventana una prueba de los edictos arrollada en una bola de barro; y así es como llegó á oídos del Parlamento que iba á cerrarse el salón de sus sesiones, á dispensar á todos sus miembros y á convocar otra junta cuyas funciones fuesen obedecer.

Fácilmente se conoce cual sería, al divulgarse esta nueva, la consternacion en unos y la cólera en otros; y todos exaltados por el

(1) *Ibid.* p. 300

(2) *Periódico de los acontecimientos del mes de mayo de 1788*, impreso en el tomo I de las *Obras maestras político-literarias*.—*Memorias histórico-políticas*, t. 6, p. 185

peligro, juraron quedar unidos, y en una sesión á la que asistieron los Pares del reino, los duques de Uzés, de la Rochefoucauld, de Praslin, de Filz-James, etc., acordaron que la inviolabilidad del Parlamento no era menos sagrada que la del Rey.

Entonces se firmó la orden de llevarse á Goislarde de Montsabert y á d'Epréménil, que debia ejecutarse en la noche del 4 á 5 de mayo; pero avisados ambos magistrados por un miembro del Consejo, se escaparon de su casa al amanecer y se refugiaron en el palacio de justicia.

En la apertura de las Cámaras, oyen los parlamentarios el parte de los dos fugitivos, á quienes ponen bajo la protección del Rey que les yere, y de la ley que este olvida, y envían á Versailles una diputación cuyo regreso aguardan en sesión.

A eso de la media noche se oyen pasos de caballos... era un regimiento que iba á cercar el palacio (1). De otra parte anuncian que los tribunales se llenan de centinelas, que los zapadores se colocan delante de las puertas con el acha levantada; y al punto los miembros dispersos por los pasillos se reúnen en Cámara, en la que se encuentran á consecuencia del desorden de la jornada, personas

(1) *Memorias de VVeber*, t. I, cap. II.

agenas, á las deliberaciones, debiendo retirarse aquel público improvisado á la Cámara de la Tournelle (1), que en el acto fué asaltada.

Cansado así el Parlamento de la severidad de sus costumbres, aguardaba irritado y silencioso, cuando se presentó el marqués de Agoust mayor de las guardias francesas. Es preciso leer aquella escena memorable, tal como la refiere, bajo el dictado de sus vivos recuerdos, uno de los miembros del tribunal supremo (2). Era de noche y tan solo una opaca luz iluminaba la gran Cámara, en la que reinaba el más profundo silencio, añadiendo á la tranquilidad de aquella hora avanzada, la magestad terrible de las circunstancias. A la vista de aquella Asamblea en que se hallaban sentados ciento veinte magistrados de toga encarnada, maitres de France: obispos, pares y príncipes de la Iglesia, el mayor se turbó, y con voz alterada leyó la orden de arresto dada contra Gossard y d'Épremenil. «El tribunal va á deliberar sobre esto», dijo el presidente, y como el marqués Agoust le instase á entregarle los dos magistrados, respondió con aire de desprecio: «¿Dónde están los señores de Montsabert y d'Épremenil? pre-

(1) Dabase este nombre, en París, al tribunal del crimen, una de las salas del Parlamento. (N. del T.)

(2) Sallier, *Anales franceses*, lib. VI.

guntó el mayor á quienes no conocia.—Todos nosotros somos d'Eprémepil y Montrabert,» gritó un miembro de la Asamblea, cuya exclamacion repitieron todos á la vez. Desconcertado el mayor se retira á recibir nuevas órdenes, y muy pronto los diputados del Parlamento que habian vuelto á Versailles, hacen saber á sus colegas que Luis XVI no quiere recibirles, y que la respuesta escrita en que Lamoignon les participaba aquella negativa, se habia hecho esperar hasta media noche, aun cuando el Rey estuviese de vuelta de caza desde las ocho de la misma que los magistrados pasaron en el santuario de la justicia, semejante entonces á una ciudadela sitiada.

A las once de la mañana, presentóse de nuevo el marqués de Agust, acompañado de un oficial de corto uniforme, á quien ordenó de parte del Rey, designar á d'Eprémepil y y Montrabert, el que recorriendo con la vista toda la Asamblea declaró que no los veia. «Cuidado con eso, replicó d'Agust: la orden del Rey dice que me lo señalareis.—A fé mia, señor, repito que no los veo en ninguna parte (1); y se disponia á salir el marqués, cuando llamándole d'Eprémepil le dijo: «Yo soy

(1) *Memorias histórico-políticas del reinado de L. XVI*, t. VI, p. 190.

el señor d'Eprémenil: mi conciencia me prohíbe obedecer á órdenes arbitrarias; y si me resisto, ¿emplearán vuestros soldados la fuerza? A la afirmativa del mayor para evitar el escándalo de una violencia á mano armada, declaró d'Eprémenil que se entregaba; pero antes de seguir al marqués de Agust, llamó la atención al Parlamento, diciendo: yo soy la víctima que acaban de inmolar en el altar mismo.... y suplico á la junta que no olvide nunca la adhesión que le he manifestado, siendo siempre digno de la suerte que me se reserve: • dicho esto abrazó á los amigos que lo rodeaban, les recomendó su familia, hizo como que se inclinaba profundamente ante aquella Asamblea que ya no respetaba la fuerza, y con paso firme subió en el carruaje que debía conducirle prisionero á las islas de Santa Margarita. Goislard de Montrabert que había imitado su valor, fué trasladado al castillo de Pierre-Encire.

Treinta horas llevaba el Parlamento de sesión, que antes de levantarse esta, decretó representaciones en que elogiaba al Rey la noble arrogancia de los magistrados prisioneros cuya libertad pedía: salió en seguida entre dos filas de soldados, y el mayor cerró las puertas del palacio, llevándose todos los gerundios las llaves (1).

(1) *Memorias de VVeber*, t. I. p. 210.

Después de semejante atentado contra los individuos y con la ayuda de la consternación que debió causar, Brienne y Lamoignon se apresuraron a dar un golpe maestro. El 8 de abril en Versalles un solemne solía en que el discurso del monarca, lejos de apaciguar los espasmos agitados, los exasperó mucho mas. Luis XVI habló con tono breve e imperioso, censurando enérgicamente las digresiones de que el Parlamento de Paris diera ejemplo a los demas tribunales, y a su vez Lamoignon pidió la palabra, y justificó los edictos que iba a presentar, tres de los cuales habian de permanecer en la celebridad.

Quitaba el primero al Parlamento el conocer en los procesos criminales implicando a los sacerdotes ó nobles, y de los negocios civiles que no llegasen a veinte mil libras, los cuales serian juzgados sin apelacion por cuarenta y siete grandes Bailes establecidos en el reino á fin de que administraran la justicia mas espedita y menos costosa.

El segundo edicto borraba de nuestro código criminal las últimas huellas de las épocas de ignorancia y de barbarie, lo que venia á ser como un eco que repetia la voz de los filósofos. Por fin, un rayo del genio de Voltaire se deslizó hasta el fondo de aquellos tenebrosos procedimientos cuyas formulas vagas é ininteligibles, solo valian algo para el

verdugo. Un pensamiento de tolerancia penetraba en aquellos asilos de terror donde tantas veces se vieran acusados sin garantías temblar ante jueces inflexibles. Lamoignon abolía con su edicto el interrogatorio que tenía lugar en el banquillo que espanta al reo y le envilece; la primera cuestión que arrancando al dolor los falsos secretos de la conciencia, fuerza á los desgraciados á calumniar su alma por aliviar á su cuerpo, prohibía el uso de estas locuciones con un laconismo homicida; y otros casos derivados del proceso, bárbaros protocolos, cuyo estilo aun menos francés que el sentimiento que los dictaba, mandaba al juez especificar los delitos para que fuese posible al menos compararlos con los castigos. «En lo sucesivo, decía el guarda-sellos, se articulará el crimen en proceso, y si la pena sigue-se al delito, se indicará este al lado de aquella.» Declaraba en fin, que cuando un acusado resultara inocente, el Rey le indemnizaría de su real patrimonio á falta de otro recurso. De esta suerte la redacción de nuestras leyes criminales, reflejaba los luminosos escritos de los Servan, Dupaty, Brissot (1), las admirables

(1) Véanse los *Discursos sobre la administración de justicia criminal*, publicados en 1766, por Servan; la *Memo-ria de tres hombres condenados á la rueda* (suplicio que usaban en Francia), por la que Dupaty salvó la vida á tres acusados; y la *Teoría de las leyes criminales*, publicada por Brissot en 1780.

alegaciones del defensor de Calas y el libro inmortal de Beccaria. La humanidad servia de preámbulo á la justicia.

El Parlamento debió escuchar respetuosa y silenciosamente la lectura de aquellas nuevas leyes cuya sabiduría era evidente. Pero el edicto que escitó la indignacion y el descontento, fué aquel que haciendo revivir una institucion gótica de la monarquía antigua, establecia (1) *un Consejo pleno*, supremo tribunal encargado tan solo en adelante del registro de los impuestos y de las leyes, en que tenia entrada la primera sala del Parlamento para la esclusion de las pruebas judiciales, y á la que asistian los principes de sangre, los Pares del reino, el canciller (2), los grandes oficiales de la corona, dos mariscales de Francia, preladados, gobernadores de provincia, diez consejeros de Estado ó *Maitres des requetes* (3), y cuatro personajes distinguidos á eleccion del soberano. Cada uno de los parlamentos de provincia no era representado mas que por uno de sus miembros.

Sometido de esta suerte el Consejo pleno

(1) Intitulaban la ley: *Edicto que contiene el restablecimiento del Consejo pleno*.

(2) Gefe supremo de justicia en Francia. (N. del T.)

(3) Magistrado de París, que hacia relacion de las peticiones de las partes en el Consejo del Rey, donde tenian voto deliberativo. (N. del T.)

á la influencia de los ministros y puesto á disposicion del principe, no tenia mas que la apariencia de una oficina de cortesanos cuyas funciones serian cubrir con la hipocresia del registro, el escándalo de una adhesion demasiado complaciente.

El mismo dia de aquel famoso sόlio, se declaró vacante el Parlamento y el palacio cerrado. La gran Cámara que por otra parte tenia órden de permanecer en Versailles, no sabiendo donde reunirse, anduvo errante algun tiempo por la ciudad, concluyendo por convocarse no en un juego de pelota, sino en una hosteria (1), y preciso es decirlo, parecia someterse gustosa. Se cree cierto que pocos dias antes de establecerse el sόlio, el guardasellos Lamoignon habia sondeado ya á los miembros de mas influjo en un banquete espléndido á que asistiera Roberto de Saint-Vincent. El presidente de Aligre estaba sobornado, y se esperaba el voto del severo jansenista, cuando de pronto dándose en la frente como para sacar de ella las luces de su conciencia, Roberto de Saint-Vincent se pronunció contra las innovaciones del ministro (2).

Como quiera que sea, ligados los viejos

(1) *Memorias de Weber*, t. I, p. 219.

(2) Notas comunicadas por un antiguo consejero á M. Eugenio Labaune. Véase su *Historia monárquico-constitucional de la Revolucion Francesa*, t. II, p. 234.

magistrados por el juramento del 3 de mayo, se contrataron no aceptar nunca funcion alguna «en el nuevo Consejo llamado pleno.» En vano procuró el Rey tener en sus aposentos una sesion régia para confirmar su voluntad de la vispera, porque la gran Camara persistió, y afirmando la energia de sus resoluciones, no hizo Luis XVI otra cosa que descubrir la debilidad de aquello. Fue menester despedir á aquellos intratables parlamentarios que no querian ni hacerse dueños y señores del Estado, ni que se hiciesen dueños y señores de ellos.

El edicto sobre el Consejo pleno, puso en conmocion y alboroto á todo París, abundando los chistes como de costumbre, con la diferencia de que ahora eran amargos y la risa general encerraba cólera que antes no tenía. ¡Qué bueno fuera ver los edictos registrados por el caballero mayor! ¡y la conveniencia de los impuestos juzgada por el capitán de guardias de corps! Recorriendo la lista de los miembros del Consejo pleno, exclamó uno: «¡Ah! pero esa es la hora de levantarse el Rey, (c'est un lever du roi) (1);» todos repitieron estas palabras porque eran justas. No dudaban que la intencion de Luis XVI era eludir los Estados generales, y que el Consejo

(1) *Periódico de los acontecimientos de mayo de 1788.*

plano fúe precisamente instituido en equivalente. Pero, ¿qué era aquella representación de la Francia nombrada secretamente en los retratos de Trianon?

Encendiéronse las provincias y entonces pudo juzgarse cuán necesaria era una gran revolución que llevase á la Francia el beneficio; pues si la clase media y el pueblo todo clamase un anatema al Consejo pleno, porque era una prueba de despotismo ministerial, la resistencia de la nobleza y de los parlamentos tomaron otro carácter muy diferente: gentes de toga y espada se sublevaron contra el consejo pleno por espíritu de federalismo y porque era este un esfuerzo hacia la unidad. Así es como el parlamento de Besançon arriesgó esta sacrilega afirmativa: «Las leyes de un vasto reino no deben ser uniformes (1).» A su lado y desde lo alto de sus Pirineos, la nobleza de Bearn (2), invocando el recuerdo de Enrique IV, se atrevió á decir: «Reclamamos nuestro contrato y la fé de los juramentos de un rey á quien amamos (3).» En términos mas osados aun se espresó la nobleza de Bretagne (4), la cual, por orden del conde de Bot-

(1) *Introduccion á los fastos de la Revolución*, por Marrast y Dupont, p. XII.

(2) Bearne, provincia de Francia. (N. del T.)

(3) *Memorias histórico-políticas*, t. VI, p. 295.

(4) Breñaña, provincia de Francia. (N. del T.)

herel, procurador síndico de los Estados bretones, declaró reclamar formalmente la ejecución del contrato matrimonial del rey Luis XII con la duquesa Ana, con relación á las libertades y costumbres particulares de la provincia (1).» Acometer al Parlamento, esclamaba el orador del presidial (2) de Rennes, es violar el contrato de union (3). Romper el contrato da union, es decir que á los ojos de los gentiles-hombres y de los parlamentarios de provincia, el verdadero crimen de los fundadores del consejo pleno, era haber querido destruir la anárquica diversidad de jurisdicciones locales, haber intentado crear á todos los franceses una patria comun. ¡Qué estravagancia! el establecimiento del consejo pleno tenia tan solo una parte real y verdaderamente inespugnable y alli era á donde dirigian los golpes. Lo que no se perdonaba á los par-

(1) *Protesta del procurador síndico de los Estados de Bretaña.*—Este documento y todos los que tendremos ocasion de citar concernientes á los disturbios de Bretaña, forman parte de una preciosa coleccion de piezas oficiales cuya atenta comunicacion debemos al general Thiard.

(2) Presidial era en Francia una jurisdiccion de ciertas baillias ó senescalías reales, que conocia sin apelacion en ciertos casos y en determinadas sumas ó cuantías.

(N. del T.)

(3) Discurso de René-Francois Drouin.—*Extracto del registro de las deliberaciones de la junta del presidial de Rennes.*

tidarios de los nuevos edictos, era pretender «que el reino no necesitaba mas que una sola ley, un solo registro (1);» de suerte que los dos enemigos entonces presentes veian en una parte el despotismo ministerial, y en otra el federalismo.

De ambas fuerzas nocivas, la segunda no era ciertamente menos opuesta que la primera al genio de la Revolucion; pero la monarquía habia cansado de tal suerte al reino, que todo lo que procedia de ella parecia tan sospechoso y sus ministros habian abusado hasta entonces tan cruelmente de lo arbitrario, que el pueblo no titubeó en tomar su partido para los Parlamentos; así bien la causa del federalismo se ocultaba detrás de la cuestion del derecho. ¿No ocupaban los Parlamentos el puesto de los Estados generales? ó mas bien, ¿entretanto no representaban á la nacion? Quitarles, ¿no era manifestar que se creia poner en adelante á la monarquía al abrigo de toda clase de registro? Hé aquí con que especiosos pretextos cubrió su revuelta el federalismo provincial: el pueblo se engañó llevado por otra parte de un ardiente deseo de agitacion, y vió el raro é inaudito espectáculo de pasiones revolucionarias estrechándose al servicio de un pensamiento de contra-revolucion.

En Bretaña, esta alianza tuvo algo de bri-

(1) *Correo de Europa.*

llante. No bien llegó a Rennes la noticia de los edictos de Lamoignon, que todas las corporaciones de la ciudad como junta del presbital, real sala de la direccion de aguas, colegio de procuradores, facultad de derecho, capítulo de la iglesia de Rennes, oficiales de la milicia urbana, asociacion de estudiantes, comision encargada de la navegacion y consulado, corrieron al agruparse alrededor del Parlamento. y el grito general fue el que levantará el decano de los abogados, Guy Le Chapelier, el mismo que en el seno de la Asamblea Nacional iba a dar un golpe tan aspero al pasado: «Pueda nuestra constitucion preservarse de todo ataque» (1). Asi, cuando a las siete de la mañana del 10 de mayo de 1788, el comandante y el Intendente de Bretaña, el conde de Thiard y Dufrane de M. Leville se presentaron en el palacio para hacer registrar a la fuerza los edictos, en toda la ciudad se notó un movimiento de furor. Tan pronto como hubieron llegado los comisionados del rey a las puertas de las Camaras, despues de haber mandado colocar bajo las bóvedas y en las gradas a la guardia que les acompañaba, tuvieron que sufrir una insultos y vejaciones; pues la multitud que entrara con ellos les se-

(1) Discurso de Le Chapelier, en la coleccion que nos comunicó el general Thiard. (1)

guia injuriándoles y llenándoles de oprobios (1). Antes de recibirles, los magistrados enviaron al escribano en jefe á que les pidiese sus cartas credenciales, y se vieron en la precision de pasearse algun tiempo por el salon y los corredores, juguetes de la toga subalterna (2), hasta que admitidos por último, pero sin haber sido obligados á recurrir á la amenaza, tuvieron la humillacion de ver cubrirse la corte, en el momento de abrirse las puertas, y desviarse los magistrados del asiento que debían ocupar. Al salir les aguardaba la indignacion del pueblo que estalló con ímpetu contra ellos contra Bertrand de Moleville á lo menos, porque el conde de Thiard habia manifestado siempre tanta moderacion como tenacidad militar y al intendente era á donde con especialidad marchaba el ódio y la aversion general (3). Apenas pasó este por el círculo de tropas que cercaban el edificio, cuando terribles imprecaciones resonaron en el espacio, y una cuerda de nudos corredizos le envió una piedra que cayó sobre su cabeza (4). La multitud era cada vez mayor, y como va-

(1) *Resúmen de lo que pasó en el Palacio de Rennes, el 10 de mayo de 1788, reunidas las cámaras.* 1788.

(2) *Ibid y Memorias de Weber, v. 1, p. 222.*

(3) *Resúmen de lo que pasó en el palacio, ubi supra.*

(4) *Ibid.*

rios estudiantes arrancasen las bayonetas á los soldados, empezaba la pelea cuando un generoso oficial del regimiento de Rohan, llamado Blondel de Nonainville, abriéndose paso entre aquel tumulto, tira á larga distancia su espada y esclama: «Amigos míos, no nos degollemos. Soy ciudadano como vosotros... ¡Soldados... alto!» noble rasgo que cambió de súbito las disposiciones de aquel inmenso gentío. Todos rodean al oficial, le abrazan, y algunos hombres del pueblo le ponen sobre sus hombros: pero los soldados engañados en el sentido de aquella demostracion, se impacientan, emprenden el combate, y como recibiese Nonainville una herida en la megilla en medio de la confusion, esclama al punto señalándola con el dedo: «Esto no es mas que sangre,» y por segunda vez aplaca el pronunciamiento. Pero no tardó en renovarse el desorden, y la nobleza de Bretaña redactó en forma de protesta un acto de acusacion formal contra los ministros Brienne y Lamoignon.

«El primer crimen de los mayordomos de palacio, se decia en ella, fué trastornar las leyes, y el segundo usurpar el trono. En épocas menos remotas, el cardenal de La Balue, aquel modelo de ingratitud, no tuvo inconveniente en vender á su Rey y á su bienhechor: el cardenal de Richelieu no hizo correr la sangre mas ilustre ni esclavizó á la nacion, sino para

sugetar al rey á sus caprichos: el cardenal Mazarin no sublevó al pueblo, ni privó á la Francia del socorro de un héroe mas que para saquear los tesoros del Estado... crímenes todos que prueban cuan prudente es la constitucion que les oponen corporaciones de magistrados demasiado vigilantes para que se les pueda ocultar la verdad, y demasiado numerosos para que se les pueda seducir (1).»

Nada mas discreto que esta memoria, en que la cuestion del federalismo estaba disfrazada con mucho cuidado, y en que la del despotismo ministerial tan solo estaba puesta en relieve.

Por lo demas, los nobles de Bretaña no se limitaron á protestas por escrito, enviando al Rey una diputacion compuesta de doce de ellos que eran los condes de La Fruglaye, de Guer, de Netumieres, de Boc-Le-Lievre, los marqueses de Montluc, de Tremergat, de Carné, de Vedée, de La Bourrie, de La Feroniere y el vizconde de Ciccé, á quienes Brienne hizo echar ignominiosamente á la Bastilla.

En el Delfinado (2) como en Bretaña, atrajeran los parlamentos hácia ellos la cólera del pueblo; pero la resistencia que empezara

(1) Memoria de la nobleza de Bretaña al rey, remitida al conde de Thiaré, el 26 de mayo de 1788.

(2) Provincia de Francia.

(N. del T.)

en el tumulto, acabó por producir en Grenoble escenas llenas de grandeza.

Como Clermont-Tonnerre, comandante en el Delfinado, recibiese orden de desterrar al Parlamento, tocaron á alarma y llevando de campanario en campanario el sobresalto á la cumbre de las montañas vecinas, hizo descender de ellas á hombres robustos é intrepidos que llenaron con su audacia á la ciudad. La guardia del comandante fué dispersada y muy pronto su palacio invadido. Hubo algunos que cogieron al duque por el cuello, amenazándolo con colgarlo de la araña de su salón, y levantaron sobre su cabeza un hacha que desviada por un oficial, quedó suspendida hasta firmar la orden que rebocaba el destierro del Parlamento, al cual marchó este rechazando aquellos preparativos de un motín que le infundía terror.

A la sazón apareció Monhier, amigo de Necker, sistemático admirador de las instituciones inglesas, y de esos hombres que quieren se haga á todo trance lo poco que desean. Incomodado de la continuacion de tantos desórdenes, y convencido de la necesidad de arreglar su acción, formó en su casa una junta compuesta de los individuos de mas influencia en las tres órdenes de la provincia, y allí acordaron que el 21 de julio de 1788 una Asamblea formal, encargada de sellar entre

las órdenes un pacto de union, se quedaria en el castillo de Lesdignieres en Vizille y no lejos del sepulcro de Bayard. El mariscal de Vaux, soldado rudo, cuya aspereza habia hecho dar por sucesor al duque de Clermont-Tonnerre, se apresuró á inundar de tropas las avenidas de Vizille. No por eso se mostraron enmovidos ni admirados los diputados del Delfinado, pues en medio de las bayonetas fueron á proclamar, con toda la magestad y con todo el sosiego del derecho, al fin victoriosos, principios que en parte iban á ser de la revolucion francesa. Ya en una declaracion redactada por Monnier, el *consentimiento de los pueblos reunidos en Asamblea nacional*, se declaró constitutivo del estado social. Acordóse en Vizille que se convocaria al Parlamento del Delfinado; que seria desechado todo impuesto sino se hubiesen reunido antes los Estados generales; que los privilegios particulares en la provincia, se sacrificarian á la gran ley de la unidad francesa; que las órdenes del clero y de la nobleza en el Delfinado, formarían una sola cámara y que la tercera parte se compondria de un número de individuos igual al de las otras dos órdenes reunidas. Asi en todas partes se levantaron contra Brienne, pero no le fué mas favorable el clero que los parlamentos y la opinion. En una Asamblea extraordinaria convocada por él, los

principes de la iglesia que dirigia Themines, obispo de Blois, hicieron exhortaciones en que cubrian su egoismo con el manto del interés público y partidarios del cederalismo, esponian sus tristes doctrinas en estos términos: «Es muy esencial que todos los paises observen las leyes, pero no lo es que todos tengan las mismas. La unidad de tribunal en Francia, no es una ventaja sino tanto como la uniformidad de las leyes podria ser una de ellas (1).» Ademas, fué muy licito creer que esta censura del Consejo pleno, fuese solo por parte del clero, un medio de conservar sus privilegios financieros cuando le vieron rehusar hasta la miserable cantidad de mil ochocientas libras que Brienne le pedia. Cargar impuestos á los bienes del clero que pertenecen á Dios, era segun sus obispos, cometer un enorme sacrilegio.

Entretanto, no se llenaban los empréstitos; el crédito habia espirado; los capitales no circulaban ya, y no pudiendo el principal ministro compensar los servicios sino con anticipos cada vez mayores y en adelante imposibles de renovar, veia acercarse la quiebra á pasos agigantados. Pero mientras que su señor pasaba los dias enteros en la caza, y parecía temer se sospechase de gobernar él, con

(1) *Mémoires historiques-politiques*, t. VI, p. 496.

la mirada firme y aire risueño, representaba á la vez el vigor de Richelieu y la delicadeza de Mazarin, diciendo con la vanidosa afectación de un hombre profundo: «Todo lo he previsto, hasta la guerra civil» (1).

Era necesario no obstante tranquilizar á la nación y pagar á los acreedores del Estado. Brienne prometió los Estados generales para el 1.º de mayo de 1789 (2); en cuanto á los acreedores, se publicó un edicto en que se les anunció que despues de una suspension de pagas de seis semanas, se les pagaria tres quintas partes en metálico, y las dos restantes en billetes admisibles en comercio (3). No tardó en apoderarse el espanto de la recelosa multitud de capitalistas y todos corren á cambiar sus billetes por escudos (4) á la caja de descuentos; pero no teniendo esta en dinero efectivo mas que una pequeña parte de sus fondos, otro decreto debió venir en su ayuda autorizándole á que pagase los billetes en letras de cambio y estas en billetes. Brienne trataba de manejar el terrible instrumento de que se armara el genio de Law en sus com-

(1) Sallier, *Anales franceses*, pág. 193.

(2) Decreto del Consejo de 8 de Agosto de 1789.

(3) *Decreto concerniente á la forma de pagas*, era el título del edicto. —Rivarol, consultado por el ministro, tuvo á bien llamar á sí á aquella medida financiera.

(4) Moneda del valor de tres pesetas. (N. del F.)

bates con la usura; mas no teniendo ni la inteligencia del inmortal escocés, ni su mirada perspicaz, ni su grande alma, ¿cómo se hubiera salvado el arzobispo de Tolosa donde pereciera el mas fuerte de los asentistas?

Un ministro que al desacierto de haber cerrado el capitulo de las profusiones, unia el de verse casi sin recursos, debia tener naturalmente en contra suya, cortesanos habituados á hacer bolsa, cosa comun con el Tesoro público (1). El conde de Artois se declaró primero (2), y Brienne sucumbió.

Maria Antonieta solo consintió llorando á la vuelta del arzobispo para el que obtuvo el capelo de cardenal y le colmó de beneficios.

Sin embargo, al llegar á oídos de los parisienses la caída del ministro, su alegría se convirtió en entusiasmo que fué mayor, cuando pocos dias después supieron la retirada de Lamignon y la convocacion de los parlamentos. Los prisioneros bretones encontraron un medio de iluminar un instante la plataforma de la Bastilla y celebraron el triunfo de la opinion con cohetes y fuegos artificiales. Pero los dos ministros quemados en efigie; la

(1) Se lee con este motivo en las *Memorias manuscritas de Brienne* que Calonne habia arrancado al Rey novecientas mil libras para pagar las deudas de M. de Vaudreuil.

(2) *Memorias de Besenval*, t. II, p. 328.

intervencion brutal de los soldados; el fusileo; las calles Meslay y Santo Domingo, el Puen-
te nuevo y la plaza de Greve ensangrenta-
das; varios ciudadanos indefensos, tales como
Florian el romancero, maltratados ó heridos
en los arrebatos de una cólera ciega; todo es-
to decia muy bien que en adelante la caída de
los malos poderes seria antes de hacerse oca-
sion de fiesta, el premio de un combate!

Necker fué llamado, y por el admirable
prestigio que adquiriese su nombre, volvió á
traer el crédito (1); pero mientras que toda
la Francia aplaudia, Luis XVI decia triste-
mente: «Me han hecho llamar á Necker, y yo
no queria, no tardarán en arrepentirse.»

Ahora, ¿dónde encontrar en la historia
un príncipe que tanto y aun mas completa-
mente que Luis XVI, haya sido juguete del
destino? Debe perecer á causa de una revolu-
cion, y mucho tiempo antes que aquel pon-
ga la mano sobre él, esta le atrae, le ator-
menta, le fascina. Por otra parte, ni conce-
siones, ni súplicas, ni amenazas, nada puede
conjurar el peligro: recúrrese á los diputa-
dos; no hacen otra cosa que añadir á la emo-
cion general el ruido de sus debates: dirí-
gense á los parlamentos, se sublevan y po-

(1) Véase el cuadro de la segunda administracion de
Necker en Menthon.

nen fuego á la opinion pública: implórase al clero, vuelve las espaldas con orgullo y desprecio. Cuando la corte está contenta y satisfecha, la nacion se enfurece; cuando está algo tranquila, aquella gruñe y se queja: búrlese de las economías de Luis XVI; indígnanse de las prodigalidades de sus ministros: si él se vale de la astucia, ella no le respeta; si emplea la faerza, le aborrece; si se resigna á proponer reformas, declara como una usurpacion su iniciativa: sometido á la voluntad de una mujer dominante y temblando á la voz de un gran pueblo despierto, pasa la debilidad á la cólera, y de esta á la indiferencia. ¿Qué habia de hacer pues? No pudiendo ya ser gobernada la nacion, tuvo que venir ella misma á reclamar al gobierno y se prometieron los estados generales.

Lo que queria decir que la revolucion llegaba con todos los resentimientos legítimos y todas las pasiones que por espacio de muchos siglos, se habian amontonado en el corazon de los hombres. ¿Y cómo detenerla? Para esto hubiera sido necesario suprimir la historia.



CAPITULO VII.

Movimiento de las elecciones.

Agitación universal.—Espíritu de la nobleza, del estado llano.—Discusiones públicas.—Palacio real.—Consejeros de Necker.—Segunda asamblea de diputados.—Acaba el papel del Parlamento.—Real decreto del 1.º de enero; estreñas del pueblo.—Reglamento del 24 de enero.—Elecciones.—Combate de la nobleza y de la clase media en Rennes.—Mirabeau en Provenza, su retrato.—Robespierre en Arras, carta inédita de Robespierre.—Elección del duque de Orleans.—Descripción de París durante las elecciones; fiestas, miserias y hambre.—Verdadero carácter del primer motin de la revolu-

ción. — Problema social en un pronunciamiento.

Desde el 8 de agosto de 1788, día en que Brienne, á fuerza de expedientes, anunció la convocacion de los Estados generales, hasta el 5 de mayo de 1789, día en que se abrieron dichos Estados en Versáilles, presenta la Francia un espectáculo sorprendente; el de un pueblo que despues de algunos siglos de silenciosa monarquía, se despierta de pronto en medio de un ruido formidable de elecciones. Mas tarde cuando se presentó la Asamblea, todo se quedó en silencio para oirla, y cuando fué prometida, todo se agitó para crearla. Las ideas, las pasiones que concentradas despues en la Representacion nacional, estallaron con imponentes luchas de grandeza, buscándose y llamándose de un extremo á otro de la Francia, la llenaron de ese intrépido desasosiego que revuelve los ejércitos la víspera de los grandes días. La paz reinaba en todas las fronteras; afuera ni el menor grito de guerra, y la Francia solo tuvo que alterarse por las batallas que tenían lugar en su mismo seno.

¿Cómo explicar el desorden que se apoderó de la nobleza? Entonces se vió bien lo que valian aquella fastuosa proteccion, ó aque-

lla especie de elegante complicidad con que los grandes señores en vida de Voltaire y Rousseau, se habian complacido en rodear á la filosofía. En aquel tiempo querian separar de la espesura de sus cotos, ermitas que ofrecian gustosos, como asilos llenos de inspiracion; los principes solicitaban lecturas, y la mano de las cortesanas contribuia al adorno y embellecimiento del gabinete de estudio. Cortesania de la vanidad; pues desde que se trató de sobrepasar al buen gusto de la moda; desde que apareció por un solemne decreto que aquellos libros que era grato y divertido aplaudir cuando los quemaba el verdugo, se hacian asambleas ó iban á hacerse leyes, se alarmó la nobleza y de su brillante benevolencia no quedó mas que el orgullo. Solo una pequeña minoria de los nobles se mostró generosa y permaneció tranquila, pues en los demas todo era rabia y confusion.

Alentado por las sonrisas de la reina, un estrepitoso estado mayor de enojados gentiles hombres se formó al rededor del conde de Artois, del principe de Condé, del duque de Borbon, del duque de Enghien, y pasado algun tiempo recibió Luis XVI la *Carta de los principes*, redactada por M. de Monthyon en que se declaraba al reino en peligro; se ostentaba á lo lejos la magestad del trono entregada á los azares de un debate público, los de-

rechos de las dos primeras órdenes ignominiosamente discutidos la abierta al pié de las fortunas y la desigualdad de bienes denunciada despues de la de rangos; y por último se hablaba de una protesta posible de los diputados armados, de un pronunciamiento en las provincias que preveer..... «¿Podrá el Rey, exclamaban últimamente los príncipes ligados, resolverse á sacrificar, á humillar á esa valiente, antigua y respetable nobleza que tanta sangre ha vertido por la patria y por los reyes? (1)».

A cuya pregunta contestó una voz que salió de la multitud: «¿Y la sangre del pueblo es agua?»

A las imprudentes demostraciones de los gefes de la aristocracia, un grupo de señores mas graves intentaba oponer el ejemplo de una generosidad teatral: treinta duques y Pares se dirigieron al Louvre con la mayor solemnidad para ofrecer al rey el abandono de sus privilegios pecuniarios. Pero las transacciones son sospechosas cuando la necesidad manda, y el genio de las revoluciones tiene derecho de ser sospechoso. En un paso que aminoraba la ostentacion, el pueblo vió un ardid, la nobleza una perfidia de que se mez-

(1) Carta de los príncipes en la *Historia parlamentaria* de MM. Buchez Roux, t. I, p. 236 y siguientes.

ció el buen humor francés, causando este incidente la pregunta de: «¿Habeis visto la carta de los tontos y Pares?»

Pero para conocer el verdadero espíritu de la mayoría del orden, es necesario valerse de los cuadernos de la nobleza (1).

Y qué pedían en coalicion la mayor parte de aquellos cuadernos ó actas? Garantías contra el rey, contra el clero y contra el estado llano:

Contra el Rey, la supresion de la Bastilla temible á tantos gentiles-hombres, la convocacion periódica de los Estados generales, y la nulidad de todo impuesto no aprobado por la Asamblea;

Contra el clero, la abolicion de diezmos, la venta de una parte de los bienes de la Iglesia en vista del pago de la deuda y la extincion de las órdenes religiosas;

Contra el estado llano, la creacion de un orden de lugareños, la consagracion de la etiqueta en el seno de las Asambleas, la formacion de un tribunal heráldico para el examen ó comprobacion de títulos de nobleza, y el

(1) Para saber cuan diversos han sido, en los dos órdenes de la nobleza y del clero, los dictámenes emitidos por los cuadernos, puede consultarse el *Quadra comparativo* de Grille. París, 1825.—Fácilmente se concebirá que no hemos podido dar aquí mas que el color dominante de las opiniones expresadas.

derecho de ceñir espada reservado esclusivamente á los gentiles hombres.

En cuanto á su parte de sacrificio, hé aquí lo que acordaba la nobleza: la particion del impuesto, pero *temporalmente* y con la condicion que se habia de distinguir la *talla noble*, y por última la abolición de los derechos feudales pero mediante una indemnizacion de alto precio, pagadero en diez años.

Tales eran pues los sentimientos del cuerpo de la nobleza, y no sirviendo la generosidad de algunos de sus individuos mas que para irritar el orgullo de la mayoría, ese orgullo se extendia con el choque de las pasiones, en innumerables folletos, en tumultuosas reuniones y sangrientas lides que conducian provincias enteras, como la Bretaña, por la pendiente de las guerras civiles.

El clero se ejercitaba en la serenidad por que al fin su ministerio le encargaba la paz, le prescribia la atemperacion, y no obstante su secreta impaciencia, se destubria con el desorden de sus votos y raras contradicciones. Así y los sacerdotes confesaban humildemente en sus cuadernos los escándalos de la Iglesia añadiendo que es floja la disciplina: pero al mismo tiempo, atribuyen la desmoralizacion del siglo al influjo de la filosofía y qué proponen para obviar inconvenientes que se ponga en sus manos la educacion pública. Además, y

fuera de preocupaciones puramente sacerdotales, el clero mostraba tendencias verdaderamente liberales; renunciaba a sus privilegios, aceptaba la igual distribución de impuestos, pedía la abolición de trabajos onerosos al comercio y a la industria, y se decidía por la admisión del estado llano en todos los cargos de toga y espada hasta entonces reservados única y exclusivamente a la nobleza. Algunas voces expresaron un dictamen sensible, reduciendo a que los utensilios del pobre nunca pudiesen ser embargados, y que solo en Francia el jornalero se eximiese del impuesto. No olvidemos que el clero tenía en su seno altas dignidades y simples servidores, nobleza y pueblo.

El entusiasmo del estado llano llegaba a su colmo: allí reinaban la actividad de la inteligencia y la audacia; de allí subían a las clases superiores las turbulencias y las inspiraciones generosas; allí todo era cuestión de victoria; en otras partes no se organizaba mas que la derrota, y todos se disponían a morir. Cuando en el decreto que prometía los Estados generales, había dicho Brienne: Se da vida a todos los sabios y personas instruidas del reino, y en particular a todos los que componen la Academia de inscripciones y bellas letras de la heroica villa de París, ya que miran al guarda-sellos los indicios y memorias sobre los

objetos contenidos en el presente decreto (1). el ministro no se atenia indudablemente á semejantes cúmulos de pesquisas y de ideas; preguntaba al saber y respondia la pasion; pero aquello fué precisamente lo que debia constituir la solemnidad de aquellos dias: el saber era la pasion.

Kersaint, en el *Bon sens*; Brissot, Clavière, Condorcet, Target, Gerutti, Antonella y Volney en el *Monitor*; Thouret y Servan, uno en Rouen (2), otro en el Mediodia y Mounier en Provence, invocaban ardientemente los derechos del Estado llano; hablaban con elocuencia de la justicia, del derecho y de la razon. En el *Orador de los Estados generales*, folleto cuya vehemencia obtuvo un éxito brillante, se indignaba Garra del nombre de sujetos dado á los miembros de los Estados reunidos y recordaba que la nacion era el verdadero soberano, y el rey únicamente subdelegado suyo.

Folletos concisos, enérgicos, proclamaciones pintorescas pasaban de tienda en tienda, corrían de calle en calle, llegaban á los pueblos y á pesar de la mucha precaucion y vigilancia, penetraban hasta en el lugar del indigente:—*Aviso á los parisienses*.—*Aviso al pú-*

(1) *Coleccion de leyes*, por Duvergier, t. 1. p. 2.

(2) Ruán, provincia de Francia.

(N. del T.)

blico, — *Aviso á la gente honrada*, — *Modo de congregarse* (1), textos que se comentaban á la intemperie y llevaban á la multitud la emocion de los letrados. Algunos abogados dieron, en forma de memorias, consultas para la causa del estado medio (2). El médico Guillotin, con cuyo nombre iba á bautizarse el cadalso, redactó una *Peticion de los ciudadanos de Paris*, firmada por las seis corporaciones de mercaderes y presentada á los notarios con el espresado objeto. En seguida el Parlamento llamó á la barra, con el redactor del acta, á los notarios encargados de las adhesiones; pero las exigencias del pueblo eran tan imperiosas, que la magistratura no se atrevió á manifestar encono y aun pareció elogiar en su interior. Despues, todos los dias salian de Paris escritores para difundir en las provincias la vida exaltada de la capital. Volney se estableció en Rennes, como de centinela: Mangourit con *El Heraldo de la nacion* que publicó, entusiasmó á la Bretaña, y Cerutti escribia: «El pueblo es el único cuerpo que no vive de abusos pero que á veces estos le matan (3).»

No tardaremos en ver convertirse el Pala-

(1) Sallier, *Anales franceses*, p. 237 y siguientes.

(1) *Ibid*, p. 235.

(3) *Memoria para el pueblo francés*.

cio Real en el principal hogar de esos ardores: sus tres espaciosas galerías, construidas por el duque de Orleans; sus calles de pequeños tilos llenando las sombrías avenidas de castaños, serán el foco permanente de las citas de la multitud: en un jardín de príncipe, campo y foso á la vez, tribunos desconocidos subirán á las sillas y leerán al pueblo efímeros folletos, destinados al comentario de las aclamaciones ó rechifla; pero el Palacio Real no habia conquistado aun su borrascosa celebridad. No obstante, ya numerosas librerías provistas de los nuevos folletos hacian de estos la biblioteca de las pasiones, y prometia un teatro á dos oradores que presentaran á nuestra vista las escenas populares: al marques de Saint-Huange ausente algunos años hacia de Charenton hablando de la libertad con la cólera de la prision, y á Camilo Desmoulins quien, por su ardiente juventud, por las agudezas de su génio ateniense, empezaba á embelesar la revolucion de que fué víctima espiritual, inconsecuente y ligera hasta el cadalso.

Dos cuestiones de interés se habian apoderado de los ánimos.

¿Nombraría el estado llano tantos diputados como las dos órdenes reunidas?

¿En la Asamblea de los Estados generales, tendria lugar el voto por orden ó por cabeza?

¡Cómo! ¡no tendrían veinte y cinco millones de franceses el mismo número de representantes, que algunos centenares de privilegiados! ¡Cómo! á un lado una carta, un solo interés bajo dos formas; al otro, mil intereses diversos, la agricultura, el comercio, la industria, el foro, las universidades, las administraciones; aquí solo se oye un voto y á lo mas dos, allí mil... y osaban contestar á aquella asociacion tan importante, tan numerosa, tan multiplicada, tan activa del estado llano, una representación igual á la de dos órdenes que solo espresaban la idea del altar, y la idea de las armas!

Indudablemente, respondian los publicistas de la nobleza y del clero, se podria otorgar al estado llano la igualdad de representación si consintiese en la deliberacion por órden; pero no reclama esta en común, el voto por cabeza, ¿y qué importancia no tendria el aumento del estado llano?

Ya se concibe cuan fácil fué á Monniér, á Malouet, y á los escritores de la clase media, refutar tambien vanos argumentos. La duplicacion del estado llano era decisiva; imposible de negarse; pero no era justo y razonable que asi sucediese? Con tres cámaras que deliberaran á parte y cada una de ellas poseia derecho de veto sobre las otras dos, ¿que abusos se corregirian? Dejar á los que se aprovecha-

ban del mal la facultad de impedir al bien con su oposicion, ¿no era esto una locura? Por otra parte, ¿cuál era el medio de llegar á la unidad arrojando obstáculos tan insuperables, que produjese el antagonismo de tres cámaras soberanas? La misma ineptitud, y esta incapacidad por la anarquía.

De aquellos debates salió un libro terrible.

Chamfort habia entregado á las controversias de los salones este espresivo diálogo: «Qué es el estado llano?—Mucho y nada.» De aquí la célebre obra del abate Siéyes. ¿Y las órdenes privilegiadas? Ramas estériles á propósito para cortarse. El estado llano era *todo*, no habia sido *nada*, queria ser *algo*; y en un tratado breve dogmático, sentencioso, las tres fatales espresiones aparecian continuamente como las palabras del *testo* en un sermón arrebatado. El sacerdote político reprendia secamente y con imperio las cuestiones dilucidadas y las resolvía de un modo altanero, en nombre de la Iglesia... de la razón. «Teniais vuestra nobleza de la conquista, decís; pues bien, el estado llano se ennoblecerá conquistándola á su vez (1).» Otra publicacion que

(1) ¿Qué es el estado llano? cap. II, p. 13. Segunda edicion corregida en 1789.—Raro es el folleto que se encuentra hoy.

hizo época fué la de la *Memoria sobre los Estados generales*, por Avenel, conde de Entraigues, gentil-hombre del Vivarais. «Nosotros que valemus tanto como vosotros, prometemos obedeceros si respetais nuestros derechos, ó de lo contrario no.» Tal era el epígrafe que pidiera prestado el autor á las tradiciones de la libertad aragonesa.

El estado llano tuvo para él aquellos libros, la nobleza tuvo el Parlamento, y llamado este á copiar una declaracion del rey que anunciaba la próxima convocacion de los Estados generales, añadió: *Segun la forma observada en 1614*. Cláusula imprudente que manifestaba al fin las secretas tendencias de los parlamentarios y ponía desnuda la mentira de patriotismo! Su nueva popularidad cayó en un abrir y cerrar de ojos, y del apoyo que acababa de prestarle la magistratura, nada recogió el orden de la nobleza, á no ser un nuevo cúmulo de ataques y sarcasmos. En efecto, la erudicion no tardó en convertirse en un arma: se indagó ansiosamente lo que pasó en 1614 y se encontraron ejemplos de que se hicieron nuevos argumentos. En 1614 el estado llano habló al rey de rodillas. Era tambien necesario este requisito en 1789. En 1614 habiendo osado comparar el orador el estado llano las tres órdenes con tres hermanos, M. de Sénecey, presidente de la orden de

los nobles, fué á quejarse al rey de la comparacion como de un horrible escándalo (1): otro baron de Senecey iba á levantarse en los próximos estados y protestar contra toda palabra de fraternidad. En 1614, la nobleza de las diversas clases de la nacion se distinguió por diferentes hábitos, que se prohibiese á los lecheros tener armas de fuego y perros cuyos jarretes no se cortasen: se iban á reprehender tan insolentes peticiones?

Asi el combate reinaba en todas partes.

Pero mientras que con aquella fogosidad de espíritu parecia la Francia preparar una palestra á las futuras asambleas, el gobierno se mostraba turbado é indeciso. ¿Debia dejarse llevar poco á poco de la corriente de las ideas y de las cosas? ¿Podia retrocederse? ¿Qué responder á tan opuestos dictámenes? ¿y cuando apareciese en fin ante el trono alguna asamblea que llevase en sus entrañas todas las borrascas de la opinion, se la entregaria á sus propios ímpetus?

Los hombres consagrados á las inspiraciones de la simple prudencia, tales como Malouet, Monnier, el arzobispo de Burdeos (M. de Cicé), y el obispo de Langres (M. de

(1) *Proceso verbal de la nobleza en los Estados de 1614*, citado por Siéyes, á continuacion del folleto sobre los privilegios.

La Luzerne) rodeaban á Necker con sus recelos y con sus representaciones. Confiar el día siguiente al azar, hacer de la revolucion una aventura! no, no: era menester precaver las invasiones, imponer un marco á las reformas exigidas sobre el mármol de esta tribuna que se iba á dar á la audacia del nuevo espíritu; era necesario que desde el primer día pudiese el ministro depositar, en nombre del rey, un programa liberal pero limitado é inflexible, advirtiendo á la Asamblea que se la traian soluciones, no problemas, y que no tendria que pasar mas adelante. Asi contenido y dirigido, pasaria el torrente llevándose los abusos, dejando la monarquia. Iniciativa y voluntad en el gobiernó! Sino, la revuelta se haria gobierno, y entonces todas las puertas se abrian al desconocido.

Estraños consejeros que recomendaban la fuerza á los apuros! Se ha visto de cuantos medios ora prudente en apariencia, ora violentos y estremos, echó mano la monarquía para ser apta y no necesitar de nadie: sino hubiera sido absolutamente inútil, si no se hubiese reconocido incapaz de añadir sosedadamente el porvenir á su pasado, no habria apelado al socorro: su imprevision no fué mas que un resultado forzoso de su debilidad. El incógnito no era solamente su terror, que era tambien y sobre todo su miseria.

Así la dignidad real marchaba con emocion cada vez mayor á la cita solemne. Necker tenia una inclinacion decidida á las formas de la constitucion inglesa, pero no sin concebir vagos temores. En cuanto á Luis XVI, era ostensible su sobresalto. La apertura de los estados se señaló primeramente para el 1.º de mayo de 1789, despues se prorogó hasta el mes de enero, en seguida hasta abril, y últimamente hasta el 4 de mayo: se vacilaba en el instante porque se vacilaba en la cosa y el financiero Necker dejaba ver muy á las claras que miraba la data como un plazo.

Una disposicion muy imprevista acabó de descubrir el secreto de aquellas incertidumbres del poder; se supo que el 6 de noviembre de 1788 se convocaria por segunda vez á los diputados. ¿Y por qué la pequeña Asamblea, antes de la grande? No atreviéndose Necker á cortar las graves cuestiones, estaba muy contento con disminuir tanto como fuera posible su parte de responsabilidad en los acontecimientos que se anunciaban. Los diputados debian ayudarle á experimentar por última vez los arrebatos de la opinion: pero la esperiencia se decidió en favor de la revolucion, precisamente á consecuencia de la resistencia de los diputados, porque desde que se supo que á escepcion de un solo escritor, el de *Monsieur*, rechazaban el aumento del

Estado llano, la Francia entera resonó en furiosos clamores. De todas las municipalidades y corporaciones salieron paquetes para el Rey. ¿Y cómo no se hubiera cedido á un movimiento tan general, tan impetuoso? Luis XVI que le temia, no podia menos de aguantarle, y cuando fueron á anunciarle que entre los diputados un solo voto habia en pró de la duplicacion del Estado llano, dijo con arrogante vivacidad aunque acaso involuntaria: «Que añadan el mio (1).»

Entonces el Parlamento trató de conquistar de nuevo su popularidad perdida, y tomó de repente una resolucion cuya tendencia liberal esperaba harian salir las nuevas decisiones de los diputados; quejábanse de no haber sido comprendidos; traíanse á la memoria votos emitidos por la igual distribucion de impuestos, el establecimiento de la responsabilidad de los ministros, la consagracion de la libertad individual, etc... pero era demasiado tarde. Las órdenes privilegiadas se indignaron, la clase media se burló del Parlamento y el Rey le recibió en Versailles á fin de darle á conocer que su papel habia concluido.

Sin embargo, el 27 de diciembre de 1788,

(1) Beauchamp, *Vida de Luis XVI*, citado por Labaume, *Historia de la Revolucion francesa*, t. II, p. 223.

Necker muy resuelto á pasar mas adelante, provocó la reunion de los miembros del Consejo; la reina, contra las costumbres, fué llamada á la deliberacion (1); el ministro espuso que la causa del Estado llano tendria siempre para ella la opinion pública, hallándose ligada á generosas aspiraciones, las únicas que fuese licito manifestar abiertamente y añadió que habia una multitud de cosas cuya tercera parte poseia exclusivamente el conocimiento, como las transacciones comerciales por ejemplo, el estado de las manufacturas, los medios mas propios de protegerlas, el crédito público, el interés de la circulacion del dinero, el abuso de las cobranzas, etc... Necker pedia que se prestase oído al ruido sordo de la Europa entera que favorecia en confusion todas las ideas de equidad general (2); propuso é hizo adoptar medidas populares y haciendo justicia á María Antonieta, su asentimiento perteneció esta vez á las decisiones que reclamara el interés público.

El 1.º de enero de 1789 salió un real decreto que: «tomando en consideracion el dictámen de la minoría de los diputados, la opinion de varios príncipes de sangre, el voto de

(1) De Barante, *Noticia sobre M. de Saint-Priest* p. 91.

(2) Relacion de Necker.

la Asamblea del Delfinado, la demanda de varias Asambleas y diputaciones provinciales, el parecer de diversos publicistas y el voto espresado por una multitud de sobrescritos, mandaba que el número de diputados seria de mil al menos; que se formaria en razon compuesta de la poblacion y de las contribuciones de cada bailia, y que el número de los diputados del Estado llano seria igual al de los dos primeros órdenes reunidos.»

El entusiasmo saltó mas allá de las proporciones conocidas y París se iluminó como despues de una victoria. Haciendo alusion Barere á la fecha del 1.º de enero de 1789, dice en sus memorias: «Eran las estreñias del pueblo (1).» Los folletos de la nobleza, sus lamentos y sus gritos de furor, se cubrieron con una aclamacion irresistible, inmensa.

La cuestion del voto por orden ó por cabeza, no estaba resuelta, pero el aumento del Estado llano hacia preveer bastante el éxito y revelaba suficientemente las miras del ministro, puesto que el voto por orden le habria hecho completamente ilusorio. Aqui debe decirse que Necker no tuvo franqueza ni valor; sus convicciones le hubieran debido prohibir, á él que poseia las premisas, dejar á la pró-

(1) *Memorias de Barere*, t. I, p. 380.

xima Asamblea los peligros de la conclusion.

El 24 de enero se publicó el reglamento para las elecciones de los Estados generales.

Habia llegado pues, el día con tanta impaciencia deseado! Despues de haberse esforzado en vano los enemigos de la revolucion por evitar las elecciones, no tenían ya otro recurso que ensangrentarlas ó corromperlas.

El reglamento del 24 de enero era muy confuso, y en él se vé reflejado como en un espejo fiel, el caos de la antigua Francia. Aquí la eleccion era directa; allí estaba á dos grados; en otras partes á tres y aun á cuatro.

En virtud de ciertas distinciones, restos todavía respetados del derecho feudal, poseyendo feudo los diputados, tenían un privilegio que se negó á los simples diputados; tal era el de hacerse representar por un mandatario (1).

Los eclesiásticos por su parte como poseían un beneficio, eran mejor tratados que los otros, pues los primeros tenían personalmente el derecho electoral, al paso que los segundos reunidos en casa del cura párroco, nombraban un elector á razon de veinte votos (2): por lo demas nada de exclusion abso-

(1) Artículos 16 y 17 del Reglamento de 24 de enero.

(2) Artículos 12 y 14.

luta á no ser respecto á los familiares y en interés de la independencia de los votos. El derecho de tomar parte en las elecciones, ya directa ó indirectamente, se daba á todo francés de edad de veinticinco años, domiciliado y comprendido en la matrícula de contribuciones directas por una imposición *cualquiera* (1). En cuanto á la aptitud para ser elegido no habia condicion restrictiva ni se concedia al Estado llano la facultad de elegir á sus representantes entre las órdenes, lo que no era sufragio universal directo, sino simplemente universal.

La Francia que carecia de experiencia electoral, se puso á estudiar con ardor el mecanismo de las elecciones, tal como lo define el reglamento de 24 de enero.

La convocacion no era en todo el reino ni uniforme, ni simultánea: cada bailia debia reunirse por medio de cartas especiales, la primera de las cuales datada en 7 de febrero está dirigida á la provincia de Alsácia; y la última dirigida al pais de los Cuatro-valles, es del 30 de mayo de 1789 (2). Paris procedió á sus elecciones despues de todas las provincias, y aun no las habia terminado cuando se abrieron los estados generales.

(1) Artículo 28.

(2) Buchez y Roux, *Historia Parlamentaria*, t. I. p. 297.

El movimiento electoral empezó pues, por toda la Francia. Horas llenas de embriaguez, de ansiedad y de esperanza! Necker aguardaba con rostro impasible, pero el corazón conmovido; quiso dejar á las elecciones su libertad (1) y retirar de algun modo la mano de aquellas urnas temibles: con todo, la dignidad real empujaba hácia adelante y no dominaba de una manera absoluta: tomaba sus precauciones; los gobernadores de las provincias habian recibido orden de volver á ocupar sus puestos; los poderes subalternos redoblaban la vigilancia, y en medio de aquella multitud convidada á la conquista y á la soberanía civil, se veia resplandecer el uniforme del soldado.

Llegó la nobleza altamente irritada contra el ministro; los candidatos presentaban por título su odio: de allí, en las asambleas feudales segun el decir de un escritor del mismo partido (2), una indecencia poco comun, un frivolo tumulto y repetidos escándalos, añadan á esto, que en todas partes los nobles de provincia, hicieron la oposicion á los de la corte, desechando con una especie de terror á los grandes señores. «Traficarán, decian ellos, con los intereses de la nobleza (3).»

(1) *Memorias de Clermont Gallerande*, t. I. p. 52.

(2) *Ibid.*

(3) *Memorias de Ferricet* t. I. p. 3.

Las elecciones del clero mostraron también dos partidos muy distintos de obispos y curas; pero hubo entre estos dos una diferencia [digna de notarse, y consistía en que en el de la nobleza, los sospechosos de patriotismo y de filosofía fueron los grandes señores, al paso que en el de la iglesia fueron simples curas, meros sacerdotes.

El conde de Clermont-Gallerande lo confiesa; por el sosiego y la dignidad, las asambleas del Estado llano, contrastaron vivamente con las de las otras dos clases: allí solo había una inteligencia y un corazón, y todo se encaminaba hacia la libertad. ¡Libertad! palabra eficaz y misteriosa que reúne las almas lo que no es creíble! Pero la definición debía darse más tarde: entonces todos los que la pronunciaban confundían en ella su entusiasmo.

Y aun llegó á suceder que en el seno de la contienda electoral, hombres de opiniones opuestas mudaron de fraternales esperanzas y de urbanidad. «He alquilado, decía Maury á Bailly, un aposento en Versailes; todos los días tendréis un cubierto en mi casa, y nos reuniremos para hacer bien (1);» y no solo no se unieron, sino que se combatieron.

Por lo demás, en varias provincias, las

(1) *Memorias Bailly* t. I, p. 3.

elecciones conmovieron la guerra civil. La nobleza que consideraba al nuevo espíritu como una conspiracion, habia resuelto conspirar á su vez y á mediados de 1788, el Delfinado, la Bretaña, el Bearne, entablaron secretas negociaciones para formar una liga que debia estenderse por toda la Francia (1): pero la enérgica actitud del Estado llano desconcertó sus planes.

Sabido es que la Bretaña era provincia de Estados, y que estos segun costumbre, se reunieron en Rennes, el 30 de diciembre de 1779. Pero cuanto habia cambiado su fisonomía desde que madama de Sevigné escribiera esta carta: «Los Estados no deben durar mucho: en ellos no hay mas que preguntar lo que el rey quiere, y no se habla palabra: hé aquí lo que son..... Una infinidad de presentes, de pensiones, de reparaciones de caminos y de ciudades, quince ó veinte grandes mesas, un juego perpétuo, bailes eternos, comedias tres veces á la semana; una gran gala, y nada mas: parece que hasta las piedras se han trasformado en gentiles-hombres (2).» Ahora acudia la nobleza llena de furor; ya no se trataba de comedia y de juego sino de lucha; no obstante, entonces como en los dias de la marquesa

(1) El amigo del rey de los franceses, del órden, etc., por Montjoie, primera parte, cap. IX. p. 47.

(2) Madama de Sevigné, *Cartas escritas de los Rochers*.

el Estado llano hacia un papel regular en los Estados, siendo representado tan solo por cuarenta y siete miembros, cinco de los cuales no tenían voto deliberativo; y aun los miembros del Estado llano no eran elegidos libremente y no se hallaban allí mas que en calidad de corregidores y de oficiales municipales (1) al paso que hasta las piedras se transformaban en gentiles-hombres, á quienes bastaba tener veinte y cinco años para ser admitidos.

El decreto de 27 de diciembre, que queria que en las asambleas electorales, el Estado llano fuese representado en número igual al de los otros dos órdenes reunidos, no habia llegado aun á Bretaña, pero el parecer del rey en atencion á esto era conocido. El Estado llano de Rennes pidió pues, la igualdad de representacion; reclamaba ademas el voto por cabeza, y la igual distribucion de impuestos, con arreglo á instrucciones secretas de Necker, decian (2), declarando por otra parte con firmeza, que no tomaria parte en ninguna deliberacion, mientras que en aquellos puntos no se hiciera justicia. Inmediata-

(1) *Palabra de un cosmopolita sobre las desavenencias entre la nobleza de Bretaña y el Estado llano*, p. 43, en 1789.

(2) *El amigo del rey* etc., por Montjôie, primera parte cap. VIII, p. 39.

mente la nobleza se enfurece, la clase media se mantiene firme, las ciudades vecinas escuchan con atencion, y todos se preparan para el combate. En el interin salió un decreto del consejo real, que, para cortar de raiz las violencias, quitaba la Asamblea el 3 de febrero y mandaba á los diputados del Estado llano, buscar en sus municipalidades nuevos y mas ámplios poderes. Pero la nobleza habia tomado su partido: protesta, jura abstenerse sino se conserva la antigua forma; dirige al pueblo de los campos muchas convocatorias facciosas; declara traidor á la provincia cualquiera que no se sacrifique al sosten de los privilegios; y el Estado llano, su opuesto presidente se retira de los Estados.

Sin embargo, la nobleza deliberaba en desórden, y alentada con el apoyo del Parlamento, no tardó en creerse bastante fuerte para probar la fortuna con sediciones, y lanzó por la ciudad una bataola de lacayos, de silleros (1), de gentes vagamundas, encargados de gritar que el pan era muy caro y que tenían la culpa los de la clase media, y sacando de sus casas á los ciudadanos profícos maltratándolos y dando fuertes alaridos, cor-

(1) *Resumen exacto é histórico de los hechos acaecidos en Rennes el 26 y 27 de enero de 1789, p. 13.*—Verdadero certificado por los diputados del Estado llano de Bretaña en tribunal.

ria la multitud á pedir justicia á la magistratura. Los parlamentarios ocupaban su asiento con su ropa talar, escuchando el motin, y sin querer escuchar á las víctimas. Entonces toda la juventud de Rennes toma las armas; en medio de los facciosos se reconocen gentiles-hombres disfrazados; irrítanse y se colocan en las plazas (1). De repente, cubierto de sangre y pidiendo socorro, un trabajador á quien los nobles han herido, se acerca y todos estremecidos, corren á la sala de Estado en el momento en que salían los gentiles-hombres. Viéndose estos atacados echan mano á la espada y corren arroyos de sangre muriendo de resultas dos nobles y entre estos un jóven de 18 años que cayó á los pies de su padre. Ya está declarada la guerra: oyese el toque de alarma y aparecen las mujeres en la refriega: el conde de Thiard, comandante de la provincia, se mezcla entre los combatientes y logra á fuerza de mucho trabajo dar treguas á la pelea: pero seiscientos gentiles-hombres que habian ido á reunirse al convento de frailes franciscos, divididos en compañías, llamaban al ataque esperándole. Marcha la multitud en masa por esta parte y cerca el convento, tratando unos de ponerle fuego para forzar á los diputados á pelear en el empedrado, y otros

(1) Palabra de un cosmopolita, p. 16, y sig.

de que se recurriese únicamente á las provocaciones del insulto. Tres días duró el sitio y el éxito parecia ser terrible cuando el conde de Thiard logró por fin calmar la cólera de los partidos. Se acordó una especie de capitulación militar; abrióse la multitud estremecida, y los nobles, saliendo sin otra arma que su espada, volvieron á ocupar sus palacios, de donde no tardaron en partir para el campo.

Todo parecia haber terminado con aquella emigracion; pero esparciéndose las nuevas por todas partes, turbas de jóvenes armados acudian de Nantes, de Saint-Malo, de Saint-Brieune, y de Angers, con carromatos llenos de víveres y municiones. Ochocientos nanteses ocuparon militarmente la ciudad de Rennes, al mismo tiempo que la juventud de las ciudades bretonas publicó decretos y proclamaciones. La protesta de los vecinos de Nantes contenia el juramento de morir antes de someterse, en caso de arresto, á los juicios de un tribunal inicuo. En Angers, apareció un decreto «en nombre de las madres, hermanas, esposas y amantes de los jóvenes ciudadanos,» declarando que les acompañarian en todas partes, se ocuparian de arreglar los equipajes y se consagrarían á los cuidados que pueden tomarse las mujeres por los que van á pelear, en cuyo número de sublevados se

hallaba un estudiante de derecho, que después llegó á ser el general Moreau.

La nobleza de Bretaña debió reconocerse vencida, creyó vengarse rehusando enviar diputados de ella á los estados generales; pero vana demostracion que nadie quiso imitar, y que solo sirvió para debilitar el orden de veintinueve votos.

Aquel repentino pronunciamiento del Estado llano, que de las ideas pasaba á las armas, hizo echar por toda la Francia los ardores belicosos de la nobleza, y la inmensa asociacion que meditáran las provincias, vino á parar tan solo en la solidaridad de la confusion.

Disturbios de poca entidad tuvieron lugar en Franche-Conté; allí como en Bretaña, el estado llano reclamó la igualdad de representacion; la nobleza se la negó y el Parlamento se colocó al lado de los nobles. El decreto del Parlamento de Besanzon encierra curiosas reflexiones: «En atencion á que son peligrosas las innovaciones, puesto que el espíritu novador no se contiene...; que el tribunal no puede aprobar las pretensiones que tienden á confundir las diversas clases de ciudadanos; que la desigualdad en la distribucion de bienes está en los decretos de la Providencia, y á que gran parte de las clases del estado llano no subsiste ni subsistirá sino por medio de las

tierras de la nobleza y del clero, etc... (1).» El pueblo insultó á los magistrados, el rey rompió el decreto, y así como en Bretaña, la victoria quedó por el estado llano.

Lo mismo sucedió en Borgoña (2).

En Provenza, un nombre abrevió los disturbios, y parece imposible que encontrando la historia este nombre por la primera vez pase sin detenerse.

Feo en extremo, rostro ajado, imponente y amaratado, descaro en el labio unido al vivo resplandor de los ojos, tal era Mirabeau; pero debe añadirse que en él, la parte física no se diferenciaba de la moral, y parecían haberse confundido por casualidad y á chocarse todas las prendas y todos los vicios de la borrascosa raza de los Riguetti.

¿Qué pasiones le arrastraban y cuál era su intento? Pronto le veremos, doble y poderosa natura, llevar tras sí al pueblo que despreciaría. Lleno de vehemencia y de arterias, con el gesto y el acento de un tribuno, elogiará á los reyes; osará llamar hácia sí la revuelta, servirse de ella, licenciarla, calumniarla, y solo entre los hombres de su siglo, tratará de llevarse el enojo de todos envuelto insolentemente con el suyo: así es que la audacia re-

(1) Búchez y Roux, *Hist. parlamentaria*.

(2) *Annales françaises*, pág. 294, 295.

volucionaria de Mirabeau no fué mas que un trasporte de orgullo y heroismo: dichoso cuando recordaba su origen patrio y que el almirante de Caligie era su primo; no tenia ni la fuerza moral ni las virtudes de que se compone el amor á la igualdad, y la imájen severa de las repúblicas espantaba de lejos su corrupcion: cabeza fria con un temperamento de fuego, su grande ambicion hubiera sido ponerse al frente del Estado, reserva hecha por su vida privada de los beneficios del desorden; porque los movimientos populares le eran importunos y tenia horror al ruido que él mismo no habia hecho: presentabase sin embargo en las elecciones del Mediodia como adversario de la nobleza, como promovedor; y este no puede explicarse de otro modo que con su educacion y el influjo de su juventud. Sabido es que su padre estuvo medio loco, y tuvo la monomania del odio. La existencia de Mirabeau fue pues prematuramente emponzoñada; de niño fué horrible y perseguido; su familia se daba prisa á renegarle y le llamó por irrision *M. Pedro Buffiere*: sus primeros espectáculos fueron escenas de infidelidad brutal y de envidia, siendo la injuria la primera lengua que aprendiera: y á medida que crecia, las persecuciones paternas encendian mas y mas la rebelion en su sangre: No quiere decir esto que no hubiese dado an-

tes de él una idea espantosa. En Aix, la tradicion local decia que queriendo casarse con la señorita de Marignane, apesar de la oposicion de los padres, recurrió á una astucia, ó mejor dicho, á una calumnia; y un dia á las diez de la mañana se asomó al balcon del palacio de los Marignane en traje de casa, con una gran bata, chinelas y la melena despeinada. Sus deseos de buitre, sus amores que le arrastraban al placer como á una presa, las madres en las cercanias de Manosque, ocultando á sus hijas al verle; Sofia Mannier seducida y robada por él, todo esto, parece, daba á sus enemigos armas suficientes. Pero no: como si la fortuna hubiese querido que tal hombre se interesara personalmente en la ruina de las instituciones tiránicas de aquel tiempo, el bien se castigó en él tan rudamente como al mal no se temió acriminarle por haber vengado la reputacion de su hermana, y con sus méritos, odiosamente interpretados, se complacieron en aumentar la lista de sus alentados: llevado de prision en prision, de Manosque al castillo de If, del castillo de If al fuerte de Jony, precisado á ocultarse y obligado á huir entre el terror de la indigencia y las tragedias del amor, fué perseguido hasta su mismo destierro, sacado despóticamente y encerrado en el torreón de Vincennes, y de este modo aprendia á maldecir un freno á los

poderes. La persecucion le componia un papel despues de cuarenta y dos meses de imprecaciones; le entregaron á la libertad, es decir, á la revolucion. Ya era tiempo: la miseria acababa de desgarrar el último traje del cautivo. El invierno cubriendo de nieve el pequeño jardin en que se paseaba, habia hecho un mundo de diez pies-cuadrados al hombre mas activo que existiera, y el ardor de olvidar, le obligaban á emprender escesivos trabajos, admirables ó degradantes. Tan pronto profundizando la vida licenciosa, como elevándose á la ternura y trazando sus carátres á Sofia que las vergonzosas páginas de la *Erótica Biblion* acababan de manchar, se formaba un corazon igualmente dispuesto á las buenas acciones, como á las infamias. El estudio por otra parte, y la enfermedad estendieron ante sus ojos una nube que de dia en dia, de hora en hora, presentaba mayor espesor; y pensando en el amargo tesoro de venganzas que tenia que derramar rugia de desesperacion; porque como no hubiera sido mas terrible el destino de Mirabeau ciego, que el de Ossian y Milton! No se necesita otra cosa que sentir, para templar una lira, y nada mas que pensar, para componer un poema, pero para herir, conviene ver.

¡Herir! eso debia ser en adelante la vida de Mirabeau y se preparó á las luchas de tribuna por medio de mil declamaciones en que

respiraba el hombre de guerra, por medio de procesos que descubrieron un orador sin igual.

Pero faltar el respeto á su propio génio, es la última insolencia; esto es lo que no comprendió Mirabeau: libelista para vivir, encarnizado detractor de Necker, denunciador de Lavater, adversario de Beaumarchais, pregonero de las cifras sospechosas de Claviere y de Panchaud, abogado de Calonne, se entretuvo en vender manuscritos ya pagados; se puso al salario de algunos ambiciosos vulgares; siguió los pensamientos de otro, y mereció esta injuria de su padre: *mi hijo, el marchante de palabras...* solamente su arrogante ademán y su aire de soberbia, no le abandonaron un instante: era hombre capaz de dar proporciones aun á la bajeza.

Hé aquí como se explica la candidatura revolucionaria de Mirabeau. Cansado de su mala fama y conociendo su génio, oyó que en adelante el aprecio supliría la admiración y el miedo. El rumor de un reino trastornado, le plugo como antes, cubrir el eco de sus desórdenes, y tuvo el inconceivable orgullo de creer que no tenía mas que tomar la revolución á su servicio, salvo deshacerse de ella tan luego como no la necesitase.

Con tan osado pensamiento fué á presentarse á la Provenza decidido á combatir á los

de su clase, á quienes declaraba y desafiaba. «Si la nobleza se empeña en no dejarme llegar, escribia, será menester que me asesine como á Graco (1).» Llegaba precedido de un escándalo; acababa de entregar al público cartas particulares de Cerutti, y revelador de las confidencias de la amistad, habia consentido en que se publicase la copia casi literal de la correspondencia diplomática y secreta de Berlin (2). Sin embargo, apenas subió á las tablas á donde le llamaba su ingenio, escribió: «El Estado llano me persigue con señales de confianza y de entusiasmo, muy imprudentes por su misma causa, porque pone colmo á la rabia y al coraje de los nobles que tienen todas las convulsiones del moribundo Turnus (3).»

Los estados particulares de Provenza estaban reunidos en Aix, y allí la nobleza protestaba enérgicamente contra la real orden relativa á la convocacion de los Estados generales. Mirabeau que tenia derecho de tomar asiento en la Cámara de los diputados, se

(1) Carta de Mirabeau á M. de Comps, citada en sus *Memorias*, t. V, p. 234.

(2) *Memoria de Mirabeau*, t. V, p. 242 y 238. — Mirabeau fué comisionado á Berlin para sondear los cambios que traerian á las còrtes de Alemania la muerte de Federico II, á la sazón inminente.

(3) *Ibid*, p. 236.

presenta en ella sin vacilar, y lo primero que procura es oponerse á las pretensiones de su orden, pero le responden con la insultante decision que se cerraban los Estados á los que *no poseyesen feudos*. El golpe debia caer sobre él y se esforzó por desviarle en un discurso que pronunció el 30 de enero de 1789, que es una obra maestra de fuerza, de medida, de elocuencia y de razon. Pero sobrecogida de vértigo la nobleza, parecia tomar por su cuenta irritar y enfurecer á aquel poderoso enemigo, hasta que por fin estalló el 5 de febrero con la abjuración que se cita continuamente y se citará siempre. En todos los paises y en todas las edades, los aristócratas han perseguido implacables á los amigos del pueblo, y si por no sé que combinacion de la fortuna, se ha educado alguno en su seno, aquel es á quien especialmente han maltratado, codiciosos de inspirar el terror con la eleccion de la víctima. Asi pereció el último de los Gracos en mano de los patricios; pero atacado del golpe mortal, arrojó polvo hacia el cielo, poniendo por testigos á los dioses vengadores, y de este polvo nació Mario, menos grande por haber exterminado á los Cimbres, que por haber abatido en Roma á la aristocracia de la nobleza (1).»

(1) Minuta autógrafa de Mirabeau, copiada *ad pedem litteræ* en sus *Memorias*, t. V, p. 256.

La suerte está echada: la dictadura de Mirabeau en el Estado llano, es conquistada; la aclamacion popular le proclama tribuno, y echándole la nobleza de sus Asambleas, dá un sucesor á Mario.

Así es que cuando despues de un corto viage á Paris, Mirabeau volvió á Provenza: ¡qué de trasportes, qué de enagenamiento! En Lambecs halló á los oficiales municipales de Aix, enviados delante de él para presentarle los homenajes de la comarca: al redoblar de las campanas, la ciudad entera acudió; todos se consumian por acercarse á él, por oírle, ó al menos por verle; pues veían en él un invencible campeón; su enorme cabellera, su ágil robustez, su gesto que mandaba, su rostro en fin, ajado por las pasiones, pero terrible; amaban en él lo que en otro hubieran detestado, su cuna; lo mismo fué verle los plebeyos que exclamaron: ¡Viva el señor conde! é iban á desenganchar los caballos de su coche, pero él dominando el entusiasmo y con emocion viril: «Comprendo, dijo, cómo se han hecho esclavos los hombres, la tiranía se ha ingerto en el reconocimiento (1),» y añadió estas palabras que nunca hubiera debido olvidar: «Los hombres no han sido crea-

(1) Narracion comunicada por M^{ad}. de Saillant al autor de las *Memorias de Mirabeau*, t. V, p. 274.

dós para llevar á otro hombre, y vosotros llevais ya demasiado (1).» La ciudad de Aix le aguardaba en la carrera que debia seguir; pero cuando entró se agolpó la multitud en tanto número que tuvo que poner á sus caballos al galope, dando á entender así que huía de su triunfo: por todas partes el sonido de las chiflas, pitos y tamboriles, se mezclaba con los gritos de alegría y de regocijo, y así que Mirabeau llegó á su morada, cien morteros se dispararon y bajó en los brazos de la plebe.

Allí recibió de Marsella la siguiente carta: «Acaba de estallar la revuelta; el pueblo armado de hachas se ha dirigido á casa del asentista; ha echado abajo las puertas é iba á cometer los mayores excesos, cuando un hombre que se ha presentado le ha prometido hará rebajar el precio de la carne y del pan. Inmediatamente las trompetas de la ciudad han celebrado esta noticia agradable pero insuficiente para detener sin demora el impetu de aquella oleada de gente... algunas panaderías acaban de ser invadidas... tal es, señor conde, el estado en que vos encontramos...»

La sorprendente escasez de pan que acaba de notarse, no puede menos de introducir

(1) *Memorias de Mirabeau*, t. V, p. 273.

el hambre en Marsella: los panaderos esconden el trigo sino se les indemniza; todo se ha perdido si es necesario ceder, y todo se ha destruido si se emplea la fuerza: quizá vuestra presencia calmaria este desorden de cosas... Cuando nada puede esperarse de los hombres, es menester recurrir á los dioses! (1).» En seguida Mirabeau parte para Marsella donde hace imprimir, fijar en las esquinas de las calles y repartir un *Aviso al pueblo marsellés* que aclara sobre la cuestion de subsistencias, y sin que la multitud se indigne, sin que el hambre se queje, manda subir hasta lo que marcaba la prudencia, el precio del pan tenazmente rebajado del valor real.

Pero apenas tranquiliza á Marsella cuando noticias mas alarmantes aun le llaman á Aix. El marqués de La Fare, cónsul de la ciudad, ha mandado disparar al pueblo sublevado, y la fermentacion llega á su colmo. Llega Mirabeau, despues de haber recorrido á caballo todas las postas de Marsella; manda retirar á los soldados; confia á la milicia urbana la vigilancia de las calles; arenga al pueblo y le tranquiliza, *exigiéndole su palabra de honor* (2). En Manosque salva al obispo de Sis-

(1) Carta de M. Bremond-Julien en las *Memorias de Mirabeau*, t. V, ps. 287 y 288.

(2) Carta de Mirabeau en sus *Memorias*, p. 304.

teron de la ira popular; en Tolon hace disminuir el precio del pan y estingue el motin; los gobernadores le imploran; las ciudades le llaman su salvador; las sediciones le obedecen: es mas que un rey, es casi un Dios.

El puesto que habia de ocupar Mirabeau en los Estados generales, estaba pues señalado de antemano. Aix y Marsella le nombraron á la vez. Pero mientras que en el Mediodia se entregaba la revolucion al parecer á Mirabeau, en el Norte se elegia á un hombre que á fuerza de respetarla se hizo acreedor á dirigirla; Máximiliano de Robespierre. Muy distintos de los de aquel, los primeros años de este no tuvieron brillo ni lunares: sus conciudadanos le escogian por su aprovechada infancia en el estudio que recompensó al Estado por algunos éxitos que obtuvo en el foro, por su sincero patriotismo, por la amenidad y la pureza de sus costumbres. Tenemos en nuestras manos una preciosa coleccion de cartas inéditas y manuscritas de Robespierre, de que varias se refieren á la época que precedió inmediatamente á su vida pública (1), y están llenas de cordialidad, de gracia natural y de abandono.

La necesidad de desahogarse, de decirle

(1) A nuestro respetable amigo M. Federico Degeorge, redactor principal del *Progreso de Arras*, que es á quien debemos esta atenta comunicacion.

todo, de hablar en fin con el corazón en la mano; hé aquí lo que forma su principal carácter. Un viage de seis leguas dá margen á mil récitos lisongeros y pesados, á descripciones por el estilo de Gil Blas. Cuando Robespierre habla de sí mismo, lo hace con un tono suavemente burlesco, á la manera de Juan Jacobo, cuando recuerda la admiración que le inspiraba Ventura; es semejante á esas cartas en que la cortesania degenera en afectación (1), pero no una que descubra una na-

(1) Hé aquí una de esas cartas que por ser de Robespierre, no dudamos parecerá curiosa á nuestros lectores:

«Señorita:

«Tengo el honor de enviaros una memoria cuyo objeto es interesante. Pueden hacerse á las mismas gracias cuando á todos los atractivos que llevan consigo, saben unir el don de pensar y de sentir, y cuando son igualmente dignas de llorar el infortunio, que de hacer la felicidad.

«A propósito de un objeto tan sério, señorita, ¿me sería lícito hablar de canarios?... Son muy bonitos y podríamos esperar que educándolos nosotros, serian aun los mas amables y sociales de su casta. ¿Cual fuera nuestra sorpresa, cuando al acercarnos á su jaula les viésemos precipitarse á las barras doradas de su prision con tal ímpetu que nos hiciese temer por su existencia? Esto es lo que hacen siempre que ven la mano que los alimenta... ¿Qué plan, pues, de educación habeis adoptado para ellos? ¿Y de qué proviene su carácter salvaje? ¿Por ventura las palomas que crían las Gracias para el carro de Venus, muestran ese feroz instinto? Un rostro como el vuestro, no ha podido familiarizar facilmente vuestros canarios con los semblantes humanos, ¿ó acaso seria que despues de haberla visto, no podrian ya soportar otro? Tened la

TOMO V.

9

firmeza austera ó la costumbre de sublimes pensamientos: y sin embargo, Robespierre no bien se hizo el hombre del destino, cuando su frente se llenó de zozobras y su alma se oscureció... Pero aun no ha llegado el momento de pintar esta figura que solo fué tan grande porque la revolucion la hizo con su imagen.

Y cuántos otros nombres no salieron del debate público que desconocidos entonces se ilustraron despues por la elocuencia ó el cadalso como Rabaut-Saint-Etienne, Barnave, el abate Gregorio, Cazalés, Camus, Dubois-Crancé, Alejandro y Carlos Lameth, Barere, d'Eprenenil y Le Chapelier. De estos dos últimos, aquel fué el mas enérgico campeón de la nobleza; éste uno de los mas poderosos representantes del Estado llano, y pocos años despues, cayó sobre ellos una misma sentencia, el uno por haber combatido á la revolucion, el otro por haberla abandonado; ambos se reunían al pié de la carreta fúnebre y entablaban el siguiente diálogo: «Caballero,

bondad de explicarme tan extraño fenómeno, y entretanto siempre nos parecerán amables con todos sus defectos. Mi hermana me encarga muy particularmente os asegure su reconocimiento por la bondad que habeis tenido de hacerle ese regalo. Siempre vuestro, señorita, etc...

«De Robespierre.»

Año de 1788.

dijo Le Chapelier; en nuestros últimos momentos nos dan á resolver un terrible problema.—¿Qué problema?—Es, de saber á cual de nosotros se dirigirán las silbas cuando estemos en la carreta.—A los dos, respondió d'Eprenenil (1). Tan absoluta lógica é inexorable es en su justicia la ley que gobierna las revoluciones!

Hubo un príncipe entre los candidatos, el duque de Orleans, que habia dirigido á sus mandatarios *Instrucciones* en las que pedia garantía de la libertad individual, libertad indefinida de la prensa, inviolabilidad de cartas, vuelta periódica y de corta duracion de los Estados generales, institucion del divorcio, responsabilidad de *alguno* en caso de infringir las leyes del reino: á estas seguia con el título *Deliberaciones que deben tomarse en las Asambleas de bailias*, una esplicacion de principios que el duque hacia prevalecer por medio de todos sus procuradores á quienes dirigia. El autor de dichas *Deliberaciones*, era el abate Sieyes, y de las *Instrucciones*, el marqués de Limou, el mismo que despues emigró y fué redactor del célebre manifiesto del duque de Brunswick.

La profesion de fé del duque de Orleans,

(1) *Biografía universal y portátil*, por Rabbe, Vieilh de Boisjolin, y Saint-Preuve. Art. *Le Chapelier*.

escitó un vivo entusiasmo; elegido en París, en Villers-Cotterets, en Crespy, en Valois, optó por el bailiaje de Crespy, porque en los cuadernos de los electores de aquel país, era donde las nuevas tendencias habían estampado con mas vigor su sello.

Terminadas las elecciones, habia que resolver una grave cuestion: ¿qué sitio ocuparían los Estados generales? Convocóse el Consejo, y los ministros inquietos nombraban sucesivamente varias ciudades, como Tours, Blois, Orleans, Cambrai, pero ninguno hacia mencion de París porque se pensaba en él demasiado, hasta que Necker haciendo un esfuerzo de firmeza, designó en fin la capital. Los ojos se fijaban en el rey inmóvil en su sillón y entregado á aquella somnolencia que constituia como se verá, la diplomacia de su incertidumbre, pensaban que una gran mudanza opondria á Luis XVI, poco inclinado de suyo á largos viages y propusieron tímidamente á Compiègne (1): pero el rey impetér-rito, guardaba el mismo silencio. M. de Saint-Priest indicó á Saint-Germain, y entonces se levantó el Rey para decir: «No, no puede ser en otra parte que en Versailles, á causa de la caza (2).» Versailles fué pues elegido por

(1) Compiègne, ciudad de Francia. (N. del T.)

(2) *Noticia sobre M. de Saint-Priest*, por M. de Barante, p. 93.

teatro de la Asamblea, en razon á la ca-
cería.

París, la ciudad temida, estaba entregada en este momento á las inquietudes de la libertad y á los de la penuria. El año tan bueno para los vecinos, fué cruel para el pueblo: el granizo acabó de destruir las cosechas; una sequía extraordinaria agotó pozos y fuentes; el dinero era escaso; el crédito nulo. Ya se deja conocer cual debia ser la vida del pobre! Pero, á tantos motivos de angustia se agregó un frio escesivo. A fines de diciembre de 1788 el termómetro de Reaumur en París, marcaba diez y ocho grados y tres cuartos bajo hielo. De París al Havre, el Sena era un puente. Conmovióse la piedad, y una carta del cura de Santa Margarita, publicada en los periódicos, dió á conocer á la caridad pública números alarmantes, pues solo en el arrabal de San Antonio se contaban treinta mil indigentes (1), número triple del acostumbrado. Varios curas abrieron los archivos de la miseria y sacaron fúnebres catálogos.

Afortunadamente el espíritu del Evangelio se habia despertado al rededor de las iglesias, y por otra parte la prudencia hacia multitud de cristianos. Distribuyéronse viveres y vestidos; organizáronse sociedades de beneficencia;

(1) *Diario de París* del 2 de enero de 1789.

el arzobispo de París, M. de Tuigné, se empenó en cuatrocientas mil libras de limosnas; el de Orleans hizo larguezas de rey, y sus cuidados y afanes por la clase desdichada, se veía hasta en sus diversiones: habia contraindo en Inglaterra la afición á las apuestas, y apostó sumas considerables en utilidad de los pobres (1). Delante de los palacios se encendian grandes hogueras (2).

No obstante, la mortandad fué espantosa, y mientras que el ayuntamiento, el prebostazgo y el vizcondado de París nombraban sus diputados, el hambre señalaba sus víctimas. En el camino del cementerio y entre la multitud que corria á las urnas, iban los que no habian podido resistir á la penuria ni al invierno, mudos representantes, helados de miseria, los muertos eran los diputados del pueblo vestidos de andrajos.

Por lo demas, ni el hambre, ni los cuidados, ni los goces de la limosna, ni la revolucion que rugia, disminuyeron en los salones las diversiones ordinarias: con inconceivable imprevision, los mas amenazados eran los mas apasionados por las reuniones literarias, las funciones y guerra de chistes y agudezas. El 3 de febrero de 1789, el vizconde de Segur,

(1) *El amigo del Rey*, etc. cap. X, p. 57.

(2) Lacretelle, *Historia del siglo XVIII*, t. VI.

leía en casa de la condesa de Sabran un poema sobre el *Arte de agradar*, y el 13 del mes anterior, en casa del mismo vizconde de Segur, un joven desconocido, presentado por Palissot, leyó una tragedia «que á ninguno conmovió y á todos gustó muchísimo (1),» cuyo título, que iba á hacerse un arma de partido, era *Carlos IX* y cuyo autor se llamaba José de Chenier. Las cuestiones del día entre los gentiles-hombres se trataban en versos jocosos. A veces se levantaban gores de gran entidad, y así es que el duque de Brissac, en un banquete de la grandeza en que se tiraba á la torta de los reyes, dijo: «¿Á qué viene tirarla? ya no tenemos rey (2);» pero semejantes profecías no se consideraban aun sino como chanzas!

Sin embargo, las elecciones de París se habían organizado con arreglo á reglamentos particulares adoptados por la capital. Los sacerdotes electores se reunieron en general en las iglesias dividiéndose el orden de la nobleza en veinte y cinco secciones y el estado llano en sesenta distritos ó cuarteles (3).

Todos los habitantes de París, franceses de

(1) *Memorias que sirven á la historia del año 1789*, t. I, p. 28.

(2) *Memorias secretas del conde de Allonville*, t. I, página 133.

(3) Reglamento del 13 de abril, art. 12.

nacimiento ó naturalizados, de edad de veinte y cinco años y con domicilio, tenían derecho de asistir á la Asamblea electoral, siendo la condicion de capacidad justificar un título de oficio, grados en una facultad, comision ó empleo, cartas de maestria, ó en fin un finito de capitacion de diez libras de capital lo menos. Una disposicion de la oficina de la villa, del 15 de abril, decia, que en el salon del ayuntamiento, al lado de la chimenea, se pondria una caja cerrada con llave en la que de ocho á dos de la mañana y de cuatro á seis de la tarde, se podrian depositar todas las memorias propias para dar á conocer el voto de los ciudadanos, lo cual era un modo de apelar á la libre circulacion de las ideas.

Se resolvió que los tres órdenes nombrarian seiscientos representantes (1); el clero ciento cincuenta; la nobleza otros tantos; trescientos el estado llano; y que reunidos estos representantes bajo la autoridad del preboste de París, procederian separadamente ó en mancomun á la redaccion de sus cuadernos y á la eleccion de sus diputados, los cuales debian ser en número de cuarenta de los que diez serian para el clero, diez para la nobleza, y lo restante, esto es, veinte para el estado medio.

(1) Id. del 28 de marzo, art. 7.

Paris se habia hecho, pues, un hogar ó salon (foyer) de ardientes preocupaciones. La mayor parte de los nombramientos de provincia eran ya conocidos; y el *Diario de Paris* satisfacía la ansiosa curiosidad de la capital dándole los nombres de los nuevos electos de quienes se informaban, y buscaban en sus nombres el sino de la patria. Circulaban listas y los sufragios designaban al abate Sieyes, á de Condorcet, recomendado *aunque noble*, á Target, á Trousset, á Guillotin, á de Chenier, á Pastoret, á Bernard de Saint-Pierre, á Cerutti, á Chamfort, á Lacépède, á Lacretelle, á Servan y á Reyeillon. Nada presentaba mas animacion que el espectáculo de Paris: las iglesias, las salas del ayuntamiento y los corregimientos llenos de electores; las entradas de los distritos obstruidas los novelistas corriendo aqui y allá con las manos llenas de libros en rústica; los pregoneros proclamando en alta voz las nuevas de la provincia; los sacerdotes y los nobles corriendo en todas direcciones; aquellos en carretela y estos á caballo; los soldados inundando las plazas; la esperanza pintada en los rostros, y todos los corazones abiertos al oír esa solemne voz de libertad que tanto eco tiene bajo la cerúlea bóveda de Paris.

La preocupacion de las cosas generales era tan viva, tan absorbente que apenas se reparó

en un accidente que faltó poco entonces para que costara la vida al monarca. Como visitase este un dia las mejoras practicadas en la cubierta de la parte de su castillo que caia sobre el patio de mármol, puso un pié en vago y se deslizó cayendo contra el tramo en que terminaba el techo; y si no hubiera sido por un pizarrero que hallándose allí por casualidad tuvo bastante fuerza para detener á Luis XVI habria recibido una caida espantosa, mortal (1). ¡Pero era de un trono de donde la suerte queria precipitarle!

Lo primero que hicieron la mayor parte de las Asambleas fue quitar á los presidentes nombrados por el ayuntamiento y volver ellas mismas á nombrarles, anunciándose asi desde un principio el espíritu de independendia. Arregladas las oficinas, se ocuparon de la eleccion de comisionados para la redaccion de los cuadernos, y despues del nombramiento de electores los cuales se reunieron el domingo 26 de abril en el salon del arzobispado con objeto de elegir á los cuarenta diputados.

Prestado el juramento en comun, la nobleza y el clero se retiraron á sus salas respectivas, quedando el estado llano en la de las Asambleas generales segun costumbre señalada por Bailly como muy significativa (2).

(1) *El Amigo del rey*, etc., cap. XII, p. 80.

(2) *Memorias de Bailly*, t. I, p. 18.

Habia entre los electores un rico fabricante de papel pintado del arrabal de San Antonio, que habia hecho su fortuna despues de cuarenta y ocho años de un trabajo inteligente y en cuya manufactura empleaba cuatrocientos trabajadores.

De repente corre la voz en el arrabal que en el arzobispado donde están reunidos los electores para atender al bien público los desgraciados tienen un enemigo: se asegura que un hombre que ha hablado de reducir los salarios ha dicho: «Los obreros pueden vivir con quince sols diarios;» y nombran á Reveillon.

¿De dónde proviene este rumor? A través de los grupos, se ha echado de ver distribuyendo palabras misteriosas á un abate Roy, real censor, á lo que se asegura, miembro de diversas academias y secretario del conde de Artois (1). Grande conmocion en todos los ánimos; porque tratar de disminuir los salarios á fines del cruel invierno de 1789, equivalia á tocar á rebato. Por otra parte, empezaban á despuntar sordas desconfianzas, pues un periódico habia escrito: «Quién puede decirnos si el despotismo de la clase media no sucederá á la pretendida aristocracia de los nobles (2)?» Facciones irritadas re-

(1) *Historia de la revolucion, por dos amigos de la libertad*, t. I. cap. VII, p. 169.

(2) Buchez y Roux, *Historia Parlamentaria* t. I. p. 319.

corren el arrabal de San Antonio y van á estremecer el de San Marcelo; pasean en medio de la gritería un maniquí al que injurian con el nombre de Reveillon (1), condecorado burlescamente con el cordon de San Miguel, y corren á juzgar á la plaza pública en que se ejecutan los suplicios (Greve). Llegan diputados por el arzobispado, Avrillon, Chartou, Santerre, fabricantes conocidos, encargados de oponer al desórden palabras de amor y benevolencia (2), pero el tumulto pasa adelante y vá á colocarse delante de la casa de Reveillon.

Era el 27 de abril. Alarmado Reveillon, acudió á pedir socorro á la autoridad y le dieron treinta hombres para protegerle contra un pronunciamiento.

A las doce del dia siguiente es asaltada la casa del fabricante, el cual no tiene tiempo mas que para refugiarse en la Bastilla. En vano intentan resistirse los treinta soldados porque todo está invadido; en este instante aparece en el umbral de la puerta una anciana que pertenecia al establecimiento de Reveillon (3), é intrépida, esclama, que se

(1) *Relato justificativo para el señor Reveillon, entre las Memorias de Ferrieres*, en las *Noticias históricas* nota A.

(2) *Vida política y privada de Santerre*, p. 26.

(3) *Cartas escritas de París en la época de la revolución*, por J. H. Campe (en Aleman).

engaña al pueblo, y pide justicia y compasión: la desvian de allí respetuosamente, y el furor de los sitiadores llega á su colmo, en términos de entrar en los patios y aposentos, hacer pedazos los muebles, encender hogueras diferentes y echar en ellas los efectos mas preciosos (1).

Un contraste inesperado vino á unirse á la cólera de un motin. Elegantes carruajes, damas y nobles á caballo, pasaban en direccion á una fiesta de Vincennes. A tal aspecto la multitud dá gritos siniestros y la brillante comitiva se dispersa asustada. Solo el duque de Orleans se detiene, baja de su carruaje, y saludado con ardientes aclamaciones exorta á la multitud á que se calme (2) y continúa su paseo, apesadumbrado pero dichoso con su popularidad.

Las patrullas de á pié y á caballo, el regimiento Royal-Cravati, las guardias francesas y suizas, no se presentaron hasta que ya no habia que hacer mas que una mortandad. Despues de inútiles intimaciones, se espera el orden del ataque, y el pueblo no responde sino con trasportes de rabia. Entonces dió principio una escena espantosa. Como las guardias francesas hicieran fuego por todos

(1) *Relato justificativo.*

(2) *El Amigo del Rey*, etc. cap. XIV. p. 93.

cuatro costados del edificio (1), se vieron caer á las víctimas de lo alto de los tejados, á las paredes chorrear sangre, y en las ventanas de una casa incendiada, á hombres y mujeres caer de espaldas á cada descarga (2). Pero creciendo la resistencia con el peligro sacaban á los heridos, y los que así habian retirado de la refriega á sus hermanos moribundos, volvian á toda prisa á pelear y á morir. Herido uno de aquellos hombres intrépidos de un balazo en el bajo-vientre exclamó al caer sobre el empedrado: «Ea! ya se acabó!» despues cantó la copla de Figaro: *Los mas fuertes han hecho la ley*; y espiró (3). El grito de libertad, dominaba al ruido del combate, y con él resonaban estas palabras salvajes: «Es menester quemarlo y destruirlo todo.» Pero entre el ardiente deseo de completar su venganza y la necesidad de rechazar la muerte, aquellos rebeldes que hemos pintado hasta aqui como bandidos asalariados, desplegaban por el contrario un raro desinterés, y arrojando á las llamas dinero, relojes y joyas, esclamaban: ¡No queremos robar nada! (4)» Poco

(1) *El Amigo del Rey*, etc. cap. XIV, p. 93.

(2) Toulangeon, *Discurso preliminar* p. 33.

(3) *El Amigo del Rey*, etc. cap. XIV, p. 93.

(4) Debemos invocar, con este motivo, el testimonio de Toulangeon, que tenia á la vista los acontecimientos y cuyas afirmativas no pueden ser sospechosas. Véase su *Discurso preliminar*, p. 33.

después murieron degollados sobre aquellos ruinas:

Y por todo el arrebol, posaban los obreros llevando los cadáveres en angarillas diciendo: «Aquí teneis, ciudadanos, á los defensores de la patria; dadnos con que darles sepultura (1).»

Así se presentan esos disturbios cuya fisonomía se ha alterado tan estrañamente: no fué allí el que obró, como tantas veces han repetido, la hazaña venal de una pandilla de crueles aventureros, no; fué una venganza estraída por falsos rumores, venganza deplorable, desenfrenada, pero intrepida y sincera.

Con todo eso, cuenta Besenval que cuando despues de haber reprimido el motin, fué á presentarse á la corte, (cour) recibió una acogida glacial, y la circunstancia de hallarse el nombre de un afiliado al conde de Artois, mezclado en el origen del movimiento, el retardo de la represion y el interés que tenían en ensangrentar las elecciones, los que se disponían á calumniar el arrojó, todo indica de qué lado partía el soplo que encendiera la sedicion. Pero si es verdad que excitó el furor popular engañándole, no es que se le compraron; si se hubiese derramado dinero, no hubiera pedido ser sino en las ma-

(1) *El Amigo del Rey*, etc. ubi supra.

nos de cuatro ó cinco miserables; porque hombres capaces de vender su cólera, no hubieran conservado entre la sangre y á presencia del botín, la preocupacion de su honor. Hé aquí, por lo demas, un documento que prueba que no eran aquellos hombres segun una calumnia que se ha hecho histórica, *ladrones desconocidos*.

Entre el procurador del Rey, demandador y acusador, contra Juan Tomás Le Blanc, muchacho guarnicionero; Nicolás Mary, escritor; Juan Bautista Lamarche, pintor de edificios; José Taupin estampador; Esteban Farcel, tejedor de gasas y Pedro Quentin, escultor, todos defensores y acusados. Nos, por deliberacion del consejo, en juicio prebostal y sin apelacion decimos que á los arriba mencionados.... se les declara confesos y convictos etc.... (1) Muchachos guarnicioneros, estampadores, pintores de edificios, tejedores, escultores, hé aquí los *ladrones desconocidos* á quienes el proceso convenció é hirió.

De este modo se divisaba en lontananza la trágica cuestion del proletariado. Cuando mas encendidas estaban las agitaciones electorales, se habló del SALARIO y esta sola palabra

(1) *Estracto de los registros de la escribania del prebostazgo y compañía de á caballo de la isla de Francia, con fecha 18 de mayo de 1789.*

traia consigo otra revolucion muy distinta y mucho mas profunda que aquella en que se precipitaba la clase media. Pero ninguno sospechaba todavia nada, y llamaban motin al problema del porvenir plantado de súbito en un pronunciamiento.



CAPITULO VIII.

Asamblea Nacional.

Apertura de los Estados generales.—Aspecto de Versailles.—Asamblea.—Posicion de Necker.—Incidentes trágicos.—María Antonieta y Barnave.—Contiendas sobre el exámen en comun; papeles respectivos de los comunes, del clero y de la nobleza.—Partido Malouet.—Robespierre; sus desconfianzas.—Sieyes y Bailly en la sala de los Estados.—Los caballeros de lugar en la corte.—Marcha lenta y grave de los comunes; sus victorias sucesivas.—Siniestro espectáculo de Paris.—Los comunes se constituyen en Asamblea.—Mirabeau en casa de Necker.—Los curas se unen á los comunes.—Los comunes toman el nombre de Asamblea nacio-

nal.—Doble y extraño papel de Mirabeau.—Temores supersticiosos de Maria Antonieta.—Necker en Marly.—Sesion en el juego de pelota; por qué Mounier propuso el juramento.—La nobleza abandona á Luis XVI y se une á Maria Antonieta.—Partido de la reina.—El clero se une á los comunes.—Proyecto de Necker desechado.—Sesion del 23 de junio, verdadero carácter de esta.—Escena de loca embriaguez en la corte.—Motin en Versailles.—Club breton.—La nobleza se dirige á la Asamblea.—Triunfo definitivo de la clase media.

El 4 de mayo de 1789, un sol radiante iluminó la ciudad de Luis XIV. La Francia estaba en París, y París estaba en Versailles: debiendo abrirse al día siguiente los Estados generales, se decidió que tan solemne acto se celebrase con una fiesta nacional y religiosa. El día fue delicioso y el aparato sin igual: pero lo que constituía la grandeza del espectáculo, no eran las calles inundadas de gentes y de luces, ni el brillo deslumbrante de las bayonetas, ni las cabezas agrupadas en las ventanas, ni las ricas colgaduras de los balcones, ni la voz grave del sacerdote, ni el repique de las campanas, mezclado con el armonioso ruido de los instrumentos militares y el mando de los capitanes... no: la verdadera, la imponente-

te novedad era el lenguaje que se hablaba en toda la ciudad; el sentido de las palabras se cambiaba abordándolas; la alteracion de los semblantes, la arrogancia de las miradas, el inusitado orgullo de las actitudes, la fiebre de las almas, era el viril y poderoso desasosiego de un pueblo que visitaba la libertad.

Habin, por lo demas, en el fondo de la emocion universal, mil sentimientos diversos; esperanzas, pesares, melancólicos arrepentimientos, justa cólera, ambicion, terror, aspiraciones ardientes y heroicas. Los unos saludaban con gritos de entusiasmo á la imájen de la salvada patria: una fiesta hoy, decian los otros, y mañana el combate.

A la hora indicada, los diputados de las tres órdenes salieron de la iglesia parroquial de Nuestra Señora dirigiéndose en procesion á la iglesia de San Luis, y la multitud se agolpó en la carrera del cortejo. A la sazón dos señoras, madama de Stael y madama de Montmorin conversaban en una ventana: pero, como la hija de Necker ostentase su gozo, «hacéis mal en regocijaros, la dijo aquella; grandes desastres han de resultar de eso á la Francia y á nosotros (1).» No pudo menos de estremecerse madama de Stael; y no tardó mu-

(1) Madama de Stael, *Consideraciones sobre la Revolucion francesa*, cap. 16, p. 187.

cho en recordar esta circunstancia cuando madama de Montmorin espiró en el cadalso. Pasó la procesion, los recoletos (1) y el clero de Versailles, abrian la marcha y entre ellos iba la música de la capilla real. A estos seguian los diputados de los *comun*es, vestidos con simples mantos negros; pero en la firmeza de sus pasos y en sus serenos y vivos semblantes se veia bien que poseian la fortuna de la clase media. Entre estos el diputado Gerard, persona de carácter enérgico y franco, de frente morena, y corazon de hombre libre bajo una casaca de aldeano breton (2) parecia estar alli para representar mas particularmente al pueblo. Venian en seguida los diputados de la nobleza ostentando el lujo de sus bordados, de sus blancas plumas y de sus encages; y despues, separados como de un modo injurioso los obispos de roquete y maceta, los plebeyos de la iglesia y los curas. Los reyes acompañaban al Santísimo Sacramento que brillaba en las manos del arzobispo de París bajo un magnífico palio cuyas varas llevaban los condes de Provence y de Artois y los duques de Angulema y de Berri (3).

(1) Franciscanos de la estrecha observancia, (N. del T.)

(2) *Historia de la Revolucion por dos amigos de la libertad*, t. I, cap. 8, p. 189.

(3) Nougaret, *Hist. del reinado de Luis XVI*, t. VI, págs. 133 y 134.

Prolongados y escitantes clamores acogieron á la órden de los comunes, porque él era la revolucion; el duque de Orleans, porque aparentaba mantenerse á cierta distancia de la nobleza y mezclarse en las últimas filas del estado llano; los tribunos conocidos ó designados, porque eran vencedores, y el rey porque era vencido. Por lo que hace á la reina, ni un saludo popular le anunció, ni un grito de amor llegó á sus oídos; y conmovida, pero atenta á ocultar su dolor, procuraba desafiar con cierto aire de desden el mudo insulto que la hacian, cuando de repente se la vió palidecer y desmayarse (1). La princesa de Lamballe tuvo que sostenerla. En los oídos de María Antonieta habia resonado el grito de *¡Orleans para siempre!* (2) y dicen que en los ojos de la duquesa de Orleans asomó el relámpago del triunfo (3).

Sin embargo, á qué alturas y á qué abismos eran llamados aquellos graves personajes? Qué harian de la fuerza, una vez conquistada, y hasta dónde seria menester llevar tan gran aventura? El mismo Mirabeau que

(1) Montgaillard, t. II, cap. IV.—Madama Campan, t. II, cap. 13, p. 37.

(2) *Memorias relativas á la real familia de Francia durante la revolucion* (publicadas con arreglo al periódico, á las cartas y á las conversaciones de la princesa de Lamballe), t. I, p. 341.

(3) Montgaillard, t. II, cap. IV.

en todas partes se hallaba haciendo la fiesta, que se adelantaba respirando con toda la fuerza de sus pulmones las borrascas de la atmósfera, llevando con insolencia su indigna fama, atrayéndose la admiracion, escitando la sorpresa y atemorizando á todos; el mismo Mirabeau, decimos, lo ignoraba. Para hombres que la mayor parte eran, como Mounier y Malouet, «apasionadamente razonables (1),» no podia tratarse de cubrir el suelo de ruinas. Uno solo de aquel cortejo, iluminado por conviccion, presentia entonces (2) las últimas consecuencias; pero aquel se hallaba entre los mas oscuros; era uno de aquellos cuyo nombre preguntaban los transeuntes; y su aspecto rígido separando toda conversacion familiar, marchaba retirado en él y como distraído con la agitacion que le causaba el silencio de sus pensamientos.

Así que llegaron á San Luis, las tres órdenes se colocaron en la nave de la iglesia. Los reyes se sentaron bajo un dosel de terciopelo violeta, adornado con flores de lis de oro; y despues de haber cantado un coro de voces melodiosas el himno *O salutaris hostia*, el obispo de Nancy subió al púlpito. Se es-

(1) Madama de Stael, *Consideraciones sobre la revolucion francesa*.

(2) Primeras cartas manuscritas de Robespierre

paraban de su sermón palabras vivas y animadas, y se escuchó con suma impaciencia un discurso, satisfactoria amplificación de esta idea: (1): «La religion es la fuerza de los Estados,» que produjo sensacion en el auditorio, cuando el orador, despues de una viva pintura de la violencia del régimen fiscal, y de la miseria de los campos, exclamó: «Bajo el nombre de un buen Rey, de un monarca justo, sensible, es donde ejercen su barbárie esos miserables exatores!» exclamacion que arrancó generales aplausos (2); á pesar de la etiqueta, que no permitíase aplaudiese en presencia del rey, aun en los teatros ú otros espectáculos (3). Pero ya habia pasado la hora de las vanas costumbres y de serviles respetos.

El 5 de mayo de 1789, se abrieron en la entrada del castillo las puertas de la sala de Menus, vasto recinto rectangular, adornada con dos filas de columnas de orden jónico que daba cabida á mas de dos mil espectadores (4), cuya techumbre, de forma oval dejaba penetrar la luz á través de una cortina de tafetan blanco. En el interior del salón, sobre un estrado

(1) Mirabeau, *Diario de los estados generales*, número primero.—Este número y los siguientes son rarísimos.

(2) Mirabeau, *Diario de los estados generales*.

(3) Toulangeon, t. I, p 40.

(4) *Correspondencia de Grimm*, mayo de 1789.

magníficamente decorado, y bajo un baldaquino de franjas de oro, estaban colocados el trono, el sillón de la Reina, y los taburetes de las princesas: en el extremo de aquel, habia un banco para los secretarios de Estado, y delante del mismo, una mesa cubierta de un tapiz de terciopelo color de violeta. A la derecha estaban las banquetas destinadas al clero, y á la izquierda las de la nobleza y en frente del trono las de los comunes. Luis XVI habia presidido á la colocacion de los tapices de la Savonnerie y de las colgaduras que debian comunicar la claridad del dia; porque la víspera de tales acontecimientos, tenia puestos sus cinco sentidos en las decoraciones (1), ó bien en estudiar, recitando el discurso de apertura, las entonaciones de su voz (2).

Un insulto que el vulgo dirigia al tercer orden señaló la primera Asamblea de la revolucion, y como entráran los diputados de los comunes por una puerta secreta que contenia un soportal ó cobertizo (3), fueron detenidos por espacio de algunas horas; y mientras que despues de haberse hecho esperar mucho tiempo la corona, la iglesia y la nobleza pa-

(1) Toulangeon, t. I, p. 37.

(2) Madama Campan, t. II, cap. XIII, p. 37.

(3) Rabaut-Saint-Etienne, *Resumen histórico*, p. 72. Montgaillard, t. II, p. 6.

saban por la puerta principal, aquellos, estrechados y agrupados en un reducido espacio, presentaban el espectáculo de una bolsa de comerciantes (1).

Entre nueve y diez, el marqués de Brezé y dos maestros de ceremonias empezaron á colocar á los diputados por el orden de bai-lías, empleándose dos horas en las formalidades del ceremonial.

A pesar de haberse reservado las gradas del anfiteatro á las personas mas respetables y á las señoras mas elegantes, público escogido que no tardaria en reemplazar otro bullicioso y soberano, consejeros de Estado, gobernadores y tenientes generales de provincias iban á colocarse sucesivamente en medio del pavimento. Entre los ministros de toga y los ministros de espada, se distinguia Necker el único que estaba vestido de paisano (2). No fué recibido con menos aplausos que este el duque de Orleans, cuando entró confundido con los diputados de Crespy en Valois, y cuando le vieron insistir en hacer tomar el paso sobre él al cura de su diputacion (3). Pero no bien se presentó el conde de Mira-beau cuando en todas partes se levantaron

(1) Mirabeau, *Diario de los estados generales*, núm. 2.

(2) *Correspondencia de Grimm*, mayo de 1789.

(3) *Ibid.*

murmillos (1); y él con aire despreciativo y dominante, y vuelta la cabeza hácia atrás atravesó el salón como hombre que conocia bien á fondo el poder de sus vicios.

Cuando el Rey se presentó seguido de la Reina, de los príncipes y de las princesas, toda la Asamblea se levantó é hizo mil aclamaciones. Llevaba Luis XVI un gran manto real, un sombrero de plumas cuya presilla era de diamantes y cuyo botonera el Pitt (2); le enterneció al pronto la acogida con que le recibían, pero cuando todos quedaron silenciosos é inmóviles, y cuando vió enfrente de sí los severos rostros de los comunes (3) se turbó. Se oyó á Mirabeau despues decir á los que á su lado estaban, señalando al mismo tiempo al rey que se veia rodeado de tanto esplendor: «He ahí la víctima (4).» La reina que estaba á su lado temblaba, y una palidez mortal cubria su rostro.

Volviendo Luis XVI á ponerse el sombrero, «Señores, dijo, por fin ha llegado el día que hace mucho tiempo esperaba mi corazón,

(1) Madama de Staël, *Consideraciones sobre la revolución francesa*, t. I, p. 188.—*Correspondencia de Grimm*, mayo de 1789.

(2) *Correspondencia de Grimm*.

(3) Madama de Staël, *Consideraciones sobre la revolución francesa*, t. I, p. 189.

(4) *Membres de l'Académie*, t. I, cap. IV, p. 335.—Weber asistia á la sesion.

y me veo rodeado de los representantes de la nacion que me glorió de dominar. Un largo intervalo habia transcurrido desde las últimas sesiones de los Estados generales, y aunque pareció haber caído en desuso la convocacion de esas Asambleas, no he vacilado en restablecer un uso de que el reino podrá sacar nueva fuerza y que abrirá á la nacion un manantial inagotable de felicidad.» Exigir de un rey que repulse por sí esas conmociones en que perecen las dignidades reales, es pedir demasiado á la naturaleza humana; manifestando Luis XVI algunos temores sobre «el general desasosiego de los ánimos y el excesivo deseo de innovaciones,» desempeñaba su papel: su falta no podía estar en otra parte que en su situacion y en sus principios; por lo demas, añadió que debían esperar de sus sentimientos todo lo que naturalmente inspirase el mas tierno interés á la felicidad pública, todo lo que fuese permitido esperar de un soberano, «primer amigo de sus pdeblos.» Durante el discurso de Luis XVI se echó de ver que la reina, vestida aquel dia con la mayor sencillez, permaneció de pié, en actitud de emocion y de respeto (1).

Asi que el rey acabó de hablar, los dipu-

(1) *Memorias de Weber*, t. I, cap. III, p. 326. Coleccion de Berville y Barrére.

tados del clero y de la nobleza se cubrieron; acto continuo los comunes hicieron otro tanto: y así se pudo juzgar cuán lejos estaba el tiempo en que los representantes del estado llano se arrodillaban ante el príncipe (1). A fin de calmar la agitación nacida de esta legítima y amenazadora novedad, Luis XVI debió descubrirse.

Barentin, el guarda-sellos, tomó entonces la palabra, y en un discurso cuya primera parte estaba consagrada á lisonjas sin dignidad, recordó las circunstancias que dieron lugar á la convocacion de los estados generales, si bien no se le oyó nada á causa de la debilidad de su voz, y por otra parte, en razon á que su estilo no era á propósito para granjearse la aprobacion de la Asamblea. No obstante, pronunció palabras, soltó espresiones que la historia debe estampar en sus páginas porque dan testimonio de la universal influencia que ejerce la filosofía del siglo XVIII. «Solo el vicio y la ociosidad merecen el desprecio de los hombres; todas las profesiones útiles son honrosas, ora se llenen las funciones sagradas de los ministros del altar, ora se dediquen á la defensa de la patria en la peligrosa carrera de las armas... ora sometan á su

(1) Madama de Stael, *Consideraciones sobre la Revolucion francesa*, t. I, cap. XVI, p. 188.

crédito y á las especulaciones de un genio activo, previsor y calculador, las riquezas y la industria de los diversos pueblos de la tierra, ó sea que ejerciendo esta profesion puesta por fin en su lugar en la opinion de los sabios, se fecunden los campos con el cultivo, primer arte á que tienden los seres pertenecientes á la especie humana; todos los ciudadanos, cualquiera que sea su condicion, ¿no son miembros de una misma familia? Si el amor al orden y la necesidad señalaron rangos que es indispensable sostener en una monarquía, el aprecio y el reconocimiento no admiten estas distinciones, y no separan profesiones que reúne la naturaleza por las mútuas necesidades de los hombres (1).»

En los últimos estados generales, el orador de la nobleza se otrevió á decir con aprobacion de la corte: «La misma diferencia hay entre nosotros y el Estado llano, que entre el amo y el criado (2).» A la sazón parecia que el guarda-sellos Barentin, ponía por estimacion y reconocimiento al pueblo, al labrador al lado del gentil-hombre.

Levantóse sin embargo Necker, y la Asamblea prestó atencion: espuso primero, pero con mucha proligidad, la situacion en que se

(1) *Monitor*, sesion del 5 de mayo de 1789.

(2) Florimond Rapine, *Asamblea de los tres años* 1614.

hallaba la hacienda pública; los detalles del déficit cuyo número llevó á cincuenta y seis millones; los esfuerzos ya intentados, las medidas que debía tomar, los recursos de que podía valerse y las fuerzas administrativas que tenía que fecundizar. Con términos nobles y espresivos, tranquilizó los ánimos agitados por temor á una bancarota; colocó al frente de las reformas que los estados generales debían realizar la igual distribucion de las cargas públicas, pidiendo «se aboliese para siempre, hasta el nombre de los impuestos que conserváran vestigios de una desunion cuya memoria debía borrarse á todo trance (1).» Pero cómo! ¿Se había convocado á la nacion con tanta solemnidad solo para darle cifras que examinar? Eso es lo que Necker no procuró pretender.

«Eso, dijo, sería considerar á los Estados generales de un modo muy limitado, mirarlos solamente con relacion á la hacienda pública, al crédito, al interés del dinero... Se dice y se piensa que esos Estados generales deben servir para todo; que deben pertenecer así á lo pasado como al porvenir.» Y remontándose poco á poco hasta esas alturas en que el ingenio de la Francia le parecia confundirse con el de la humanidad misma: «Quizá llegará un día,

(1) *Moniteur* sesion del 5 de mayo de 1789.

señores, exclamó, en que estendereis mas allá vuestro interés; quizá vendrá un día en que, asociando á los diputados de las colonias á vuestras deliberaciones, echareis una mirada de compasion sobre ese malhadado pueblo del que tan pausadamente se ha hecho un bárbaro objeto de tráfico; sobre esos hombres que se asemejan á nosotros en el modo de pensar y sobre todo en el sufrimiento; sobre esos hombres sin embargo que, sin compadecernos de sus dolorosas quejas, acumulamos y amontonamos en el fondo de un buque para ir en seguida á toda vela á presentarles las cadenas que les aguardan (1).» Por lo que hace á la cuestion, entonces tan importante, de saber si se votaria por orden ó por cabeza, Necker la abordaba temblando, y parecia ocupado mas bien en mudarla que en resolverla. ¿No convenia dejar al menos tratar separadamente á las dos primeras órdenes del abandono de sus privilegios pecuniarios? ¿Por qué quitarles el honor de esa renuncia voluntaria y generosa? Porque «semejantes actos de justicia no eran comunes y la historia no presentaba ejemplo alguno (2). Una vez acabado este sacrificio, disipadas las sospechas de los unos, apagadas ó estinguidas las quejas de los otros, se po-

(1) *Ibid.*

(2) *Monitor*, sesion del 5 de mayo de 1789.

dria indudablemente comprender que ciertos objetos quieren someterse á separada deliberacion, y que, por el contrario, hay otros en que es preferible la deliberacion en comun.

Tal fué el lenguaje de Necker.

Todos esperaban el programa de una revolucion, y Necker presentaba una memoria; todos esperaban que franca y enérgicamente, en nombre del rey del pueblo prescribiera la deliberacion en comun; y propuso que se conformaran con la buena voluntad de las dos primeras órdenes. Los diputados de los comunes se mostraron sorprendidos y casi irritados, y echaron en cara al ministro el dogmatismo de su lenguaje, la indiscreta exageracion de su comportamiento en haber dejado sin resolver una cuestion de mucha importancia y no haber sentado las bases de una nueva constitucion. Mirabeau hizo de su periódico el eco del furor mas encendido, y negó al ministro su ingenio financiero en estos términos: «Véanse aqui hipotecados nuestros recursos en la *fé* y en la *esperanza*, con la condicion de que tengamos *caridad* (1).» Y volviendo al estilo vulgar de sus sarcasmos con la invectiva, acriminando la confianza de Necker en la generosidad de los nobles y de los sacerdotes, dió el grito que Versailles y París repitieron

(1) Mirabeau, *periódico de los Estados generales*, n. 2.

después de: «No hay generosidad en ser justo (1).»

¿Qué fundamento tenían tales reproches?

Necker hubiera debido hacer indudablemente una constitución, si, colocado en el aislamiento de la omnipotencia, hubiese sido el único responsable del porvenir; pero la nación acababa de salir á escena; á ella tocaba en adelante proveer su destino. No estuvo pues aquí la falta de Necker.

Su verdadera falta, su verdadero yerro fué, no resolver, por vía de iniciativa que las tres órdenes verificasen sus poderes en comun y formasen, desde su origen una misma Asamblea ¿Qué tenía que temer? La opinión pública le sostenía; llevado de la corriente natural de las ideas y de las cosas, hubiese triunfado fácilmente de las resistencias de la corte y evitado de esta suerte un rompimiento entre las tres órdenes que todas preveían; pero le faltó resolución precisamente cuando mas que nunca la necesitaba; sus amigos le instaban á que decretase la union en vez de implorar, y rehusó señalando á la corte. MM. de Saint-Priest y de Nivernais, sus colegas, querían que el guarda-sellos (2) hiciese previo

190

(1) *Ibid.*

(2) *Cartas é instrucciones de Luis XVIII al conde de Saint-Priest*, p. XCV de la *Noticia sobre el conde de Saint-Priest*, por M. de Barante. París, 1848.

exámen, pero tampoco accedió mostrando al pueblo; tuvo miedo de salir mal de su empresa si se enredaba; venció en él la vanidad de la audacia; se cubrió de moderacion su personalidad, y no fué hombre de Estado por haber deseado mucho parecerlo.

¡Oh! en verdad que si los nobles, si los sacerdotes no se hubiesen cegado en términos de trasformar en derechos los abusos de que gozaban, habria tenido alguna habilidad y grandeza para cargar con la destruccion del privilegio á los mismos privilegiados, para interesarles moralmente en el éxito de sus propios adversarios; en fin, para producir en ellos la alternativa de si honrar su derrota ó envilecerla: pero de parte de las dos primeras órdenes, el sacrificio de los abusos del pasado, no podia ser, como se verá despues, sino efecto de una embriaguez pasajera, aguardando el imperio de la justicia.

Raros accidentes de la historia! Se decretó en la corte que se ocuparian en disponer cuatro salas; tres para los tres órdenes y otra para las reuniones de aparato. «Cuidemos, dijeron los ministros, cuidemos de que no se establezcan los comunes en el recinto consagrado á la sesion de apertura. Donde esten el centro aparente de la Representacion nacional bien pronto estarán á los ojos del pueblo el corazon y la vida; no dejemos que ocupen los

comunes la morada de los Estados ni que sean su imagen.» M. de Saint-Priest señaló las salas como encargado de hacerlo; pero una de ellas era un picadero, y la administracion de las caballerías no queria cederla (1); el plan pues se descabaló; de suerte que la corona se veia reducida á poner en el número de sus cuitas la adquisicion de un picadero, y esta corona, esta dignidad real que tanto habia abusado de los recursos del poder absoluto, ahora se detenia ante una negativa de la administracion de caballerizas!

Al amanecer del 6 de mayo, se leia en Versailles el siguiente cartel: «**DE REAL ORDEN.** Habiendo hecho presente S. M. á los diputados de las tres órdenes que queria se reuniesen hoy 6 de mayo, se les ha advertido que el *local* destinado á recibirles estará preparado á las nueve de la mañana.»

Se ejecutaría la orden? ¿Consentirian los privilegiados en reunirse con los concejos para proceder á la operacion preliminar del examen de los poderes? Cuestion grande que se creia decisiva! porque el examen de los poderes conducia irremisiblemente, si tenia lugar en comun, al voto por cabeza, el cual era, gracias á la duplicacion del Estado llano, el triunfo seguro de la revolucion.

(1) *Noticia sobre el conde de Saint-Priest*, por Mr. de Barante p. XCIV, *Cartas é instrucciones de Luis XVIII*, etc.

Van los miembros de los concejos al sitio indicado, y aguardan; pero el clero y la nobleza no aparecen: entonces en aquella reunion de hombres venidos de diversos lugares, desconocidos todavia unos de otros, libres todos, todos iguales y amenazados, se manifiesta viva agitacion; los gritos se mezclan y las proposiciones se cruzan (1): declaran los mas ardientes que, sin hacer caso de una disidencia sacrilega, es menester constituirse en *Asamblea nacional*, y algunos piden que se pongan los medios para la conciliacion. Pero constituirse en Asamblea nacional, era precipitarlo todo: nombrar una diputacion era reconocer imprudentemente la distincion de las órdenes: sin embargo, se levantan voces graves que recomiendan la paciencia, virtud de los fuertes, y se oye resonar esta palabra que Necker pronunció el dia anterior: *No envidiamos el tiempo*. Poco á poco cae la efervescencia y el tumulto se amortigua; se acuerda que no habiéndose hecho el exámen de los poderes, se considerarán á los concejos como «mera agregacion de individuos presentados por los estados generales;» y el respeto á los principios se estiende hasta rehusar abrir las cartas remitidas en la sala y dirigidas al Es-

(1) *Segunda carta del conde de Mirabeau á sus comitentes, post-scriptum.*

tado llano (1). Eran las dos y media cuando se difunde una noticia alarmante: la orden del clero y la de la nobleza acababan de pronunciarse por el examen separado de los poderes, aquella en la mayoría de ciento treinta y tres contra ciento catorce, y esta en mayoría de ciento ochenta y ocho contra cuarenta y siete (2). No era esto otra cosa que el principio de la lacha. ¿Y qué éxito obtendría? Resuelta á no ceder la Asamblea de los concejos, se citó para el día siguiente que la vió en efecto ocupando su puesto, constante en su derecho, y llena de sosiego de poder y de tranquilidad.

En el castillo se fluctuaba entre la inquietud y la cólera. La noche de la procesion de los Estados generales, pintada la desesperacion en el rostro de Maria Antonieta, su dolor por mucho tiempo contenido, estalló en términos de romper sus braceletes (3). Durante algunas horas fué víctima de horribles convulsiones, y para ayudarla á respirar, sus damas de servicio tuvieron que cortarla los

(1) *Historia de la revolucion por dos amigos de la libertad.*—Primera carta del conde de Mirabeau á sus comitentes.

(2) *Extracto de los registros de las deliberaciones de los diputados que compusieron la nobleza de los Estados generales.*

(3) *Memorias relativas á la real familia de Francia durante la revolucion*, t. 1, p. 341.

vestidos. La misma noche, Barnave, joven diputado del Estado llano que iba á anunciarse con mucho estrépito y á quien habia conmovido la gracia de la reina, se valió de la princesa de Lamballe para que le pusiera á sus órdenes, prometiendo declarado apoyo si fuera posible resignarse á una monarquía constitucional. Maria Antonieta interrumpió á la princesa y se encolerizó (1) porque siempre creia estar viendo aquellos rostros taciturnos que una fiesta se los habia presentado porque creia tambien oir aquel grito de *Orleans para siempre!* cuya ofensa la habian reservado. ¿Se habia de dejar que se acrecentase el peligro, se habia de permitir que se cumpliese la amenaza? Hubo en casa de madama de Polignac ardientes conciliábulos en que escuderos de la nobleza y escuderos del clero vivieron á alentarse á la resistencia. El lazo moral que anudaban los periódicos entre Versalles y Paris, era el primer obstáculo que debia vencerse; no titubearon: un decreto del consejo suprimió la hoja de los *Estados generales* de que solo un número habia salido á luz, y prohibió que continuara su publicacion. Tardía viblencia! Mirabeau redobló su osadía, y con el título de *Cartas á mis comitentes* continuó la obra empezada; protestó el ayuntamiento de

(1) *Ibid* p. 343.

Paris (1); defendió la opinion pública lo que era su reino, y la corte retrocedió de espanto. Además de las hojas públicas habia otros muchos monitores! Cada palabra que salia de la sala de los estados era prolongada por los ecos del real palacio, de los clubs de los arrabales; y los caminos de Versailles á Paris estaban cubiertos de voluntarios noveleros que iban y venian sin cesar, conductores jadeantes de la electricidad revolucionaria.

La actitud que tomaran los miembros de los concejos, les prohibia dar los pasos que habian de servir naturalmente para justificar la division de las órdenes: así se abstuvieron cuidadosamente de todo lo que hubiera podido dar á su reunion el carácter de *Cámara constituida*, y autorizaron, no obstante, á doce de ellos á que se dirigieran á nobles y sacerdotes pero en calidad solamente de benévolos medianeros, pero no como diputados (2).

Por incierto que fuese el sentido de aquella declaracion, el clero la recibió gozoso. Alarmados los príncipes de la Iglesia con las secretas simpatías que á tantos curas honrados hacian inclinar hácia la causa popular,

(1) *Memorias de Bailly*, t. I. p. 39.

(2) *Sesiones de los diputados de los concejos*, p. 11 continuacion del *Proceso verbal de conferencias para el examen de los poderes*.

temblaban de quedarse sin ejército si arriesgaban el combate: de suerte que el papel de medianeros convenia á sus funciones sacerdotales, á la par que su aptitud. No se limitó el clero á nombrar comisarios conciliadores, sino que instó á la nobleza á que hiciese otro tanto, y como consecuencia de tales instancias, una diputacion de gentiles-hombres se presentó el 13 de mayo en los Concejos (1). Pero cual seria la admiracion de la Asamblea, cual seria su indignacion cuando despues de decir el duque de Praslin: «Tenemos, señores, el honor de traerlos los decretos de la órden de la nobleza; en ellos vereis el deseo que tiene de mantener la union fraterna! (2), leyó en alta y altanera voz una série de decretos en que la nobleza juzgaba conveniente examinar separadamente sus poderes; decia además que se habia constituido en Cámara particular, y que si habia consentido en elegir comisarios conciliadores, fué por consejo del clero y por pura deferencia. De todas partes salieron exclamaciones á causa del ultrage de semejante comunicacion. ¡Cómo caia en gracia la nobleza á las demas órdenes y ansiaba bajar á reconciliarse con ellas! ¡Y venia á hablar irrisoriamente de *union fraterna* cuando

(1) *Sesiones de los diputados de los Concejos*, p. 21.

(2) *Ibid.*

ella misma enumeraba los actos que tendian á hacer imposible la proyectada union! Chan-
zas tan amargas no pudieron menos de enfu-
recer á Mirabeau. Puesto que los nobles tu-
vieron el derecho de examinar sus poderes,
¿quién les impedia seguir adelante, hacer
una constitucion; arreglar la hacienda, pro-
mulgar leyes? ¿Merecian contarse veinte y cua-
tro millones de hombres? ¿No eran los nobles
la Francia? (1) Mirabeau no hacia otra cosa
que espresar los sentimientos que se habian
apoderado de la Asamblea de los Concejos
con la lectura de los decretos de la nobleza;
esta no obstante, se contuvo, y su decano con
tono grave respondió asi á la diputacion de
los nobles (2): «No estamos constituidos; de-
bemos ocuparnos de los medios de concilia-
cion que se nos propongan.»

Toda revolucion encuentra en su *debut*,
esto es, en su origen, en su principio, hom-
bres que la conservan débil aun y mediana,
pero que tratan de ponerla trabas tan pronto
como se vigoriza, tan pronto como se engran-
dece y tan pronto como amenaza llegar á su
completo desarrollo. De estos hombres fueron
Monnier y Malouet; aquel ya se preguntaba
con ansiedad por las consecuencias; este tra-

(1) Tercera carta del conde de Mirabeau á sus comi-
tantes.

(2) Sesiones de los diputados de los Concejos, p. 24.

tó desde entonces de helar el movimiento, y asustado de la indómita calma de los Concejos y del aire altanero de la nobleza, no tuvo inconveniente de llamar á la fuerza para que tomase la actitud suplicante de la debilidad, redactando un proyecto de declaracion en que se decia: «...Nos debemos y deseamos ardientemente reunirnos con nuestros co-diputados del clero y de la nobleza... Esperamos de su patriotismo y de todas las obligaciones que les son comunes á nosotros, que no dilatarán por mas tiempo poner en actividad á la Asamblea Nacional... Lo esperamos con tanta mas impaciencia... cuanto que sentimos en el alma no haber podido ni aun dar al Rey las mas respetuosas gracias y mas rendidos homenajes de la nacion por medio de una diputacion de los Estados generales; y declaramos con toda formalidad que hacemos ánimo de respetar y no atacar de ningun modo á las propiedades y á las prerogativas honoríficas del clero y de la nobleza... (1).»

¿Qué acogida darian los Concejos á un proyecto en que hasta tal punto estaba abatido el nivel de los sentimientos y del lenguaje? No es extraño que Malouet tuviese sus dudas, porque antes de arriesgar su proposicion

(1) Véase todo el proyecto en la *Cuarta carta del conde de Mirabeau á sus comilentes*.

creyó deber consultar á un personage que aun no tomaba parte en la representacion nacional, pero que tenia la mano en los acontecimientos y á quien una brutal melancolía, una energía réconcentrada y una palabra sentenciosa y sóbria, conducian á desempeñar el papel de la profundidad. Este personage que no era otro que el ilustre abate Sieyes, aplaudió el respeto de Malouet para con las propiedades de las dos primeras órdenes, pero le aconsejó que guardase silencio en punto á las *prerogativas honoríficas*. «¿Intentais acaso, exclamó Malouet sorprendido, destruir la nobleza?—Sí, ciertamente.—¿Y qué medios teneis?—Ya los encontraremos: es necesario al menos poner miras ó plantar jalones, y lo que no podamos hacer, lo harán nuestros sucesores (1).» ¡Así, destruir la nobleza hubiese sido el asunto de la venidera generacion: y hé aquí lo que entonces pensaba, lo que decia Sieyes, el hombre de los planes seguros, el elogiado calculador!

Presentó Malouet su proposicion á los Concejos y estos la desecharon.

Era menester, pues, tomar un partido. El clero y la nobleza habia elegido comisarios conciliadores; se trataba de saber si á su vez señalarian los Concejos. Esto fué lo que el 14

(1) Beaulien, *Ensayos históricos*, t. I, p. 139.

de mayo propuso Rabaut-Saint-Etienne, ministro protestante de Nimes con la condicion de «que no se desistiese de los principios de la opinion personal ó por cabeza y de la *indivisibilidad de los Estados generales* (1).» Pero tanta reserva pareció humillacion ó peligro á Le Chapelier, diputado de Rennes: según él no faltaba sino hacer enérgica y perentoriamente la siguiente declaracion: «Los diputados de los Concejos solo reconocerán por representantes legales á aquellos, cuyos poderes hubiesen sido examinados por comisarios nombrados en Asamblea general... no pudiendo recibir cada diputado de ella mas que la sancion que la constituye miembro de los Estados generales. (2)» Esto era acortar las tergiversaciones y si no se habia entendido la apelacion á la unidad, echar el guante á la pelea. La Asamblea se agita y se divide, colocándose el menor número al rededor de Le Chapelier, y el mayor al lado de Rabaut-Saint-Etienne. Un diputado de Arras, Maximiliano Robespierre, se levanta y desesperando de ver adoptar la fuerte proposicion de su colega de Rennes, exige á la Asamblea que se abstenga al menos en vista de los nobles de dar un paso de que triunfaria su orgullo, y que

(1) *Sesiones de los diputados de los Concejos*, p. 26 y 27.

(2) *Idem*, p. 28.

no se dirigiese sino á la órden en que estaban, al lado de arrogantes prelados, los modestos y sencillos confesores del Evangelio (1). Robespierre redactó su proyecto, y ahora pide que se le someta á discusion; pero era tan limitada su influencia, y su voz era de tan poco valor, que desdeñaron dar su opinion sobre la proposicion que acababa de presentar (2), la cual iba á ser sofocada cuando Mirabeau se apoderó de ella é hizo su análisis en un ardiente discurso reasumido en estas palabras: «Enviad, señores, al clero y no enviéis nada á la nobleza, porque esta manda y aquella negocia (3).» El 18 de mayo, despues de cuatro dias de debates, la opinion de Rabaut-Saint-Etienne la llevaba (4). No tardó en nombrarse una comision de que él mismo formó parte, en que se encontraba á Barnave, y se buscaba á Mirabeau.

Empezaron pues las conferencias, y los diputados de la nobleza aprovecharon la ocasion para advertir que renunciaban á sus privilegios, pero, para ellos, era mas bien un

(1) Carta manuscrita de Robespierre de 24 de mayo de 1789.

(2) Ibid.

(3) Véase ese discurso en la Cuarta carta del conde de Mirabeau á sus comitentes.

(4) Sesiones de los diputados de los Comunes, p. 93.

cálculo que un arrojo. Resueltos á no ceder absolutamente respecto á la cuestión decisiva del voto en comun, querian eclipsar con el esplendor de un sacrificio patriótico lo peligroso de su obstinado aislamiento. Conviene advertir que este sacrificio estaba encomendado á muchos de ellos por sus mismos cuadernos (1), y que correspondia á los generosos sentimientos de la minoría de los gentiles-hombres. No duraron mucho las conferencias; no fué posible estenderse mas; y el 26 de mayo, la cámara de la nobleza rompió bruscamente las negociaciones sobre la proposición del duque de Villequier (2): se enconaba la lucha.

Por su parte, los concejos no podian menos de enojarse como sordamente conmovidos de pasiones contrarias. Robespierre, oscuro observador aun de los hombres y de las cosas, trataba ya de adivinar los desertores y los grababa en silencio en el fondo de su corazon: en las cartas que escribia á los mas íntimos confidentes de sus pensamientos se esponia los designios de Malouet, pernicioso autor del triunfo esclusivo de la clase media, y se complacia en la decadencia de las reputaciones que no eran una fuerza para el pueblo como por

(1) Beaulieu, *Ensayos históricos*, t. I, p. 127.

(2) *Ibid*, p. 52.

ejemplo; las de Target y de Mounier. Poco le temia Mirabeau, sabiendo que él era de carácter capaz de esas flaquezas en que el ingenio pierde toda autoridad sino todo su brillo y lucimiento. Seguramente habria divisiones, traiciones tal vez; pero Robespierre se consolaba al ver á su alrededor «mas de cien ciudadanos dispuestos á morir por la patria (1).»

Por lo demas, las disidencias en el seno de los concejos eran muy vagas, y no impedian que ganase el Estado llano, por lo que hacia á la nobleza en confianza y en fortaleza: además todo lo conservaba. El amor á la concordia le daba como auxiliares, en la cámara del clero, á sacerdotes, tales como Ballard, Jallet, Dillon y Gregoire. Al sentimiento de justicia unido al gusto de la popularidad le servia de apoyo en la Cámara de los nobles una minoría en que figuraban, el duque de Orleans, Alejandro y Carlos de Lameth, Lafayette, el marqués de Castellane, el conde de Crillon, el conde de Montmorency; y entre las cortesanas de las mas despejadas é influyentes que ocupaban sus ratos de ocio en ensayo de patriotismo; se citaban (2) á las señoritas de Stael, de Coigny, de Castellane, de Aguiilon,

(1) *Carta manuscrita de Robespierre de 24 de mayo de 1789.*

(2) *Memorias de Ferrieres, t. I, p. 40.*

de Luynes como que concurrían á las sesiones de los concejos, daban comidas políticas, hablaban de la constitucion, escribian folletos y mantenian el ardor plebeyo. Por último, París acababa de nombrar á sus representantes; socorro deseado con mucha impaciencia: y en efecto, el 25 de mayo (1) entraron en la sala de los Estados á los veinte diputados que enviaba nuevamente la capital, entre ellos el abate Sieyes y Bailly: el primero melancólico, taciturno y resuelto; al llegar á la sala de los Estados una emocion mezclada de embarazo y de respeto se apoderó del segundo; vestido este de negro, con capa, larga cabellera y corbata, trage de etiqueta que muchos empezaban á desechar, avanzó con aire tímido, echando un poco de menos su importancia en el ayuntamiento, y semejante, como ingenuamente lo ha confesado (2), á un hijo de familia que del hogar paterno en que era objeto de todos los cuidados pasa de repente al gran mundo en que nadie le cuida, en que nadie le hace caso; pero poseia virtudes que pronto iban á saludar en su persona; eran estas la moderacion y la firmeza, virtudes de la hora presente.

Asi pues los concejos no podian rendirse, no podian humillarse, pero á su firme y cons-

(1) *Memorias de Bailly*, t. I, p. 71.

(2) *Idem* p. 72.

tante voluntad, oponia la nobleza la violencia del orgullo irritado: seguia esta con furia altanera la ruta que la trazaban en la profundidad de los abismos, d'Eprémenil, Lacqueille, Bouthillier y un jóven capitán de caballería, ennoblecido desde veinticinco años (1), el impetuoso Cazalés. Los mas austeros, los mas rigidos eran precisamente los caballeros de lugar porque el moho de sus naturales preocupaciones no se habia quitado al contacto de las grandes villas, aquellos á quienes la corte tenia reservada para seducir su inesperienza, multitud de bagatelas y fruslerias elogiadas: una sonrisa familiar del conde de Artois, un exterior de confianza, el honor de presentarse en la Cámara en que dormia el monarca, el singular favor de ser admitido en la sala de juego de la reina (2), «á vosotros, se os debe la gloria de salvar á la monarquía» y estas palabras les hacia en extremo imprudentes.

De consiguiente, solo el clero ofrecia tomar parte en la última tentativa de conciliación; porque las dignidades de la Iglesia se esforzaban inútilmente en que bajase Dios á examinar su querella; muchos curas recordaban que su Cristo era hijo de un carpintero y se creian hijos del pueblo.

(1) Madama de Stael, *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, t. I, cap. XVII, p. 199.

(2) *Memorias de Ferrières*, t. I, p. 38.

Así los concejos, antes de recurrir al poder, tomaron el partido de dirigir al clero una invitación fraternal, suprema; y presentó verdaderamente magnífico espectáculo el 27 de mayo, cuando Target, seguido de algunos de sus compañeros dijo á los sacerdotes reunidos: «En nombre de Dios y de la paz exigimos que os unais á nosotros.» Ya esta vez no se invocaba al Señor para que prestase apoyo á una miserable vanidad de casta, sino que se ponía por testigo al Ser en quien reside la unidad de la familia humana. Enternecidos los humildes ecónomos de lugar, y bañados sus ojos en llanto, exclamaron: «Partamos al instante,» pero los prelados de corte objetaron á esto la necesidad de obrar con gravedad, de reflexionar; y á la inspiración de su engañosa discreción, dió el orden esta respuesta: «La proposición de los señores de los Concejos exige formal exámen y el clero va á ocuparse de ella (1).» Hasta la noche estuvieron esperando los Concejos, pero en vano.

Entonces se urdió la intriga mas criminal: para evitar la alianza de los Concejos y de los curas, los guías del partido contra-revolucionario rodean á Luis XVI; le instan á que intervenga; le aconsejan que ordene la continuación de las conferencias entre los comisa-

(1) *Sesiones de los diputados de los Comunes*, p. 56.

rios de las órdenes, pero en presencia del guarda-sellos y de comisionados nombrados por el gobierno. Esto era volver á empezar una esperiencia que habia concluido por indisponer los ánimos, y so color de conciliacion, avivar la discordia (1). Luis XVI, ora por complicidad, ora por debilidad, accedió á la súplica que se le hacia, y remitió á las tres órdenes una carta en que espresaba su deseo.

La obediencia del clero fue pronta y sin la menor reserva: pero á fin de que las conferencias que iban á repetirse fuesen necesariamente estériles, los que encendieron la discordia en la nobleza se ejercitaron en fomentarla con irrevocable decision (2). El *veto* respectivo de las tres órdenes, una sobre otra ¿no era el paladion (3) de la libertad, una garantia de la paz, una salvaguardia para el trono? Hé aqui lo que con extremo calor desenvolvieron d'Entraignes, Bouthillier y Cazalés, incitando á los nobles á que tomáran un partido enérgico, decisivo. Siguió á estos la mayoría, y se declaró que «la deliberacion por orden y

(1) Beaulieu, escritor realista piensa lo mismo en sus *Essays historiques*, t. I, p. 155.

(2) Beaulieu, *Essays historiques*, t. I, p. 158.

(3) Voz derivada de la latina *Palladium*, llamada así, por la estatua de Palas que creían los troyanos que habia caído del cielo al templo de su ciudadela donde la guardaban. (N. del T.)

la facultad de impedir que pertenecia separadamente á cada uno de ellos eran constitutivas de la monarquía (1). Pero al punto protestaron varios gentiles-hombres: el conde de Montmorency, el caballero de Mantelle, el baron de Harambure, el duque de Luynes y el marqués de Lancosme, se levantaron contra un decreto contrario, decian ellos, á los sentimientos de conciliacion que manifestaba la carta del rey. Los señores Cypierre y Sínety volvieron á desechar su mandato que prescribia la opinion por cabeza: el marqués de Castellane declaró que votaba por la reunion; el conde de Crillon dijo que pensaba ser diputado de los Estados generales con el fin de dar una constitucion á la Francia, cosa imposible si se admitia el voto de una de las órdenes sobre la otra; el duque de Orleans, el conde de Croix y el conde Carlos de Lameth se admiraron de ver un decreto que mandaba sobre pena de ser castigados á los comisarios conciliadores á que no concillasen nada... ¡Vanas protestas! la mayoría fué mas allá.

El decreto de la nobleza, anticipada y evidentemente hacia ilusorias las nuevas conferencias: sin embargo, los Concejos consintieron en que prosiguieran *por deferencia* al deseo de S. M. (2), y nombrando presidente á

(1) *Sesiones de los diputados de los Concejos*, p. 62.

(2) *Memorias de Bailly*, t. I, p. 85.

Bailly con el nombre de decano, recordaron que una diputacion solemne presentaria al rey «los respetuosos homenajes de sus fieles Concejos, las muestras de su celo, de su amor á su sagrada persona y á la real familia, y los sentimientos de vivo reconocimiento de que estaban penetrados para las tiernas solicitudes de S. M. acerca de las necesidades de su pueblo (1).» Asi se espresaban los Concejos el 29 de mayo de 1789, tres años y ocho meses antes de la tragedia del 21 de enero.

Pero, interin envolvian su modo de pensar en las fórmulas de la antigua esclavitud, la corte no pensaba mas que en humillarles; y cuando Bailly fué á pedir al guarda-sellos Barentin que se admitiese cerca del rey á la diputacion de los Concejos, no tuvo reparo el ministro en confesar que habia gran dificultad en ello. ¿Se podria sufrir que el orador de la tercera orden hablase al rey sin arrodillarse? Al menos era menester que una actitud mas sumisa denotase, respecto á las dos primeras órdenes, la inferioridad de la tercera.

«No quiere decir esto, añadió el guarda-sellos, que se quiera insistir en un antiguo uso que lastima al Estado llano y que el rey no hace ánimo de exigir: sin embargo, si el rey quisiere.... Y si se oponen veinte y cinco millo-

(1) *Sesiones de los diputados de los Concejos*, p. 69.

nes de hombres?» interrumpió con frialdad Bailly (1) el cual estaba en su segunda demanda de audiencia; y la vispera del dia en que pasaba esta escena, perdió Luis XVI á su primogénito. De aquí rumores odiosos y embusteros que la aversion de los cortesanos se complacia en difundir: se contó que Bailly habia querido forzar la puerta del rey; que habia turbado con cruel obstinacion el dolor mas inviolable, y que por lo tanto se habia visto Luis XVI en la precision de esclamar: «No hay padres por lo visto en la cámara de la tercera orden (2)!» El delfin á quien la muerte acababa de robar un niño frágil, caduco y triste antes de tiempo. Huyeron los dorados dias de Trianon pero no volvieron; y Maria Antonietta, herida como madre, amenazada como reina, cayó en la mas profunda melancolia, y entonces fué cuando una alfombra blanca cubrió su cabeza (3).

La situacion, en vez de aclararse se iba prolongando mas y mas; la continuacion de las conferencias dió el resultado que se esperaba, á saber: vanos debates, mas aspereza, y el enojo que fomentaba la guerra. Necker

(1) *Memorias de Bailly* p. 104.

(2) *Idem*, t. I, p. 102 y 103; y las *Memorias de VVeber* t. I, p. 342 y 343.

(3) *Memorias de VVeber*, p. 341.

propuso á las tres órdenes que examinasen separadamente los poderes y se comunicasen el recíproco resultado; pero que en caso de haber disenso recurriesen al Rey; pero en el supuesto plan de conciliación, unos no vieron sino el golpe á su arrogancia, y otros solo un lazo; accediendo á toda la nobleza declaró que se refería á sus decretos precedentes, y los concejos se apropiaron de aquella imprudente restricción para rehusar echando á los nobles la culpa de la negativa (1).

Ya era tiempo de vencer. Rugía París, y contemplada de lejos la marcha lenta y grave de los concejos, parecía inmóvil: el pueblo además sufría; el pan estaba caro; y si la clase media no podía pedir á los Estados generales otra cosa que la libertad, el pueblo debía pedirles el derecho de vivir. Cuando el 19 de mayo fueron las fruterías y otras vendedoras del mercado al ayuntamiento á dar el parabien á los electores, no dejaron de decirles á voz en grito: «Pensad en el pueblo, señores!» Y qué respondieron estos? Que precisamente de los intereses del pueblo se iban á ocupar los Estados generales, y que las vendedoras tenían defensores, amigos y hermanos en la Asamblea del Estado llano (2): y no

(1) Rabaut-Saint-Etienne, *Resumen histórico*, p. 77.

(2) *Memorias de Bailly*, t. I. p. 68.

obstante, los pobres seguian lamentándose, y el precio del pan continuaba tan caro como antes. Ninguno duda que la conducta de los concejos fué sábiamente calculada, tan justa y tan buena en fin, como lo exigian las circunstancias: antes de aconsejar que se fecundizase la victoria era necesario vencer. Pero la passion no repara en obstáculos, y el hambre nunca espera; por cuanto que acababa de darse un decreto que no inquietó absolutamente á la clase media y que causó siniestra impresion en el pueblo; hombres detenidos en un reciente motin escitado por una cuestion de salario, fueron condenados, por deliberacion del consejo, juicio prebostal y sin apelacion, á una pena hecha por hablar vivamente á la imaginacion de la multitud; y custodiados por el verdugo, fueron conducidos por toda la ciudad, pies descalzos, en camisa, cordel al cuello, y un rótulo infamatorio en el pecho, hasta la puerta principal de la catedral de Paris, donde, de rodillas y con una antorcha encendida de cera amarilla en la mano, tuvieron que confesar el crimen de la miseria cambiado en furor (1).

Los guias de la órden del clero, resolvieron sacar partido de aquellas tristes circuns-

(1) Extracto de los *Registros del archivo del prebostazgo y mariscallia general de la isla de Francia*, fecha 18 de mayo de 1789.

tancias, y anunciaron estrepitosamente que iban á ocuparse de la carestía de granos, y aconsejaron á los de la tercera órden que mitigasen á su vez los males públicos. Los concejos comprendieron lo insidioso del paso dado; y contestaron que era un deber aminorar los sufrimientos del pueblo, pero que la cuestion necesitaba resolverse en la *sala comun*.

Otro cambio semejante de artificios, y el límite que existe entre la prudencia y la dignidad se habia pasado: Sieyes dió el golpe maestro. El 10 de junio, la Asamblea, instruída de antemano, guardaba profundo silencio que Sieyes interrumpe y propone dirigir á las otras tres órdenes el último *requerimiento*, previniéndoles que *la apelacion de las bailias tendria lugar en una hora y que se daría el fallo contra los que no compareciesen*: se vota la proposicion, despues de haber mitigado su áspera fórmula (1) y es aprobada: esto la misma revolucion.

La noche de aquel dia fecundo subia Mirabeau misteriosamente la escalera de Necker (2), perdida la cabeza en estraños pensamientos, ¿impediría que se desbordase el rio, él á quien tentaba el demonio familiar de Ca-

(1) Véanse las *Sesiones de los diputados de los Concejos*, p. 144 y sig.

(2) Beaulieu, t. I, p. 140 y 141; relacion de Malouet, extracto del tomo III de la coleccion de sus opiniones.

yo Graco? ¿Dejaría perecer la dignidad real él á quien el régimen de las cortes permitia vivir perdido en el vicio? Si tenia necesidad de la plaza pública para su ingenio, necesitaba de la monarquia para romper su corazon: asi combatido, lleno de violencia, lleno de espanto, y sucumbiendo en fin á las contradicciones de su poderosa y miserable naturaleza, se habia bajado hasta solicitar una conferencia secreta con aquel ministro ginebrino contra el cual agotaba aun la víspera todas las imprecaciones del odio, todas las formas del desprecio. Necker recibió con insultante frialdad (1) á aquel á quien llamaban en la corte el *conde plebeyo*. «Veamos le dijo, con tono breve é imperioso, cuáles son vuestras proposiciones?» En Mirabeau, la admiracion siempre fué la cólera; se enfureció y salió prometiéndose atraerle á Necker á la tribuna y allí arruinarle.

El 13 de junio se ocupaba la Asamblea del exámen de los poderes, cuando al llamamiento de la senescalia del Poitou se presentaron tres curas, Lecesre, Ballard y Jallet (2). Fué esto un verdadero y sensible delirio: les rodean, les agradecen en nombre del pueblo,

(1) Conforme á la relacion de Malouet, á quien se dirigió Mirabeau para obtener audiencia.

(2) *Memorias de Bailly*, t. I, p. 141.

les estrechan las manos, les abrazan. «Pero aun se deliberará, esclama una voz, se delibera en la cámara del clero.—Yo, dijo el cura Ballard, no someto mi conciencia á deliberacion (1).» Al dia siguiente y al otro recibian los concejos en medio de los trasportes mas vivos á otros sacerdotes que traian la revolucion y su fortuna: se presentó el abate Gregorio, y el abate Marolles dijo al entrar: «Héme aquí, señores; pero desde que se abieron los estados generales, mi corazon estaba entre vosotros (2).» Unánimes aclamaciones acogieron esta declaracion de santa desercion, y algunos aplaudian con lágrimas en los ojos.

Dicho y hecho; todo se precipita. En una de las sesiones anteriores (3), pareció que Malouet temia la presencia de la multitud y se habia atraído las fulminantes palabras de Volney: «No hay aqui personas estrañas; todos son hermanos.» El 15 de junio se llenó de espectadores la sala de los Estados; llegaban los dias de foro y los Concejos procedieron á la constitucion definitiva de la Asamblea ante las miradas, la custodia y los aplausos de un gentio inmenso. Pero en primer lugar ¿qué nombre darla? Sieyes propuso se la llamára *Asamblea*

(1) *Historia de la Revolucion por dos amigos de la libertad*, t. I, cap. X.

(2) *Monitor* sesion del 15 de junio.

(3) En la de 28 de mayo.

de los representantes conocidos y examinados de la nacion. Pidió Mirabeau la palabra; la fiebre, como decian, brillaba en sus ojos; el temblor de su cuerpo, sus megillas hundidas, su lábio mas levantado que de costumbre, descubrían en él los estragos de una larga agitacion, y antes de despegar los labios, pareció que se oia el soplo de las pasiones contrarias que hinchaban su pecho: estuvo provocante, admirable en contradicciones, vehemente, osado, sublime: desechaba la proposicion de Sieyes, declarándola demasiado atrevida, tachándola casi de sediciosa y pedia que se adoptasen las palabras de *Representantes del pueblo*. No, nunca la palabra humana interpretó de un modo tan penetrante y con tanto esplendor los combates de un alma turbada.

Se vió al orador de los reyes, al orador de la multitud, insultar y ensalzar al pueblo alternativamente: empezó por vituperar; si queria que se llamase *pueblo*, era porque así convenia no negar el clero, no negar la nobleza y no chocarse imprudentemente con el *veto real*, *veto necesario* y sagrado: despues, respondiendo á los que agotaban su atrevimiento en el opoyo prometido por inferiores, mostraba al pueblo ignorando sus derechos, ignorando la libertad y *dispuesto á vender la*

(1) *Monitor*, sesion de la mañana del lunes 15 de junio de 1789.

Constitucion por pan (1). Lenguaje tan ultrajante como injusto, descubria demasiado los fines de Mirabeau. Sustituir al título de *Concejos* una artificiosa variante, contener la absorcion de la nobleza y del clero por la mayoría de la sociedad francesa, mantener á medias la distincion de las órdenes, á esto es donde se cree llegar con las palabras *representantes del pueblo*! «Contemos las cabezas, exclamó Target con aire de nobleza, y no las fortunas (1).» Y Thouret creó de nuevo el inconveniente de una denominacion que interpretada en su sentido mas conciso, pareceria consagrar las inícuas distinciones que se trataba de destruir (2). Irritado entonces Mirabeau, fuera de sí, avergonzado de su papel de cortesano y conducido por la cólera al verdadero papel de su génio, en el riesgo de una inconsecuencia heroica: «Sí, si ese nombre de pueblo no fuese el nuestro, seria menester escogerle entre todos, mirarle como la mas preciosa de servir al pueblo que existe, que es todo, á ese pueblo que representamos, cuyos derechos defendemos, de quien hemos recibido los nuestros, y por el que se avergüenzan de que le pidiéramos prestados sus títulos ¡Ah! mi alma se eleva... Los amigos de la libertad se llamarán *representantes* en América, *pastores*

(1) *Monitor*, sesion de la noche del lunes 15 de junio.

(2) *Ibid.*

en Suiza, y *mendigos* en los Países Bajos: se engalanarán con las injurias de sus enemigos (1).» El menospreciador de la multitud habia desaparecido; era el tribuno el que hablaba: pero de un salto pasó del castillo á la plaza pública sin detenerse en la plaza intermedia en que la clase media queria sentar sus reales: la mayor parte se sobrecogieron de espanto, y divisando á lo lejos el fantasma del nuevo é inesperado poder hácia el que Mira-beau acababa de estender la mano, murmuraron estrepitosamente (2). La denominacion que evidentemente debia convenir mas á semejante Asamblea, era la que indeterminada y elástica, podria encogerse hasta representar á la nacion (3), la que varias veces se habia producido, la que propuso al diputado Legrand: *Asamblea nacional* (4). En vano Mounier ayudado por Rabaut-Saint-Etienne y Barnave, procuró traer á los Concejos, constituirse en *Asamblea legítima de los representantes de la mayor parte de la nacion, obrando en ausencia de la menor parte*, se desechó con un vo-

(1) *Ibid.*, sigue la sesion de la noche del 16 de junio.

(2) *Ibid.*

(3) Allí estaba, segun Bailly, el gran mérito del título de *Asamblea nacional*: pero Bailly que entonces presidia á los Concejos, representaba muy bien su espíritu y sus sentimientos. Véanse sus *Memorias*, t. I, p. 148.

(4) *Le poin du jour* (El Alba), periódico de Barére, número 1.

to el título desmesuradamente largo que conservaba la huella de la oposicion de las órdenes. Sin embargo, era menester votar: ¡prueba grande y terrible! porque se acababa de saber que se hacia en Versailles un ruido inusitado de caballos y de armas, que se habia enviado á las tropas alemanas orden de ponerse en movimiento; que muchos nobles enfurecidos por esceso de peligro, hablaban de atenerse á la fortuna de la espada. ¿No se habia tratado de arrestar al duque de Orleans (1), de formarle causa, de encubrir en el aparato de su ruina á sus cómplices en revolucion, de arredrar los espíritus? Empieza la votacion nominal, y al punto se levantan mil clamores confusos: unos se pronuncian contra aquella marcha precipitada, jadeantes otros, y á su cabeza los bretones, raza indómita, quieren que se resuelva al instante, que no se dé tiempo para reconocerse á los enemigos de la nacion, y que si la corte osaba fallar, tenia que fallar no á una reunion de hombres indecisa y perdida, sino á una Asamblea apoyada en su derecho, noble y eternamente comprometida, que representaba al pueblo, que era la ley. El tumulto se hizo horroroso: toda la sala estaba en pié: aquí el grupo de temporizadores formaba la minoría

(1) Beaulieu, *Ensayos históricos*, t. I, p. 206 y 207.
TOME V. 13

y allí el de los impacientes, divididos ambos por una gran mesa (1): colocados frente á frente, cambiaban amargos discursos, se amenazaban por señas: no habia ya la energia tranquila y arreglada de los dias anteriores. Mirabeau y Barere acababan de abrir tempestuosas perspectivas; aquel haciendo pensar al pueblo; éste dejando escapar, con motivo de los Estados generales, estas profundas palabras: «Sois llamados á empezar de nuevo la historia (2).» Los Mounier, los Malouet, los que no consentian en pasar mas allá del triunfo de la clase media, tuvieron pues que conmovirse en sentido inverso: delante tenian á la nobleza, al clero, al castillo; pero detrás de ellos gruñian París y sus arrabales. Se pronunció la palabra traicion (3); un desconocido salió á toda prisa de las tribunas y puso la mano sobre Malouet (4): el partido de los moderados seguia cada vez mas bullicioso: por fin tuvo razon el cansancio y la dejadez de tanta furia; pero muchos miembros se habian retirado ya; era de noche y hubo que dejar la resolucion para el otro dia.

El dia siguiente 17 de junio, la Asamblea

(1) *Memorias de Bailly*, t. I, p. 153.

(2) *Le point du jour* (El Alba), periódico de Barere, número 1.

(3) *Memorias de Bailly*, t. I, p. 152.

(4) Droz, t. II, lib. VIII, p. 213.

con la mayoría de cuatrocientos noventa y un votos, contra noventa, recibia el título de *Asamblea nacional*; y el 19 del mismo mes, entregada á pensamientos mas apacibles, establecia con tanta solidez como prudencia, las bases de soberano poder: para buscarse un arma contra toda la corte, declaró ilegales los impuestos hasta entonces percibidos, resolviendo no obstante, que se sacarian asi que ella se reuniese, pero que dejarian de serlo si se disolvia: para consolar á los acreedores del Estado, les puso «bajo la custodia del honor de la nacion francesa;» y para atraerse el pueblo hácia sí, prometió consagrar sus primeros momentos en examinar las causas de la penuria (1).

Al divulgarse esta noticia, el pueblo se estremeció de gozo y en todos los ánimos reinaba una poderosa agitacion. En la Cámara de la nobleza en que d'Eprenenil pedia á voz en grito la disolucion de los Estados generales, el duque de Orleans propuso su reunion; pero oprimido, turbado por la gravedad de las circunstancias, se desmayó (2): en la Cámara del clero, la sensacion fué tan viva, pero menos estéril: los curas consiguieron, llenos de entusiasmo, que la deliberacion se

(1) *Le poin du jour*, número 1.—*Memorias de Bailly*, t. I, p. 108 y siguientes.

(2) *Memorias de Ferrières*, t. I, p. 53.

hiciese en comun, y el reconocimiento popular que les esperaba al paso, no se descuidó en prodigarles sus favores mas estrepitosos (1).

Entretanto el castillo era víctima de un vértigo: tomando la cólera por la fuerza y equivocando el valor, los guías del comité Polignac solo oponian un frívolo furor á la constancia de la Asamblea y á sus repetidos atrevimientos. En cuanto á la reina, habia perdido la confianza que inspira la dicha; no podia conservar la fuerza que el peligro eminente dá casi siempre al bello sexo, y pasaba con dolor por todas las alternativas de la debilidad, ora impetuosa é intratable, ora supersticiosa y trémula, en términos, como horrible presagio, de alarmarla una vela apagada (2): por su parte, el hermano menor del Rey, siempre amenazador, parecia ya ensayarse en las violencias, que tanta falta hicieron en su casa la vejez de Carlos X.

¿Qué iba á hacer el gobierno en este conflicto? Necker fué de opinion que debia obrarse pronta y estrepitosamente: su grande ambicion hubiera sido poner al Rey al frente del partido popular, sin romper por eso con las

(1) *Ibid*, p. 54.

(2) *Memorias de madama Campam*, t. II, p. 38.

dos primeras órdenes (1). Se habia de dejar á los Concejos el cargo y el honor de la libertad reconquistada? Segun Necker, habia en su popularidad una parte que debia componer la porcion del monarca (2), y que debia reclamarse en su nombre : aconsejó de consiguiente que se mandase la reunion de las órdenes, pero de un modo solemne, desde la cúspide de la monarquía, en términos que aumentasen el precio de la intervencion real y que librasen á la nobleza de la humillacion de postrarse ante la tercera orden.

No era esta en verdad una política de tribuno : el deseo de monopolizar el entusiasmo en provecho del trono, el respeto para con las pretensiones de injusta vanidad, acusaban en Necker preocupaciones que el génio de la democracia desconoce, é ilusiones que vitupera. Pero conviene observar que Necker era ministro de un Rey hasta entonces absoluto; que estaba rodeado de una corte furiosa; que tenia que contar con porfiadas, tenaces repugnancias é innumerables obstáculos; que su papel en el Consejo, era preparar la trasformacion de la monarquía, no destruirla, y que debió temer naturalmente hacer des-

(1) Mounier, *De la influencia atribuida á los filósofos sobre la Revolucion Francesa*, p. 88.

(2) Necker, *De la Revolucion Francesa*, t. I, Parte primera, seccion IV, p. 188.

plomar el edificio entero, si movia demasiado sus dos principales columnas, la nobleza y el clero. Lo que con justicia se le debe echar en cara, es haber guardado únicamente el poder con condiciones que no le permitian acometer al bien: pero la anticipacion de las opiniones le habian embriagado: se creyó disparatadamente capaz de conciliar los pareceres contrarios; de imponer á la corte; modestia al clero; resignacion á los nobles, y al pueblo agitado un paso tímido. Fomentar el alboroto, le hubiese llenado de espanto; pero contenerle, reprimirle en cuanto fuese posible, eso no acobardó á su orgullo.

Luis XVI estaba en Marly, á donde pasó Necker en compañía de dos ministros, Saint-Priest y La Luzerne, á quienes comunicó en el camino el proyecto con el cual iba á hacer la deliberacion del consejo: tanta velocidad é imprevision habia en aquellas horas de desorden (1). Con arreglo al plan de Necker, el rey, en sesion régia, haria que se reuniesen las tres órdenes; y dando á sus trabajos la real iniciativa por punto de partida, colocaria como bases del esperado renacimiento la deliberacion en comun de las tres órdenes sobre toda cuestion de interés general; el derecho reconocido en

(1) Véase en las *Cartas é instrucciones de Luis XVIII*, la *Noticia sobre el conde de Saint-Priest*, p. XCVI.

los Estados de modificar la constitucion del reino, con tal que la legislatura se compusiese *al menos de dos cámaras*; la estincion de privilegios pecuniarios en materia de impuesto y la admision de todos los ciudadanos en los empleos asi civiles como militares (1). Humilde programa, marcado con el sello del génio de la Inglaterra! y no obstante se encontró en la córte con pasmosa osadía. Necker habló de esto á los condes de Provence y de Artois, quienes á su vez lo habian participado á María Antonieta. No bien hubo llegado Necker á Marly, cuando la reina hizo le suplicaran que pasase á verla. Obedece, y encuentra á Maria Antonieta sumamente agitada y á dos hermanos del rey animándola con sus consejos. Le rogaron encarecidamente que renunciase á su designio, que echase por tierra su plan y permaneció inmutable (2). Abrese pues el consejo; sométense á discusion las ideas del primer ministro; cede Luis XVI, y ya se aprueba... pero de repente aparece un dependiente que acercándose al rey le habla en voz baja. Sale este. «La reina envia á buscarle,» dijo en seguida á Necker M. de Montmorin y no se en-

(1) Necker, *de la Revolucion francesa*, t. I, sec. IV, p. 195.

(2) De Barante, *Noticia sobre el conde de Saint-Priest*, p. XCVI.

gañaba (1). Se aplazó la deliberación; pero, no obstante, como sonreía á los cortesanos la imagen de un pomposo desarrollo de fuerzas, se acordó que la sesión régia tuviese lugar el 22 de junio; despues so pretesto de que era necesario hacer preparativos, pero en realidad para suspender trabajos que temia, el partido hizo cerrar la sala de los Estados.

El 20 de junio,—y al escribir esta fecha inmortal quien no se conmoveria hasta el fondo del alma?—el 20 de junio de 1789, en Versailles, en un dia lluvioso y triste, se vió un grupo de hombres errantes por la ciudad, angustiado al parecer por no hallar un albergue en que pasar la noche. ¿Cómo se llamaba? Asamblea nacional. ¿Cuál era su fin? Hacer la libertad de un pueblo. Débiles en número, y sencillos en traje, tenian sin embargo frente dominante, mirada soberbia, y andando, se ocupaban de la corte; de su pueril insolencia; del templo cerrado de la ley; de los soldados á quienes acababan de encontrar vigilando en derredor del inviolable recinto; de la sesión régia notificada á representantes del pueblo por vulgares carteles, por la esténtorea voz de los heraldos, por el rumor público, lo mismo que se hubiese hecho de una función: habla.

(1) *Noticia sobre el conde de Saint-Priest*, p. XCVII.—*Necker, de la Revolucion francesa*, sec. IV, p. 209.

ban de continuar la obra interrumpida, de hacerlo al instante, en riesgo de una lucha terrible, á costa de la vida, en cualquier sitio que pudiese ser, y si para esto necesitaban un edificio... como Lutero despues de Worms bajo la techumbre cerúlea del firmamento. Pasaron delante de las puertas que permanecieron cerradas, hasta que por fin se abrió una, la cual no era otra cosa que un juego de pelota.

No habia en ella adorno inútil; alli se veian paredes desnudas, sillas, una mesa y bancos, nada que pudiese ocultar la magestad de la nacion. Acude el pueblo al sagrado asilo, y lleno de pesadumbre y de respeto, le rodea; unos penetran en las galerías, otros se asen de las ventanas; llega un diputado octogenario, enfermo y exánime por mejor decir (1), y empieza la deliberacion. Unos á otros se recuerdan los siniestros detalles de la mañana, la odiosa consigna dada á los centinelas, y el grito de: «A las armas (2)» que se ha oido delante de la sala de los Estados, agrupados los diputados en la barra. Está echada pues la suerte! Es menester prepararse, no á un juego de pelota sino á un juego de sangre. ¿A donde irá la patria? «París nos

(1) *Resumen histórico*, por Rabaut-Saint-Etienne, p. 86.

(2) *Memorias de Bailly*, t. I. p. 68.

llama, esclaman los mas osados; partamos! » Entonces y por qué se teme decirlo? Entonces algunos se atemorizaron, menos sin duda á la idea de una mortandad posible en un camino real que á la de Paris sublevado y del furor popular que en un dia llegó á su extremo límite: pero por uno de aquellos golpes estrepitosos en que se reconocía la voluntad que gobierna los imperios, este fué el menos ferviente de los servidores de la revolucion; Mounier fué el que propuso el juramento del juego de pelota, segun el mismo lo declaró (1), sin preveer su estension por moderacion, en vista de tener que salvar á la autoridad real, para echar por tierra los planes de los audaces. « Los miembros de la Asamblea nacional, decia el decreto que redactó Mounier, prestarán juramento solemne de no separarse hasta tanto que se establezcan y afirmen las bases sólidas de la constitucion del reino y el renacimiento del orden público (2). » Lee Bailly esta fórmula; reclama en calidad de presidente el honor de jurar el primero, cuando todos los brazos se levantan, y un gri-

(1) Mounier, *Indagaciones sobre las causas que han impedido que los franceses sean libres*, p. 296.—*De la influencia atribuida á los filósofos sobre la revolucion francesa* p. 99.

(2) *Duodécima carta del conde de Mirabeau á sus comitentes. Le point du jour*, número 3.

to grande, espontáneo é irresistible sale de todos los lábios. Estamos presenciando esa escena, cuyo heroico proceso-verbal confió la constitucion al pincel de David, proceso que fué la gloria de nuestros padres. Vedlos allí á todos: el que en pié sobre la mesa domina la Asamblea tan sereno, tan impassible como la ley, es Bailly; aquel cuyo traje está en desorden, y cuyas miradas se dirigen al presidente que tiene una pluma y se prepara á escribir, es el redactor del *Point du jour*, Bertrand Barére: el que apoya fuertemente las manos sobre su pecho como si tuviese dos corazones para la libertad, ese es Robespierre (1). Una exaltacion comun, aunque espresada de diferentes modos, brilla en los semblantes de Pethion, de Garat, de Le Chapelier, de Touret, de Guilletín, del impetuoso Dubois-Crancé, del elegante Barnave: recto el cuerpo y erguida la cabeza, patean Mirabeau el suelo; Sieyes, aislado en medio de la multitud de sus compañeros, y sentado en el centro de aquel círculo de movimiento, no hace ningun gesto, no mira á nadie; en su imaginacion presta juramento: quizá se le aparecia el dia siguiente. ¿Y quién sabe si esos hombres ahora reunidos no tardarán en dividirse en jueces y en sentenciados? ¿Quién sabe si el fondo de la fór-

(1) Palabra que pronunció David explicando su cuadro.

mula de juramento que ponuncia Bâilly, no encierra su sentencia de muerte? Dejémosle en manos de la Providencia! Entretanto se buscan sus almas, sus esperanzas se confunden; y el cartujo don Gerle, el protestante Rabaut-Saint-Etienne, y el cura filósofo de Emberménil permanecen abrazados.

Solo uno protestó, aumentando así la grandeza del espectáculo, porque para ser el único en desafiar la indignacion de toda una Asamblea, y en defender contra tan poderoso entusiasmo sus desesperadas creencias, no podria tener valor. Mas tarde, Mounier que propuso el juramento se hizo apologista de Martín de Anch (1), quien se negó á prestarle. En el registro de la deliberacion se puso el nombre de este último, y á continuacion la palabra *oposicion*: de suerte que áquel noble dia concluyó con un homenaje rendido á los derechos de la conciencia humana, y con una venganza digna verdaderamente de la libertad.

Parece que tanta prudencia y tanto vigor hubieran debido hacer dar á la córte alguna gravedad en su cólera, pero no fué así; y como si hubiese bastado insultar al peligro para que huyese, se complació en adoptar un aire fanfarron. Hacia algun tiempo, que al rededor de la reina se habia formado un partido que

(1) Mounier, *de la influencia*, etc., p. 100.

aparentaba colocar en ella todas las esperanzas de la nobleza y la salvacion de la Francia caballeresca: este partido, compuesto de la jóven aristocracia de espada, apoyado en cierto número de prelados fanáticos, abrazaba los castillos, los palacios episcopales, los conventos, los púlpitos y los confesonarios; llamaba á Maria Antonieta la hija intrépida de María Teresa; y sobre especies de altares que erigian los fieles en el interior de sus casas, se habria encontrado el busto de la reina, pero en vano se hubiese buscado el del rey (1). Algunos, con un desprecio que apenas procuraban disimular, acusaban la débil condescendencia de Luis XVI, su irresolucion, su inclinacion á prestar oídos á las aclamaciones en las calles y su prurito por retroceder. No era este verdaderamente un rey hidalgo? ¿No iba á Rambonillet á ocuparse de relojería dejando en las manos varoniles de la reina el cetro y la espada? Era esta demasiada paciencia; ya era hora de quitar del medio aquella pandilla revolucionaria; si el pueblo se sublevaba, habia soldados; si las tropas francesas no querian obedecer, no faltaban tropas extranjeras, las que se pagaban, y que en caso de necesidad, se podian traer de Alemania. Seria cosa de ver un monton de sediciosos cubiertos de ha-

(1) Manuscrito de M. Sanguaire-Souligné.

rapos al frente de los Kainserlites, de los dragones de la Torre, de la caballería húngara, de los cazadores tirolianos; y temblar solo á la vista de sus largos bigotes untados de sebo! A tales ridiculeces (1) añadía la facción ó el bando feudal bravatas en acción que afligían á los hidalgos de la buena causa y avergonzaban, esto es, hacían salir los colores al partido respetable de la nobleza. Entonces se amontonó el tesoro de temerarias humillaciones destinado al duque de Orleans; entonces se preparó contra Mirabeau la guerra compuesta de carteles que se limitaba á escribir sobre sus libritos de memorias (2), dilatando los pequeños combates al día siguiente de la gran batalla, en extremo orgulloso y seguro de él, para creerse obligado á poner su valor á prueba.

Así por una parte la religion del derecho, soberbia, prudencia, medida en la audacia; y por otra, hartas sacrílegas ilusiones y ciegos menosprecios. No debe pues admirarse si el conde de Artois creyó sofocar las consecuencias del juramento del juego de pelota haciendo retener la sala, y si se aplazó la sesión regia para el 23 de junio, á fin de que en un

(1) *Ibid.*

(2) Madama de Stael, *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, t. I, p. 263.

dia, echados los comunes sobre el pavimento de la ciudad, ofreciesen el espectáculo de una cuadrilla defendida: pero segun las palabras de madama de Stael, esto equivalia á oponer juguetes á las armas, y los insultos vulgares de la corte tuvieron de particular que cada uno de ellos dió á la nacion objeto de nuevo triunfo. Bien podian los príncipes profanar con el escándalo de sus diversiones la plaza en que acababa de acampar la revolucion, ¿pero podian cerrar la casa comun, el palacio del pueblo, la iglesia? Se quitó una sala de juego á la patria errante, y esta entró en un templo.

El 22 de junio ocuparon los representantes la iglesia de San Luis, que el cura Jacob, aunque adicto á la corte, no se atrevió á rehusarles. De repente se abren las puertas del coro y gravemente conmovida se presenta la Asamblea de los sacerdotes, quienes se adelantan y tomando la palabra el arzobispo de Viena, anuncia que el clero acaba de someterse al comun exámen. Parecian reconciliarse la religion y la patria; así que, el enternecimiento fué general y profundo. Aquellos plebeyos tan altaneros hasta entonces, se apresuraron á ceder respetuosamente las plazas de honor á los sacerdotes; deferencia que Barrere vituperó en el *Poin du jour* en estos términos: «¿Son esos los representantes que quie-

ren destruir las distinciones? (1).» Pero aquí la deferencia del Estado llano, era la urbanidad del patriotismo; era la modestia de la victoria. Se presentaron dos nobles, el marqués de Blacons y el conde Antonio de Agoust, que fueron acogidos como hermanos esperados con impaciencia. En los ciento cuarenta y ocho miembros del clero reunidos en la familia nacional, se contaban ciento treinta y cuatro curas, cinco prelados, dos vicarios generales, seis canónigos y un abate. «Imprimamos esta lista,» dijeron los de los Concejos; y Bailly con lágrimas en los ojos, exclamó: «Es menester imprimirla en letras de oro.»

El mar crecía, crecía siempre, y la invencible revolucion ganaba las profundidades; y sobre la estrechâ cima que amenazaba la ola rugiendo, la corte á la vez sonreía y amenazaba! Necker, poco antes tan presuntuoso cayó en súbito y amargo desfallecimiento. Un día, un solo día bastó para probarle que, dotado de una fuerza interior é inmensa, el movimiento podía consumir á cualquiera que pretendiese dirigirle. Debilidad de la naturaleza humana! Necker era el autordel libro mas osado quizá que viera la luz en el siglo XVIII; tambien antes que Juan Jacobo habia sondeado la causa de la miseria, el origen de la ini-

(1) *Le poin du jour*, número 5 p. 32.

quidad; y he ahí que á la vista de esta sociedad que se conmovía, su alma empezaba á llenarse de tristeza: procuraba sin duda conservar el rostro sereno, y su habitual reserva le ayudó á ocultar la aglomeración de sus pensamientos (1); pero en el secreto de íntimas confidencias, lloraba los previstos desastres, lloraba el sueño de su orgullo con tanta rapidez desvanecido.

Por otra parte, desnaturalizar sus ideas aminorarlas á fin de formar con ellas una *declaración* de sesión regia y casi de soño, en esto se ocupaba á la sazón el consejo del que un instante se creyera el aliento y la vida. El proyecto primitivo de Necker contenía una orden formal, espresa de que se reunieran las tres órdenes de diputados para deliberar en común sobre asuntos generales; á esta imperativa disposición se substituyó una especie de súplica dirigida á la nobleza y al clero decretando que por otra parte se conservaría la distinción de las tres órdenes: el proyecto primitivo de Necker atribuía á la Asamblea el derecho de llevar la revolución hasta establecer una carta (2) á imitación de la inglesa; se dieron prisa para esceptuar de toda deliberación co-

(1) Véase en las *Cartas é instrucciones de Luis XVIII*, la *Noticia sobre el conde de Sain-Priest*, p. C.

(2) «*Chartes*», esto es, cartas de privilegio.

(N. del T.)

mun la forma de constitucion que iba á darse á los próximos Estados generales: el proyecto primitivo de Necker abolia en términos decisivos todos los privilegios pecuniarios; se resolvió atenerse sobre este punto á los deseos de los nobles y de los sacerdotes, salvo sancionar realmente su generosidad. Insensatas, peligrosas modificaciones que tendian reemplazar un ensayo de iniciativa con un reto hecho al nuevo espíritu! Pero en vano se unieron á Necker para combatirlos los señores de Montmorin, de Fourquœux, de La Lucerne, y de Saint-Priest, los cuales tuvieron en contra suya al guarda-arcas Barentin; á Puysegur ministro de la guerra; á Villedenil, ministro del interior; á cuatro consejeros de Estado, cuyo auxilio se habia invocado, y últimamente á los príncipes. Un rasgo dirá lo que era capaz de producir un consejo así compuesto. Cuando se trató la cuestion de saber si se admitirian á todos los ciudadanos en los empleos militares por clases de méritos y servicios, el conde de Artois protestó vivamente en atencion á que «el rey era dueño y señor de sus gracias. (1)» El lenguaje de Luis XIV habia sobrevivido á su poder, y para continuarle, sus pálidos sucesores necesi-

(1) De Barante, *Noticia sobre el conde de Saint-Priest*, p. XCVIII.

taban ignorar cien años de historia. Necker vió venir las consecuencias (1); pero qué conducta iba á ser la suya? ¿se abstendría de asistir á la sesion régia? ó bien, dejando su popularidad á la aventura, iría á ocultar con su presencia á un monarca sujeto á funestos consejeros?

La noche del 22 al 23, fué despertado Bailly en sobresalto por un grito que se oyera en la calle: admirado, se levanta: aquel grito le llamaba. Tres desconocidos que se decian diputados, piden se les admita y dicen al decano de los Concejos que Necker desaprueba las medidas tomadas; que no asistirá á la sesion del lunes; que su dilacion parece inevitable (2). Los desconocidos que tan solícitos y á hora tan sospechosamente corrian á dar testimonio de sus cuidados y afanes por el Estado llano, eran tres grandes señores; el duque de Aiguillon, el conde Mateo de Montmorency y el futuro sucesor de Lleber, el baron de Menon.

El 23 de junio, Versailles se erizó de bayonetas: nada mas siniestro que el aspecto general de la ciudad. Se esparcieron rumores aun muy vagos, pero horrorosos por lo mismo. Veíanse aqui y allá grupos ambulantes

(1) Véase Necker, *de la revolucion francesa* sec. IV, p. 223.

(2) *Memorias de Bailly*, t. I, p. 205.

que dispersados á la fuerza por los soldados, iban á otra parte á organizarse, y su número crecía de minuto en minuto. Nada de inútiles clamores; en todas partes reinaba el silencio amenazador. El cielo estaba cubierto de nubes. A la manera que el 5 de mayo, los miembros de la Asamblea nacional, el orden que entonces era el pueblo, habían sido condenados á humillante inacción; y mientras que la nobleza y el clero entraban con toda pompa en la sala de los Estados por la puerta principal; mientras que precedido y seguido el carruaje del Rey de la cetrería, de los pajes, esenderos y de cuatro compañías de guardias de corps, rodaba sobre el pavimento, aquellos á quienes la corte llamaba en tono buulesco *Señores del Estado llano*, estaban de servicio delante de una puerta, y para precaverse de la lluvia se agrupaban bajo una estrecha galería llena la mitad de extranjeros de capa corta á imitación del traje que usaban los diputados (1). Entraron por fin los comunes, pero viendo ya colocadas á las otras dos órdenes, se sentaron mudos y llenos de ira. El asiento que debía ocupar Necker, estaba vacío.

«Señores,» empezó Luis XVI, «creo haber hecho todo lo que estaba de mi parte para la-

(1) *Memorias de Bailly*, t. II, p. 207.

brar la felicidad de mis pueblos, cuando tomé la resolución de reunirlos en Asamblea; y se lamentó agriamente de las divisiones acaecidas: despues, como se dirigiera al guarda sellos y se postrase ante el trono, el rey mandó á la Asamblea que se cubriese, á cuya órden solo obedecieron los nobles (1); y conservando en sentido inverso, puesto que era necesario, las frivolas distinciones á que su orgullo se inclinaba, quedaron con la cabeza descubierta delante de los plebeyos que se cubrían.

El guarda sellos leyó la primera declaracion que anulaba las resoluciones de los Concejos, prohibia los mandatos imperativos, y sostenia la deliberacion por órden: otra declaracion, resumida en los *beneficios que el rey queria otorgar á su pueblo*, anunciaba el voto de los impuestos, la abolicion de la corvea, de la mano muerta (2), del derecho de fendo franco; la restriccion del derecho de caza; la sustitucion de un alistamiento regular en el sorteo de la milicia; la supresion de la palabra *talla*; la organizacion de los estados provinciales. Nada, por lo demas, sobre la renovacion orgánica de la constitucion del reino, ni sobre la par-

(1) *Ibid*, t. I, p. 210.

(2) Llámanse así los cuerpos eclesiásticos y obras pías cuyas posesiones no pueden enagenarse.

(N. del T.)

ticipacion de los Estados generales en el poder legislativo. Era lícito á los Estados buscar los medios de conciliar la libertad de imprenta con el respeto debido á las costumbres, á la religion, al honor de los ciudadanos, y la libertad individual con el interés de las familias ó la seguridad del Estado. Estaban dispuestos á sancionar la destruccion de los privilegios pecuniarios si los privilegiados querian hacer este sacrificio: en el número de las propiedades absoluta y eternamente inviolables ponian los *diezmos, censos, derechos y deberes señoriales y feudales* (1). No se avergonzaron los nobles de ostentar raptos de egoismo á la lectura de este último artículo, probando así «que tenían demasiado orgullo para su avaricia ó demasiada avaricia para su orgullo (2).»

Los Concejos permanecian inmóviles, silenciosos: Luis XVI parecia sobrecogido: no obstante recuperando sus fuerzas, engañándose á sí mismo con exageracion aparente de energia, repitió asperamente las duras y locas espresiones de que se componia su papel. «Yo soy hasta ahora el que he hecho todo lo posible por la felicidad de mis pueblos; y es raro, tal vez, que la única ambicion de un so-

(1) *Monitor*, sesion del 23 de junio de 1789.

(2) *Décima-tercera carta del conde de Mirabeau á sus comitentes.*

berano sea obtener de sus súbditos que se propongan aceptar sus beneficios.» Mandó con tono seco á la Asamblea que se separase, y seguido de la nobleza y de varios prelados, salió.

Pasó entonces una escena que vió en el fondo de todos los recuerdos, pero á la cual historiadores modernos han añadido rasgos que alteran su fisonomía y su estension. Hasta aquí los Concejos solo habian tenido negocios directamente con la aristocracia de sacerdocio y con la aristocracia de espada: ahora, la dignidad real en persona era la que parecia bajar á la liza. Además, la clase media queria trastornar la nobleza, reducir el clero; pero la convenia el régimen de la dignidad real sin despotismo; conocia, como se verá luego, que necesitaria del trono... contra el pueblo. Así, cuando despues de la salida del rey el gran maestro de ceremonias, M. de Brezé, dijo al decano de los comunes que permanecieron en su puesto: «Señor, habeis oido la órden del rey,» entonces, decimos, hubo un instante de incertidumbre, de profundo estupor (1); y no atreviéndose á resistir de frente al enviado del monarca, dijo Bailly á sus vecinos:

(1) «Qué Mirabeau echó en cara al estado llano, añade Lucas Montigny, *Mémoires de Mirabeau*, t. VI, página 88, 1838.

«Yo creo que la nacion reunida no puede recibir órdenes (1).» Pero en este momento decisivo, se adelanta Mirabeau, usurpa gloriosamente las funciones de Bailly, quien de ello se admira y aflige (2), y sin afectar desden, sin violencia de ningun género, sino por el contrario, con mucha calma y firmeza reflejada, dirige á M. de Brezé estas arrogantes palabras: «Os declaro que si estais encargado de hacernos salir de aqui, debeis pedir órdenes para emplear la fuerza, porque solo el poder de la bayoneta es el que podrá hacernos abandonar nuestros puestos (3);» y esclama-

(1) «Se ha dicho y repetido que yo habia dado esta respuesta á M. de Brezé. Yo respetaba demasiado al rey para dar á aquel semejante respuesta.» *Memorias de Bailly*, t. 1, p. 214.

(2) *Ibid*, p. 215.

(3) Tal es la verdadera respuesta de Mirabeau, y asi es como él mismo la refiere en su periódico. (*Décime tercera carta del conde de Mirabeau á sus comitentes*.) El discurso: ¿*Dónde están los enemigos de la nacion?* ¿*Está Catilina á nuestras puertas?* etc.; la famosa frase *Id á decir á nuestro señor*; la antitética reconciliacion del poder del pueblo y del poder de las bayonetas, todo esto debe colocarse entre los errores históricos; porque de ello no hay vestigio en el *Monitor*, ni en las *Memorias de Bailly*, ni en el *Alba* de Barrére que tambien estaba presente, ni por último, en la relacion circunstanciadísima que el mismo Mirabeau ha hecho de la sesion.

Semejantes alteraciones merecen mudarse, porque dan una idea completamente falsa de las disposiciones de la clase media y en particular de las de Mirabeau.

maron: «Tal es el voto de la Asamblea.» Marchó el marqués de Brezé á dar cuenta de su mision á Luis XVI: la Asamblea, afirmada en la conciencia de su derecho, se puso á deliberar. Con grave energia pidió el jansenista Camus la confirmacion de las anteriores resoluciones. «Añadid, dijeron los curas fieles á la causa de los Concejos, añadid que la deliberacion tiene lugar en nuestra presencia (1).» Y Sieyès soltó estas célebres palabras: «Hoy sois lo que erais ayer.» Queriendo la corte interrumpir la sesion á todo trance, entraron peones de albañil (2), martillo en mano, para desclavar los tapices y el baldaquino de galones de oro, para derribar el trono. Espectáculo inesperado en que nadie veia aun una viva profecía; no obstante, era la imájen del pueblo que aparecia á su vez á la escena y llevaba la monarquía! También se hizo uso de la intimidación. Los guardias de corps que, despues de haber acompañado al rey hasta su palacio, se habian puesto en camino para Saint-Germain, recibieron orden en Rocquencourt de volver bridas... —llegaban al galope: pero, en el momento en que tocaban las puertas de la sala, la Asamblea se elevaba á una prudencia llena de magestad, y asegura-

(1) El Alba, núm. 7.

(2) *Memorias de Ferrières*, t. 1, p. 59.

ba su victoria declarándose inviolable con la proposicion de Mirabeau.

Pero era tal la ceguedad de la nobleza, que durante este tiempo, corria al castillo á dar las gracias á sus pretendidos libertadores. La primera visita fué para el conde de Artois, quien la recibió con mucha cortesanía y abandono. Tambien tenian que agradecer al conde de Provence; pero retirado este príncipe en su disimulo, no cuidó de prestarse homenajes que eran de absurda presuncion (1). Despues de la sesion régia, se vió caer á Luis XVI en melancólica apatia, y cuando fueron á comunicarle la resistencia de la Asamblea, palabras llenas de desfallecimiento dieron testimonio de las fatigas de su alma: le olvidaron los nobles, pero no se olvidaron de la reina; estaba este en el salon de juego; se presentan en él los gentiles-hombres, y la reina con la sonrisa en los lábios, la mirada ardiente, les tendia el niño real diciendo: «Se lo doy á la nobleza (2);» y lo entregaba en manos de la muerte.

Por lo demas, bien pronto se desvaneció la ilusion; porque aquella escena de loca embriaguez no habia terminado aun; ya el cla-

(1) *Memorias de Ferrieres*, t. I, p. 60.

(2) *Ibid.* p. 61.

mor popular llevaba el corazón de Maria Antonieta un nombre que la hizo temblar: Necker la había herido mortalmente vituperando con su ausencia la sesión régia (1), y entonces era cuando subía hasta él mismo, unánimes y formidables los votos de la multitud: esta inundaba los patios del palacio, en el cual no tardaron en resonar gritos tumultuosos de amenazas é insultos. Lanzaron la palabra *aristocracia*, expresión burlesca al par que siniestra que, en el lenguaje de los odios populares indicaba las opiniones aristocráticas del conde de Artois y su cabeza puesta á precio (2). La corte no familiarizada todavía con las insurrecciones, tembló; fué menester enviar á buscar á Necker que, habiendo presentado su dimisión, se veía rodeado de multitud de visitantes ó furiosos ó consternados: para que este continuase ocupando el alto puesto de ministro, debió valerse la reina de la súplica (3). Premetió el no abandonar la monarquía que suplicaba; y como volviese á tomar posesión de su morada atravesando á pié los patios de palacio, un hombre se echó á sus pies, mientras que de todas partes salía el grito de: «Os quedais (4)?» Tales fueron su

(1) *Memorias de madama Campan*, cap. XIV, p. 43.

(2) Challamel, *Historia-museo de la república*, p. 26.

(3) *Memorias de VVeber*, t. I, p. 363.

(4) *Monitor*, del 24 al 27 de junio.

enternecimiento y su orgullo que respondió con sollozos. Aquella noche se hicieron fuegos artificiales, y hombres violentos recorrieron la ciudad con antorchas en la mano.

La antigua Francia estaba decididamente vencida; pero no queria aceptar ni confesar su derrota. Habiendo propuesto el conde de Clermont-Tonnerre y Lally-Tollendal á la cámara de la nobleza que se uniese al Estado llano, hubo entre todos aquellos hidalgos reunidos grande estremecimiento de cólera. No obstante se oyeron palabras patrióticas. «Tengo trece mil libras de renta, dijo M. de Montcalm; sacrificaré la mitad para obtener esa reunion tan deseada, y los seis hijos que tengo no me lo desaprobarán (1).» Pero tales sentimientos estaban lejos de ser los del mayor número. D'Epreménil rogó á sus colegas que se estrechasen al rededor de la monarquía que facciosos ansiaban destruir: y como se acalorase la discusion, el duque de Cailus llevó rápidamente la mano á la guarnicion de su espada (2). Interin Cazalés gritaba á la minoria: «¿Vosotros uniros al Estado llano? no sereis capaces!» y respondieron dirigiéndose el 25 de junio á la sala de Estados, en medio de un inmenso

(1) *Le Point du jour*, numero 9.

(2) Droz, *Historia del reinado de Luis XVI*, p. 231.

concurso del pueblo. Eran ellos cuarenta y siete: los condes de Montmorency, de Clermont-Tonnerre, de Lally-Tollendat, de Lusignan, de Castellane, de Crillon, el vizconde de Toulangeon, el marqués de La Tour-Maubourg, los duques de La Rochefoucauld y de Luyanes, etc..... á cuya cabeza iba el duque de Orleans en su carruaje. Cuando se aproximaba, la multitud que rodeaba la sala le recibió con aclamaciones; y él asomándose á la portecilla de su cocher: «Amigos míos, dijo: nada de ruido ahora: yo quiero vuestra felicidad de la que voy á ocuparme; esta noche me aplaudireis si 'gustais (1).» La Asamblea le confirió la presidencia despues de Bailly; pero la rehusó.

Así, cada día, á todas horas, un nuevo relámpago iluminaba las profundidades del abismo abierto á pocos pasos del palacio; pero entre ciertos nobles, era tan absoluta la obstinacion en la ceguedad, que se pudieron citar estas palabras características de un hombre de la corte: «¡Que cempadezca yo á los cuarenta y siete! y hay familias deshonoradas á las que nadie querrá ligarse (2).»

Sin embargo, París fermentaba. Una diputacion trajo á la Asamblea nacional las felici-

(1) Beaulieu, *Ensayos-históricos*, t. 1, p. 257.

(2) Rabaut-Saint-Etienne, *Resumen histórico*, p. 92.

taciones y los ánimos del Ayuntamiento; se recibió del Real Palacio una lista llena de firmas que respiraba guerra; se supo que las guardias francesas habían dado un paso hácia la revuelta; y Le Chapelier, Glaizen, diputados de Bretagne (1), Mirabeau, Sieyes, Pétion y Barnave, fundaron en Versailles el *club Breton*, que trasportado á Paris, iba muy luego á ser el *club de los Jacobinos* (2). Todo pues, contribuía á aumentar la energía del movimiento, y no hay necesidad de recurrir á la hipótesis de un complot, de una trama, para explicar el motin en el cual estuvo en un hilo la vida de M. de Juigné, arzobispo de Paris, prelado que habia puesto para retardar la reunion de la órden del clero con los comunes, una obstinacion, una terquedad fanática, por lo que se sublevaron contra él. Como atravesando por la ciudad reconociese la multitud su carruage, ésta temblando de cólera, se precipita y corre en su persecucion: se refugia el arzobispo en el palacio de la Mision: irritado entonces el pueblo, se echa sobre las puertas y va á empezar el sitio, cuando aparece M. de Colbert, obispo de Rodez, uno de los cinco prelados que se habian reunido en la Asamblea nacional. Al punto los

(1) Bretaña, provincia de Francia. (N. del T.)

(2) Barruel, *Memorias que sirven para la historia del jacobinismo*, t. V, p. 100.

mas furiosos se apaciguan, rodean al obispo, le colman de bendiciones, le llaman su amigo y llevándole sobre sus hombros (1), le decretan el triunfo improvisado por su reconocimiento. No se atrevió ya M. de Juigné á resistirse, y el 26 de junio se rindió. Los mismos que el día anterior le llenaron de oprobios y blasfemias, hoy le esperaban para confundirle con aplausos, y entró en la Asamblea, precedido del arzobispo de Burdeos que le servia de introductor, ó mejor dicho de fiador. Quedaba aun por reducir la mayoría de la nobleza.

De repente el palacio se llenó de alarmas y sobresaltos; se cuenta, se repite y se ignora el origen de tales rumores, que se ha concebido de hacer gran mortandad, que cien mil rebeldes se han puesto en marcha. Interrogado Necker, se abstuvo de disipar terrores que juzgaba útiles; y el duque de Luxembourg, presidente del orden de la nobleza, fué mandado á toda prisa. Cuando llegó, la familia real estaba al rededor de Luis XVI; los príncipes tenían pintado el terror y el espanto sobre sus rostros; la reina lloraba (2). «Señor de Luxembourg, dijo Luis XVI; suplico á la orden de la nobleza que se una á las

(1) Beaulieu, *Ensayos históricos*, t. I, p. 277.

(2) *Memorias de Ferrières*, t. I, p. 66.

otras dos; y si no es bastante la súplica, yo lo mando; y remitió una carta para los disidentes.

Ya lo hemos observado, y la continuación de esta narración suministrará trágicos indicios: la parte apasionada de la nobleza, llegaba á no mirar mas á Luis XVI como á su verdadero rey: desesperada de ver en manos tan trémulas el destino del partido feudal, se dirigía impetuosamente hacia el conde de Artois á quien la falta de luces obligaba á confiarlo todo á los azares de la osadía, y hacia la reina á quien veían sujeta á postraciones melancólicas y á súbitos terrores y sobresaltos, pero capaz en revancha, de aplaudir las últimas resoluciones. Así las órdenes de Luis XVI no tuvieron nada decisivo para la Cámara de la nobleza. ¿Debian sufrir que el reino quedase á merced del rey? ¿Por qué, si era necesario, no se habia de defender contra el monarca... la monarquía?

Eso es lo que Cazales, en el orador de una convicción indómita, no tuvo inconveniente en dejar entender; pero la Asamblea habia recibido una nueva misiva redactada á que la vida del Rey corría peligro, y entonces todos se levantaron acordando la reunión. La carta que esta vez se hacia obedecer, era del conde de Artois, no era de Luis XVI.

Hubo protestas ulteriores; muchos pidie-

ron que se les diese acta de sus esfuerzos para que prevaleciese con arreglo á sus cuadernos, la deliberacion por orden; y cosa notable: ¡bajo la protesta que fué redactada en este sentido se leía el nombre del marqués de Lafayette! (1). Pero ¿qué importaban las reservas?

Así tuvo lugar el 27 de junio la reconciliacion de los nobles con los comunes, reconciliacion en cuyo fondo germinaba el implacable resentimiento de la derrota, y cuya farsa se parecia mucho á la actitud forzosa de los recién venidos, á la nube tendida sobre su frente y á su melancólico silencio.

Sea lo que quiera, no bien se divulgó la dichosa noticia, cuando brilló multiforme la alegría del pueblo. Al nuevo poder se dirigian todas las miradas; ya no estaba la dignidad real en el palacio de Luis XVI, sino que estaba en la sala de Estados. Aun los mismos soldados dieron crédito á la noticia, y mientras que las guardias del Rey se negaban á rondar como de costumbre los patios del palacio de Versailles (2), dos de ellos se dirigian disfrazados á la Asamblea nacional para dar al presidente, como al legítimo Rey, una queja con-

(1) Beaulieu, *Ensayos históricos*, t. I, p. 267.

(2) Carta al marqués de Luchet. París, 25 de julio de 1789.

tra su coronel. Conocidos que fueron, se les arrestó; pero acudiendo la multitud á protegerles con sus gritos, debió dárseles al punto la libertad (1). Se dijo por lo demas, que el pueblo procuraba mitigar á los antiguos dominadores los sinsabores de su derrota, porque estas aclamaciones buscaban ahora no solo á Luis XVI, sino á la reina y al conde de Artois en persona. Multitud de repetidas invitaciones hicieron salir á un balcon á María Antonieta; y si su corazon se sintió conmovido de aquellos no merecidos homenajes, la emocion fué su castigo. Se iluminó Versailles.

En Paris no hubo el menor movimiento en las almas. Carteles, estampas, grabados, alegorías, todo sirvió para espresar el júbilo que causára la reunion de las tres órdenes: en todas partes, en las calles la representaba un triángulo; se vieron cuadrantes de reloj con espada, báculo y rastrillo, y siendo IV más XII igual á XVI, se declaró que Luis XVI valia él solo tanto como Enrique IV y Luis XII (2). Agudezas propias del génio francés, que no impedian las manifestaciones violentas! La autoridad militar se asustó en términos de que á cuatro compañías de guardias francesas

(1) *Ibid.*

(2) Challamel, *Historia-museo de la República francesa*, p. 26.

se las mandó cargar los fusiles; pero como estas desobedeciesen, forzaron la salida de su cuartel, recorrieron la capital gritando ¡*Viva el Estado llano! Somos soldados de la nación,* y seguidos de inmenso gentío, llegaron mas de cien guardias al Real Palacio con grandes copas llenas de vino, pidiendo fraternizarse con el pueblo. Versailles habia abrasado á París, y París abrasó á la Francia.

Aquella Asamblea de plebeyos poco antes oscuros, aparecia triunfante sobre la cumbre del Estado. El 10 de junio se aseguró; el 17 recibió el nombre de *Asamblea nacional*; el 20 prestó el heroico juramento del juego de pelota; el 22, conquistó al clero; el 23 se declaró soberana; el 27, subyugó á la nobleza ¡ay! ahora vendrán los errores; ahora tendremos que referir que entre la clase media y el pueblo... pero descansemos un instante en la impresion del imponente triunfo, y no turben amargas palabras pronunciadas demasiado pronto, el augusto festin de nuestros recuerdos. Sí, podemos decir sin recelo, con emocion, con orgullo, que al menos hasta este dia, la clase media fué la revolucion, fué el pueblo.

FIN DEL TOMO QUINTO.

TABLA

De las materias contenidas en el tomo quinto.

CAPITULO QUINTO.

Aparicion del déficit.

PAGS.

Pintura de Calonne y sus planes.—
Carácter singular de sus locuras.—
Por qué se hace cómplice de los cor-
tesanos.—Raras ilusiones de la cór-
te.—Largueza calculada de Calon-
ne, sus operaciones; refundicion
de monedas de oro.—Los represen-
tantes de las provincias son con-
vocados de súbito.—Aparicion del
déficit.—Actitud de los diputados
y sus maniobras.—Calonne es ata-
cado por todas partes, despues de
haber declarado la guerra á los abu-
sos.—Lo que tuvo de grande en la
inconsecuencia aparente de la opi-
nion.—Caída y marcha de Calonne.
Destierro de Necker.

5

CAPITULO SESTO.

Fatalidad de los Estados generales.

Lomenie de Brienne. — Disuelve la Asamblea de los diputados. — Fisonomía de los príncipes en dicha Asamblea. — Planes del conde de Provence. — Los Estados generales demandados. — La dignidad real en lucha con los Parlamentos. — Reformas de los diferentes trenes de la corte. — Chanzas de la nación. — Escena violenta entre el duque de Coigny y Luis XVI. — Sotio del 6 de agosto de 1787. — Pregoneros públicos. — Roberto de Saint-Vincent. — Parlamento en Troyes. — Negociación. — Sesión memorable del 19 de noviembre de 1787. — El rey promete los Estados generales. — D'Eprenenil. — Destierro del duque de Orleans. — Noche del 4 de mayo.

—Sólio del 8 de mayo. —Disturbios.	
—Caída de Brienne y perdón de Necker. —Destino de Luis XVI.	40

CAPÍTULO SÉPTIMO.

Movimiento de las elecciones.

Agitación universal. —Espíritu de la nobleza, del estado llano. —Discusiones públicas. —Palacio real. —Consejeros de Necker. —Segunda Asamblea de diputados. —Acaba el papel del Parlamento. —Real decreto del 1.º de enero; *estrenas del pueblo*. —Reglamento del 24 de enero. —Elecciones. —Combate de la nobleza y de la clase media en Rennes. —Mirabeau en Provenza, su retrato. —Robespierre en Arras, carta inédita de Robespierre. —Elección del duque de Orleans. —Descripción de París durante las elecciones; fiestas, miserias y hambre. —Verdadero carácter del pri-

mer motin de la revolucion.—Problema social en un pronunciamiento. 90

CAPITULO OCTAVO.

Asamblea Nacional.

Apertura de los Estados generales.—Aspecto de Versailles.—Asamblea.—Posicion de Necker.—Incidentes trágicos.—Maria Antonieta y Barnave.—Contiendas sobre el examen en común; papeles respectivos de los comunes, del clero y de la nobleza.—Partido Malouet.—Robespierre, sus desconfianzas.—Sieyes y Bailly en la sala de los Estados.—Los caballeros de lugar en la corte.—Marcha lenta y grave de los comunes; sus victorias sucesivas.—Siniestro espectáculo de París.—Los comunes se constituyen en Asamblea.—Mirabeau en casa de Necker.—Los curas se unen á los comunes.—Los comunes toman el

nombre de Asamblea nacional.—Do-
 ble y extraño papel de Mirabeau.—
 Temores supersticiosos de María
 Antonieta.—Necker en Marly.—Se-
 sion en el juego de pelota; por
 qué Mounier propuso el juramento.
 —La nobleza abandona á Luis XVI
 y se une á María Antonieta.—Parti-
 do de la reina.—El clero se une á
 los comunes.—Proyecto de Necker
 desechado.—Sesion del 23 de ju-
 nio, verdadero carácter de esta.—
 Escena de loca embriaguez en la
 corte.—Motin en Versailles.—Club
 Breton.—La nobleza se dirige á la
 Asamblea.—Triunfo definitivo de la
 clase media. 148

FIN DE LA TABLA.

HISTORIA
DE LA
REVOLUCION FRANCESA.

HISTORIA
DE LA
REVOLUCIÓN FRANCESA.
POR
LUIS BLANC.

Version libre

por Luis Cortés y Suñá.

TOMO VI.

Madrid:

—
IMPRENTA DE DON GABRIEL SILL,
PRINCIPE, 14, BAJO.



CAPITULO IX.

Se recurre á la fuerza.

Temores de la clase media victoriosa.—Lenguaje singular de Mirabeau.—Hambre en París.—Sospeshas de Marat.—La Asamblea nacional ante el problema del hambre; sofocada acusacion contra los monopolistas.—Heróicas preocupaciones del pueblo.—Soldados libertados por el pueblo.—Luis XVI, abandonado por la nobleza, escogido por la clase media.—El rey de los propietarios.—Prepárase la guerra civil.—Conciliábulo de Montrouge.—Complots de la corte denunciados por Mirabeau.—La clase media trata de poner á Luis XVI con-

tra el partido de la reina; ceguera de Luis XVI.

—Campo de batalla al rededor de París.—Dumouriez en Caen.—La corte y el Club Breton.—El duque de Orleans ante los orleanistas; inicuos ardides; escena nocturna.—Aspecto de París amenazado.—Falso sueño de Luis XVI.

Aquí empieza una revolucion histórica cuyo carácter conviene marcar, cuyas fases debemos seguir.

«Yo decía para mí, refiere Bailly, que donde quiera que el pueblo es numeroso, allí domina, allí ejerce su imperio (1).» Los guías habian visto con terror al pueblo asistir á las sesiones y venir á ocupar la sala de los debates públicos, como para fijar en ella sus Estados generales. ¿Era menester dejar una soberanía sin bautismo y sin manto negro que mirase frente á frente á la de la Asamblea? Se habia de permitir que á presencia de las tribunas invadidas por una multitud imperiosa, viniese á decir el realista, como aquel príncipe de la antigüedad: «Diviso dos tebas y dos soles? (2).» Los errores ó los artificios de len-

(1) *Memorias de Bailly*, t. I, p. 225.

(2) *Memorias de Necker*, t. I, p. 75. Colección de Barville y Barrière.

guaje, no podian cambiar la naturaleza de las cosas: Sieyes habia tenido á bien confundir en el nombre comun de Estado llano á la clase media y al pueblo, donde habia ricos y pobres, plebeyos de alta sociedad y plebeyos de calle. Entre los hombres que juntos pedian la libertad, unos poseian todo lo que permite gozar de ella, á saber: educacion, crédito y riqueza; otros, por el contrario, corrian riesgo de asemejarse al paralítico en quien se reconoceria el derecho de marchar, y debian, de consiguiente querer, al mismo tiempo que la libertad lo que la impediria ser para ellos nada mas que una conquista ilusoria, el sonido de un clarin; esto es lo que presintió la Asamblea victoriosa, la cual tembló porque las reclamaciones de los siervos del salario fuesen mas allá de la nobleza humillada, mas allá del clero subyugado, mas allá de la monarquía abatida, y tembló tambien por su triunfo.

Hubo un hombre en particular á quien el pueblo arredró, infundió miedo: este fué Mirabeau; habia dudado del éxito y con increíble ardor persiguió los movimientos del pueblo. Despues de la sesion del 23 de junio de que publicó una relacion osada é insultante, llamó á sí inmediatamente á la multitud. «¿Por qué, exclamó, le habiamos de ocultar el conocimiento de nuestras deliberaciones? ¿Qué significan esas palabras *decencia* y *buen orden*? La

indecencia estaria aqui en el misterio y el desorden en el secreto (1).» Pero cuando la reunion definitiva de las órdenes, el arrepentimiento de Luis XVI, la humillacion de la nobleza, y la aparente resignacion de la reina hicieron creer á Mirabeau que ya no habia que temer en adelante á los antiguos enemigos, su lenguaje cambió súbita y admirablemente, y el incitador de la vispera pidió se escribiese en el estandarte de una revolucion que marchaba, esta fórmula de las sociedades que reposan: mantenimiento del orden público.

«Señores, dijo el 27 de junio; el dia del 23 ha hecho en este pueblo triste y desgraciado una impresion cuyas consecuencias temo: dia en que los representantes de la nacion no han visto mas que un error de la autoridad, y el pueblo ha creido ver un designio ó ánimo formal de atacar sus derechos y sus poderes; aun no ha tenido este ocasion de conocer toda la firmeza de sus mandatarios; su confianza en ellos no tiene todavía raices bastante profundas (2).» Y no contento con establecer asi entre los representantes de la nacion y el pueblo una línea de separacion; no contento Mirabeau con sembrar la desconfianza, se ejercitaba en trazar

(1) *Décima tercera carta del conde de Mirabeau á sus comitentes.*

(2) *Monitor*, sesion del 27 de junio de 1789.

un cuadro lúgubre de las agitaciones populares; estas pasiones que él mismo había escitado, ahora las refrenaba é insistia en que se guardasen de los *auxiliares sediciosos* (1). No iba él á cubrir con su tolerancia la sesion del 23 de junio; y con todo tomaba testo de esta misma sesion para hacer de Luis XVI un elogio en que á la admiracion se mezclase una especie de tierna y respetuosa piedad. Cuando sucedia que el rey obraba mal, entonces le engañaban; cuando era él el rey, obraba siempre bien (2). Mirabeau proponia una carta á los electores que les recomendase, *contribuyesen al mantenimiento del orden, á la tranquilidad pública, á la autoridad de las leyes y de sus ministros* (3).

En otras circunstancias, este lenguaje solo quizá hubiese sido el de la prudencia y de la razon; pero, proclamar la sospechosa cólera del oprimido sin haber procurado destruir el principio de todas las opresiones, la miseria; desacreditar la enredosa vida del foro, porque creia cada uno haber sacado para sí el suficiente provecho de sus ardores, y mandar hacer alto á la revolucion cuando tan distante estaba aun del verdadero fin ú objeto

(1) *Ibid.*

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

de su ardiente peregrinacion... era dar demasiado á entender lo mucho que se diferenciaba y se desconfiaba del pueblo.

Mirabeau, por lo demas, conocia bien á aquellos á quienes se dirigia su discurso; se acordaba que, en la sesion del 16 de junio les habia asustado, entregándose á inspiraciones de tribuno; sabia que la fórmula del juramento del juego de pelota consagraba el mantenimiento de los principios de la monarquía (1); recordaba en fin, el ardor con que en la iglesia de san Luis, cuando la reunion del clero con los comunes, se aplaudieron estas palabras de Target: «No hay absolutamente acontecimiento feliz para la patria que no deba uno darse prisa á comunicar al mejor de los reyes (2).» La verdad es, que lejos de pretender trastornar el trono, la clase media trataba de acogerse á él, y buscar en él un abrigo. Renegado Luis XVI por la nobleza contó á sus mas fieles y alarmados servidores en el seno de aquellos concejos, momentos antes tan inflexibles; dejaba de ser rey de los gentiles hombres é iba á serlo de los propietarios.

Entretanto, millares de desgraciados de trajes hechos pedazos, de rostros enflaqueci-

(1) Véase el *Monitor* del 20 al 24 de junio de 1789.

(2) *Ibid.*

dos por el ayuno y de tez cárdena, se agolpaban en París delante de las tahonas y donde pasaban la mitad de los días con terrible impaciencia. Reinaba á la sazón una completa penuria, variando el precio del pan entre cuatro y cuatro y medio sols la libra (1). cifras homieidas en aquella época: en otras partes mas trabajos, mas salarios; y entre tanta multitud de pálidos jornaleros, corto era el número de los que no dejasen en sus casas á sus hijos llorando de hambre; pero el pedazo de pan que tanto trabajo costaba obtener, era terroso, amargo, causaba inflamaciones de garganta, ó sean anginas, y ardoras de estómago. Los molinos de sangre establecidos en la escuela militar, no daban otra cosa que harinas ágrias, de color amarillo, de olor inficionado, y formaban masas tan duras, que para partirlas era menester pegarlas hachazos (2): este era el único alimento del pueblo; y como toda la Francia sufría, la capital veía entrar á todas horas por sus muros cuadrillas de desconocidos vestidos de andra-

(1) Marat, *Criminal-Nekero-logia*, p. 22, y 23, segundo jefe de acusacion. En Ginebra en casa de Pellet, 1790.—Este folleto en que es atacado Necker con injusta violencia, encierra al lado de acusaciones sin pruebas y dictadas por odio ciego, hechos curiosos cuya exactitud hemos comprobado.—Véase, sobre la carestía y el precio del pan.

(2) *El amigo del rey* etc. cap. XXXIX, p. 39.

jos, con grandes bastones en la mano, sosteniendo en sus encorvadas espaldas alforjas vacías (1), multitud sin un triste jergon en que descansar, y sin pan para el día siguiente, á la cual la angustiada provincia echaba á París hambriento. Así, la miseria tomaba horribles aspectos; los mercados, mas y mas borascosos, parecían trasformarse en campos de batalla; en toda la longitud del Sena, los soldados estaban formados en hileras, pero la ansiedad universal contenía los trasportes al punto de marchar, habiendo prohibido la circulación de granos el Parlamento de Borgoña, el de Franche-Comté y el de Nancy (2); en lugar del esperado trigo, llegaban consumidores con el irresistible movimiento de la marea; y todas las noches en trágicas Asambleas celebradas en casa del subdelegado de policía, se hacia esta pregunta: ¿cómo alimentar á París?

Pero lo que no se ha echado de ver, y que no obstante es digno de eterna memoria, es que el grito que dieran entonces los hom-

(1) *Memorias de Besenval*, t. II, p. 344.

(2) Véase en el número 191 del *Diário de París* (suplemento), la *Memoria instructiva remitida de parte del Rey á la sociedad de subsistencias por el director general de hacienda pública*.

bres del pueblo no fué el grito de la pobreza: en los mismos humbrales de las panaderías, donde no se les guardaba mas que un alimento avaro y mortífero, se ocupaban de hacer la constitucion y de defender la Asamblea nacional. Los esclavos del hambre reclamaban la libertad de la inteligencia!

Semejante abnegacion era tanto mas magnánima, cuanto que no podia atribuirse el mal solo al rigor del cielo; la sociedad ó el comité de subsistencias pidió informes á Necker, y este publicó una memoria en la que decia: que desde su entrada en los negocios, en agosto de 1788, habia agotado el ministro todos los esfuerzos por evitar la crisis ya prevista; que la esportacion de granos, fué severamente prohibida; y su importacion fomentada por enormes primas; que, el rey á costa del erario habia hecho venir inmediatamente á todo trance de paises extranjeros, mil cuatrocientos millones de quintales de arroz, centeno, cebada, trigo y harinas: que se habia favorecido la circulacion interior; que habiendo estado inmóviles el invierno pasado los molinos de agua y de viento en los alrededores de París, los unos á causa del yelo, y los otros por efecto de la inaccion del aire, se pusieron á construir á toda prisa y sin perdonar gastos, molinos de sangre; en una palabra, que no se habia omitido nada de lo

que prescribe la recta razón (1). Pero cómo explicar que medidas tan activas hubiesen llegado á tal punto de esterilidad?

¿En qué proporción era imputable la desgracia pública con la criminal industria de los monopolistas? Necker observó con timidez que era *poco creíble* que se hubiesen hecho importantes reservas de trigo en una época tan próxima á nuevas mieses, en que no hubieran estado seguros los abundantes graneros: no obstante, confesaba en términos formales «que se había quejado amenudo de la codicia de los especuladores (2),» y aun daba á entender que el gobierno se veía obligado á observar mucha discreción, debiendo temer el hombre de Estado irritar en tiempo de crisis, la alarma y entregar el *secreto de sus penas* (3).

Hay reticencias que suenan en el corazón como declaraciones; tales eran las que contenía la *Memoria instructiva*. Por otra parte resonaban vehementes protestas: un folleto intitulado *Le premier pas á faire*, (*Primer paso que debe darse*), pidió que se abriese una sumaria sobre el monopolio. «¡Hombres sin entrañas!

(1) Véase la *Memoria instructiva*, en el suplemento al número 191 del *Diario de París*.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

esclamaba el escritor á los monopolistas: nuevos fecundos campos han entrado en vuestros parques (1).» Gorsas acababa de dar á luz su periódico *El correo de Versailles á Paris*, en el que insertó una carta del *Correo de Dieppe*, de la que resultaba que en Normandía se monopolizaba hasta el trigo, sur pied (en pié) y que los habitantes de Diepe estaban en el colmo de la desesperacion. «Sabeis para qué sirven las primas otorgadas á la importacion? para despertar la codicia. Llega un navío y obtiene primas; despues los mismos granos se vuelven á embarcar clandestinamente y van á otro puerto á sacar nuevas primas; de suerte que no queda en los almacenes ni paisea de mercado en mercado otra cosa que una pequeña cantidad de trigos podridos... pero, ¡hombres honrados, denunciad esto á los Estados generales (2)!» Observador todavia silencioso el médico Marat de las correspondencias ó egecuciones subterráneas, se ocupaba desde entonces en acumular materiales de acusaciones futuras, de acusaciones á menudo calumniosas, pero á menudo tambien llenas de luces; porque á fuerza de creer en el mal aquel implacable espíritu, llegó á adquirir una perspicacia singular; si otros fueron el pensamien-

(1) *Le premier pas à faire*, p. 13.

(2) *Le Courrier de Versailles á Paris*, núm. 4.

to de la revolucion, si otros fueron la cólera de la misma; Marat fué su sospecha.

La Asamblea nacional no podia abstenerse por mas tiempo : el 4 de julio, despues de una larga discusion, se acordó que se admitirian en número de seis á los diputados de Santo Domingo (1). cuando Dupont de Nemours, relator de la sociedad de subsistencias, se levantó: la circunstancia era solemne: la Asamblea desde su principio veia remontar sus debates á sublimes alturas. ¿Qué hacer por el pueblo que carecia de trabajo y de pan, ó mas bien, qué hacer para que el pueblo no se viese en adelante sin pan y sin trabajo? ¡Grande cuestion que contenia todo lo que hoy nos agita y nos divide, cuestion suprema que abordada con menos lentitud, habria ahorrado á la Europa horribles pesares, y que las sociedades modernas tendrán bien pronto que resolver so pena de muerte! Pero la doctrina triunfante en el siglo XVIII fué la del individualismo (2), la de la indiferencia del Estado en materia de industria: apareció demasiado con relacion á la sociedad de subsistencias. Derecho al trabajo, vicios inherentes al régimen de pagas, peligros de la concurrencia, medios de emancipar al proletario,

(1) *Monitor*, sesion del 4 de julio de 1789.

(2) Véase el primer volumen de esta obra, lib. III, cap. III.

nada de lo que interesaba en particular al pueblo se indicó, aunque pudiese ser objeto de ulterior exámen.

En vista de la urgencia, se limitaban á proponer las siguientes medidas: abrir una suscripcion voluntaria; autorizar al gobierno, á los Estados provinciales y á las municipalidades á que hiciesen, bajo la garantía de la nacion y la inspeccion de la Asamblea, las prevenciones que necesitase el alivio del pueblo; autorizar en las provincias en que no se hiciese recoleccion de frutos, una contribucion de veinte ó de diez sols por cabeza, cuyo anticipo harian los ocho ó diez ciudadanos mas ricos; y últimamente, prohibir hasta el mes de noviembre de 1789 la esportacion de granos (1).

Esto era reducir á muy poca cosa la intervencion de los regeneradores prometidos á la Francia, y sin embargo, la mayor parte de las oficinas quedaron de este lado del límite. Segun Lally-Tollendal, era necesario contentarse con agradecer al Rey por prohibir la esportacion hasta el mes de noviembre, y favorecer la circulacion interior (2). Mounier pretendió que los proyectos que iban á discutirse no eran de la incumbencia de la Asam-

(1) *Monitor*, sesion del 4 de julio de 1789.

(2) *Ibid*, sesion del 6 de julio.

blea (1); que una suscripcion de beneficencia no necesitaba decretarse y que un impuesto por cabeza seria ofensivo a la nacion, cuya generosidad parecia agotarse, y que dejando al comité el cargo de continuar sus pesquisas, debia la Asamblea ocuparse de la constitucion primera y exclusivamente (2). En vano propuso Pétion un empréstito en nombre de reha-
te y una oficina (3), al pues respondieron que los mandatos no permitian votar ni impuestos ni empréstitos hasta que se acabase la constitucion; por último, habiendo pedido Mira-
beau que se suspendiese la deliberacion has-
ta que hubiese tomado ciertas luces de im-
portancia capital, la cuestion santa de ali-
mentar al pueblo se perdió de vista, y suce-
dió, segun las palabras características de De-
pout de Nemours, que la nacion reunida pudo
solamente comparecer á la nacion (4).

Así, al paso que el pueblo por otvido gene-
roso de sí mismo, en el último grado de mi-
seria y privado de trabajo y de alimento, ha-
cia su más querida preocupacion de la con-
quista de los derechos políticos, se pasaba en

(1) M. Lauzet, presidente de la Cámara de diputados de nuestros días, ha dicho: «No pertenece á la Cámara dar trabajo á los obreros!»

(2) *Monitor*, sesion del 3 de julio.

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.* sesion del 4 de julio.

la Asamblea la da orden del día sobre la miseria social, sobre el hambre del pueblo. uno uno Se debe gemir, pero indignándose, no se arriesgará uno a ser injusto? porque al fin, muy escasos relámpagos vió da noche, cuya ciencia social quedó hasta entonces oculta; la educación de la inteligencia por el amor no había comenzado; no se sabía que la pobreza es siempre la esclavitud, que es también una constitución por haber, un pueblo por alimentarse, y los legisladores de la clase media no veían hasta qué punto eran inconsecuentes de creer en la fatalidad de la miseria, ellos que no creían en la fatalidad del despotismo o en el menester, no obstante, que se plantearse el gran problema de destruir la esclavitud moderna, y se planteó en efecto: por lo que la revolución de ejercitarse en el más fuerte de sus combates, solo pudo leer, bajo las armas, un libro abierto en sangre, que con claridad le indicaba uno uno No ocultemos nada; hay omisiones que son la hipocresía de la historia. Después de la sesión del 4 de julio un diputado se quejó con amargura de las tinieblas en que parecía querer sepultar el horrible negocio de los monopolios, añadiendo que la misma mañana había denunciado varios monopolios y le había sorprendido mucho el modo con que acci-

gían sus avisos (1). Pero habiendo dicho Bouché en la sesión del 6 de julio que se conocían culpables, que se tenían pruebas y que al día siguiente tendría lugar una declaración formal, refiere Gorsas (2) que un terror general se apoderó de la Asamblea: al otro día se esperaban formidables revelaciones y se guardó un profundo silencio: habíase sufocado la verdad entre dos sesiones, de miedo sin duda que se hiciese señal de un degüello, el perseguir á los monopolistas en presencia de una multitud hambrienta.

Protegido así por su misma enormidad el crimen de los que especulaban con el hambre, se acrecentaron los sufrimientos del pueblo en términos de no poder ser comparables sino con el heroísmo de su resignación. En la *Memoria instructiva* se había hecho notar demasiado el siguiente pasage: «El Rey ha dicho que si la necesidad de las circunstancias obligaba á contentarse con pan mezclado de trigo y de centeno, no habría mas que de una clase para ricos y pobres, y que sería servido en su mesa (3).» Esta tierna

(1) *Le Courrier de Versailles à Paris*, núm. 2.

(2) *Ibid.* *El Monitor*, desnaturaliza todo esto, y da cuenta de la anunciada declaración de este modo: «Bouché espera tomar parte en la Asamblea de algunos descubrimientos interesantes!»

(3) Suplemento al núm. 191 del *Diario de Paris*.

promesa no se realizó: el pan que se presentó á la mesa del rey, de los diputados, ministros y cortesanos, fué de la mejor calidad, servido con abundancia y suministrado por los mismos panaderos. Se supo esto, y de ello solo se hizo mencion en los periódicos realistas (1): se ignoró esta palabra de un bárbaro publicano á desgraciados que se lamentaban de la penuria: «¡Pues bien, comed gurraros (2)!» y lo que continuó preocupando la plaza pública, la calle, y la encrucijada, fué únicamente la grandeza de nuestros nuevos destinos: tanta energía habia en la vida moral que traia al pueblo la revolucion!

No era solo el pueblo del taller el que ardia con aquel santo entusiasmo, sino que ya era tambien el pueblo del campo: informados los soldados de que si la fidelidad de todos crea la caballería del hombre libre, la fidelidad de uno solo no constituye frecuentemente mas que la caballería del esclavo; estremeados bajo el yugo de la rígida y humillante disciplina que el conde de Saint-Germain habia echado mano de las costumbres militares de Alemania; indignados en fin de no poder ni aun con su sangre, trazarse una senda que condujese á los altos grados, y que

(1) *El Amigo del Rey*, etc, tercer cuaderno, citado en la *Historia parlamentaria*, t. II, tercera entrega, p. 40.

(2) *Le premier pas á faire*, p. 14.

osasen oponerlas al Estado llano de su valor, los soldados, decimos, querían otras banderas. Un hecho que conmovió mucho á la corte, realizó desde el 30 de junio las disposiciones del ejército: aquel día, á eso de las siete de la tarde se hallaban reunidos los principales incitadores del Real-Palacio en el café de Foy, ordinario teatro de sus conciliabulos, cuando un desconocido tira una carta que cae en medio del grupo: abriéndola al punto y leyéndola en voz alta vieron que once guerrillas habían sido encerrados en la Abadía por no haber querido cargar sus fusiles, y que la noche siguiente se les iba á trasladar á Bicêtre, cárcel homicida, destinada á los malos mas viles. Al oír esto Leustalot, joven atrevido, redactor del periódico de las *Revoluciones de París*, corre al jardín del Real-Palacio, se sube en una silla y llamando á la multitud esclama: «¡A la Abadía, á la Abadía!» Aplauden todos este pensamiento, y encendidos en cólera, parten: obreros que volvian de su trabajo aumentan la desesperada comitiva, y bien pronto el carcelero oye á las puertas de la cárcel el ruido que hacen cuatro mil sitiadores, algunos de ellos armados de hachas y barras de hierro. La resistencia habria sido inútil, y los sitiados tuvieron que entregar las llaves (1); pero en el

(1) «Algunos escritores han dicho que las puertas de

mismo instante al escape y sable en mano llegaban hombres de á caballo: lejos de arredrarse el pueblo se precipita á las riendas de los caballos, y grita á los soldados que han venido á salvar á sus compañeros de armas, á sus hermanos: enternecidos los dragones envainan sables y se quitan los cascos en señal de paz: los guardias puestos en libertad, fueron conducidos en triunfo al Real Palacio donde pasaron la noche, mientras que el pueblo vigilaba su sueño. Al otro día estaban alojados en el palacio de Ginebra, en cuyas ventanas colgaron con cintas bolsas y cestas, que se llenaban de petateños donativos, y el Real Palacio enviaba á pedir en su favor la intercesion de la Asamblea nacional.

Entonces se hizo ostensible el mudo que inspiraban á la Asamblea sus propias victorias: porque el homenaje rendido á su soberanía, le asustó. Unos se admiraron y se irritan de la alianza terminada entre el artesano y el soldado sobre el pavimento de París, capital de las revueltas; otros, con tono animado, se pronunciaban contra una prueba que tendia á transformar en tribunos de un pueblo desenfrenado.

las cárceles fueron forzadas y puestos en libertad todos los presos; pero este asento es de todo punto falso. (Bath-lieu, *Ensayos históricos*, t. I, p. 287.

do (1) á los representantes de la nacion. A la palabra menos tímida de Resobell y de Le-Chapelier se opone de todas partes el respeto debido al poder ejecutivo. Mirabeau, aunque enfermo, y apenas pudiéndose sostener, se levanta, y propone que se adopte un catecismo de orden público, y que se sentencien pronta y solemnemente las agitaciones populares (2): con este motivo presentó una carta redactada por él; trata de volverla á leer, pero las fuerzas le faltan y su voz se apaga; hasta que por último se tomó una resolucion concebida en estos términos: «La Asamblea nacional llora los disturbios que agitan á París en este momento... una diputacion se encargará de suplicar al rey tenga á bien emplear los medios infalibles de clemencia y bondad que son tan naturales á su corazon y de la confianza que su buen pueblo merecerá siempre, para el restablecimiento del orden.» La Asamblea por lo demas, protestaba su profunda adhesion á la autoridad real, *de la que pendia la seguridad del imperio* (3).

Al recibir Luis XVI la resolucion de una diputacion de diez y seis individuos, res-

(1) *Décima quinta carta del conde de Mirabeau á sus comitentes.*

(2) Véase la cuenta que dá de esta sesion el mismo Mirabeau en su *Décima quinta carta á sus comitentes.*

(3) *Ibid.*

pondió: «Mientras confie en mí la nación, todo irá bien;» y se contentó con exigir como condicion á su clemencia que volviesen las guardias á prision; esto es lo que hicieron, y no bien se dió orden de ponerles en libertad cuando llegaron á Versailles varios electores comisionados por sus colegas de no volver sin el perdon de los soldados.

Segun se ve, á medida que marchaba la revolucion, la clase media asustada se estrechaba cada vez mas al rededor del trono y buscaba en Luis XVI un jefe inviolable: pero, por lo mismo, los representantes de la antigua Francia se apresuraban á traer hácia sí la corona; de suerte que, confiada la púrpura real á un principe que no sabia llevarla ni defenderla, iba rasgándose en manos de dos partidos contrarios, los cuales la hicieron trizas, y mas tarde, cuando sonó la hora terrible, vieron que jugando el poder del malhadado Luis XVI, jugaron tambien su cabeza.

Sin embargo, Versailles tomaba hacia algunos dias una fisonomia singular, siniestra; no se veia en las calles otra cosa que uniformes sospechosos y caras desconocidas; hombres que poco antes se notaban por la palidez de su rostro, se les encontraba ahora con semblante altanero, sonriendo de un modo funesto y echando miradas llenas de desconfianza. En el seno de la Asamblea, ciertos di-

putados nobles, aparentando dejar vacías sus plazas de legisladores (1), iban á sentarse entre la multitud, como meros curiosos, y con la ironía en los labios: se citaron palabras extravagantes que se escaparon al abate de Vermond en medio de los vapores del vino (2); los eclos del Oeil-de-bœuf repitieron amenazas proferidas, según decían, por el príncipe de Henin y el duque de La Trémouille; se habló no sin impaciencia de las sociedades secretas del conde de Flahant en el Louvre (3). ¿Qué pasaba pues?

Había á la sazón en Montrouge un conciliábulo que reunía á los amigos del duque de Orleans, tenebrosos inspiradores de su patriotismo instrumentos de su ambición: figuraban también el conde de Genlis, marqués de Sillery y de Latouche; allí dominaba sordamente Choderlos de Laclos, espíritu activo y encendido con apariencias de un génio pesado, génio fatal, por la novela de *Enlaces peligrosos*, libro de los mas profundos en impurezas, habia robado la fama, y se habia colocado entre el uso y el desprecio, entre el honor y

- (1) *Memorias de Bailly*, t. I, p. 226.
 (2) *Respuesta de M... á su amigo*, citada en la *Historia parlamentaria*, t. II, 3.ª entrega, p. 71.
 (3) Era el Real-Palacio de Paris, en otro tiempo residencia ordinaria de las personas reales. (Nota del traductor.) *Historia parlamentaria*, t. II, 3.ª entrega, p. 71.

la admiracion: decaia de él que era para sus amigos la union mas peligrosa; pero la locura, la desgracia del duque de Orleans fué de complacer únicamente en las relaciones sospechosas, y de dejar á esos aventureros trabajar en su nombre por el triunfo de pretensiones que no tenia.

En esto se ocuparon con triste impaciencia los conspiradores del conciliábulo de Montrouge; y como tenían conocimientos en la corte, no tardaron en saber con todos sus pormenores los trances que allí se urdian; por otra parte, llegaban preciosos secretos al club Bruto, que en aquella época confinaba al pueblo, y contaba entre sus concurrentes á Buzot, á Lanjuinais, al abate Gregorio, y á Robespierre. Pero, cosa singular, en que se muestra bien á las claras el dedo del destino: la revolucion estendia ya tan lejos su imperio, que velaba, implacable é invisible, hasta en los aposentos del conde de Antois, hasta en la alcoba de la reina: ni un paso que no se denunciase, ni una palabra que no se transmitiese al odio vigilante de los que estaban fuera. La servidumbre de la casa real abria (1) las cartas que recibian, copiaba su contenido, y pasaba esta copia ó bien al conciliábulo de Mon-

(1) Beaulieu, *Ensayos Históricos*, t. I, p. 302.

trougeó bien al club Breton: de este modo se descubrieron decia el primer día los complots de la nobleza; así fué como se supo que la corte se disponia á apoderarse otra vez del despotismo, á disolver los Estados generales y á oprimir á París; que la reina era la metora de aquel plan de campaña y que con ella trabajaban los príncipes de consuno (1); que Luis XVI estaba anulado; que tropas extranjeras llegaban á marchas forzadas; que para hacer frente á los gastos previstos se había dado la orden de fabricar cien millones de billetes de Estado; que acababa de recibirse una lista que condenaba á muerte no solo al duque de Orleans y á los jefes del partido revolucionario exaltado, sino aun á los que se agrupaban alrededor de Luis XVI, que había llegado á ser monarca constitucional, como por ejemplo, á Mirabeau, Mounier y Lally-Tollendal (2). Bien pronto hablaron los hechos; el 6 de julio, el regimiento Real-Aleman, mandado por el príncipe de Lambesc, sentó sus reales en el jardín de la Muette (3), habiéndose colocado ocho cañones en Sevres, donde aquella noche

(1) Véase la noticia de M. de Barante, hecha con los papeles de M. de Saint-Priest, entonces ministro.

(2) «Estas particularidades son del baron de Breteuille dice el abate de Montgaillard, t. II, p. 62.

(3) Buchez y Roux, *Historia parlamentaria*, t. II, 3.ª entrega, p. 69.

fueron recibidos los pasajeros como enemigos (1); en Versailles se presentó un regimiento de húsares que, odioso á las guardias francesas, y odioso al pueblo, ensangrentaba la ciudad agitada con sus contiendas (2); se decía, que treinta y cinco mil hombres estaban repartidos entre París y Versailles y se esperaban veinte mil seguidos de trenes de artillería; empezaban á interceptarse los sitios: caminos, puentes y paseos se cambiaban sucesivamente en puestos militares (3); en todas partes se veía la imájen y como el espectro de la invasión.

Es digna de notarse la conducta que observó la Asamblea en tan crítica situación: temblando de tener que sufrir, para defenderse, la asistencia del pueblo, y no queriendo deber á nadie mas que al rey, tendió las manos á Luis XVI, le pidió auxilio, y no tuvo reparo en descender de la súplica al lenguaje de la idolatría. Lleno de aplausos fué Mirabeau el 8 de julio, cuando dijo: «Han previsto los consejeros de tales medidas las consecuencias que sacan para la misma seguridad del trono?... Han observado por qué fu-

(1) *Carta de M.... á su amigo*, citada en la *Historia parlamentaria*, t. II, 3.^a entrega, p. 71.

(2) Beaulieu, *Ensayos históricos*, t. I, p. 293.

(3) *Décima octava carta del conde de Mirabeau á sus comitentes.*

nesta cadena de circunstancias han traspasado de los espíritus mas prudentes, los límites de la moderación, y por qué terrible impulso se precipita un pueblo embriagado á excesos como ya primera idea le habria hecho ostentarse? ¡Hah! leido el corazón de nuestro buen rey (1) a. b. Acababa Mirabeau de proferir una suplica á Luis XVI, cuya redacción se le encargó; y el día siguiente presentaba al voto de la Asamblea un nombre de los representantes de la nación un memorial concebido en estos términos: «Señor, los movimientos de nuestro corazón hacen la verdadera salvación del pueblo francés. Cuando de todas partes llegán tropas, cuando á nuestro alrededor se forman campos, cuando la capital está cercada de tropas, nos preguntamos con asombro: ¿Ha desobedecido el rey de la fidelidad á sus pueblos? Si hubiese podido dudar de ella, ¿no habria vertido en nuestro corazón sus paternos pesares? ¿Qué significa ese aparato lamentoso? ¿Dónde están los enemigos del rey y del Estado: ¿qué es menester subyugar? ¿Dónde los rebeldes, los conjurados que es necesario reducir? A esta serie de preguntas una voz unánime responde en la capital: Queremos á nuestro rey, y bendecimos al cielo por la gracia que nos ha

(1) *Ibid.*

hacéis con su amor. Os rogamos, señor, en nombre de la patria, en nombre de vuestra fidelidad y en el de vuestra gloria que volváis á enviar á vuestros soldados al sitio del que han sacado vuestros consejeros. En medio de vuestros hijos, guardaos su amor (1). Nunca hubiese encontrado iguales fórmulas la humildad del entusiasmo monárquico; pero así se esperaba ganar á Luis XVI y separar la causa del trono de la de los nobles. Las adulaciones de Mirabeau fueron acogidas con delirio, no pareciendo sino que la Asamblea tenía una sola alma y un solo pensamiento (2). Mas el genio invencible de la revolución llamaba al pueblo á escena. Luis XVI dió una respuesta seca, dura y algo de amenaza á la diputación que le envió la Asamblea, declarando que uno de sus deberes era velar por la conservación del orden; que jentes mal intencionados podían desviar á sus pueblos con verdaderos motivos de las medidas adoptadas de precaución; y proponiéndolo á los Estados generales, trasladarlos á Noyon ó á Soissons, añadiendo que entonces se dirigiria á Compiègne para mantener la comuni-

(1) *Décima octava carta del conde de Mirabeau á sus comitentes.*

(2) Frase de Mirabeau, en la relación que hace de la sesión del 9 de julio, carta décima tercera.

nicacion que debia existir entre él y la Asamblea (1).

Así la alianza que ansiaba realizar la clase media con la dignidad real, con el doble fin de vencer definitivamente á la aristocracia y de librarse del apoyo del pueblo, la corona la ponía para rechazarla á una altura tan loca como insultante: hasta tal punto habían sabido cegar á Luis XVI, la reina y los príncipes.

La Asamblea, aunque penetrada de amargura no se atrevió á resistir, ni á protestar, ni á quejarse, y el conde de Crillon pudo decir sin escitar murmullos, que era menester atenerse á la promesa de un honrado hombre-rey; pero Mirabeau á quien habia irritado el mal éxito de sus lisonjas, tomó con impetu la palabra, y pasando de repente de su lenguaje del día anterior á otro enteramente opuesto, combatió las ideas monárquicas del conde de Crillon. Para temeridad era esta confianza de que se engreían como de una virtud! Defecto de la nacion que llevó de falta en falta á la crisis del momento! Ya era tiempo de comprender, de abrir los ojos, sino querian «parecerse á niños siempre revoltosos y siempre esclavos (2).»

(1) Carta décima nona del conde de Mirabeau á sus comitentes.

(2) Decima novena carta del conde de Mirabeau á sus comitentes.

Ya era tiempo, en efecto de abrir los ojos, porque la corte perseguía con insolente ardor sus preparativos de guerra. Dos hombres acudieron para dirigirlos; el baron de Breteuil y el viejo mariscal de Broglie; el primero, presumido, de semblante austero, de maneras brutales y toscas, capaz en fin de llevar su celo á demencia, fué el hombre de Estado de la empresa (1); guerrero el segundo: y ni uno ni otro se tomaron la molestia de ocultar sus proyectos. «Si es necesario prender fuego á París, decía el baron de Breteuil, así se hará (2); por lo que hace al mariscal de Broglie escribió al príncipe de Condé (3).» Una salva de artillería, ó una descarga de fusiles, pronto habría dispersado á esos argumentadores y restablecido el poder absoluto que se estingue en vez del espíritu republicano que se forma.» Este mariscal estaba muy lejos de tener la capacidad de su hermano, misterioso diplomático, oculto corresponsal de Luis XV; lo llamaban puerilmente supersticioso, y corrió la voz por el pueblo de que tenía en el dedo un san Juanito Nepomaceno

(1) *Noticia sobre el conde de Saint-Priest*, p. CII.

(2) Palabra por palabra se repite lo que ha dicho el baron de Breteuil en 1794. *Montgaillard*, t. II, p. 63.

(3) Carta publicada y no desmentida en París y en Londres el año de 1789.

al que daba cuenta de todas sus acciones (1): pero en realidad era soldado resuelto, dispuesto siempre á pelear, y unido á la corte. Raro y eternamente odioso espectáculo! Al rededor de Paris, al rededor de la capital del mundo inteligente se estendió un vasto campo de batalla: aqui los regimientos de Provence y de Vintimille, alli Royal-Cravate, Helm-stadt, y Royal-Pologne; mas allá Salis-Samade, Chateau-Vieux, Diesbach Berchiny, y Esterhazy: y quién lo creeria? quisieron poner cañones en un jardin contiguo á la sala de Estados; sacrilego proyecto que solo el temor de que lo declarara el propietario antes de la ejecucion, hizo abandonar (2).

Como sino hubiese bastado la amenaza, se echó mano del insulto. No tardó en ver la luz pública libelos que anunciaban las esperanzas de la corte en términos de ultrajante alegría: en uno de ellos escrito en forma de letanía se leyó: D'Artois, oidnos; reina de los franceses, no abandoneis á vuestro esposo; Barnave, ahorcaos; Lafayette, dejaos ver; de Caylus, continuad; duque de Orleans, temblad; clero, reunios; nobleza, vengaos; de

(1) *Anales parisienses*, núm. 1, p. 11.

(2) Beaulieu, *escritor realista*, refiere este hecho como si le hubiesen instruido personalmente; hallábase á la sazón en Versailles.—Véanse sus *Ensayos históricos*, t. I. p. 308.

nuestros enemigos, de los Necker, de los Mirabeau, de los Target, de los Le Chapelier, de los *arzobispos de Burdeos*, de los monstruos de la Asamblea, libradnos, rey nuestro!... (1).»

Se aproximaba el 10 de julio y todo estaba preparado para la guerra civil, no solo en Versailles y en Paris, sino hasta en las provincias. Como se veían venir revueltas, todos los comandantes recibieron la orden de ocupar su puesto: cuatro compañías de granaderos y cazadores entraron en Caen donde comenzaba á agitarse la multitud; allí se rindió Dumouriez y estaba en casa del duque de Beuvron, comandante de la provincia cuando en presencia de mas de sesenta nobles en cuyos rostros brillaba la aureola del triunfo se dirigió á él la duquesa y le dijo: «Qué, Dumuriez no sabeis una grande noticia? Vuestro amigo Necker se vé echado, y el rey por lo tanto vuelve á subir al trono; la Asamblea está trastornada; vuestros cuarenta y siete amigos (2) están quizá en este momento en la Bastilla con Mirabeau, Target y un centenar de insolentes del Estado llano: y de seguro el mariscal de Breglie está en Paris con trein-

(1) *Letania de los santos contra los diablos.*

(2) Los cuarenta y siete nobles que el 25 de junio se unieron al Estado llano.

ta mil hombres. — «Tanto peor, señora, » respondió friamente Dumouriez (1).»

Y qué hacia la Asamblea nacional entre tanto? Escuchaba la relacion del comité de constitucion, presentada por Mounier, y un proyecto de declaracion de los derechos del hombre, presentado por Lafayette! Felizmente Paris vigilaba, y los mas osados promotores del club Breton no se descuidaban por su parte: á uno de ellos, llamado Adriano Dupont (2), le ocurrió la idea de armar á la Francia en virtud de un terror pánico, y á todos los caminos se enviaron emisarios que atravesando villas y pueblos gritasen: «He aquí los bandidos!» El éxito de la estratagema fué completo; todos cogieron sus fusiles y toda la Francia se levantó.

A su vez los Orleanistas rodearon al duque de Orleans, instándole á que fuese gefe de su ejército, y presentándole sus peligros como una especie de indicacion providencial de su papel, como una prueba que no tardaria en escojer entre apoderarse del cadalso y morir en él: hicieron mas: no ignoraban que, parecido en esto al regente su abuelo, creia en la magia y recurrieron á ella. Un hombre de extraordinaria figura, uno de

(1) *Memorias de Dumouriez*, t. II, p. 35. Coleccion de Berville y Barriére.

(2) Beaulieu, *Ensayos-historicos*, t. I, p. 306.

esos místicos revolucionarios, cuya marcha hemos seguido, se presenta al príncipe y se ofrece á suministrarle, poniéndole en relacion con los espíritus infernales (1) un conocimiento exacto de las cosas futuras. «Tendréis valor, le dijo el misterioso personaje, de acompañarme solo, á media noche á una llanura, por ejemplo, á la de Villeneuve-Saint-Georges? «Responde el duque afirmativamente y se abandona á su guía. La noche es oscura como boca de lobo; encuentra é interroga el príncipe á los espectros, los cuales no dejaron de hacerles predicciones capaces de exaltar su corazón, y le dieron un anillo, que tanto tiempo como le conservase debia responderle de la fortuna. Véanse los medios que no vacilaban en emplear aquellos que, á toda costa, querian dar á desear una corona al duque de Orleans; pero este príncipe habia usado tan temprano para consigo los resortes de la vida, que habia llegado á ese género de desinterés que no es otra cosa que indiferencias para él; la dignidad real no le parecia valer lo bastante para que se entregase á los esfuerzos de la ambicion y á la fatiga de la hipocresia, para conquistarla.

La situación tendia á simplificarse de un modo terrible: toda vez que la clase media

(1) *Memorias-historico-políticas*, t. VI, p. 61.

tenia que recurrir á los *sediciosos auxiliares* con que Mirabeau le habia atemorizado; toda vez que Luis XVI desaparecia, ó mejor dicho, era eclipsado por el conde de Artois, toda vez en fin, que el duque de Orleans se oscurecia, la parte sangrienta no podia jugar sino entre la corte y el pueblo.

Paris se estremecia y se encolerizaba. Mil rumores alarmantes, mil relatos mezclados de verdad y falsedad llevaban á la poblacion de la inquietud á la cólera, y de la cólera al furor: ya era el rey que, huyendo de Versailles iba á establecerse en la llanura de Sablono, y á poner el trono en medio del campo bajo una tienda de campaña; ya era un ejército de asesinos llamados del fondo de la Italia, ó bien se disponian á quitar al pueblo las últimas migajas del pan emponzoñado que el hambre le dejara (1). Las mas nimias particularidades, las noticias mas insignificantes les agitaba: un duelo entre guardias franceses y húsares, el cochero de M. de Coigny herido á sablazos de plano por no haberse colocado delante del príncipe de Lambesc... estas y otras cosas se tenian por grandes acontecimientos (2). La fermentacion era tan grande, y las pasiones tan vehementes que un orador murió

(1) *Carta al marqués de Luchet.*

(2) *Ibid.*

desmayado (1). A un espía descubierto en el Real-Palacio le cortan los cabellos, le sumergen varias veces en el pilon de una fuente, bañado en sangre le arrastran por las calles (2), al paso que en otros barrios grita el pueblo: «Tres hombres colgados porque han matado á un guardia favorito del rey!» En todas partes clamores y la punzante voz de los habladores; en todas partes la multitud en movimiento: arrestaban en las Tullerías á dos oficiales de Berchiny, y con el puñal levantado les obligaban á gritar, ¡viva el Estado llano! MM. de Polignac y de Sombreuil, tuvieron que abrirse paso en el Real-Palacio con espada en mano: despues, al lado de esas violencias pasaban otras de júbilo y de entusiasmo: en medio de la calle y de los aplausos de una multitud hambrienta se hacian demandas para festejar la insurreccion, para prepararla banquetes; en el jardin del duque de Orleans se ofreció una comida suntuosa á varios artilleros que habian violado abiertamente su consigna y las damas del mercado dieron un baile patriótico en los Campos-Eliseos á ochenta soldados de los regimientos de Provence y de Vintimille por haberse sublevado (3).

(1) *Ibid.*

(2) El primo Jacobo, *Historia de Francia de tres meses*, p. 22.

(3) Carta al marqués de Luchet.

Veáse pues á París entregado á sus ardores! Es verdad que los soldados de á caballo del mariscal de Broglie cubren la llanura de Grenelle, que su gruesa artillería ocupa á San Dionisio (1); verdad es tambien que Bessenval está con sus tropas alemanas en el campo de Marte, y que desde la altura de la Bastilla, cañones cargados dominan el arrabal de San Antonio; pero de súbito la amenaza se reviste de las apariencias del miedo. Ni una tentativa parcial de represion; ni un rostro pretoriano en los parages en que hierve la multitud: la autoridad se calla, se oculta en el centro de las inmóviles bayonetas, y la monarquía que ayer se armaba tan estrepitosamente, hoy se creeria muerta en su armadura.

La misma tranquilidad exterior presenta Versailles: ¿se ignoraba lo que sucedia en el palacio! El 10 de julio, como Necker se presentase á la puerta de la Cámara del Consejo, acudió el conde de Artois, quien enseñándole el puño le dijo: «¿Adónde vas, traidor de extranjero? vuelve á tu ciudad ó perecerás en mis manos.» Retrocedió Necker un paso, irguió su cuerpo y sin responder una sola palabra marchó á ocupar su puesto (2). Al dia

(1) *Memorias de Dumouriez*, t. II, p. 37.

(2) Véanse las *Memorias de Ferrieres*, escritor realista y enemigo de Necker.

siguiente, en un consejo de despacho, notaron los ministros en el semblante de Luis XVI, vestigios de una emocion no acostumbrada: bien pronto inclinó la cabeza, cerró los ojos y pareció dormirse (1); pero lo que acababa de hacer era una de las ordinarias astucias de aquel débil príncipe, es decir, fingia un profundo letargo siempre que queria disimular sus secretos pesares ó los embarazos de su conciencia delante del Consejo; todos lo sabian, y á los ministros que seguian la fortuna de Necker no pudo menos de asustarles el falso sueño del monarca.

(1) *Cartas é instrucciones de Luis XVIII: Noticia sobre el conde de Saint-Priest.*



CAPITULO X.

París sublevado.

General desasosiego.—Vuelta de Necker.—Guardia de París sublevado.—El abate Gregorio.—Declaración de la Asamblea Nacional.—Heroísmo del pueblo, su desinterés; desconfianzas que le calumnian.—Estraña dictadura nacida de los acontecimientos.—Por qué se establece la clase media.—Maniobras artificiosas del corregidor, presidente del ayuntamiento.—Carta característica del baron de Besenval á la condesa Julia.—El pueblo es engañado; su indignación.—Distribucion de pólvora en el ayuntamiento.—Noche del 13 de julio de 1789..

Al amanecer del domingo 12 de julio de 1789 se publicó en París una proposición del duque de Orleans, en la que bajo el nombre de *impuesto de honor* se proponía una cotización ó impuesto voluntario para alivio de los pobres, á la cabeza de cuya lista estaba el duque de Orleans que ofrecía trescientas mil libras (1).

Pero aquel día los espíritus pertenecían á otros pensamientos; los mismos pobres se mostraban indiferentes á su miseria.

«¿Ha vuelto Necker?» Tal era la pregunta que se hacían paisanos, militares, trabajadores y hasta desdichados mendigos que careciendo de asilo buscaban una patria. «¿Ha vuelto Necker?» Y pasaba de mano en mano el número de un periódico (2) del día anterior, escrito á media noche, en el que se leía:

«Por el registro general parecía que reinaba la mas completa tranquilidad; esta tranquilidad me ha hecho abrigar esperanzas; me he dirigido á las galerías de palacio. ¡Ah! señores, creéis que no me asustaba enseñar la confirmación de una noticia, sino mas bien recibir la seguridad de que era falsa. Me parece que veo algunos movimientos en el aposento de madama***; veo salir de él casi al

(1) Carta al marqués de Luchet.

(2) *Le Courrier de Versailles à Paris*, (Correo de Versailles á Paris), núm. 8.

instante al duque de***; M. de*** y el duque*** entraron momentos antes: he creído percibir alteracion en sus semblantes: ya era tarde y tomo la resolucion de retirarme; como pasase por el Consejo de ministros, correos dispuestos á partir, aumentaron mis recelos: para ir á la Cruz Blanca tenia que pasar de nuevo por el palacio de M. Necker, en cuya puerta habia una carretela que me parecia la suya, y caballos de posta enganchados. Temblando pregunté á uno de sus agentes: «Madama Necker, me dijo, va á Saint-Ouen á unirse con su marido.» Señores, la seguridad de este hombre ha restablecido la tranquilidad en mi cerazon, y espero cuando despierte, no daros otra cosa que buenas noticias.»

¿Qué noticias serian esas? esperándolas se entregaban á tristes congeturas y se cambiaban amargas conversaciones; se quejaban de la reina acusada de haber mandado pasar varios millones al emperador (1); del conde de Artois á quien sospechaban autor de criminal osadia; y últimamente se quejaban del mariscal de Broglie que se habia atrevido á decir: «Yo respondo de París (2).» A las nueve se veian en diferentes parages hombres de semblante abatido, de rostro consternado, que

(1) Carta al marqués de Lachet.

(2) *Anales parisienses*, núm. 1, p. 18.

hablaban en voz baja, con misterio (1). ¡Fuera dudas! Iba á sonar la hora del desastre en razon á que las calles se llenaban de soldados de infantería y de caballería, y á que el pavimento temblaba bajo los trenes de artillería; entonces hubo una conmocion universal entre la multitud, la cual como una ola sacudida por el viento corrió al Real-Palacio, designado ya como el cuartel general de los futuros pronunciamientos.

No presentaba aquella época el aspecto bajo el cual la vemos hoy: hácia el año de 1788, habia hecho construir el duque de Orleans en medio del jardin una cerca con enverjado que coronaba un terraplen, adornado de flores y de surtidores, la que se comunicaba con los aposentos del principe por medio de una pequeña galería abovedada, y con las habitaciones bajas del palacio por medio de un corredor subterráneo, «del cual quedan algunos vestigios (2).»

La cerca de que hablamos que de lejos ofrecia la imájen de un bosquecillo adornado de flores, fué destinada primeramente á servir de teatro á ejercicios de equitacion, y recibió el nombre de circo, pues en ella se dieron bailes y conciertos: en una de las estremida-

(1) *El Amigo del Rey*, etc. cap. XL, p. 53.

(2) Vatout, *Historia del Real-Palacio*, p. 185.

des habia un estanque guarnecido de cuatro pabellones á cuyo alrededor se estendian risueñas calles de árboles que cerraban en cuadro las galerías: hé aqui la fresca y voluptuosa mansion en que prefirió acamparse la insurreccion; foro extravagante que se hizo tan temible á los enemigos de la revolucion que uno de ellos hizo su pintura en estos términos:

«Es la imájen de la Quimera, con cabeza de bella prostituta, lengua de serpiente y manos de harpia; cuyos ojos lanzan llamas, cuyo corazon vacío no abriga mas que pensamientos lascivos, cuya boca destila ya veneno ó ya palabras heróicas (1).»

Alli pues se dirigieron el 12 de julio de 1789 todos los revolucionarios de París, en tanto número que muchos tuvieron que agarrarse á las ramas de los árboles y permanecer asi suspendidos (2): no hacian otra cosa que esperar, pero ya subian al cielo los bramidos de la multitud parecidos en todo al bramido de las olas.

Cerca del medio dia, un mensajero que llegaba de Versailles publicó en alta voz la terrible noticia: todos estaban preparados para

(1). Rétif de la Bretonne, *la Semana nocturna*, quinta noche, p. 91.

(2) *El Amigo del Rey*, etc. cap. XL, p. 53.

oirla, pero sin embargo difundió sobre ellos tan moribunda luz, que el primer movimiento de la multitud fué de furiosa incredulidad; cojea al portador de aquella nueva, le arrastran hasta el estanque del circo, y habria perecido en él, si informes detallados é irrecusables no les hubiese llegado á convencer de que era inútil su resistencia.

Necker recibió el dia anterior una real orden en que vió su vuelta y su destierro cuando estaba sentado á la mesa, pero lejos de imutarse, la leyó con la mayor sangre fria, siguió hablando con sus convidados, y concluida que fué la comida, pretestando que le dolia la cabeza, suplicó á su señora le acompañase á dar un paseo: subieron al coche y entraban en Bruxelles cuando la baronesa de Staël ignoraba todavia las circunstancias de la caída y de la fuga de su padre (1), prueba bien evidente del cuidado que puso el desgraciado ministro en no ser motivo de desórden: pero, Lafayette le habia mandado á decir: «Si os despiden, treinta mil parisienses os volverán á Versailles (2).»

Hay momentos en la historia en que un hombre es una situacion: una vez confirmada

(1) *Historia de la revolucion por dos amigos de la libertad*, t. I, cap. XV, p. 311.

(2) *Memorias del general Lafayette*, publicadas por su familia, t. IV, p. 58.

la vuelta de Necker, el Real-Palacio tomó un aspecto formidable: la mañana fué deliciosa (1); pero en el instante por una estraordinaria coincidencia el cielo se despejó, el sol iluminó á aquellas innumerables cabezas, y luego que llegó á lá mitad de su carrera dejó caer sus rayos abrasadores sobre el ardiente espejo colocado al meridiano del Real-Palacio; la luz del cañon les recibió y salió la bala (2); era el mismo sol que parecia dar la señal de la revolucion; y en el vuelo de una especie de sublime supersticion, dió el pueblo un grito enorme.

Entonces un jóven sale del café de Foy, sube á una silla, y con una pistola en una mano y una espada en la otra, grita: *¡A las armas!* Arrancando en seguida una hoja de árbol, hace de ella una escarapela ó cucarda; en un abrir y cerrar de ojos los árboles quedan desnudos; todos se precipitan: el jóven tribuno se llamaba Camilo Desmoulins para la historia, pero para la mayor parte de los que le seguian en tropel, no era sino un valiente desconocido.

En el Real-Palacio el flujo y reflujo de la multitud; las calles tan pronto cubiertas de cuadrillas de hombres que corrian en silencio, co-

(1) Carta al marqués de Luchet.

(2) *El Amigo del Rey*, etc. cap. XL, p. 38.

mo desiertas; aquí, tiendas cerradas con precipitación; allí mujeres con grandes canastas de cintas verdes que distribuían á los transeúntes; tiros de fusil de distancia en distancia, en todas las ventanas, semblantes en los cuales se veía pintada una curiosidad trágica; tal es el aspecto que presentaba París. A las cuatro de la tarde, un inmenso gentío fué á casa del escultor Guillermo Curtins, sita en el boulevard del Temple á pedirle los bustos del duque de Orleans y de Necker (1), entregados los cuales, bajó la terrible comitiva por todos los boulevards en orden triunfante al par que fúnebre: por lo demás, no se componía solo de gentes del pueblo, sino que había de todas clases y condiciones; al lado de un saboyano, que, con una gorra negra en la cabeza (2) paseaba la efigie del duque de Orleans, un jóven elegante en traje de seda rayado, con dos relojes, llevaba la de Necker (3); ondeaban las banderas en señal de victoria, pero también de tristeza y de luto (4); y al paso que iban .

(1) Deposition de Guillermo Curtins, en el *Proceso criminal instruido en el Chatelet* (tribunal civil de París), XGV, p. 180, en casa de Bandonin, 1790.

(2) Deposition de Guillermo Curtins, *ubi supra*.

(3) Deposition de Francisco Pepin, en el *Proceso criminal instruido en el tribunal civil de París*, CXXIV, p. 185.

(4) El primo Jacobo, p. 24.

andando, gritaban: «¡No mas diversiones! cerrad los espectáculos (1).» Atravesó la columna el Real-Palacio, y se dirigió á la plaza de Luis XV por la calle de Richelieu: soldados de á caballo se hallaban apostados en la plaza Vendome: el joven vestido de seda cayó muerto de un balazo (2), pero al punto recogió el busto la comitiva, y mezclándose con las tropas que recibieron orden de recular, llegó con ellas hasta la entrada de la plaza de Luis XV, donde, en medio de un espantoso desórden, recibió el saboyano un balazo en la pierna izquierda y un sablazo en el pecho. Le rodean; un compañero suyo se le pone en los hombros, le arranca de la refriega y corriendo le lleva al Real-Palacio, donde le deja, espuesto, sangriento á la vista del pueblo.

Sin embargo, Besenval estaba en la plaza de Luis XV con un fuerte destacamento de guardias suizas, de húsares de Berchiny, de dragones de Choiseul, del regimiento de Salis-Samade, y la multitud iba amontonándose al rededor de los soldados. Besenval pareció á primera vista inmóvil; pero muy pronto, lle-

(1) *Ibid.*

(2) La muerte del guardia francés y la fractura del busto de Necker de un sablazo, son hechos inexactos. Véanse las declaraciones de Curtins y del Saboyano, citadas arriba. Los dos bustos llegaron intactos á manos de Curtins.

no de feroz impaciencia, se resuelve emplear la fuerza; y en vez de colocar sus regimientos de modo que los diversos grupos pudiesen escurrirse por los Campos Eliseos, por las entradas de la derecha que conducen al muelle, ó por las anchas salidas abiertas á la izquierda de la calle de San Honorato, adopta una maniobra (1) cuyo inevitable efecto debia ser reunir en un solo punto á millares de hombres, y obligarles á huir hácia el jardin de las Tullerías por el estrecho paso del Pont-Tournant (puente postizo). Semejante evolucion era tan extraordinaria, presagiaba tan horribles desgracias, que el príncipe de Lambese al que se mandó seguir hasta las Tullerías, dos veces se hizo repetir la orden (2); viéndose obligado á obedecer, avanza á la cabeza de sus dragones alemanes echando delante de sí á la multitud. Un viejo es pisoteado por los caballos; las madres corren en desórden arrastrando á sus hijos; gemidos y lamentos resuenan en el espacio; los dragones atraviesan al paso el Pont-Tournant, se encuentran de manos á boca con una barricada hecha á toda prisa con montones de sillas, la saltan, y llegan al jardin de las Tullerías á la altura de la estatua de

(1) El que hace esta advertencia es Montjoie, escritor realista. Véase *el Amigo del Rey*, etc., cap. XL, p. 38.

(2) *Ibid.*

Mercurio, donde los oficiales, sentados, en medio de su violencia, con duda mezclada de respeto se quitan los sombreros (1): pero era demasiada la confusion, y mientras que, empujándose unos á otros, los indefensos paseantes huían llenos de espanto, algunos jóvenes indignados echaban á los dragones desde las azoteas, piedras, sillas y pedazos de botellas. De repente se oye el grito de: «¡Moved el puente! ¡moved el puente!» y, temiendo los soldados de á caballo que se les corte la retirada, hacen cara al enemigo y disparan pistoletazos. Furioso el príncipe de Lambesc corre hácia un grupo de hombres que se disponían á mover el puente, deja herido á uno de ellos de un sablazo, recibe despues la orden de ir á colocarse al Garde-Meuble (desván) de la corona, y las tropas que cubrían la plaza de Luis XV volvieron á su siniestra inmovilidad.

En un instante fué conocida de todo París la expedicion brutal; pero, segun costumbre, se exageraba; contaron que los dragones habian hecho fuego á los transeuntes; presentaron al príncipe de Lambesc degollando á un anciano que de rodillas habia pedido perdón (2); y hubo algunos que afirmaron que

(1) *Ibid.*

(2) El primo Jacobo, p. 27.

se iba á incendiar la capital. En el ínterin (1) un cañonazo vino á aumentar la alarma y la cólera: en cada barrio de la ciudad se forman pelotones; las tiendas de armas son saqueadas, pero no se saca de ellas ni oro ni plata, sino hierro (2). Eran las nueve de la noche cuando fusileros de la compañía de Vangirard, á cuya cabeza iban un cabo de escuadra llamado Garde y un tambor, corrieron al palacio de Montmorency para atacar á un destacamento de Royal-Alemand. Se lanza un guardia francés á la brida del caballo de un dragon, evita un sablazo, y de un bayonetazo derriba al suelo á su contrario (3). Los soldados extranjeros pedían se sostuviese el combate: los jefes dieron señal de retirada, y al mismo tiempo, las guardias francesas que ocupaban el cuartel de la calle Verte (Verde) veían llegar hácia ellos á un hombre de exterior tosco, de cutis encendido y granujiento, de horribles facciones, pero que, arrogante y hablando siempre de sí propio en tercera persona (4), ejercía el doble imperio de orgullo

(1) Beaulieu, *Ensayos históricos*, t. 1, p. 311.

(2) Dusaulx, *Obra de siete días*, p. 274. Colección de Berville y Barriere.

(3) El primo Jacobo, p. 30.—*El Amigo del Rey*, etc., cap. XL, p. 62.

(4) *Las cárceles en 1793*, por la señora condesa de Bohm, p. 159.

y atrevimiento: era este hombre Gonchon, el Mirabeau de los arrabales. Escitados por él, las guardias francesas abandonaron estrepitosamente el cuartel en que estaban alojadas, y fueron á la plaza de Luis XV para pelear con las tropas extranjeras; pero cuando llegaron acababa de ser evacuada la plaza.

A la vista de París desenfrenado, la autoridad permanecía en actitud de estúpido. En el cuartel de inválidos, M. de Sombreuil, que oyendo descargar un pesado carro de piedras creyó oír el estruendo del cañon, despachaba al ministro para saber qué resistencia se haría á una artillería imaginaria (1): en la otra estremidad de París estaba M. de Launay quien viendo desde la altura de la Bastilla vivamente conmovida á la población del arrabal de san Antonio, enviaba un correo á Versailles para declarar que no se encargaría de nada (2), y por último, estaba Besenval, el que pasando de un exceso de temeridad al exceso opuesto, retiraba sus tropas de la plaza de Luis XV y dejaba á la capital entregada á si misma (3).

Sabiendo algunos electores, en esta estremidad, que un inmenso gentío que busca-

(1) *El amigo del rey*, etc., cap. XL, p. 60.

(2) *Ibid.*

(3) *Memorias de Besenval*, t. II, p. 363.

ba armas habia invadido el salon del Ayuntamiento, se dirigieron allí con esperanza de tranquilizar los ánimos (1). La víspera, cuando el diputado Guillotin fué á participar al Ayuntamiento que reinaba la calma en Versailles y que nada habia que temer, un elector llamado de Leutre, esclamó impetuosamente: «Recordareis, señores, que el 13 de julio de 1788 un espantoso granizo devastó la mitad de la Francia: pues bien, sino lo advertía, el día 13 de julio de 1789 será mil veces mas desastroso que el del 13 de julio de 1788 (2).» «Se cumplirá esta profecía lúgubre?» se preguntaban los representantes de la clase media. Sin embargo la efervescencia crecia de minuto en minuto en el salon del ayuntamiento, en donde se saltó la barrera que separaba á los electores de la multitud de ciudadanos. «¡Armas! necesitamos armas!» decian estos, y aquellos mandaron al conserge que les entregase las que hubiese en el Ayuntamiento; pero el pueblo sin aguardar á que se les diese, descubre el depósito de armas de los guardias de la villa, y echa abajo las puertas, coje cada uno sus armas, y un desconocido en camisa, con las piernas desnudas

(1) *Proceso-verbal de la Asamblea de los electores del Estado llano*, t. I, p. 175. Paris, en casa de Brudouin 1790.

(2) *Anales parisienses*, núm. 1, p. 14.

das, descalzo, y con fusil al hombro, sube á hacer la guardia al umbral del salon (1).

La mitad de la noche fué terrible; hacian dar dinero para comprar pólvora y detenian en las calles para preguntar: «Sois del Estado llano (2)?» En algunos barrios se vieron grupos leyendo á la luz de las antorchas carteles en que la misma alegria era amenazadora; en ellos estaban escritas estas palabras: «Se vende el cargo de gran maestro de ceremonias; dirijase á madama de Brezé;» ó bien estas otras: «Habiéndose dejado llevar el duque de Borbon por la pasion de la caza, persiguiendo á un ciervo, se promete indemnizar á las personas cuyas posesiones hayan sufrido menoscabo.» «Ardieron las barreras, y á medida que las tinieblas se hacian mas espesas el ruido se apagaba y se aumentaba el terror.» A eso de la media noche, comenzó á oirse el toque de alarma en el Ayuntamiento, en Nuestra Señora y en todas las parroquias; todos se parapetaron en sus respectivas casas, y aquella noche, Morfeo se apoderó solamente de los niños (3).

(1) *Proceso-verbal de la Asamblea de electores*, t. I, p. 180.

(2) Carta al marqués de Luchet.

(3) Véase á Beaulieu, t. I, p. 154.—Carta al marqués de Luchet.—*Historia de la revolucion por dos amigos de la libertad*, t. I, cap. XV.—*El amigo del Rey*, etc, cap. XLI.

El día 12 de julio pasó Versailles en silenciosa inquietud: habiéndose interrumpido su comunicacion con la capital, ni los correos de á caballo, ni los correos de á pié hubieron podido saltar las barreras, lo cual hizo que Mirabeau dijese á Luis XVI: «Rey desventurado en el seno de un pueblo que os ama, no olvideis nunca este día de angustias: así viven los tiranos (1).» Reuniéronse temprano los diputados, pero no habiendo el número suficiente, aplazó la Asamblea Nacional para el día siguiente su resolucion, repitiendo el famoso verso de Horacio: *Si fractus illabatur orbis* que en la ocasion á que nos referimos recordó el abate Gregorio.

Este empezaba entonces á fijar en él sus miradas; era un hombre en quien se combinaban armoniosamente dos naturalezas enteramente opuestas: tan razonable como un filósofo, tan sencillo de corazón como el pastor mas humilde, sacó de la lectura de autores profanos, desprecio á las preocupaciones; y de la del Evangelio, amor á los pobres: era jansenista, pero no era fácil averiguar si tenia mas de Fenelon ó de Saint-Cyran: por lo que este sacerdote tan cruel con los poderes de la tierra, que tan á menudo tuvo inspira-

(1) Carta décima nona del conde de Mirabeau á sus comitentes.

ciones dignas del génio inflexible de Antonio Arnauld, consagró, no obstante su vida á la defensa de los judios, de los negros, de los proletarios y de todos los condenados del orbe terráqueo; llevaba, por lo demás, en su persona el signo visible de esos contrastes interiores: porque á veces ostentaba frente severa y modales insinuantes, mirada atrevida y sonrisa llena de dulzura.

A las nueve de la mañana del 13 de julio iba á celebrar su sesion la Asamblea nacional: aun no eran conocidos los acontecimientos de Paris, pero se supo que MM. de la Lucerne, de Saint-Priest y de Montmorin acababan de recibir orden de dejar la córte y que el nuevo ministerio se componia del baron de Breteuil, del mariscal de Broglie y de MM. de La Galaizière, de La Porte y Toulon: estos nombres esplicaban bastante los designios de la córte: fué general la consternacion. Habiendo propuesto Mounier que se enviase una diputacion al Rey á pedirle gracia para los ministros, y decirle que la patria no podia tener confianza alguna en sus sucesores, se levantó Lally-Tollendal, y con acento de tristeza:

«Refiriéndonos, dijo, á la época del mes del próximo pasado agosto, las leyes estaban trastornadas; veinte y cinco millones de hombres estaban sin jueces y sin justicia; el Teso-

ro público sin recursos... el pueblo no tenia otra esperanza que los Estados generales; el hambre se presentaba en lontananza. La verdad ha herido los oídos del Rey; su corazón se ha compadecido de las calamidades públicas, y ha llamado al fiel ministro que en tiempos mas bonancibles le habia dado pruebas de gratitud y reconocimiento. La justicia emprende al punto su carrera; el Tesoro público se llena; ya no se pronuncia la infame palabra de bancarrota, las cárceles se abren para los que en ellas lloraban su desgracia... se publican los Estados generales y ya nadie lo duda, cuando un virtuoso ministro garantiza su apertura y el nombre del rey recibe mil bendiciones. Declárase el hambre; pero no tardan los mares en cubrirse de buques, los dos mundos en ponerse á contribucion para nuestra subsistencia, en introducirse en nuestro pais mil cuatrocientos quintales de harina y de granos, y en triunfar la paternal alarma del rey, guiado por su ministro: por último, á pesar de los obstáculos, á pesar de las intrigas se abren los Estados generales... Se han abierto los Estados generales! ¡Cuántas cosas encierran estas palabras! Todos los dias se ven aparecer reuniones, principios de constitucion: hemos dado un paso mas; la Francia respira ¡y en el mismo instante perversos consejos quitan al Rey un leal servidor; á la

nacion un ministro virtuoso! Aun no basta esto y nos quitan otros tres ministros cuyas virtudes merecen nuestro aprecio; tampoco es esto bastante y Necker es desterrado judicial y estrajudicialmente y precisado á huir como culpable. Pero ¿quién ha podido ser su acusador? ¿Los parlamentos que ha convocado; los pueblos que ha mantenido; los acreedores á quienes ha pagado? A falta de acusadores busco calumniadores... He oido llamarle faccioso; ¿acaso se ha retirado de una manera que merezca ese epíteto?... lo que ha hecho ha sido huir del dolor del pueblo. Toda la noche se ha pasado en continua alarma; en buscarle: él ha preferido privarse de todo consuelo á ocasionar disturbios con su retirada, y su último sentimiento ha sido por la felicidad de la Francia: si estos no son los sagrados caracteres de la virtud, es imposible creer en ella (1).»

Estas palabras son acogidas con aplausos (2) mezclados de lágrimas; y en medio de la conmocion universal, el conde de Virieu,

(1) Discurso de Lally-Tollendal, escrito casi todo en la *Décima novena carta de Mirabeau á sus comitentes*.— Véase tambien el *Monitor* en que viene todavía mas completo.

(2) Véase el *Amigo del Rey*, en que el mencionado discurso es tratado de *harenge novelesca*, tercer cuaderno, cap. XLII, p. 73.

diputado de la nobleza, pide que se renueve en comun el juramento del juego de pelota. «Los juramentos son eternos, responde M. de Clermont-Tonnerre, es inútil renovarlos; habrá constitucion ó no existiremos ya.» Sin embargo ¿qué se encontraria al término de la carrera ardiente á que se veian arrastrados? ¿qué haria el pueblo? Como se hablase de *establecer una milicia urbana*, exclamó M. de Saint-Fargeau: «Cuando no hay quien represente al pueblo, él se representa á sí mismo (1).» En este momento se introduce un correo del comandante de París y entrega al presidente la siguiente carta: «Es inmenso el gentío que hay en el Real-Palacio... las barreras de la parte del Norte han sido saqueadas, y la del Trono está hecha cenizas: todos toman la cucarda verde... dicen que van á abrir las cárceles, pero les han instruido mal en Versailles porque se trata de castigar á los bandidos y encerrarles en la cárcel (2).» Estas noticias, su siniestro laconismo, y aun el desorden del escrito, llenan de espanto á la Asamblea, la cual permanece por algun tiempo muda de horror, pero despertándose poco á poco la energía de las almas, envian una diputacion al Rey.

(1) *Monitor*, sesion del 13 de julio de 1789.

(2) *Ibid.*

Gran movimiento reinaba en el castillo (1), movimiento de gozo y de orgullo, no de terror (2). El pronunciamiento de París se pintaba en la imaginacion de los cortesanos solo con los colores de un arranque de ira de la plebe para el que seria fácil tuviese razon. El baron de Breteuil que tenia gruesa voz y al andar hacia mucho ruido con los pies como si hubiese querido hacer salir un ejército de la tierra (3), nunca desplegó una confianza mas presuntuosa. Luis XVI fué engañado; recibió la diputacion como hombre que se creia señor y respondió: «Ya os he dado á conocer mis intenciones sobre las medidas que me han obligado á tomar los desórdenes de París; á mi solo toca juzgar de su necesidad y en vista de esto no puedo introducir cambio alguno.»

Entonces indignada, pero tranquila la Asamblea nacional, elevándose á la magestad del Senado Romano amenazado por la vecindad del campo enemigo, tomó esta célebre resolucion:

(1) Por castillos se entienden los palacios de recreo que tienen los reyes fuera de su corte, como en Francia el de Versailles, etc., y en España el de Aranjuez, del Escorial y otros reales sitios.

(2) *El Amigo del Rey*, etc., tercer cuaderno, cap. XLII p. 79.

(3) Madama de Stael, *Consideraciones sobre la Revolucion francesa*, t. I, cap. XX, p. 212.

«La Asamblea nacional, intérprete de la nacion, declara que M. Necker, como los demas ministros que acaban de ser retirados, llevan consigo su estimacion y sus pesares:

«Declara que asustada de las funestas consecuencias que pueda acarrear la respuesta del Rey, no cesará de insiatir en la separacion de las tropas estraordinariamente reunidas junto á Paris y á Versailles y en el establecimiento de la milicia urbana:

«Declara de nuevo que él no puede estar de medianero entre el Rey y la Asamblea nacional:

«Declara que los ministros y los agentes civiles y militares de la autoridad, son responsables de toda empresa contraria á los derechos de la nacion y á los decretos de esta Asamblea:

«Declara que los ministros y los actuales consejos de Su Magestad, de cualquier rango y estado que sean y cualesquiera que sean sus funciones, son responsables personalmente de las desgracias presentes y venideras:

«Declara por último, que habiéndose puesto la deuda pública bajo la custodia de la lealtad francesa, y no rehusando la nacion pagar sus intereses, ningun poder tiene derecho de pronunciar la infame palabra de bancarota, como tampoco poder ninguno tiene derecho de faltar á la fé pública.»

Mientras que en Versaillos resistían tan noblemente los representantes de la clase media á la corte, en París se defendían contra el pueblo, calumniado por sus sospechas,

A las ocho de la mañana del 13 se dirigieron varios electores al ayuntamiento y para engañar á la multitud que llenaba las salas, anunciaron falazmente que existía una milicia urbana (1). Formar esta milicia y pesar por ella sobre el pueblo, se hizo la gran preocupacion de los electores, los cuales asustados con el sonido del toque de alarma que todos los ecos de la ciudad de París les enviaban, asustados del grito de: ¡á las armas! que salía de todos los lábios, mandan á toda prisa á M. de Flesselles, al corregidor y á los regidores. Una numerosa multitud rodeaba al ayuntamiento y á la vista de M. de Flesselles que llegaba con aire de confianza, le recibió con aclamaciones: no dudaba que se meditaran contra ella medidas decisivas, y que precisamente para dar á esas medidas un barniz de legalidad, se mandó al corregidor. En efecto, no bien entró este en el salon del ayuntamiento cuando la Asamblea de los electores se apresuró á darle la presidencia: en seguida, despues de una breve deliberacion,

(1) *Proceso verbal de la Asamblea de electores, t. I, p. 183.*

se acordó que los ciudadanos reunidos en el ayuntamiento se retirasen á sus respectivos distritos; que se nombraría un *comité permanente*; que cada distrito (eran en número de sesenta), sería llamado á proveer doscientos hombres para la formación de una milicia parisiense; que al *comité permanente* pertenecería el derecho de velar por la seguridad pública, de proveer á la organización de la milicia parisiense; que todo particular armado de un sable, de un fusil, de una pistola y de una espada, tendría que llevarles á su distrito; que debían cesar los corrillos (1). Sin mas retardo, se eligieron los miembros del *comité permanente*, pero solamente de entre los regidores y los electores: era fragante la usurpación: un ciudadano llamado Grele, la denunció con altanería y para echar por tierra su oposición se le agregó al instante al comité (2).

Así, la clase media tenía una guardia pretoriana de doce mil hombres; en riesgo de sufrir á la corte, quería desarmar al pueblo!

No obstante, nada mas digno de admira-

(1) *Proceso verbal de la Asamblea de electores*, t. I, p. 187 y sig.

(2) El *Proceso verbal de la Asamblea de electores*, aunque redactado con minuciosa abundancia de detalles, se guarda bien de hacer mención de este hecho. Dusaulx le refiere sin comentario. Véase la *Obra de los siete días*, p. 278.

cion que la conducta de ese pueblo, objeto de tantas desconfianzas: guardaba su honor la ciudad, y al paso que superiormente á él se deliberaba sobre los medios de reducirle á la ineptitud, él se dividia espontáneamente en grupos protectores, poniendo sumo cuidado á veces cruel, á fin de impedir que deshonrasen su cólera. En el jardin de la abadía de Montmartre, por ejemplo, varios trabajadores colgaron de un árbol á uno de sus compañeros por haber robado una gallina (1): otros llevaron el carruaje del principe de Lambesc á la plaza de Gréve para quemarle: pero la maleta y todos los efectos que contenia se remitiéron escrupulosamente al Ayuntamiento (2): asi se vengaba el pueblo de los temores con que se le prodigaba el ultraje.

Una inspiracion de generosidad á la cárcel de la Fuerza: en esta Bastilla de la usura, padecian desgraciados, algunos de los cuáles jóvenes aun, habian entrado alli viendo encañecerse sus cabellos (3), culpables que eran del crimen de pobreza.... por esto, cuando atravesaron por Paris, cogidos de la mano, llorando de gozo y bendiciendo á sus libertadores, fué profunda la emocion; pero, el mismo pue-

(1) Carta al marqués de Luchet.

(2) Desaulx, *Obra de los siete dias*, p. 282.

(3) *El Amigo del Rey*, etc. tercer cuaderno, cap. XLI, p. 66.

blo que daba la libertad á los presos de la Fuerza, ayudaba á reprimir la rebelion de los del Castillejo (1), á fin de mostrar bien á las claras que protegía no al robo ni al asesinato, sino á la desgracia.

Con todo, escenas de deplorable violencia, aunque fáciles de concebir, pasaron en el convento de los lazaristas: se dijo que dicho convento encerraba enormes montones de grano, lo cual era una declaracion temible en un momento en que París era víctima del hambre; los rumores eran fundados, pero se ignoraba que los lazaristas hacian abundantes limosnas: su casa fué asaltada y en ella se desplegó el furor popular; furia por otra parte desinteresada, porque el dinero ofrecido á los asaltadores fué rechazado con desprecio (2), y cincuenta y dos carruajes (3) cargados de harina fueron fielmente conducidos al mercado por hombres que carecian de pan.

Sin embargo, París parecia víctima de una especie de sagrada embriaguez: gentes que no se conocian se acercaban unas á otras con ímpetu, para comunicarse el ardor de un

(1) *Ibid*, p. 67.—Montjoie que refiere ambos hechos no tiene inconveniente en calificar de *bandidos* á aquellos de quienes habla.

(2) Hecho confesado en la agria relacion del primo Jacobo, p. 34.

(3) *Prud'homme, Revoluciones de Paris*, t. 1, p. 7 Sesta edicion, 1790.

delirio fraternal: en todas partes se distribuían cucardas verdes que echaban las mujeres á los transeuntes desde las ventanas, y si alguno preguntaba por qué habían adoptado el verde, color del conde de Artois, respondían varias voces: «Es el color de la esperanza (1):» obligaban á las mujeres á darles sus cintas para adornar con ellas sus fusiles (2): jefes de bandos hacían tocar llamada, ó, á falta de tambores, reunían su robusto ejército al ruido de campanillas (3). Habiendo sido invadido el Guarda-Muebles y sacadas las armas que contenía, brillaron cascos, lanzas y escudos llevados, como en tiempo de la Liga por guerreros andrajosos: por último, fueron tales los efectos, á veces estravagantes de aquel glorioso desórden que, cómicos á quienes amaba la multitud subieron á los pulpitos de las iglesias en que estaban las Asambleas y se hicieron aplaudir en calidad de tribunos (4).

Por lo demás, todo se daba al patriotismo y al entusiasmo de nuevas ideas. Los alarmistas iban diciendo:

«El palacio de Borbon está ardiendo; van á prender fuego á Bayatelle, al bosque de Bo-

(1) *El Amigo del rey*, etc., tercer cuaderno, capítulo XLI, p. 67.

(2) Carta al marqués de Luchas.

(3) *El Amigo del Rey*, ubi supra.

(4) El primo Jacobo, p. 43.

loña.» ¡Noticias sembradas por labios perversos! porque ni un solo hecho llegó á confirmarlas, y sobre una falsa alarma, la condesa de Brionne, despues de haber hecho desamueblar su palacio por personas disfrazadas, se fugó en un coche de alquiler (1): otra vez guardaba el honor del pueblo á la ciudad.

Pero la municipalidad urbana, impaciente por quitar tantos ardores generosos, rehusó comprenderlo: sin preguntarse si con respecto al pueblo, no eran sus récelos una calumnia y si la prudencia, cuando esta es una injusticia, no es un peligro: reunidos los electores en el ayuntamiento en *comité permanente* tomaron definitivamente las siguientes resoluciones;

Que el número de la milicia parisiense se ascenderia de doce á cuarenta y ocho mil hombres;

Que los sesenta distritos, reducidos en diez y seis barrios, formarían diez y seis legiones;

Que cada individuo de la milicia parisiense llevaria cucarda encarnada y azul;

Que todo aquel á quien se le encontrase con esta cucarda sin haber sido empadronado en uno de los distritos, seria ENTREGADO A LA JUSTICIA DEL COMITE PERMANENTE (2).

(1) Carta al marqués de Luchet.

(2) *Proceso-verbal de la Asamblea de electores*, t. I. p. 195 y siguientes.

Pero el comité permanente tenia cuidado de reservarse el nombramiento de los jefes superiores, dejando á los distritos el de simples oficiales (1). Se ofreció la comandancia general al duque de Aumont, el cual pidió veinte y cuatro horas para que lo pensase bien, y el grado de segundo comandante al marqués de La Salle, quien, sin titubear, abandonó su vida y su fortuna (2).

Esta toma de posesion del poder soberano por un puñado de electores ó de oscuros regidores, fué un golpe raro de osadía (3). Organizar un ejército para el servicio de la clase media, ordenar la reforma ó el despedimiento del pueblo, disponer de los altos grados militares, imponer una cucarda á la revolucion, erigirse en supremo tribunal; esto es lo que osaron algunos de la clase media, contra la soberanía de uno solo y contra la soberanía de todos: pero hay en la vida de las sociedades ciertas horas borrascosas en que estan los

(1) *Ibid.*, p. 197.

(2) Dusaulx, *Obra de los siete dias*, p. 280.

(3) Sus nombres de que solo algunos han sobrevivido son los siguientes: de Fleselles, corregidor; Buffault. Sageret, Vergne y Rouen, regidores; Ethis de Corny, procurador del rey; Veytard, primer escribano; el marqués de La Salle, el abate Fauchet, Tassin, de Lentre, Quatre-mere, Dumangin, Girou, Duclos du Fresnoy, Moreau de Saint-Mery, Bancal des Issarts, Hyon, Legrand de Saint-René y Jeanin, electores; Grelé, ciudadano.

acontecimientos que hacen las dictaduras.

Así, aquellos hombres á quienes importaba la agitacion tuvieron la habilidad de presentarse primeramente como incitadores: esta fué su fuerza en los primeros momentos: de los *Grandes Agustinos*, de los *Fulderos*, de los *Enfants-Rouges*, de los *Blanc-Manteaux*, de *Filles Dieu*, de los *Mínimos*, del *Sepulcro*.... de todos los distritos les vinieron inclinaciones apasionadas. Los alumnos del Castillejo, los alumnos en cirujía, los guardias franceses y el comandante de ronda se presentaron sucesivamente á la nueva autoridad para darle el parabien por su instalacion (1). El pueblo mismo al cual demasiada independencia embarrasa, obsequió al ayuntamiento con dos cafones de plata, que en otro tiempo dió el rey de Siam á Luis XIV y que, el 13 de julio se confundieron con los bagages del motin. Carrujes parados á las puertas de la capital, carrozmatos llenos de granos, muebles, vajijas y provisiones de toda especie se dirigieron á la plaza de Greve, la cual segun un contemporáneo (2), llegó á ser una de las mas ricas, pero la mas turbulenta y menos accesible de los lugares de depósito de Europa.

(1) *Proceso-verbal de la Asamblea de electores*, t. I, p. 264-251.

(2) *Dusaulx, Oeuvre de los diez años*, p. 279.

Querian los arrabales que se les armase, y era tan ardiente su impaciencia, que en treintay seis horas se fabricaron cincuenta mil picas (1); pero no eran estas suficientes, y rababan por tener fusiles: entonces comenzaron por parte del corregidor Fleselles, maniobras cuyo secreto es menester revelar.

En una obra en que, al abrigo de ciertas formas misteriosas, se han publicado varias cartas de sumo interés atribuidas á diversos notables personajes de la revolucion (2) se lee la siguiente:

Carta del baron de Nesba (Besenval) á madama Julia (Julia de Polignac.)

Julio de 1789.

«Señora,

«Ninguna combinacion humana resistirá al torrente; ha sido pues imposible contener la

(1) *Ibid*, p. 284.

(2) *Correspondencia secreta de varios grandes personajes á fines del siglo XVIII*, p. 93, París, 1802.—Contiene este libro trozos cuya autenticidad no podemos garantizar: pero hemos podido examinar la exactitud de la mayor parte de los hechos que los mismos justifican; por lo demas, han sido publicados por Alejo Roussel, secretario de la comision encargada del exámen de los papeles que, despues del 10 de agosto se encontraron en el palacio de las Tullerías. Poseia Alejo Roussel un baul

explosion... No es, propiamente hablando, el pueblo al que hemos de temer, sino á aquellos que, fuera de esta clase, ejercen sobre él bastante influencia para irritarle... Seria menester que Irla (la reina) se aproximase á la duquesa de Apins (de Orleans): tiene ella poco imperio en el génio de su esposo, pero puede impedir á sus hijos que sigan la pendiente que su aya (madama de Genlis) quiere hacerles tomar; y si se lograse separarles de su padre, tendria menos crédito á los ojos de los que fundan sus esperanzas en los herederos: solo madama Delia de (Adelaida) puede hacer esta reunion. Nuestra posicion es crítica; Lorrain (el principe de Lambesc) nos ha causado muchos males con su petulancia. Es menester que los ministros ganen tiempo; nada se pierde si conseguimos amortiguar esta efervescencia... sobre todo, elogiad á los nuevos magistrados; son hombres y deben ser ambiciosos; nada debe oponerse á Irla... no hay que ahorrar nada para organizar á nuestro modo la supuesta guardia nacional; en particular, dedíquense los comandantes á Torve, Tesmas (Su Magestad) y todo podrá remediarse.»

Mas tarde citaremos en su lugar correspon

lleno de preciosos documentos, y á su muerte, acaecida bajo su imperio, Desmarest, teniente de policía mandó recoger todos sus papeles.

diente otro pasaje de esta carta que trata de papeles importantes que estaban en poder de Eleselles; lo cierto es que el corregidor recibió orden de temporizar, de entretener á la multitud: su carácter, por otra parte, se prestaba muy bien á semejante papel: hombre divertido, agotó en la vida de los salones un profundo desden á la multitud, y creyó como Besenval que lo esencial era amortiguar la agitación; y que no tardaría el pueblo en sucumbir á la fatiga de su propio heroísmo: así, al paso que los nuevos oligarcas del ayuntamiento se mostraban asustados porque eran sinceros, él, tranquilo, y sonriendo, se burlaba con fría insolencia de la cólera de la Greve, y apenas procuraba encubrir su burlesca serenidad: prometió que se sacarían armas de la fábrica de Charleville, y cuando llegaron cajones rotulados con la palabra *artillería*, después de abiertos se vió que lo que contenían eran viejo lienzo (1); envió á los diputados del distrito de los maturinos á que tomaran fusiles del convento de cartujos, y no sacaron sino un certificado concebido en estos términos: «Yo, el infrascrito, prior de la cartuja, certifico que no hay en nuestra casa arma alguna de

(1) *Proceso-verbal de la Asamblea de electores, t. I, p. 257.*

fuégo ni blanda, y que nunca las ha habido (1).*

Fíeselles engañaba evidentemente al pueblo; se oyó la palabra traición que resonó de eco en eco hasta el fondo de los arrabales á que acudió la numerosa multitud indignada. Se sabía que se habían introducido barriles de pólvora en el ayuntamiento y depositado en la oficina de los pagadores de rentas; algunos armados de pistolas, se precipitan en el interior de horrible confusion, como si para hacer volar á todo un cuartel no hubiese bastado una chispa! Dispararon un tiro á los barriles (2), y comenzó la terrible distribucion presidida por un sacerdote: representante éste de la nación ante la patria, ostentó por espacio de catorce ó quince horas, un valor invencible y una obstinacion de prudencia, más heroica en tales momentos que el mismo valor; su nombre digno de inmortalizarse, era Le-febré.

Llegó la noche y abrumado de cansancio el corregidor mandó hacer una cama en el ayuntamiento (3) en que durmió su último sueño. ¿Qué sucedería al día siguiente? Hombres terribles rondaban la Bastilla amenazan-

(1) Buchez y Roux, *Historia parlamentaria*, t. II, 3.^a entrega, p. 99.

(2) *Proceso verbal de la Asamblea de electores*, t. I, p. 234.

(3) Dasaulx, *Obra de los siete dias*, t. I, p. 287.

dola con ademanes: todas las casas se iluminaron y daban la misma luz que la que da el sol al día: la mayor parte velaban; unos para no ser sorprendidos, otros para fraguar instrumentos mortuorios: cuadrillas de gentes armadas paseaban las calles, pero en silencio y como fantasmas, de suerte que solo se oían en la ciudad los pasos de las patrullas de la clase media ó los golpes retumbantes que daban los martillos sobre los yunques.



CAPITULO XI.

Toma de la Bastilla (1).

Descripcion de la Bastilla; su régimen interior.— Gran preocupacion del pueblo.—Agitacion de Paris.—Cueva de los Inválidos.—Negociaciones preliminares.—La Bastilla es sitiada.—Traición falsamente atribuida al gobernador.—Lúgubre entusiasmo y heroismo del pueblo.—La señorita de Monsigny.—Cruel incertidumbre de de Launey.—Capitulacion.—El pueblo en la Bastilla.—Muerte de de Launey, de Person, de Miray, del mayor de Lonne.—Admirable

(1) Los dias posteriores á la toma de la Bastilla se publicó una multitud de diversas y contradictorias relaciones entre las cuales parece á la vista muy difícil

sacrificio. — La clase media en el ayuntamiento. — Por qué fué muerto Flesselles. — Generosidad de los vencedores. — Los suizos festejados en el Real-Palacio. — Paris en la noche del 14 de julio. — Sospechas de Marat. — Exaltacion universal.

A la estremidad de la calle de San Antonio y del boulevard estaba la Bastilla, fortale-

que uno se reconozca: sin embargo, como se verá por nuestra narracion, nunca fué mas necesaria la exactitud, aun en las menores circunstancias. Asi pues, nuestro primer cuidado ha sido reunir todos los documentos esparcidos, sometiéndolos en seguida al trabajo de un examen muy minucioso, y tenemos la firme confianza que nuestra narracion no se desvia un ápice de lo que exigía la verdad en cuanto á las cosas, y la justicia en cuanto á las personas.

Aprovecharemos esta ocasion para dar gracias públicamente á los bibliófilos que tales como MM. de Yenne, Dufey (de l'Yonne) y Labedolliere han puesto á nuestra disposicion los materiales que poseian.

En particular debemos dar un testimonio de vivo reconocimiento:

Al sábio M. Lairtullier, autor de las *Mujeres célebres de la revolucion*, cuya cortesania ha sido tal que nos ha enviado toda una biblioteca compuesta de periódicos, de opúsculos sumamente raros y curiosos:

Al respetable coronel Maurin, el cual, como se sabe, posee en libros, periódicos, folletos, estampas, carteles, retratos y medallas concernientes á nuestra época revolucionaria, una coleccion inestimable, y ha puesto el mayor conato en abrirnos sus tesoros;

Y últimamente á M. Carlos Menetrier que ha hecho un estudio especial de la parte bibliográfica de la Revolucion, que podría llamarse una biblioteca viva.

za, cárcel y tumba á la vez, se componia de ocho grandes torres que ligaban entre sí espesos muros de albañilería; se comenzó en 1369 (1) en tiempo de Carlos V; pero por un destino semejante al de Enguerrand de Marigny que inventor de las horcas patibularias (2) de Montfaucon las ilustró con su cadáver, Hugo Aubriot, fundador de la Bastilla, fue de los primeros que gimieron en ella.

El aspecto de aquellos sitios era espantoso; parecia que el génio del mal se habia propuesto impedir que nadie se acercase á ellos. El *patio del gobierno*, llamado así porque allí tenia el gobernador su palacio, se hallaba situado en la parte exterior de la fortaleza y del foso principal: sin embargo, aun para llegar al patio exterior, era menester atravesar dos filas de centinelas, dos cuerpos de guardia y pasar un puente levadizo: desde el *patio del gobierno* se llegaba al foso de la Bastilla por una ancha entrada: allí otro puente levadizo; detrás un tercer cuerpo de guardia; y después una fuerte barrera formada de estacas separadas unas de otras y de viguetas reves-

(1) *Observaciones históricas y anécdotas sobre la Bastilla*, p. 2. París, 1789.

(2) Horcas de dos y hasta de cuatro pilares que se ven fuera de algunos pueblos en que se cuelgan los cadáveres de los ajusticiados. (N. del T.)

tidas de hierro (1). Entonces aparecía el patio interior en que se sumergían las torres y era el que uno se ahogaba entre altas murallas. La desnudez y el silencio que reinaban allí eran horribles: solo el reloj de la cárcel contaba lentamente las horas sobre un cuadrante que adornaban dos figuras encadenadas á este melancólico recinto bajaba siempre solo el preso á quien se permitía ir á contemplar algunos instantes la carrera de las nubes ó un rincón del horizonte.

Cuéntase que Calígula decía á sus verdugos; «Matad de modo que se oiga á la víctima;» lo propio sucedía en la Bastilla; una lumbrera, un respiradero practicado con paredes de diez ó doce pies de espesor y cerrado por tres rejas de barrotes cruzados, no transmitía á la mayor parte de los cuartos mas que la luz necesaria para que se echase de menos la luz necesaria: habia allí retretes de jaulas de hierro (2), á la manera del castillo del Plessis, les Tours, y los tormentos del cardenal de La Balue: pero nada tiene comparación con los calabozos inferiores, horribles guaridas ó madrigueras de sapos, de lagartos, de montruosos

(1) *Idid*, p. 4.

(2) Este hecho que afirma el autor de las *Observaciones Históricas*, lo niega Montjole y lo pone en duda los editores de la *Bastilla descubierta*.

catones de años (1) de aquellos calabozos cuyo mueblaje consistía en una enorme piedra cubierta de un poco de paja, sumergidas diez y nueve pies bajo el nivel del patio; algunos no tenían otra abertura que una barbacoa que daba al foso en que se desagaba el gran albañal de la calle de San Antonio (2); de suerte que se respiraba un aire pestífero en compañía de animales disformes, en el seno de las tinieblas.

Allí fué entregado á los atormentadores aquel Mazers de Latude que espíó treinta y cinco años de cautividad el crimen de haber acusado, por la indiscrecion, á madama de Pompadour de un complot imaginario. ¿Quién no conoce la maravillosa historia de ese preso? Toda la Europa sabe, como despues de la primera evasion cuyo fruto le quitó la mucha confianza, logró construir con camisas y pañuelos deshilados una escala de ciento ochenta pies de larga; como seguido de su compañero de Alegre, bajó desde las torres en lo mas espeso de la noche como lleno de agua hasta la cintura y los centinelas á cuatro tocas (á 24 pies) de él atravesó la muralla que separaba el foso de la Bastilla del de la puer-

(1) *La Bastilla descubierta*, segunda entrega, p. 24. París, 1790.

(2) Linguet, *Memorias sobre la Bastilla*, p. 65.

ta de san Antonio; y como en fin, perseguido mas allá de las fronteras, cogido otra vez en Amsterdam, perdió su libertad reconquistada á fuerza de audacia, de perseverancia y de ingenio: conducido á la Bastilla le obligaron á pasar el riguroso invierno de 1757, con grillos en pies y manos, acostado sobre paja: mientras que dormia, dos tronerillas de dos pulgadas y media de anchas le comunicaban un viento glacial que azotándole el rostro le faltó poco para quitarle del todo la vista; el frio le cortó el labio superior; sus dientes quedados al descubierto se partieron; la raiz de los pelos de su barba se quemó y quedó completamente calvo. (1).

Pero qué eran esos sufrimientos fisicos de los cautivos á costa de sus dolencias morales de esa agonía sin límite asignada y sin límite conocida, cuya destructora uniformidad nada iba á romper? porque una vez saltado el puente levadizo del patio interior, el preso veia su felicidad: envuelto en las sombras mas siniestras del misterio; sentenciado á una ignorancia absoluta, formidable del delito que se le imputaba y del género de suplicio que le esperaba, habia dejado de pertenecer á la tierra: ya no tenia amigos, ya no tenia fami-

(1) Fe y testimonio del cirujano Gaanjeau, en las *Memorias de Latude*, t. I, p. 106. París, 1793.

lia, ya no tenía patria, ya no tenía adar: para él en adelante todo el universo iba á estar en los feroces llaveros que le llevarían sus alimentos ó en los desgraciados cuya presencia adivinaria al estrépito de las puertas girando sobre sus goznes, al rechinamiento, al crugido de los cerrojos prolongados por el hueco sonoro de las torres. Lo que no tenía eco era el ruido de las súplicas; lo que no atravesaba el espesor de las bóvedas era el sonido de las palabras amistosas! Sucedió que hubo hijos que llevaron el luto de sus padres sin dudar que les sobrevivían.

Si por un golpe de desesperación hubiese uno podido hacer su destino! pero no: una bárbara prevision negaba al preso todo medio de suicidio. «No se deje á preso alguno, dijo Linguet, ni tijeras, ni cuchillos, ni navajas de afeitar: cuando se les sirvan los alimentos que rieguen sus lágrimas, los carceleros deberán partirselos en pedazos (1). No podían ni aun morir de hambre: Como pasase ciento treinta horas sin que Latude probase un bocado, y sin que una gota de agua mojase sus labios, los verdugos le abrieron la boca con llaves, y le hicieron comer á la fuerza (2); la vida de cada víctima se consideraba probablemente

(1) Linguet, *Memorias sobre la Bastilla*, p. 77.

(2) *Memorias de Latude*, p. 197.

como propiedad, como presa inviolable de los perseguidores. Así pues, á menos que obrase de un capricho de clemencia tenían que vivir hasta roerse el corazón. Infelices! estaban tan completamente separados del número de los humanos que, con frecuencia el oprimido seguía pidiendo á voz en grito misericordia, cuando el opresor había mucho tiempo que estaba enterrado. Hubo algunos que, locos de dolor, espumantes de rabia, confederaron por dejar sus cenizas en la Bastilla, aunque no les quedase enemigo alguno, únicamente porque habían sido rechazados al olvido. ¿Qué se hacía de los que fallaban? De qué modo, según la elegante expresión de Linguet, se vengaban en el cuerpo tan luego como desaparecía el alma (1)? Lo cierto es que el cuerpo no se entregaba á los parientes; había también una Bastilla para los muertos, llamada San Pablo, en la que se tenía cuidado de no inscribir sobre el registro mortuario nada mas que las iniciales de los nombres (2); y á fin de condenar á las víctimas á un olvido eterno, oscurecían que el plebano también era el nombre del regidor y del obispo. Con todo, había entre los habitantes de la Bastilla algunos que no solo habían sido abor-

(1) *Mémoires sur la Bastille*, op. cit. Linguet I. (1)

(2) *El Amigo del Rigor*, etc., tratado citadino, cap. XVII.

gadol por ella, sino que, por el contrario, les habia comunicado un gran resplandor histórico. A los favorecidos visitantes que iban a buscar en aquella maldita fortaleza objetos de meditación, recuerdos, podia enseñárseles la plataforma reservada para los melancólicos paseos del cardenal de Rohan; el collar con que Pasquier hizo poner una mordaza en la boca al conde de Lally para ahogar sus alaridos; la puerita, por la que, después de tres años de cruel cautividad, salió La Bourdonnais rehabilitado pero inconsolable y moribundo. Una noche hizo espiar al mariscal de Bassompierre el miedo que causaba a Richelieu otra torre recibida al hombre de careta de hierro y espulso el espantoso secreto de su sinde las puertas de otra cerraron al preboste de Beaumont, culpable por haber conocido el pacto sacrilego que mataba de hambre al pueblo.

Los nombres de Biron, Bassompierre, Lally y Rohan, dicen bastante lo amenazadora que era para la nobleza la existencia de la Bastilla: así los cuadernos de las actas (1) de los nobles pedían su destrucción: la verdad es que la Bastilla, destinada especialmente a los cortesanos ó a los letrados, era una cárcel aristocrática; y solía suceder que luego que

(1) Véase más arriba el capítulo de *Movimiento de elecciones*.

uno salia de ella, se vanagloriaba de haberla habitado; los pobres no entraban (1) y se les enviaba á sufrir á Bicetre.

Cosa digna eternamente de respeto, de admiracion y de reconocimiento! En el mes de julio de 1789 carece el pueblo de pan, ¿y qué pide? armas: puede correr á Bicetre; ¿y qué fortaleza quiere derribar? la Bastilla: esto quiere decir que en la vida de los grandes pueblos, como en la de los grandes hombres, hay momentos de soberana inspiracion. Aquellos rudos artesanos, aquellos huéspedes incultos de los arrabales, un instinto de divina esencia les advierte que tambien á ellos pertenecía la gloria de la furia caballeresca; que el primer privilegio que habia que aniquillar era el que se mostraba asociado á tormentos; y que la libertad debia anunciarse con un acto adecuado á su ingenio; es decir, con un beneficio otorgado á sus enemigos.

Si, plebeyos que ponian en el número de sus mas ardientes preocupaciones la destruccion de una cárcel patricia, esto es lo que no ha sido bastante notado, y lo que rodea de inmortal esplendor los primeros golpes que vino á dar la Revolucion (2). ó como ellos lo supieron y se alegraron.

(1) *El Amigo del rey*, etc., tercer cuaderno, capítulo XLIV, p. 101.

(2) M. Michelet á quien no se ha escapado esta rela-

Al despuntar el alba del 14 de julio, un incógnito se presentaba á Besenval. «Señor baron, le dijo con voz entrecortada, hoy se quemarán las barreras... no trateis de impedirlo porque sacrificaríais hombres sin apagar una antorcha.» Tenia el desconocido rostro noble, mirada llena de fuego y ceño audaz: turbado Besenval, balbuceó una respuesta que no retuvo en la memoria (1).

Besenval, que á la desaparicion del incógnito pareció atácado de parálisis, poco antes habia mandado construir una sala encantadora de baños, después una de las curiosidades de la capital, y los de su partido sospecharon que habia visto demasiado en el pronunciamiento de Paris el botin posible de su casa (2).

De un extremo á otro de Paris todos se preparaban al combate y no se oia otra cosa que las palabras de mando de: «¡A la Bastilla!» No habia uno que no llevase bucarra azul y encarnada en el sombrero: de San Diego.

en, se expresa en estos términos: «Los hombres del pueblo casi nunca entraron en la Bastilla... pero la justicia hablaba al pueblo; la voz de la humanidad y de la misericordia que es la que toca en lo más vivo del corazón; esa voz que parece débil y que trastorna ó derriba las torres, seis años há, hacia bambolear la Bastilla.»

(1) *Memorias de Besenval*, t. II, p. 368.

(2) *Memorias de Ricardot*, p. 46.—*Memorias de Weber*, t. I. p. 373.

nisio se escapó una multitud de soldados que mezclándose con los grupos, distribuían cartuchos, ó enseñaban á los ciudadanos el manejo del fusil: se vieron pasar con indiferencia carruajes cargados de harina; pero al recibir la noticia de que se habia cogido el día anterior un batel cargado de pólvora (1), gritaban por las calles con apasionadas aclamaciones y las mujeres aplaudían á las gentes armadas desde las ventanas (2).

Aun no estaban todos armados, pero no era falta de deseos. Habiendo hecho cerrar el abate Lefebre en el ayuntamiento la primera puerta del almacén de pólvora y una multitud impaciente vino desde las dos de la mañana á derribarla á hachazos, y el intrépido sacerdote sintió rozar una bala sus cabellos (3). Lo sobrante de la pólvora se distribuyó en cueros, pero los recursos no correspondían ni al número de los que llegaban ni á su belicosa aridez que daban mas ferocidad á las falsas noticias esparcidas á cada instante: como por ejemplo: «El regimiento Real-Aleman se ha formado en batalla en la barra del Trono. — El Real-Croato hace una horrible carnicería en el arrabal de S. Antonio. — La calle de

(1) *La semana memorable*, p. 12; 24 de julio de 1789.

(2) Carta al marqués de Luchet.

(3) *Proceso verbal de la Asamblea de electores*, t. I, p. 268.

Charente está echá un mar de sangre. Los regimientos de S. Dionisio avanzan, y han ganado la Capilla. Los mensajeros de desgracia eran en general hombres decentemente vestidos; entre ellos habia uno que llevaba levita azul con alamares de oro, cubierto de pólvora inundado de sudor, parecia haber andado mucho. (1). Habiendo dado el comité del apuntamiento á los distritos la orden de tocar á rebato, se desempedrarón calles, se cavaron fosos y se construyeron barricadas; París quedó como un campo.

Una enorme masa de pueblo se dirigió al cuartel de los Validos á buscar fusiles. M. de Sombreuil, el gobernador, sale á la reja y pide se respeten en el los derechos de la fidelidad, la conciencia del soldado. Acaba de enviarse un correo á Versailles: ¿se puede esperar su regreso? Así lo creían los agresores. (2). Cuando se oye una voz que dice: Se nos pide tiempo para que perdamos el nuestro.

Este grito lo conmueve todo; saltan á los fosos, desarman á los centinelas; illos feligreses de S. Esteban del Monte, entran acompañando á su cura nombrado gefe de bando; el procurador de la ciudad, Ethis de Corny, da los caballos de su carruaje para arrastrar un

(1) Procès-verbal de la Assemblée de la Charente, p. 298.

(2) Relation de M. Ethis de Corny, en el Procès-verbal de la Assemblée de la Charente, p. 299 y siguientes.

cañon (1); la cueva en que se ocultaban las armas es invadida. Pero de pronto se deja oír un ruido de gemidos y de imprecaciones: era tan considerable, tan impetuosa la oleada de gente en la escalera, que los que subían después de haberse armado, eran empujados á la fuerza hasta el fondo de la cueva donde perecían ahogados. Amenazaba una horrible catástrofe, porque la multitud arrastrada por su propio peso, se amontonaba: entonces hombres robustos que bajando los primeros, quedaban aun en pié en la cueva, se estrechan unos con otros, y obligan á la multitud desarmada á subir á ella presentando al rostro la bayoneta (2): llegó en fin á tal punto el desorden que las antorchas de que se habian provisto para guiarle bajo las bóvedas, se apagaron (3), los gritos se hicieron cada vez mayores, fué menester batirse en el seno de las tinieblas, y el subterráneo cobijó algunos de los que le habian engañado. En cuanto á las personas desmayadas, se las trasportó á la cúpula ó media naranja, se las colocó en el césped (4), y después todos corrieron á la Bastilla.

(1) *Ibid.*

(2) *Jornada de Juan Bautista Humbert*: hallábase este en el número de los que asaltaban.

(3) *El Amigo del Rey*, etc., tercer cuaderno, capítulo XLIII, p. 90.

(4) *Jornada de Juan Bautista Humbert*.

Habia á la sazón en la calle de las Carnicerías del arrabal Saint-Germain, un fondista llamado Duval cuyos parroquianos eran los principales agitadores del Real-Palacio: de repente se abre la puerta de la sala en que estaban puestas las mesas y se presenta un joven con la frente chorreando, el sombrero colocado marcialmente sobre una oreja y el traje hecho girones: era este Camilo Desmoulin que volvía del cuartel de Inválidos (1) el cual pegando en el suelo con la culata de su fusil, esclama: «Somos libres:» dichas estas palabras, hace una relación de lo que acaba de ver y todos corren hácia sus amigos del Real-Palacio, para incitarles á marchar contra la Bastilla.

Hacia muchos días que el gobernador de esta fortaleza se ocupaba en los preparativos de defensa: hizo subir carruajes llenos de losas á lo alto de las torres, mandó construir palancas propias para derribar las chimeneas cuyos escombros debían aplastar los sitiadores (2), hizo cortar pie y medio las troneras, practicar tronerillas, cerrar una ventana con tablones de roble agregados á encajes y len-

(1) *El Amigo del Rey*, etc., tercer cuaderno, capítulo XLIII, p. 93.

(2) *Relación de la toma de la Bastilla hecha por uno de sus defensores*, en la *Revista retrospectiva*, t. IV, página 284.

guetas, por último, mandó sacarse del depósito de armas doce fusiles de muelle que se llamaban *juguets del conde de Sajonia*. Quince piezas de artillería que guardaban las torres, tres piezas de campaña que estaban colocadas frente á frente de la puerta de entrada, cuatrocientos fusiles vizcaínos, catóres cofrecillos de balas rojas y tres mil cartuchos (1); tal era el material de la defensa. Es verdad que la guarnición no estaba provista ni de víveres ni de agua (2), pero ya triunfase el pueblo ya no era evidente que el sitio no podría ser de larga duración: es verdad también que la guarnición constaba solo de ciento catorce hombres de los cuales, treinta y dos eran suizos del regimiento de Salis-Samade, y ochenta y dos inválidos; pero la Bastilla era fuerte y no necesitaba mayor número de defensores (3).

Para llegar al primer puente levadizo de que ya hemos hablado, al que se daba el nombre de *punte levadizo de la avanzada*, era necesario seguir un camino tortuoso, guarnecido á la derecha de casernas, y á la izquierda de una

(1). No mil quinientos como dice el *Amigo del Rey*, véase la relación arriba citada, hecha por el oficial suizo que mandaba la parte activa de la guarnición.

(2). *Ibid.*, p. 286.—El *Amigo del Rey*, etc., tercer cuaderno, cap. XLIV, p. 103.

(3). Conviene en ello el oficial que ha escrito la mencionada relación. Véase la *Revisión retrospectiva*, tomo IV, p. 291.

hiera de tiendas, las cuales estaban situadas de modo que servían de camino cubierto á los sitiadores, por lo que de Laanoy tenía interés en derribarlas á fin de facilitar los ataques, pero no hizo nada porque sacaba una renta bastante de la locación (1), y los escritores de su propio partido (2) le han acusado de no haber querido que se pusiese el cañon apuntando al Arsenal, por miedo de que se estropease una casita, á la que tenía mucho cariño, la cual estaba en aquel lado.

Sin embargo, la alarma del comité de la clase media del ayuntamiento, se dividían entre la Bastilla y el pueblo. Sufrir que el cuartel de San Antonio quedase amenazado por los cañones, era imposible, y por otra parte, temblaban ver al pueblo victorioso: porque entonces podía llegar á ser el dueño y señor: así el comité permanente puso tanto ardor en impedir la lucha como el pueblo en provocarla. Belon, oficial del arcabuz; Billefod, sargento mayor de artillería, y Chaton antiguo sargento de las guardias francesas fueron enviados por el ayuntamiento al gobernador de la fortaleza, comisionados para decirle: Retírad

(1) *Vida política y privada de Santerre*, escrita con arreglo á los documentos originales que dejó, y á las notas de Agustín Santerre, su hijo mayor, que dejó. *Las Carceres*, p. 28. (2) *Memorias de Rivarol*, p. 46.

vuestros cañones: dad palabra que no cometeis hostilidad alguna, y nosotros á la vez, aseguramos que la poblacion del arrabal de San Antonio y de sus cercanias no intentará ninguna empresa funesta (1),» lo cual era disponer muy ligeramente de la indignacion popular; pero, en la impaciencia que tenia por intervenir el comité permanente no calculaba los obstáculos.

No estaba todavía cercada la Bastilla, cuando llegaron Belon, Billefod y Chaton: asi no solo fueron recibidos sin dificultad, sino con cortesania. De Launey que manifestaba mucha serenidad, dijo: «Aunque hayan incendiado las barreras, espero firmemente que no vendrán á quemar mis puentes:» iba á sentarse á la mesa, hizo tomar asiento á los diputados del ayuntamiento, habló con ellos con toda familiaridad, y se anticipó á dar la orden de retirar los cañones, que fué al punto ejecutada (2).

En el momento en que se retiraban los enviados del comité permanente, un abogado del parlamento de Paris fue á presentarse al *punte levadizo de avanzada*, escoltado de dos

(1) *Proceso-verbal de la Asamblea de electores*, t. I, p. 279.

(2) *Relacion de Billefod y Chaton*, en el *Proceso-verbal*, p. 312.

paisanos armados, Toulouse y Bounier, y á preguntar por el gobernador, en nombre del distrito de San Luis de la Labranza: era este el mismo Thuriot de La Rosiere que, despues, presidente de la Convencion, debia ahogar con el ruido de la campanilla la voz de los vencidos de termidor (1), y hacerse acreedor al terrible apóstrofe de su jefe, que decía: «¡Por última vez te pido la palabra, presidente de los asesinos!»

Aunque empezase la Bastilla á verse cercada, no tuvo Thuriot al principio, no sufrió negativa de ninguna especie, ni luchó con ninguna duda. Llama, entra (2), y presentado al gobernador «señor, le dice, vengo á haceros presente en nombre de la nacion que los cañones asestados en las torres alarman á todo París; por lo que os suplico mandéis bajarlos. —Esas piezas de artillería, respondió de Lau-
ney, han estado siempre en las torres, y no puedo complaceros sino en virtud de una real orden: informado de la alarma que causan, las he hecho retirar y sacar de las cañoneras (3).»

(1) Mes undécimo del año republicano en Francia que empezaba en 19 de julio y concluía en 17 de agosto. (N. del T.)

(2) *Relacion de la conducta de M. Thuriot de La Rosiere durante su diputacion en la Bastilla.*—*Declaracion de los sitiados en la Bastilla descubierta*, t. I, p. 89.

(3) *Declaracion de los sitiados en la Bastilla descubierta*, t. I, p. 91.

Pide Thuriot que se le introduzca en el patio interior, y de Launey no quiere; pero, á instancias del mayor de Losmè, se decide por fin á levantar el segundo puente levadizo y á abrir la reja de hierro. Presentaba este patio un aspecto amenazador; en él esperaban sobre las armas los defensores de la Bastilla, y tres cañones estaban dispuestos á quitar del medio á los que quisieran entrar. Thuriot, sin turbarse, intimó á la guarnicion á que se rindiera; y esta se contentó con jurar que solo haria fuego en el caso de que se viese atacada: juramento de que el gobernador fué causa y que él mismo prestó (1). Ekije entonces Thuriot que le enseñen la posicion que ocupan los cañones en las torres, y como titubeara otra vez de Launey, y sus oficiales hicieran nuevas instancias, suben: los cañones estaban efectivamente retirados cerca de cuatro pies de las troneras, pero siempre en direccion y encubiertos. Luego que llegaron á la cima de la torre llamada de La Baziniere, una de las que miraban al Arsenal, se les ofreció á la vista un espectáculo inesperado, formidable. Todo el arrabal de San Antonio se habia estremecido, y corria hácia la Bastilla. Palidece de Launey,

(1) *Ibid.* *Relacion de la conducta de M. Thuriot.* Véase tambien el *Proceso verbal de la Asamblea de electores*, t. I, p. 309.

y cogiendo de un brazo á Thuriot caballero, le dice, ¿qué hacéis? abusáis de un mato sagrado para venderme. — Si continuáis hablando, replica Thuriot con tono resuelto, os aseguro que uno de los dos caerá al foso. Suicidase de Launey (1), y Thuriot, no bien ha bajado con el gobernador, dice en alta voz á presencia de la guarnicion que estaba contento; que iba á referir al pueblo, que indudablemente no se negarian á dar una miliesa urbana para guardar la Bastilla, juntamente con las tropas que estaban allí (2); pero el pueblo no comprendia que se guardase la Bastilla, y mucho menos que la guardasen tambien los suizos de Salis-Samade; lo que el pueblo queria era destruirla. Thuriot expresaba entonces los sentimientos de la clase media, con el lenguaje del ayuntamiento: así, cuando despues de asomarse á una ventana del gobierno (3), y arengar desde allí la cólera popular, salió de la fortaleza, se vió acosado de

(1) Hállase este hecho en la *relacion de la conducta de Thuriot*, y en la presentada al comité permanente, pero no está consignado ni en la *Declaracion de los sitiados*, ni en la *Relacion de la toma de la Bastilla por uno de sus defensores*, por motivos que se dejan conocer.

(2) En la *Relacion de la conducta de Thuriot*, no se hace mencion de esta circunstancia, que los defensores de la Bastilla afirman.

(3) Así se llamaba el palacio del gobernador.

mil imprecaciones. Los dos fusileros que le acompañaron hasta el primer puente levadizo acababan de ser llevados por el flujo y reflujo de la multitud. «¡Nos han vendido!» esclamaban los mas osados, que, rodeando á Thuriot le condujeron de nuevo al distrito de San Luis del cultivo, amenazando su cabeza con el hacha levantada (1).

Dió principio el sitio, y era tanto el gentío, tanta la irritada multitud, que las calles que rodeaban el camino tortuoso, los patios contiguos á las casernas y el arrabal de San Antonio, rebosaban de hombres armados. Millares de voces hacian subir á las estrellas, á través del estrépito de las descargas, el grito imperioso de: «Queremos la Bastilla! (2);» pero, esta parecia inaccesible detrás de su doble foso. Dos valientes ciudadanos, Davanne y Dassain, se dejan deslizar desde el techo de un perfumista á una pared contigua al cuerpo de guardia colocado mas allá del primer puente levadizo. Asi que llegaron al cuerpo de guardia, saltan al patio, y dos antiguos soldados, Aubin Bonnemer y Luis Tournay les imitan, rompen todos á fuerza de hachazos las cadenas que sujetan al puente, el cual cayó con tanta vio-

(1) *El Amigo del Rey*, etc., tercer cuaderno, capítulo XLV, p. 108.

(2) *Declaracion de los sitiados en la Bastilla descubierta*, t. 1, p. 92.

lencia que rebotó algunos pies de altura, dejando aplastado á un hombre, y á otro magullado, por lo que el pueblo se lanzó dando gritos de triunfo.

Pero aun no habian ganado mas que el patio exterior, es decir, el *del* gobierno, y faltaba para penetrar en la Bastilla, saltar el segundo puente levadizo. Corre el pueblo hácia él con ímpetu, y recibiendo una descarga de mosquetería, retrocede toda la longitud de la entrada, teñida con su sangre (1).

Era tal la confusion que la mayor parte ignoraba con qué intrépido esfuerzo se habían roto las cadenas del primer puente, y creyó que el mismo gobernador habia mandado derribarle, con el objeto de que se acercara la multitud, y hacer con mas facilidad en ella mayores estragos. No se oye entonces otra cosa que inesplicables trasportes de furor: mientras que unos se colocan se estiran contra los muros, otros pasan de nuevo el puente para esparcir por toda la ciudad la horrible noticia de la traicion hecha... Culpaban á de Lanney de haber mandado el fuego, no de haber cometido la atroz perfidia que se le imputaba, y la justicia quiere que

(1) *El Amigo del Rey* dice que la primera descarga no produjo muerte alguna; pero esto como se verá luego, es un error.

quede lavada su memoria de esto; pero, la rápida adopción (1) del error que le oprimía prueba con qué perversidad le juzgaba culpable París.

Habiéndose depositado quince ó veinte heridos en diversas casas de la calle Gêrisaye, se escogió uno de ellos al que no había esperanzas de salvar, y espirando se le pasó en un carro como estandarte de venganza: era este un soldado de guardia. Al verle, refiriendo la traición de que se atribuía al gobernador, los que parecían titubear corrieron á las armas. Un guardia de los reales impuestos, á quien por su levita azul se creyó á primera vista que era un sub-oficial de la guarnición, lleva su caballo al medio de la plaza de Grève, y dice con voz conmovida: «Venid, amigos míos, venid; vamos á salvar á París!» Al oír estas palabras le sigue la multitud, las guardias francesas se estremecen. Un destacamento de granaderos de la compañía de Ruffeville, y varios fusileros de la compañía de Lubersac, á cuya cabeza iban los estr-

(1) Se encuentra este error en muchas de las relaciones de la época; en las *Revoluciones de París*, por monseñor D... c. p. 13; en la carta al marqués de Luchet; en la *Semana memorable*, p. 13; en la *Historia de los sucesos de los meses de abril, mayo, junio, julio y agosto*, p. 24; en la *Toma y demolición del fuerte de la Bastilla*, continuación de las *Observaciones y anécdotas*, p. 68; en la *Bastilla del diablo*, p. 7, etc., etc.

gentes Wargnier y Labarthe (1), apresuraron el paso hacia la Bastilla; á su lado iban dos mil soldados sin uniforme, soldados de jornada guiados por Pedro Augusto Hullin, director del lavadero de la reina, hombre en que al alma de un soldado de á caballo se agregaba la estatura de un gladiador, hombre que dijo á los que le proclamaron su jefe: «O yo os volveré victorioso, ó vosotros me volveréis cadáver (2).» Acto continuo cogieron dos cañones que estaban en la plaza de Gréve, y los llevaron al sitio.

En el momento en que las guardias francesas entraron en el *patio del gobierno*, una espesa nube de humo cubria la fortaleza; del cuerpo de guardia de avanzada, de las casernas, del palacio del gobernador salian torbellinos de llamas y varios carros de basura á que Santerre pasiera fuego (3), ardian delante del segundo puente levadizo; pero lejos los carros abrasados de secundar á los sitiadores, no hacian mas que estorbar y hacer mas dificultoso el ataque; era absolutamente indispensable cortar el movible incendio, y esto se podia ha-

(1) El primo Jacobo, *Resumen exacto de la toma de la Bastilla*, p. 2.

(2) *El amigo del Rey*, etc., tercer cuaderno, capítulo XLV, p. 1113.

(3) *Vida política y privada de Santerre*, p. 41.

cer únicamente arrostrando horribles peligros, porque los sitiados habian practicado en el puente levadizo dos troneras en que colocaron fusiles de muralla cargados con metralla (1). Elias, oficial del regimiento de infanteria de la Reina, y un comerciante llamado Béole se dirigen adelante con paso firme: dos ciudadanos, cuyos nombres no se conservan, se lanzan á su vez y caen muertos (2); pero mas felices los dos primeros, lograron retirar los abrasados carruages escapando del peligro. Al punto asestaron el cañon en frente del puente levadizo, cuyas cadenas esperaban romper. El ataque se enardecio y un fúnebre entusiasmo se apoderó de los combatientes: las calles adyacentes estaban llenas de gentes: desde los techos y desde las ventanas de las casas vecinas hacian fuego: dispararon algunos cañonazos (3) y uno de ellos de metralla: pero el ardor de los sitiadores crecia con el peligro. Al pié de la fortaleza se agrupaban y se confundian obreros, comer-

(1) Relación del oficial suizo que les mandó colocar allí: Véase la *Revista retrospectiva*; t. IV, p. 289.

(2) *Historia de la Revolucion por dos amigos de la libertad*, t. II, p. 24.

(3) No uno solo como se dice en la *Declaracion de los sitiados*. Véase la confesion del oficial suizo que mandaba una parte de la guarnicion, t. IV, p. 290 de la *Revista retrospectiva*.

ciantes, soldados, extranjeros que habian llegado la víspera, sacerdotes y mugeres. Una jóven que no pudiendo detener á su amante, recibió una herida peleando á su lado (1); la esperanza era inmensa como inmenso el valor. Habiendo sido herido mortalmente un ciudadano, apoyada la cabeza en los brazos de los que le sostenian, dijo; «Yo me muelo, amigos míos, pero haceros firmes que la Bastilla será vuestra (2):» y no se oía otra cosa que el grito de: «Queremos la Bastilla!»

En lo mas fuerte, en lo mas encendido de esta generosa exaltacion, fácil de conocer en la belleza de su rostro moreno y en su elevada estatura, se presentó el abate Fauchet, hombre de débil cerebro, de gran corazon, uno de esos hombres, en fin, que caminan hácia la locura atravesando el heroismo; aun no habia pronunciado sus famosas palabras de: «La aristocracia ha sido la que ha crucificado á Jesus (3);» pero hacia ya mucho tiempo que se habia dedicado á la Revolucion; por lo demás, no se presentaba en trago de soldado, sino que enviado con tres electores, colegas suyos, por el comité del ayuntamiento.

(1) Miguel Cubieres, *Viaje á la Bastilla*, p. 34; véase tambien á Dusaul, *Discurso histórico*, parte primera.

(2) *Discurso histórico* de Dusaulx, primera parte.

(3) Paganel, *Ensayo-histórico crítico sobre la Revolucion*, tomo I, p. 436.

to, no llevaba otra mision que hacer presente la alarma que alli reinaba. Convencer al gobernador de la Bastilla á que distribuyese entre la guarnicion y la milicia urbana el cuidado de guardar la fortaleza poniéndola á manos de la ciudad, á esto se limitaban los deseos del comité permanente (1); el pueblo en premio de su sangre vertida, pedia mas; los tres parlamentarios hicieron al gobernador señas que pasaron desapercibidas de todos: dirigieron á los situadores pacíficas exhortaciones que no llegaron á oídos de nadie (2): se retiraban pues, cuando en la estremidad de la calle de San Antonio, se vió flotar una bandera, y era que Ethys de Corny, procurador de villa, guiaba á los nuevos parlamentarios al ruido del tambor. Asi que llegan estos al *patio del gobierno*, se apresuran á señalar la bandera; uno mueve un pañuelo blanco sujeto en la contera de su baston, y otro grita: «Venimos como parlamentarios;

(1) Considerando el comité permanente de la milicia parisiense que no debe haber en París ninguna fuerza militar que no esté á disposicion de la villa, encarga á los diputados que dirige al marqués de Launey, le preguntan si está dispuesto á recibir en la plaza las tropas de la milicia parisiense, que la guardaran de concierto con las tropas que están y estarán á las órdenes de la villa. «*Proceso verbal de la Asamblea de electores*, t. I, p. 318.

(2) Relacion de Delavigne, Chignard, Fauchet y Helevidoux, en el *Proceso verbal*, t. I, p. 334.

¡dejad de hacer fuego!» Dichas estas palabras, los Inválidos, desde la cima de las torres se quitan los sombreros en señal de paz, y tiran los fusiles (1); pero en el mismo instante, los suizos que ocupando el *patio interior* no estaban avisados, hacen una descarga mortífera: entonces la indignacion del pueblo toma un carácter de exaltacion feroz, al par que sublime, y creyéndose rodeado de traidores, mezcla en sus imprecaciones al ayuntamiento y á la Bastilla. Ethys de Corny estuvo á pique de perder la vida; á un elector que trataba de cubrir con su cuerpo, le atrancaron las pistolas y la espada que llevaba (2). ¿Si era imposible vencer, lo era tambien morir? «Nuestros cadáveres llenarán los fosos (3),» dijo una voz y todos repitieron las mismas palabras.

En el interin, llevan á una linda jóven, segun algunos afirman, hija del gobernador, al pié de la fortaleza, y furiosos la rodean exclamando: «Quemarla viva si no se rinde el gobernador.» Su padre que era del número de

(1) Relacion de Ethys de Corny en el *Proceso verbal*, p. 336.—Véase tambien la *Declaracion de los sitiados en la Bastilla descubierta*, t. I, p. 95. Por lo demas, esta declaracion es inexacta en varios puntos, y se ha invertido el orden de los hechos.

(2) *Relacion exacta de lo pasado con la diputacion parlamentaria en la Bastilla*, p. 5, Paris, 13 de julio 90.

(3) *Proceso verbal de la Asamblea de electores*, p. 340.

los sitiados, oye la terrible amenaza: ve, desde lo alto de las torres á su hija desmayada sobre la paja próxima á quemarse, penetrado de horror, loco, se adelanta; recibe dos balazos y cae... pero, mientras que sus compañeros acuden á su alrededor, uno de los combatientes, el magnánimo Bonnemer, se lanza hácia la víctima que iba á ser inmolada, la lleva consigo, y, despues de ponerla en salvo, vuelve al combate (1).

¿Se lograria tomar la Bastilla, ó al menos hacerla capitular? nada anunciaba. Obligados los sitiadores á luchar en descubierto con enemigos inaccesibles, de sólidas almenas, de espesas murallas; desprovistos de todos cuantos recursos suministra el arte de los sitios á la constancia ó á la osadía, estaban entregados, además á mil azares de la inesperienza, de la precipitacion y del desórden. Aquí, bombas que ponian en juego con la quimérica esperanza de mojar el cebó de los cañones de la plaza, sin cuidar de que el surtidor de agua alcanzase apenas á la cima de las

(1) Beaulieu, *Ensayos históricos*, t. I, p. 330.—Dussaulx, *Obra de los siete días*, p. 296.—El libertador de la señorita de Monsigny así se llamaba la que él salvó, que fué coronado solemnemente en el ayuntamiento el 3 de febrero de 1790, á presencia de Bailly, por la mano de la señorita de Monsigny.

torres formando ligera niebla (1); allí, un combatiente á quien uno de sus compañeros derribaba de un culatazo para impedirle que pudiese fuego al almacén de pólvora (2). La intrepidez del pueblo era admirable, pero mas tenia de estrepitosa que de decisiva: ningún plan general de ataque, ninguna direccion: solo los guardias franceses observaban alguna disciplina; porque la multitud no se guiaba mas que por lo que su valor la inspiraba: así la guarnicion se encontraba con que solo habia perdido un defensor despues de un combate de cinco horas (3), al paso que, entre los que asaltaban habia ochenta y ocho heridos, y ochenta y tres muertos (4).

Pero un poder superior al de las armas pesaba sobre la Bastilla: la voz de los cañones habia venido á oprimir á de Launey con la injusticia de su causa, y le habia precipitado

(1) *Vida politica y privada de Santerre*, p. 40.

(2) El que salvó el almacén de pólvora se llamaba Humbert, según lo cuenta él mismo en el folleto titulado, *Jornada de Juan Bautista Humbert*, á continuacion del cual hay un certificado que firman cuatro combatientes: Ducastel, Maillard, Ricardo Dupin y Georget.

(3) *Declaracion de los sitiados en la Bastilla descubierta*, t. I, p. 113.—*Relacion de la toma de la Bastilla por uno de sus defensores*, revista retrospectiva, t. IV, página 291.

(4) Descripcion hecha por el cuerpo municipal, á principios de agosto de 1789.

desde su confiado orgullo á una ansiedad inaplicable. «Es necesario rendirse,» le decían los inválidos; «es menester resistirse,» le decían los suizos; y él, ora taciturno, ora exaltado hasta el furor, ya paseándose con agitación, ó bien parándose á escuchar el murmullo de la multitud; no se atrevía, ni á obstinarse, ni á ceder (1). ¡Rendirse! pero ¿qué no había nadie abajo que esperase el botín! ¡Resistirse! pero aquellos arroyos de sangre... ¿Acaso todo lo podía contra los héroes temerarios que, desnudos el pecho, afrontaban sus cañones; y que podía contra los cadáveres que yacían alrededor de su fortaleza y que iban á levantarse ante él? Tenía enemigos invencibles, y estos eran los fantasmas de su corazon: en el fondo, el miedo á la muerte le conmovía tan poco, que su última resolución fué matarse, pero haciendo saltar la Bastilla, y ocultando su suicidio en los escombros ó en las ruinas de un arrabal: lleno de implacable desesperacion, cogió una mecha de cañon, con la mirada fija, y la mano estendida se acercó á la pólvora... y hubiera logrado su objeto si no se lo hubiesen estorbado dos oficiales (2).

(1). Véase la *Relacion de la toma de la Bastilla por uno de sus defensores*, p. 291.

(2) Llamábanse Ferrand y Requard: véase la *Declaracion de los sitiados en la Bastilla descubierta*, t. I, p. 104.

quienes apoyando las bayonetas en el pecho le hicieron retroceder. ¿Qué resolución podía tomar? A través del ruido creciente del fusileo, subía el grito de soberano irritado: ¡Abajo los puentes! ¡abajo los puentes! al paso que los inválidos siguiendo en su tema, repetían: «Es menester rendirse.» Cada vez mas turbado de Launey, bajó á la sala del consejo, y se puso á escribir precipitadamente (1). En aquel momento, Luis de Flue que mandaba á los suizos, abre la puerta de la sala: el cañon de los sitiadores amenazaba á las cadenas del segundo puente levadizo: ¿debían los suizos ponerse en disposicion de despejar la entrada? estaba decidido el gobernador? Como fuesen á tomar sus órdenes, respondió dando al oficial un billete concebido en estos términos: «Tenemos veinte mil libras de pólvora; así pues haremos volar á la guarnicion y á todo el cuartel si no aceptais la capitulacion.»

El oficial suizo respondió vivamente. ¿Por qué conformarse tan pronto? acaso no estaban enteras las puertas? ¿acaso el fuerte estaba estropeado? Como! aun no tenia la guarnicion

(1) Todas las relaciones dicen que el que escribió la capitulacion fué el oficial suizo; y la declaracion que este mismo hace prueba lo contrario. Véase la *Relacion de la toma de la Bastilla por uno de sus defensores* t. IV, página 290 de la *Revista retrospectiva*.

mas que un muerto, dos ó tres heridos y capitulaba! (1). Esta vez de Lanney se mantuvo firme é inalterable: el oficial suizo debió obedecer, porque se dirige al puente levadizo, y por una de las aberturas que él mismo habia hecho practicar de antemano, tira un billete, testamento de muerte de la Bastilla: al mismo tiempo exclamaban en el interior: «Que no nos degüellen! consentimos en rendirnos.»

Se trataba de alcanzar el billete del que los asaltadores distaban toda la longitud del foso. Traen una tabla, la ponen en el pretil, suben algunos á fin de hacer contrapeso, y con paso firme se arriesga un desconocido en aquel camino movible; llega al extremo, levanta el brazo, y un balazo le derriba muerto al foso (2). Seguíale Maillard, el cual coje el billete y le entrega á Elias, quien despues de leerle en alta voz lo fija en la punta de su espada. Los guardias franceses dijeron: «A fé de militares, no os haremos mal alguno; así, bajad los puentes (3)!» y así lo hicieron.

Entonces el pueblo se precipitó como un torrente detrás de Elias, de Hullin, de Arné,

(1) *Ibid*, p. 291.

(2) *Jornada de Juan Bautista Humbert*, p. 12. Humbert estaba allí.

(3) *Declaracion de los sitiados en la Bastilla descubierta*, t. 1, p. 107.

de Maillard, de Réole, de Francisco, de Tournay, de Humbert y de Luis Morin.

La guarnición estaba colocada en hileras en el patio. Los inválidos á la derecha y suizos á la izquierda: todos habían depuesto sus fusiles contra la pared, y al ver al pueblo que estaba murmurando, se quitaron los sombreros (1). Los inválidos acertaron, porque aplaudieron, pero señalándoles su uniforme á la cabeza de la multitud corrieron los mayores peligros: los suizos, por el contrario, cogidos primeramente por prisioneros á causa del capoton ó sobre todo de lienzo que les cubría, les rodean con ternura, les apellidan hermanos y les abrazan (2): uno solo parece vendido por sus propios sustos, el mismo que apuntó los fusiles de muralla, ó sea de defensa; ya había dejado el puente detrás de sí, y ganado la entrada... cuando un sablazo le partió el cráneo y le tiró en medio de la sangre que había vertido.

El gobernador vestido de frac gris blanco, desnuda la cabeza y apoyada la mano en un baston de puño de oro que encerraba una cuchilla, esperaba silencioso; un comerciante de la calle de Noyers Saint-Jacques llamado

(1) *El Amigo del Rey*, etc., tercer cuaderno, capítulo XLV, p. 115.

(2) *Idia.*

Cholat, le reconoce y le detiene (1); quiere darse de puñaladas pero se lo impiden y le arrastran: no sabian que la agonía de su alma habia vengado al pueblo de antemano! Arrestaron tambien á Miray, ayudante mayor que habia servido en otro tiempo en las guardias francesas, el cual, creyéndose perdido, exclamó con voz ahogada: «Dejareis camaradas perecer miserablemente á un hombre valiente? Acudieron los guardias y cinco de ellos se ofrecieron á llevarle á su casa (2), protegiéndole con los uniformes que llevaban, y que gustaban al pueblo. En cuanto al teniente del rey du Puget, tuvo presencia de espíritu (3) para volver su traje, y armado de un grueso baston y desgreado, perderse entre la multitud y desaparecer.

Era inmenso el desorden pero heroico: temible curiosidad animaba todos los semblantes; y las palabras de: «Donde estan las victimas? aquí está la libertad,» salian de todos los lábios. Unos se sumergen en las bóvedas, recorren los misteriosos rincones de la fortaleza, y se cevan en las puertas de los calabozos; otros van á las torres á insultar á

(1) *La Bastilla descubierta*, t. I, p. 117.

(2) *El Amigo del Rey*, etc.; tercer cuaderno, capítulo XLVI, p. 118

(3) *Ibid.*

los cañones (1). Delirio inmortal de nuestros padres! Un soldado que bajaba precipitadamente de la plataforma donde le dejaron olvidado, encuentra en el fondo de una escalera oscura al intrépido Luis Morin, el cual lejos de huir, se echa á su cuello llorando y le dice: ¡Ah! hermano, tened piedad de los pobres soldados á quienes se les ha obligado á obedecer por fuerza; jurad que intercedereis por ellos.—Lo juró,» respondió el noble joven, y cumplió su palabra (2). Pero si hubo tiernos episodios, tambien hubo lamentables menosprecios y funestas casualidades. Una bala que partió de la calle de San Antonio, hizo pedazos la cabeza de un niño de diez años que se puso en la cúpula de las torres (3): el oficial Béguard, el mismo que habia impedido al gobernador que hiciese saltar la Bastilla, fué señalado como uno de los llaveros, le quitaron la muñeca de un sablazo y pasearon en triunfo por Paris la mano que acababa de salvar al arrabal de San Antonio (4): Béguard que no habia peleado, no obstante le mataron y descubrieron el craso y fatal error que ha-

(1) *Discurso histórico* de Desaulx, primera parte, página 343.

(2) El primo Jacobo.

(3) *Ibid.*, p. 73.

(4) *Hist. de la Revolución por dos amigos de la libertad*, t. II, p. 33.

bian cometido, cuando ya no era tiempo de repararlo: tambien fué llorada su muerte especialmente por los vencedores y su familia confundida en los testimonios del público reconocimiento con los de los mártires de aquel día.

Sin embargo, las puertas de los calabozos se han echado abajo á un generoso esfuerzo y los presos recobran la libertad; pero ¡ay! para tres de ellos era demasiado tarde! Víctima el primero, llamado conde de Solages, desde la edad de siete años, de las inesplicables venganzas de un padre implacable, no halló ni parientes que quisiesen reconocerle, ni sus bienes, bolín y presa de avariciosos colaterales (1): del segundo que se llamaba Whyte, nunca se ha sabido de que crimen era culpable, acusado, ni siquiera sospechado: en vano se le interroga, porque habia perdido en la Bastilla el uso de la razon: el tercero, Tavernier, á la vista de sus libertadores creyó ver entrar á sus verdugos y se puso en guardia (2); le desengañaron abrazándole, pero al día siguiente se le encontró errante por la ciudad y pronunciando palabras inco-nexas: estaba loco.

Ni el menor escondrijo de la Bastilla se

(1) *Vida pública y privada de Santerre*, p. 44.

(2) *La Bastilla descubierta*, 2.^a entrega.

libró de las ardientes investigaciones de la multitud; sondearon la fortaleza hasta sus mas oscuras profundidades y sacaron de ella horribles trofeos: cadenas que manos quizá de muchos inocentes habian usado; armas de forma estravagante, espantosa; máquinas cuyo uso nadie pudo adivinar; un antiguo corselete de hierro que parecia inventado para sujetar á un hombre por todas las articulaciones del cuerpo y reducirle á eterna inmovilidad (1); el cuadro que adornaba la capilla de la Bastilla y que representaba á San Pedro atado (2), porque quisieron que la imagen de la esclavitud persiguiese y oprimiese á los prisioneros hasta el pié del altar!

La sala del consejo, impetuosamente invadida, libró sus archivos; pero el furor popular los destruyó y desarregló: no obstante, algunos documentos marcados con sello fúnebre se han conservado en justicia de la historia, entre ellos una carta de Latude á madama de Pompadour, carta que despedazaba el corazón, en la que se leyó la siguiente frase: «El 25 del mes de setiembre (de 1760) á las cuatro de la tarde hará cien mil horas que estoy sufriendo (3):» el desgraciado, cuando es-

(1) *Discurso Histórico de Desaulx*, 1.^a parte, p. 346.

(2) Se entregó este cuadro á la asamblea de electores el dia 13 de julio.

(3) *Vida política y privada de Santerre*, p. 46.

cribió estas terribles palabras, tenia que contar aun doscientas mil de continuos padecimientos!

En el momento en que salian los vencedores de la Bastilla, divisaron á una mujer inclinada en el campo de batalla y buscando entre los cadáveres un rostro conocido: habiendo desaparecido algunos dias antes su hijo de la casa materna y teniendo una vida de eprobio, la desgraciada madre se habia lisongeado para él de gloriosa expiacion: condenada á llorarle vivo, hubiera querido poder llorarle martir, y no encontrándole entre los muertos se retiró desesperada (1).

Acordaron que llevarian al gobernador al ayuntamiento á donde se dirigieron: Elías abria la marcha llevando la capitulacion en la punta de su espada; seguian á este Legris y Maillard; despues el gobernador á quien Hullin y Arné escudaban ó defendian con sus cuerpos, y detrás iba L'Epine, jóven escribiente, lleno de gratitud y de valor (2). Esta travesía fué un triunfo, pero triunfo envuelto casi todo en un suplicio. Las Memorias de Linguet hicieron al gobernador una execrable celebridad; cuando pasó, creyó el pueblo que veia pasar á

(1) Véase el *Viage á la Bastilla*, por Miguel Cubieres, p. 34.

(2) *Historia de la revolucion por dos amigos de la libertad*, t. II, p. 35.

la Bastilla: á él toca ahora, decían, gemir y temblar; abusó de la fuerza, y á su vez debía sufrirla; pedían piedad para él. ¿Y la tenía él acaso con los pobres presos cuando daba en alquilar el pequeño jardín destinado á que se pasearan cuando su avaricia les disputaba una hora de aire puro ó de hermoso sol?

Al efecto de tales discursos se agregaban, el resentimiento de recientes traiciones de que le creían culpable, y la certidumbre de que, si se libraba de la venganza de la plaza pública, quedaria impune: así, á medida que la multitud se aproximaba al ayuntamiento, le llenaba de afrentas, de invectivas y de amenazas: algunos le arrancaron los pelos, y otros le ponían la espada en el rostro (1): de este modo llegaron á la plaza de Gréve. Allí redoblándose los clamores, se ve asaltada la comitiva de todas partes: L'Epine, que trata de apartar á la multitud, recibe un golpe violento; Legris que habia hecho frente sin inmutarse al fuego de la Bastilla, no puede sostener por mas tiempo el espectáculo que se prepara, y cae desmayado (2): á de Launey, se le conocia por llevar la cabeza descubierta; Hullín, en un raptó sublime se descubre y pone su

(1) *Ibid* p. 36.

(2) El primo Jacobo, p. 79.

sombrero en la cabeza del gobernador (1), y con vigor centuplicado por la generosidad, defendió por mucho tiempo al desgraciado encargado de custodiarle, hasta que por último el número le oprime; las fuerzas le abandonan, y exámine, y bañado en sangre se deja caer sobre una piedra: le vienen á ofrecer vino (2), vuelve en sí... y cuando se levanta ya no tenia á nadie á quien proteger.

Se ha escrito que de Launey conservó hasta el fin una actitud suplicante; se han puesto en sus lábios palabras en que la resignación se mezcla con tiernos modales á la súplica, pero esta version generalmente divulgada no es exacta: de Launey, por el contrario ostentó abiertamente un valor altanero: segun lo atestigua el abate Lefebre, el único que refiere su muerte por haber sido en ella testigo ocular, murió de Launey «defendiéndose como un leon (3),» y es dado creer que su firmeza fué precisamente la que acrecentó la indignacion del pueblo al que ruegos quizá hubieran enternecido: por lo demas, la responsabilidad de la sangre toca á aquellos que no dejan á los

(1) *El Amigo del Rey*, etc. tercer cuaderno, cap. XLV p. 115.

(2) El primo Jacobo, p. 71.

(3) Palabras del abate Lefebre, contadas por Desaulx, á quien fueron dirigidas. Véase la *Obra de los siete días*, p. 301.

pueblos otra alternativa que el silencio en el dolor, ó la cólera en la libertad!

Pasearon la cabeza del gobernador puesta en la punta de una pica; espantoso indicio del exceso de los resentimientos que aglomera una grande opresion en el interior de las naciones subyugadas; ¡ay! y aun debia tener otras muchas tragedias: dos inválidos fueron colgados de una linterna en frente del ayuntamiento; el teniente Person fué muerto en el puerto de Trigo (1); así que llegó á la calle de Tournelles donde vivia y viéndola desierta, el ayudante mayor Miray tuvo la imprudencia de despedir la escolta que los guardias franceses le dieron; abria la puerta, cuando un grupo de hombres armados, desembocando de una calle contigua, le conoció y le dió la muerte (2); pero para muerte llorada eternamente fué la del mayor de Losne, consuelo, apoyo y providencia de los presos; la multitud que desgraciadamente no conocia de él mas que su uniforme, le rodeó á corta distancia del arco de San Juan: le divisa un antiguo prisionero de la Bastilla, llamado Pelleport, y lanzándose dice: «¡Dejadle, es mi bienhechor!»

(1) *Proceso-verbal de la Asamblea de electores*, t. I, p. 337.

(2) *El Amigo del Rey*, etc., tercer cuaderno, capítulo XLVI, p. 118.

pero no le oyeron: apoderase de un fusil, y ya por los golpes que da, como por sus imprecaciones, procura á todo trance deshacerse de su amigo para desviar sobre sí mismo el furor de los asesinos. «Noble jóven, le dijo el malhadado mayor, ¿qué haceis? Vais á sacrificaros sin salvarme:» efectivamente, de Losme cayó muerto, al paso que levantaban en las gradas del ayuntamiento á su generoso protector anegado en sangre (1).

Trasportáronse á la Morgue los cuerpos de Losme, de Miray, y de Person, pero no se encontró al de de Launey; solo seis meses despues, un soldado desconocido entregó á la familia del gobernador sus joyas y su reloj, del que pendia un sello con sus armas, sin esplicarse el modo con que lograra aquellos objetos (2).

Entretanto ¿qué pasó en el ayuntamiento donde iban á hacer su entrada los vencedores? El comité permanente no habia salido de allí desde el amanecer del dia espuesto á las sospechas y á las amenazas: su negativa de decretar la toma de la Bastilla, se la imputaban de traicion: la multitud cuyas oleadas que ca-

(1) *Ibid* p. 118 y 119.—Miguel Cubieres, *viage á la Bastilla* relacion del caballero de Manville, p. 32 y 33.

(2) *Biografía universal*, artículo de *Launey*, redactado con arreglo á los indicios ó informes del conde de Agay, uno de los yernos de M. de Launey.

da vez iban en aumento, inundaban el salón y parecía llevar allí el ruido de la tempestad, la multitud, decimos se admiraba, se indignaba de hallar cerradas ante sí las puertas de la sala particular que el comité permanente se reservára. Qué pretendían pues, aquellos invisibles dominadores que gobernaban del mismo modo que se conspira? por qué tanto misterio? Querían que fuese á deliberar al salón á presencia del pueblo.

A cada instante traían correos detenidos: el elector Boucheron pidió quese abriesen los paquetes, los cuales contenían dos cartas cuya lectura se hizo en seguida.

La primera estaba concebida en estos términos:

«Querido du Puget, os envío la orden que creéis necesaria y la remitireis.—París 14 de julio de 1789.—Firmado, el baron de Besenval.»

La segunda, encerrada en el mismo pliego, decía:

«El señor de Launey podrá mantenerse firme hasta el último momento porque le he enviado fuerzas suficientes. Hoy 14 de julio de 1789.—Firmado, el baron de Besenval (1).»

(1) *Memoria de Boucheron*, p. 8 y 9.—Certificado verdadero por Thuriot, de La Boisiere, Pignot, Sainte-Honore, de Cerny, de Milly, Buffault, de la Fleury, Contans y Joannon.

Duplicáronse entonces los trasportes: se hicieron el día anterior las mas siniestras perfidias. Entró furioso un jóven, atravesó entre el tropel hasta la oficina, y dió el grito que mil voces repitieron con terrible cólera de: Abajo los comités particulares (1)! No queremos comité!» Un anciano acababa de decir: Dejemos á esos traidores!» y el subdelegado Carré acudia hablando de la Grève cólerica (2). En el mismo instante se disolvió el comité (3); se presentaron los oligarcas de la clase media en el salon, y Flesselles, subido en el estrado en que estaba la silla del presidente, quedó espuesto allí á las miradas de desconfianza de la multitud.

Tal era pues el aspecto interior del ayuntamiento, cuando un clamor inmenso, prodigioso, uno de esos clamores que entre los antiguos hacian caer las repisas al circo, anunció la toma de la Bastilla. Muy luego llega amontonada y bramando una masa de hombres de todas condiciones, de todas edades, cubiertos de armas de toda especie. «Hubiérase dicho que iba á desplomarse la casa de ayuntamiento, bajo los confundidos gritos de victoria y de traicion, de venganza, de liber-

(1) *Memoria de Boucheron*, p. 9.

(2) *Proceso-verbal de la Asamblea de electores*, t. 1, p. 330.

(3) *Memoria de Boucheron*, p. 9.

tad (1).» La pompa era salvaje, era sublime: en medio de la multitud se alzaba una mano sangrienta que movía la hebilla del corbatin del gobernador; pero al lado de tan horrible trofeo, un joven obrero enseñaba en la punta de su bayoneta el reglamento de la Bastilla, mientras que Elías, coronado de laureles, se echaba á los brazos de sus compañeros de valor y de heroísmo. (2).

Interin Flesselles no pudo contemplar la imagen de la muerte, permaneció tranquilo, risueño y aun imperioso: vivamente interpelado por Fracontay, uno de los electores, acerca de su obstinacion en no dar á los ciudadanos ni pólvora ni armas, se atrevió á responderle que callase (3); pero cuando vió aparecer en cierto modo el espectro del gobernador de la Bastilla, tuvo miedo; murmuraban á su alrededor palabras de: «traicion, infames tramas;» lleno de turbacion se levantó diciendo: «Toda vez que soy sospechoso á mis conciudadanos es indispensable que me retire,» y quiso bajar del estrado, pero algunos se lo impidieron: entónces un elector llamado Delapoize, le dijo con voz amenazadora:

(1) Son las propias espresiones de que se sirve el *Proceso-verbal*, p. 355.

(2) Véase el *Discurso histórico* de Desaulx, p. 360 y 361; y el *Proceso-verbal*, p. 355.

(3) *Memorias sacadas de los archivos de la policia*, t. IV, cap. LVII, p. 114.

«Caballero, sereis responsable de las desgracias que van á suceder: aun no habeis dado las llaves del almacen de la villa en que están sus armas y sobre todo sus cañones.» Fleselles, sin responder una sola palabra, sacó las llaves del bolsillo, y se las entregó al elector (1). Que el corregidor se asustó, lo decia la palidez de su rostro; pero á sus temores se añadia ostensiblemente una preocupacion singular y profunda (2). Ya hemos citado un fragmento ó un trozo de una carta atribuida al baron de Besenval, y dirigida á madama de Polignac; esta carta contiene la siguiente frase: «Me ha cabido la dicha de sacar papeles importantes de casa del corregidor; hubiera podido salvarle la vida, pero habria comprometido á Irla (la reina), y he preferido que él fuese la víctima (3).» Tenia en efecto el corregidor papeles capaces de comprometer á altos personajes? Temia que fuesen á visitar su morada? Lo cierto es, que cuando se trató de conducirle al Real-Palacio recuperó su rostro la serenidad que habia per-

(1) *Proceso-verbal de la Asamblea de electores*, t. I, p. 360 y 361.

(2) *El Amigo del Rey*, etc. tercer cuadernó, c. XLVI, p. 125.

(3) *Secreta correspondencia de varios grandes personajes á fines del siglo XVIII*, p. 93.

dido (1). «Pues bien, señores, dijo, vamos al Real-Palacio,» y sin aguardar él á que volviese el abate Fauchet que habia ido, á tranquilizar el distrito de San Roque, punto de partida de las acusaciones, bajó Flesselles del estrado. Es de advertir, que mientras atravesaba la sala, el pueblo no le hizo la menor violencia (2);» luego que llegó á la plaza de Gréve, dirigió sus pasos, en medio de la multitud y sin experimentar ningun mal tratamiento (3), al rincon del muelle Pelletier, en donde un desconocido le derribó á tierra de un pistoletazo, bien por bárbara impaciencia de parte de un enemigo, ó bien porque matando á Flesselles, hubiese querido de sus cómplices matar algun secreto temible.

Corrió la voz de que habian cogido en manos del corregidor un billete que escribia al gobernador de la Bastilla, concebido en estas palabras: «Manteneos firmes que yo divierto á los parisienses con promesas y cucardas!» La verdad es que nadie pudo presentar este

(1) *Memorias sacadas de los archivos de la policia*, t. IV, p. 114.—El autor estaba presente, y por lo demás, su narracion está casi de todo punto conforme con la del *Proceso-verbal*.

(2) Copiado testualmente del *Proceso-verbal*, p. 361.—El autor de la narracion arriba citada, dice en la p. 344. «Afirmo esta disposicion de la multitud por haberlo visto.

(3) *Proceso-verbal de la Asamblea de electores*, t. I, p. 364.

billete; que no formó parte de ningún proceso verbal, y que su existencia fué asegurada únicamente por el rumor público: pero los términos que hemos citado de él, no eran otra cosa que un resumen fiel de la conducta del corregidor: el cual habia entretenido á los parisienses con cucardas, con promesas; y quien le mandó hacer semejante cosa? Tal es lo que envolvió el misterio de su muerte.

Casi á la misma hora el príncipe y la princesa de Montbarrey eran conducidos al ayuntamiento; pero como se desmayase esta delante de los electores, se la trasportó á la sala de la Reina: por lo que hace á su marido, por todas partes amenazado impulsado contra el despacho, estaba perdido si, al marqués de La Salle no le hubiese puesto en estado de justificarse, sacándole á la fuerza del medio de la irritada multitud: «Señores, dijo el antiguo ministro de la guerra, os engañais; quereis castigarme como aristócrata, y soy uno de los mas celosos y ardientes partidarios de la libertad... mi hijo, el príncipe de Saint-Maurice es el que ha manejado la revolucion en Franche-Comté (1).»

Los aplausos arrancaron los proyectos de

(1) *Proceso verbal de la Asamblea de electores*, t. I p. 365.

venganza, y á medida que desaparecían las violentas impresiones del combate, la generosidad recuperaba su imperio. Los guardias francesas y Elías, cuya actitud fué constantemente la de un hombre de los tiempos heroicos, pidieron que el pueblo les recompensase con sus servicios mostrándose magnánimo: allí estaban los defensores de la Bastilla, pálidos, silenciosos, aguardando la sentencia fatal... cuando de repente Elías se dirige á ellos diciéndoles: «¡Jurad fidelidad á la nación!» entonces todos levantando las manos prestan el juramento cívico; les abrazan, lloran de entusiasmo: ya son libres! (1).

Conducidos los suizos al Real-Palacio, hallaron en vez de implacables enemigos, protectores tan ardientes como ingeniosos; les hicieron pasar á los ojos del pueblo reunido en el jardín, por cautivos arrancados de los calabozos de la Bastilla, por soldados que habiendo rehusado disparar á los ciudadanos, habian sido castigados cruelmente á causa de su patriótica desobediencia (2); al punto mandaron hacer una demanda en favor de ellos (3), y la multitud se esparció á su alrededor llena de fraternales trasportes.

(1) *Discurso histórico de Desaulx*, p. 371 y 372.

(2) *Relación de la toma de la Bastilla por uno de sus defensores*, p. 293.

(3) *Ibid.*

Sin embargo, la noche tendia su negro manto sobre la ciudad, pero no traia consigo el reposo. ¡Dichosa ley del destino! porque en aquellos instantes, el sueño de París hubiera sido el sueño de la revolucion: gracias al cielo sucedió que misteriosos emisarios recorrieron los diversos barrios que llenaron de alarma; segun ellos, París iba á ser bombardeado; habian visto el cerrillo de Montmartre cubierto de cañones, de bombas y de parrillas para enrojecer las balas; podian nombrar á los gefes, á los cooperadores de la abominable empresa, como el principe de Condé, el mariscal de Broglie, Besenval, el principe de Lambesc, el principe de Narbonne Fritzlár y el baron de Salkenaym (1): despues, como en la noche que precedió á la Saint-Barthelemy, iban varios desconocidos trazando bien un círculo ó bien una cruz en las puertas de las casas urbanas (2). Habiendo sido guarnecidas de lamparillas todas las ventanas, centinelas voluntarios colocados á la entrada de cada calle, gritaban á los vecinos con acento de punzante ironía: «Cuidad las lamparillas, porque necesitamos ver muy claro esta noche (3):»

(1) Carta al marqués de Luchet.

(2) *El Amigo del Rey*, etc., tercer cuaderno, capítulo XLVIII, p. 142.

(3) Carta al marqués de Luchet.

el cómico Grammont subido en el muelle Poletier decía á los transeuntes desde lo alto de un cantón: «Hay canteras debajo de París; tened cuidado con la pólvora! visitad los subterráneos.» El héroe de tan feroz vigilancia fué Marat; la capital, rebria de desconfianza, le complacía y su papel revolucionario empezó por una sospecha. Como avanzase su destacamento de húsares hasta el Puente-Nuevo y declarase el oficial que iba á fraternizar con el pueblo, «si es verdad, le dijo Marat con tono bruseo, entregadnos las armas,» pero el oficial se negó. Poniéndose entonces Marat á la cabeza de la multitud á la que sus discursos encienden, obliga á los húsares que le sigan al ayuntamiento, desde donde se les envió escoltados (1).

Todo contribuía á mantener, á fomentar entre los ciudadanos el disturbio, el entusiasmo, el ánimo, el furor: ¿y á qué grado de cólera no habrían llegado, si hubiesen sabido que en aquellas horas de angustia preludiaba la corte los goces de su próximo triunfo con sacrílegos regocijos; que ante las miradas y aplausos de la reina, del conde de Artois y de los Polignac, se habian celebrado en el Invernadero de Versailles las fiestas de la patria

(1) *El Amigo del Rey*, etc., tercer cuaderno, capítulo XLVIII, p. 141.

vencida ; que habia habido bailes y canciones y vino distribuido con profusion á los soldados extranjeros (1); que habian, en fin, igualado en humana insolencia á aquellos emperadores romanos que contaban á las calamidades de Roma en el número de sus placeres!

Esto era cabalmente lo que todavía se ignoraba en París, si bien no era nada desconocida la criminal presuncion de los cortesanos : se ocuparon pues, sin descanso en fabricar picas, en fundir balas de cañon; hubo como en un campo palabras de orden ; en el arrabal de San Marcelo la de *libertas*; en otra parte, la de *Washington*; para detener á la caballería se practicaron delante de las barreras escavaciones de cuatro pies de profundidad; para estrellar á los asaltadores se amontonaron á la altura de las casas, no solamente losas, sino muebles preciosos, estátnas, adornos de bronce y hasta libros (2). Los niños ayudaron á hacer las barricadas : las mugeres se animaron á la pelea, elevándose varios millones de hombres al heroismo, á fuerza de querer la libertad... nunca habia ofrecido la historia un espectáculo mas bello! Asi, la revolucion ostentaba su poder desde el primer

(1) Véanse las *Memorias de Ferrieres*, escritor realista, t. I, p. 132.

(2) «Mis mujeres y mis hijos, desamueblaron mi biblioteca, etc.» El primo Jacobo, p. 97.

paso, y ya aquellos á quienes inspiraba hubieran podido decir lo que un representante del pueblo dijo despues en medio de las turbulencias: «El mismo trono del Altísimo se estremecería si llegasen á él nuestros decretos.»

1. The first step in the process is to identify the problem or issue that needs to be addressed. This involves gathering information and understanding the context of the problem.

CAPITULO XII.

Luis XVI, rey de la clase media.

*Noche del 14 de julio de 1789 en Versailles.—
Sesion del 15 de julio.—Secretas disposiciones
de la Asamblea.—Escenas de la corte de már-
mol.—Aspecto de Paris armado.—Viage de
Luis XVI á Paris.—Miras de los principales
gefes de la clase media.—Maria Antonieta per-
manece en Versailles.—Luis XVI en el salon
del ayuntamiento; es consagrado rey de la clase
media.—Verdadero carácter del día del 17 de
julio de 1789.*

La noche del 14 de julio de 1789, fué en
Versailles una noche de turbacion y desórden;

noticias vagas aun, pero tanto mas espantosas, habian llegado á consternar á los representantes de la clase media, que temiendo á la corte y al pueblo, se juzgaban la vispera de una catástrofe irreparable: sabian que hacia muchos dias que los guardias de corps no se quitaban las botas y que por fin se habia precipitado la debilidad del Rey por la pendiente de la extrema violencia; habian oido aquel mismo dia los cantos bárbaros que salian del terrado del Invernadero. Por otra parte, ¿qué cosa mas formidable, mas horrorosa que la desesperacion de París sublevado? Creian en el estrépito del cañon, y le escuchaban con el oido en tierra: de súbito se presenta el vizconde de Noailles que llega de París; todos se levantan atentos, y él, conmovido hasta el fondo del alma, enseña á la capital armada, al cuartel de Inválidos invadido, á las familias nobles haciendo fortalezas de sus casas, al pueblo al rededor de la Bastilla, y á la Bastilla conquistada (1). Al punto cesa toda discusion y resuelven enviar una diputacion al Rey (2); porque cuando el pueblo rugia, siempre la clase media se ponia á cubierto, ó mejor dicho, se refugiaba en la dignidad real.

(1) *Monitor*, sesion del martes 14 á las cinco de la tarde.

(2) *Le point du jour* (El Alba), núm. 25, p. 200.

Recibió Luis XVI á la diputacion en la sala que precedia á su gabinete, á eso de las diez de la noche. No pudiendo leer el arzobispo de Viena con la luz artificial, el conde de Clermont-Tonnerre leyó la carta de la Asamblea nacional, y durante la lectura el Rey tuvo constantemente fija la vista en Mirabeau (1).

Hallábanse presentes todos los ministros y así que Clermont-Tonnerre acabó de hablar, respondió Luis XVI con frialdad que estaba dispuesto á acceder á la súplica de los habitantes de París, añadiendo que iba á conferenciar de ello con su consejo, y pasó al real gabinete. Las cortinas, no descorridas del todo, permitian ver á los diputados al través de los grandes cristales de Bohemia de las vidrieras, la pantomima de los príncipes y de los ministros; les pareció que el juego de sus fisonomías revelaban siniestros designios (2), y en efecto, despues de media hora de esperar, no obtuvieron del rey sino la equívoca seguridad de la parte que tomaba en los pesares de la Asamblea. «Instruido, decia, de la formacion de una guardia urbana, he dado órdenes á los oficiales generales de que se pongan á la

(1) *Memorias de Barrere* publicadas por Hipólito Carnot y David d'Angers, p. 222, Bruselas, 1842.

(2) *Ibid*, p. 223.

cabeza de esa guardia á fin de ayudarla con su experiencia y de secundar el celo de los buenos ciudadanos; igualmente he mandado que las tropas que estan en el campo de Marte se alejen de París (1).»

Semejantes palabras no servian para tranquilizar los ánimos; en el intervalo, dos electores enviados por el ayuntamiento, Bancal des Issarts y Ganilh, pusieron colmo á los temores de la Asamblea contándole las desgracias acaecidas en las cercanias de la Bastilla, la inutilidad de las negociaciones, la muerte de varios ciudadanos muertos por el fuego de la fortaleza, y la demanda hecha por la multitud de decretar el sitio (2), resolviendo despues enviar otra diputacion.

Luis XVI respondió: «Cada vez mas me desgarrais el corazon refiriéndome las desgracias de París: es imposible creer que sean la causa de ellas las órdenes que he dado á las tropas: nada tengo que cambiar de la respuesta que os he dado (3).»

¡Como pintar el dolor y el espanto de la Asamblea especialmente cuando el baron de Wimpfen, que llegaba de París, dijo que ha-

(1) Carta décima nona del conde de Mirabeau á sus comitentes.

(2) *Monitor*, sesion de la noche del 14 de julio.

(3) *Ibid.* Carta décima nona del conde de Mirabeau á sus comitentes.

bia visto en la plaza de Gréve el cadáver de un hombre decapitado (1) que aseguraban ser el gobernador de la Bastilla! ¡Contraste singular! mientras que el pueblo de París celebraba su victoria con una iluminacion (2), permanecian en Versailles los representantes de la clase media penetrados de profunda tristeza (3): al trastorno de una odiosa fortaleza, al prodigioso vuelo por donde empezaba el irresistible patriotismo de la multitud, lo llamaban *las desgracias de la capital* (4): no podian pensar en la Bastilla conquistada, sin acordarse del incendio de las barreras, de las escenas que debieron enrojecer el pavimento del arrabal de San Antonio, del campamento de las tropas bajo los árboles de los Campos Eliseos y del pueblo corriendo por París víctima de las llamas. Hasta entonces fué la corte su más temible adversario, y ahora era la multitud la que más espanto causaba á su imaginacion; cambiaban de alarmas: fijando sin cesar las miradas en la corona, se propusieron enviar al castillo la tercera diputacion; y entonces fué cuando Clermont-Tonnerre dijo estas célebres

(1) *Monitor*, sesion del 14 de julio.

(2) *Prad'homme, revoluciones de París*, núm. 1, página 19.

(3) *Le potin du jour* El Alba, núm. 25.

(4) *El correo de Provenza*.—*El Alba*.

palabras: «No, dejémosles la noche para deliberar; es menester que los reyes, como los demas hombres, compren la experiencia.»

Por lo demas, los proyectos del gobierno no estaban cubiertos del todo con el velo del misterio. Mientras que el pueblo, agitado de feroz inquietud rodeaba en silencio la sala de los Estados, la plaza de armas, y los patios del castillo se llenaban de escuadrones de húsares cuya actitud hacia temer las tramas de la fuerza y dejaba sospechar las proscripciones. Debiendo durar toda la noche bajo la vice-presidencia de Lafayette, tendieron varios ancianos tapices sobre las mesas, buscando en ellas una hora de reposo (1); pero, aunque la mayor parte estaba rendida, velaba con la angustiosa esperanza de las cosas del dia siguiente.

Luis XVI se habia dormido; y ¿qué meditó en su sueño? La corte, bien informada sin embargo, tuvo cuidado de hacer desmentir las noticias que dieran al rey las diputaciones de la Asamblea (2); y Luis XVI se retiró á sus aposentos ignorante de todo. Pero el duque de Liancourt, á quien su cargo permitia entrar

(1) Carta décima nona del conde de Mirabeau á sus comitentes.

(2) La segunda diputacion llevó al rey el proctso-verbal del sitio de la Bastilla. *Memorias de Ferrières.*

á todas horas á ver al monarca, vino á despertarle para hacerle sabedor de los acontecimientos del día. Sabido es que las primeras palabras que pronunció el monarca en esta entrevista fue las de: «Es un motin,» y que el duque respondió: «No, señor, es una revolución.» Este, como amigo sincero, pintó á Luis XVI los peligros que rodeaban á él y á su familia; le habló de la dudosa fidelidad de las tropas, de los formidables progresos del espíritu público, y de la necesidad de dar un paso en provecho de la nación. De repente entraron los hermanos del rey; entonces dirigiéndose el duque al conde de Artois; «Príncipe, le dijo, vuestra cabeza está proscriba; yo he leído el cartel en que viene la proscripción (1).» Los condes de Artois y de Provence añadieron sus instancias á las del duque de Lianeourt; y Luis XVI prometió ir á la Asamblea.

En la sesión que empezó á las ocho del día siguiente, se vió á los representantes animados del único deseo de entenderse con el rey. Custine, Sillery, Pison du Galant y de Marguerites leyeron varios proyectos, pronunciaron discursos en que volvía á presentarse bajo diversas formas, el sentimiento al que la clase media, asientonces como hoy, unia la mal disimulada esperanza de su domina-

(1) *Memorias de Ferrieres*, t. I, p. 138.

cion: «Los franceses adoran á su rey, con la condicion de que no tengan motivos de temerle (1).» Asi el trono era para el Estado nada un abrigo, y un escudo la monarquía: un hecho curioso y digno de saberse, es que suplicaron secretamente á Bailly que compusiese la arenga que deseaba oír la Asamblea en boca de Luis XVI: no cuidó aquel de rechazar tal honor, no obstante de ser tan singular en aquella circunstancia, y preparó el real discurso, pero en vano, porque no fué adoptado (2).

Se acordó que la tercera diputacion iria á pedir á Luis XVI el retiro de las tropas y la vuelta de los ministros. Ato continuo se levantó Mirabeau, y en todo el vigor de su elocuencia, dicta el lenguaje que deberá usarse con el príncipe en los términos siguientes (3):

«Decidle que las hordas extranjeras de que nos vamos rodeados han recibido ayer la visita de los príncipes y de los favoritos de ambos sexos, sus exortaciones, sus caricias y sus presentes; decidle que toda la noche esos extranjeros satélites, saciados de oro y de vino han yaticionado en sus impías canciones:

(1) Notable frase del proyecto de Sillery.

(2) *Memorias de Bailly*, t. II, p. 5.

(3) Carta décima nona del conde de Mirabeau á sus comitentes.

la esclavitud de la Francia, y que sus brutales votos invocaban la destruccion de la Asamblea nacional; decidle que en su mismo palacio han bailado los cortesanos al son de esa música bárbara, y que así se inauguró la Saint-Barthelemy; decidle que ese Enrique cuya memoria bendice el universo, uno de sus antepasados á quien queria tomar por modelo, mandaba víveres á París sublevado que él mismo sitiaba, y decidle, por último, que sus feroces consejeros hacen volver la harina que el comercio trae á la ciudad fiel y hambrienta.

Como saliese la diputacion, anunció el duque de Lincourt que iba á ir Luis XVI. Qué semblante pondria la Asamblea? ¿convenia acoger al monarca con gritos y muestras de amor antes de conocer los sentimientos de su corazón... cuando París era un mar de sangre? Todos se propusieron guardar profundo silencio.

En el momento en que el obispo de Chartres (1) recordaba estas palabras del obispo de Senes «El silencio de los pueblos es la lección de los reyes,» se abrieron las puertas y entró el rey acompañado únicamente de

(1) Según Ferrières, t. I, p. 140; porque según Bailly, esas palabras las pronunció Mirabeau. Véanse las *Memorias de Bailly*, t. II, p. 4.

sus dos hermanos; despues de dar algunos pasos, se quedó en pié á la faz de todos, y dijo con emocion (1):

«Señores, os he reunido para consultar con vosotros sobre los negocios del Estado: nada mas urgente, nada hiere tanto á mi corazón como el horrible desorden que reina en la capital... Sé que se han hecho injustas prevenciones; sé que se ha osado publicar que no estaban seguras vuestras personas: ¿será acaso necesario creer en rumores tan culpables, desmentidos de antemano por mi carácter?... Pues bien! yo no soy mas que uno con la nacion; yo soy el que fio en vosotros,» y añadió que habia dado orden á las tropas de alejarse de Paris y de Versailles.

En un instante cambió el aspecto de la Asamblea; resonaron en la sala aclamaciones que fueron como una señal para el inmenso pueblo que esperaba fuera: respondió el arzobispo de Viena, y en un discurso en que la firmeza se mezclaba hábilmente con el respeto, supo ocultar bajo formas lisongeras la imperiosa demanda del perdon de Necker.

Un movimiento característico denotó la salida de Luis XVI: los diputados, dándose la mano, acababan de formar una cadena destinada á preservarle de las oleadas de la mul-

(1) Carta décima nona del conde de Mirabeau á sus comitentes.

titud. Al ver esto se repitieron los gritos de entusiasmo: fué este el último hermoso día para Luis XVI. A los rayos de un sol de medio día, á las miradas de una multitud que, para verle se subía á las rejas, se agrupaba sobre las estátuas, recorrió lentamente á pié al sonido de las tocatas desde la gran travesía de la sala de Menus que conducía al patio de mármol (1).

Con todo esto, sordas desconfianzas gruñían en el seno del pueblo y los gritos de: ¡viva el Rey! no eran aquel mismo día otra cosa que un torrente. Una mujer de Versailles que había tratado bruscamente al conde de Artois, se acercó á Luis XVI, y se atrevió á decirle: «Oh! mi rey, ¿sois muy sincero? no se os hará cambiar como hace quince días? (2). —No, respondió el monarca, nunca cambiaré.» Este episodio que fué el hecho mas importante de aquel día, se perdió llevado por el ruido del triunfo. Quiso la reina arrancar aplausos y se asomó al balcón corrido, teniendo en los brazos al Delfín, como para confiar la causa de la dignidad real al corazón de las madres: pero entonces á las exclamaciones de júbilo, se mezclaron murmullos amenazadores. Como fuese reconocida al pié del castillo una

(1) *Le potat du jour* (El Aba) número 250.

(2) El prime Jacobo, p. 103.

dama de palacio, la llenaron de insultantes recados. «¿Por qué, preguntaban algunas voces de cruel ironía, por qué no se deja ver la duquesa de Polinac con su amigo?» á lo cual un incógnito, señalando la mano á una ventana, exclamó: «Hé ahí donde está colocado ese trono cuyos vestigios no tardarán en buscarse (1).»

París inquietaba á la Asamblea y esta no desesperó de ganar á Luis XVI. Una numerosa diputacion de que formaban parte Lafayette, Mounier, Bailly, Sieyes, Lally-Tollendal, Tellemand y Barere, iba á contar á los parisien- ses la marcha del rey, la paz aplaudida y las tiernas escenas del patio de mármol. Los guardias de corps se ofrecieron á escoltar á los enviados del otro soberano, esto es, de la Asamblea: pero juzgaron que tal comitiva no convenia á representantes de la nacion, á mensajeros de paz; dieron las gracias afectuosamente á los guardias, é hicieron la travesía entre dos filas de pueblo que acudió al paseo de los carruages (2).

En este momento reinaba en París toda la inquietud de su reciente victoria: las barreras se cerraban custodiadas por la vigilan-

(1) *Memorias de madama Campan*, t. II, p. 48 y 49.

(2) *Le point du jour*; núm. 25, p. 207.

cia popular (1); los arrabales obstruidos por las barricadas, las grandes salidas desmpe-
dradas y guarnecidas de cañones, cerca de
ochenta mil hombres sobre las armas (2), la
marcha de las patrullas sospechosas daban á
la capital un aspecto melancólico al par que
imponente: creíase en el próximo regreso de
las tropas de Besenval que se habían replega-
do por la noche en Sevres; recordábase que á
cinco leguas de París, disponia la corte de
un ejército que no temian, sino que se pre-
paraban á recibirle! Y en el interin, una reu-
nion casi fortuita de comerciantes, abogados,
médicos y hombres de letras, egercia en el
ayuntamiento el poder absoluto con el mayor
atrevimiento, contenia los ardores de la Gréve,
se ocupaba del arribaje de granos, de la dis-
ciplina que habia de imponerse al desórden,
pareciendo echar en olvido á la monarquía
ausente, á los tribunales mudos, al intendente
desaparecido y á todos los antiguos poderes
heridos, ó de estupor ó de muerte.

Al entrar los diputados en París, queda-
ron vivamente sorprendidos del espectáculo
que á su vista se les presentaba: millares de
ciudadanos les aguardaban blandiendo las pi-

(1) *Proceso verbal de la Asamblea de electores*, t. I,
p. 294.

(2) *Annales parisienses*, núm. 1, p. 40.

cas, arma nueva, por largo tiempo desconocida en Francia, arma fácil de manejar y propia para las revoluciones que necesitan improvisar la guerra. Aquel bosque de picas, imagen espantosa, presentaba como un recuerdo de los combates de la antigua libertad y recordaba ante un palacio de rey, el terrible haz de los tiempos consulares. Por un contraste sorprendente, cien mil hombres mezclaban al aparato de desconfianza, la llama del entusiasmo, y los variados colores de una milicia naciente á la subordinación de una tropa disciplinada (1): vestían trage extravagante, el severo trage de las guerras civiles, pero bajo el equipage del soldado latía el corazón del paisano. Así que llegaron los diputados á la plaza de Luis XV, echaron pié á tierra, atravesaron el jardín de las Tullerías, y á su encuentro salieron al pórtico del palacio cuatro personajes de desaliñado exterior; eran estos, el abate Fauchet, Legrand de Saint-René, de Lentre y Duveyrier, enviados del comité permanente del ayuntamiento que vestidos con el trage lleno de polvo del día anterior, venían á hacer á la Asamblea los honores de la insurrección: elegidos del acontecimiento, usurpadores de la autoridad vacante, la manejaban dos días hacia con hábil energía.

(1) *Le point du jour*, núm. 25.

mandaban á las milicias, elegían empleos y daban órdenes: precedidos los diez y seis diputados de cuatro electores, se dirigieron al ayuntamiento en medio de las aclamaciones de numerosa multitud: «hacia ellos estaban tendidos todos los brazos: sobre ellos caían flores desde todas las ventanas; por ellos todos los ojos estaban anegados en llanto (1).»

Pero entre tanta embriaguez, no tenían mas que un pensamiento los jefes de la clase media; el de recordar á todos que existía un rey, porque ya empezaban á olvidarle.

El marqués de Lafayette fué el primero que usó de la palabra en el salon del ayuntamiento; despues de hacer una rápida narración de los sucesos de la mañana, exclamó: «El rey ha sido engañado, pero ya no lo es; conoce nuestras desgracias, y las conoce solo para impedir que se reproduzcan otra vez.» Habló en seguida Lally-Tollendal, orador fecundo, elegante y persuasivo que sabia prestar al cálculo el lenguaje del sentimiento, hábil con abandono; fingió admirar el buen orden de los parisienses, á fin de no tener que aconsejárseles; elogió la generosidad del rey de los franceses, la bondad de un príncipe que habia dicho: «Confío en vosotros,» y su-

(1) *Proceso verbal de la Asamblea de electores*, t. I, p. 446.

po fácilmente conmover los corazones: fué tan profunda la emocion que causaran sus palabras, que le coronaron de flores, conduciéndole despues á una ventana para presentarle á los espectadores que cubrian la plaza de Gréve; algunos echaron de ver las vicisitudes de la fortuna, que arrancaban aplausos á Lally en el sitio en que se erigiera el cadalso de su padre; pero no supo la multitud que sus clamores vengaban un suplicio.

Faltaba dirigir á los ciudadanos armados, y se les propuso por jefe al marqués de Lafayette nombrado por los electores: su busto, que regalára el Estado de Virginia á la ciudad de Paris, se hallaba espuesto á todas las miradas, al lado del de Washington en la sala del ayuntamiento, teatro de tanto número de variables escenas. La misma mañana, como tratasen los electores de reemplazar al duque de Aumont que rehusó el mando de la milicia parisiense, Moreau de Saint-Mery señaló con el dedo sin decir nada; el busto de Lafayette, á cuyo ademan todos los electores reunieron sus voces á las del compañero de armas de los americanos (1). Confirmóse aqui la eleccion con aclamaciones, y Lafayette respondió haciendo un saludo con la espada. ¿Qué sucesor se daría al corregidor? Pero oyéndose el grito de

(1) *Proceso-verbal de la Asamblea de electores*, t. I° p. 442.

¡Fuera corregidores, queremos alcalde de París! (1), repitieron los presentes: «¡Si, si, alcalde de París!» y acto continuo se vió en la cabeza del modesto Bailly una corona que tenía el arzobispo de París (2), prelado que, ansioso de asociarse á los honores de tan afable popularidad obtuvo de la Asamblea que se dirigiese á Nuestra Señora, haciendo así redundar en provecho de la Iglesia las impresiones de tan memorable día.

Victorioso el pueblo, hubiera perdido con gusto el recuerdo de una monarquía que no se ostentaba; pero la clase media necesitaba traer á la memoria su imájen viva: temblaba porque el triunfo de los arrabales se desarrollase en términos de constituir la anarquía; temía en todas ocasiones por su propia dominación, y cuanto menos miedo aparentaba tener el pueblo, tanto mas miedo se tenía á él: en su Versailles, entre los suizos, soldados húngaros de á caballo, y dragones de Besenval, solo tenía un prestigio la corona á los ojos de la multitud; el prestigio de la espada; pero á los ojos de los propietarios, el rey permanecía supremo jefe del orden: detrás del representante de la fuerza que tiraniza, buscaban, querían salvar y aun popularizar al

(1) *Ibid* p. 460.

(2) *Ibid*, t. I, p. 461.

representante de la fuerza que conserva.

Tomada como lo estaba la Bastilla; qué cosa mejor calculada que llevar á Luis XVI ante los parisienses, de modo que pareciese aprobar su derrota, de aceptarla noblemente, de estampar en ella el sello real? Débil príncipe que, vencido, iba á prestar apoyo á las medidas tomadas despues de la victorial

Al regresar á Versailles los diputados de la Asamblea no dejaron de asegurar que la capital ansiaba por momentos ver al Rey; de esto habló Bailly el dia 16 á Vicg d'Azir, médico de la Reina, y á eso de las ocho de la noche le mandaron á l' Œil-de-bœuf. El nuevo alcaide de París halló el castillo lleno de gente, los cortesanos alarmados, el rey curioso de conocer el estado de París y dispuesto á dirigirse allí siguiendo en esto la opinion de Bailly. Hablando del gobernador de la Bastilla, exclamó Luis XVI: «¡Ah! ¡bien merecida tiene la suerte que le ha cabido! (1)» lo cual equivalia á condenar á muerte por segunda vez al desgraciado de Launey. Sirviendo á los reyes se hace uno acreedor al odio del pueblo si se obtiene feliz éxito, al odio del monarca si son malos los resultados, y generalmente á ambos á dos.

Declarada inseparable en la Asamblea la

(1) *Memorias de Bailly*, t. II, p. 42.

vuelta de los ministros del perdón de Necker (1), era aquella objeto de deliberaciones interrumpidas á cada momento por mensajes sucesivos que anunciaban las dimisiones de Barentin, del mariscal de Broglie y de Villedeuil. cuando por fin el Rey anticipándose á los consejos de la Asamblea, la hizo tomar una carta que contenia el llamamiento de Necker, carta cuyo sobre estaba despegado, como si hubiese temido el monarca la insuficiencia de su real palabra. Sensibles los miembros de la Asamblea á tal deferencia, enviaron una diputacion encargada de dar gracias á Luis XVI, y acordaron á su vez escribir á Necker. Redactose en seguida la carta, y en ella se leian estas palabras, en las cuales se reconocia la pluma complaciente de Lally-Tollendal y ponian á los piés de un hombre la dignidad de un gran pueblo: «Señor, la Asamblea nacional solicita de vos que os rindais á los deseos de Su Magestad: vuestros talentos y vuestras virtudes no podian recibir recompensa mas gloriosa, ni ayuda mas poderosa: justificareis nuestra confianza y no preferireis vuestra tranquilidad á la tranquilidad pública... todos los momentos son preciosos: la nacion, su Rey y sus representantes, os esperan (2).»

(1) *Le point du jour*, número 26.

(2) *Monitor*, sesion del 16 de julio de 1789.

Un message del principe hizo presente á la Asamblea que al dia siguiente iria Luis XVI, á Paris, Luis XVI, el cual, antes de resolverse á una marcha tan llena de escabrosidades y de peligros, y que, segun Necker iba á ser una señal pomposa de la caida, ^o del hundimiento de la autoridad real (1), reunió consejo, en el que unos le rogaban que saliese de Versailles, que fuese á la cabeza de sus tropas á hacer acampar la monarquía en cualquiera otro punto de su reino, y otros le aconsejaban que tranquilizase á Paris, partido contra el que María Antonieta se pronunció abiertamente; y cuando vió que se iba á adoptar, sacó de sus estuches los aderezos de diamantes, los puso en un cofrecito que debia llevar en el coche (2) y mandó á madama Campan que la ayudase á quemar una multitud de papeles. Por lo que hace á Luis XVI, oyó misa, recibió la comunión, y como si marchase al suplicio, entregó á su hermano el conde de Provence un escrito que contenia su nombramiento de teniente general del reino (3).

En la mañana del 17 de julio, partió Luis XVI acompañado del mariscal de Beau-

(1) Necker, *de la Revolución francesa*, t. I, segunda parte.

(2) *Memorias de madama Campan*, t. II, p. 51.

(3) Beauchamp, *Vida de Luis XVIII*; citado por monsieur Labaume, t. III, p. 257.

van, de los duques de Villeroy y de Villeguier recibiendo tambien en su coche á dos grandes señores populares, el conde de Estainig y el marqués de Nesle. Habia decretado la Asamblea el dia anterior que doscientos cuarenta individuos suyos, se unirian al Rey, menos para hacerle honor, que para servirle de amparo y de defensa (1); pero él, incapaz de comprender hasta qué punto le queria vivo la clase media y que fuese un fantasma necesario, avanzaba en direccion de París con el corazón profundamente turbado: aun cuando su semblante estuviese sereno, una indómita pesadumbre daba alteracion á sus miradas; tenia la palidez de su corage. Como fuesen al paso los caballos, el viage se hizo con siniestra lentitud: de todas partes acudian los labradores de las aldeas vecinas armados de dallas ú horquillas y se confundia con la escolta, compuesta hasta Sevres de la milicia de Versailles y desde Sevres, de la milicia de París: porque el Rey debió alejar á sus guardias de corps no atreviéndose á hacer á los parisienses la ofensa de presentarse asustado.

Entretanto María Antonieta, se entregaba á la desesperacion en su palacio poblado de imágenes fúnebres por sus terrores; veia ya al rey, cogido en rehenes, muerto quizás, y

(1) *Memorias de Bailly*, t. II, p. 45.

con mano trémula escribió un discurso que se puso inmediatamente á recitar paseándose con agitacion convulsiva: Si no volvía el Rey, se dirigiria á los Estados generales, allí presentaria á sus hijos como en otro tiempo Maria Teresa presentó á los suyos á los Húngaros, y les daria aquel discurso cuya primera frase que repetia en medio de los sollozos, estaba concebida en estos términos: «Señores, vengo á entregaros la mujer y la familia del soberano; no sufraís que desuna la tierra lo que el cielo ha unido (1)» Desierto, silencioso, estaba el palacio de Versailles; los cortesanos habian emprendido la fuga, y habiendo mandado la reina á buscar á personas de su servidumbre, á amigos del dia anterior, se encontraron candados en sus puertas (2).

Sin embargo, avisados desde la noche de que el Rey vendria á presentarse al ayuntamiento, el comité permanente de los electores dió sus órdenes á todos los distritos, y á las ocho de la mañana, ciento cincuenta mil ciudadanos armados (3) colocados en dos filas, cubrian la línea que se estiende desde la plaza de Grève hasta la barrera de Passy. A

(1) *Memorias de madama Campan*, t. II, p. 57.

(2) *Idid.*

(3) Carta al marqués de Luchet.

las tres llegó el rey á las puertas de París (1) con melancólico semblante; su tristeza creció al ver aquella larga hilera de soldados nuevos, de soldados que llamaban ciudadanos; al divisar aquellas banderas de tafetan azul, encarnado y blanco que brillaban por la primera vez (2); y al acercarse en fin á aquel inmenso pueblo, adornado de cucardas desconocidas, y al observar que no le acogia con los clamores acostumbrados, alargando Bailly á Luis XVI en una fuente de plata sobredorada las llaves de la ciudad, le dirigió una corta arenga que caracterizaba en gran manera la situación: «Señor, traigo á Vuestra Magestad las llaves de su buena ciudad de París, las mismas que se presentaron á Enrique IV: este reconquistó á su pueblo, aquí el pueblo ha reconquistado á su rey (3).» Rudas, tosecas palabras, que por lo demás fueron perfectamente justificadas con la marcha de Luis XVI á través de la capital armada! Apoyado en la barra de su carruaje, paseaba á derecha y á izquierda miradas de admiración; escuchando el silencio de la multitud, interrumpido de vez en cuando

(1) *El Amigo del Rey*, etc., cuarto cuaderno, capítulo LIV, p. 36.

(2) Carta al marqués de Luchet.

(3) Véase en las *Memorias de Bailly*, la historia de esta célebre frase. t. II, p. 60.

por el único grito de *viva la nación!* (1): veía pasar delante de sí los cañones sacados de la Bastilla y cogidos á los inválidos (2) llevados por las guardias francesas, guardias ya del pueblo: precedido así Luis XVI de aquellos gloriosos desertores cuya protección era para él un insulto, rodeado así de los miembros de la Asamblea y de las milicias de la clase media, se asemejaba á aquellos reyes del Asia cuyos triunfos coronaban los romanos.

Pasando el Rey por el Puente-Nuevo debió consolarse poco á poco al ver los ramilletes de flores que las mujeres del pueblo habían colocado á la entrada y á la luz de cada cañon (3), idea encantadora, magnífica, que de amenaza de guerra hacia símbolo de amor; pero en la plaza de Gréve tuvo que contemplar una rara y estraña ceremonia. Como hemos dicho, la mayor parte de los revolucionarios estaban afiliados á las sociedades secretas de la francmasonería; y cuando en una logia se presenta un hermano estraño como visitador, si está revestido de altos grados, los individuos de la logia se ponen donde debe pasar y uniendo las espadas por encima de la

(1) *El Amigo del Rey*, etc. cuarto cuaderno, c. LIV-p. 39.

(2) *Memorias de Weber*, t. I, p. 398.

(3) *Historia de la revolucion por dos amigos de la libertad*, t. II, p. 106.

cabeza, forman lo que se llama el arco ó *bóveda acerada*: este singular honor hicieron á Luis XVI en el momento en que se apeó para subir las gradas del Ayuntamiento: con paso firme se adelantó, bajó aquel toldo de hojas cruzadas, y entró en el salon en medio del estrépito de los aplausos; allí debió escuchar sobre un trono el proceso-verbal de los trabajos del cuerpo municipal; allí debió dar la aprobacion del silencio á la formacion de la milicia urbana, á la orden de demoler la Bastilla, al nombramiento de Lafayette y al de Bailly; allí, en fin Moreau de Saint-Méry le dirigió en un discurso lisonjero, estas palabras de hombre libre (1): «A vuestra cuna debiais la corona; ahora no la debeis sino á vuestras virtudes.»

Aun no habian conseguido su objeto los principales gefes de la clase media, de Mounier y Lally Tollendal; habian concebido la atrevida esperanza de rendir homenajes al príncipe monárquico de los mismos éxitos de la democracia. Ethis de Corny, antiguo compañero de Lafayette en América, se apre-

(1) Carta manuscrita de Robespierre, que forma parte de la coleccion que se nos ha confiado.—Esta carta no tiene fecha, pero es evidente que se escribió el 23 de julio porque Robespierre menciona en ella la muerte de Foullon como acaecida la vispera, es decir, el 22 de julio de 1789.

auró á proponer se erigiese un monumento á Luis XVI, regenerador de la libertad francesa (1), en el sitio que ocupara la Bastilla; injusta apoteosis, burlesco, insolente tributo de reconocimiento que tendia á quitar á los vencedores todo el mérito de la victoria para condecorar con él al vencido. Dos veces quiso hablar Luis XVI, y otras tantas quedó suspensa la palabra en sus lábios, ya porque se sintiese humillado por un entusiasmo de que era mas bien juguete que objeto, ó sea porque las emociones de aquel dia hubiesen agotado en él las fuentes del pensamiento: pero no dejó Lally Tollendal de suplir la insuficiencia del monarca; y dijo al pueblo presentándole el príncipe: «Aquí teneis el Rey que con tanto ardor deseais ver en medio de vosotros;» y dijo al príncipe enseñándole el pueblo: «Aquí teneis el pueblo calumniado que os ama (2).» En tonces presentando Bailly al rey una cucarda (3), este la tomó, se la puso en el sombrero, y despues se asomó á una ventana de ayuntamiento. Una impaciente multitud cubria la plaza de Gréve, al ver el pueblo el sombrero que movia Luis XVI una cucarda que ningun rey de Francia habia llevado, estalló

(1) *Memorias de Lallé-Tollendal*, p. 75.

(2) *El Amigo del Rey*, etc., cuarto cuaderno, capitulo LIV, p. 42.

(3) *Ibid* p. 43.

FRANCESA.
en estrepitosos trasportes; pero lo que saludaba no era la personificación de la dignidad real sino los colores de la insurrección.

Tal fué el día del 17 de julio de 1789, en el que tuvo lugar una consagración que eclipsaba á la de Reims. Acababa de desaparecer el soberano feudal y ya no quedaba en Francia mas que un monarca, gefe de la clase media. Algunos creyeron que la revolucion habia terminado... ¡la creían terminada cuando París se estremecía! ¡cuando habia llegado la exaltación hasta el punto invasor de relucir las cucardas puestas en estolas, de llevar fusiles los capuchinos (1) y espadas las doncellas! No, no, una vez sublevada la mar no es tan fácil de contener! Un secreto presentimiento le advirtió sin duda á Luis XVI; porque no se abrió su rostro, no se ensanchó su corazón hasta que, libre de las ovaciones de la capital, así que llegó á Sevres, reconoció á sus guardias en la montaña.

Al llegar á oídos de María Antonieta la nueva del inesperado regreso, corrió á echarse á los brazos del rey; pero, como viese en su sombrero la cucarda revolucionaria, retrocedió tan humillada como sorprendida, y llena

(1) Carta manuscrita de Robespierre, arriba citada.—
Formaba este parte de la diputación que acompañó al
rey.

entonces de soberbia y de desprecio, dijo (1):
 «No crei haber dado la mano de esposa á un
 plebeyo.»

FIN DEL TOMO SESTO.

(1) Mercier, *Nuevo París*, t. II, cap. LXVIII, p. 180.

TABLA

De las materias contenidas en el tomo sexto.

CAPITULO NUEVE.

Se recurre á la fuerza.

	PAGE.
Temores de la clase media victoriosa.	
—Lenguaje singular de Mirabeau.	
—Hambre en París.—Sospechas de Marat.—La Asamblea nacional ante el problema del hambre; sofocada acusación contra los monopolistas.	
—Heróicas preocupaciones del pueblo.—Soldados libertades por el pueblo.—Luis XVI, abandonado por la nobleza, escogido por la clase media.—El rey de los propietarios.—Prepárase la guerra civil.—Conciliábulo de Montrouge.—Complots de la corte denunciados por Mirabeau.—La clase media trata de poner á Luis XVI contra el partido	

de la reina; ceguedad de Luis XVI.	
— Campo de batalla al rededor de	
Paris.—Dumouriez en Caen.—La	
corte y el Club Breton.—El duque	
de Orleans ante los orleanistas; ini-	
cuos ardides; escena nocturna.—As-	
pecto de Paris amenazado.—Falso	
sueño de Luis XVI,	5

CAPITULO DIEZ.

General desasosiego:—Vuelta de Ne-	
cker.—Cuadro de Paris sublevado.	
—El abate Gregorio.—Declaracion	
de la Asamblea Nacional.—Herois-	
mo del pueblo, su desinterés, des-	
confianzas que le calumnian.—Es-	
traña dictadura nacida de los acon-	
tecimientos.—Por qué se establece	
la clase media.—Maniobras artifi-	
ciosas del corregidor, presidente del	
ayuntamiento.—Carta caracteristica	
del baron de Besenval a la condesa	

ulia. — El pueblo es engañado; su indignación. — Distribución de pólvora en el ayuntamiento. — Noche del 13 de julio de 1789. 43

CAPITULO ONCE.

Toma de la Bastilla.

Descripción de la Bastilla; su régimen interior. — Gran preocupación del pueblo. — Agitación de París. — Custodia de los Inválidos. — Negociaciones preliminares. — La Bastilla es sitiada. — Traición falsamente atribuida al gobernador. — Lúgubre entusiasmo y heroísmo del pueblo. — La señorita de Monsigny. — Cruel incertidumbre de de Launey. — Capitulación. — El pueblo en la Bastilla. — Muerte de de Launey, de Person, de Miray, del mayor de Lonne. — Admirable sacrificio. — La clase media en el ayuntamiento. — Por qué fué muerto Flesselles. — Generosidad

de los vencederos.—Los suizos festejados en el Real-Palacio.—París en la noche del 14 de julio.—Sospechas de Marat.—Exaltacion universal. 79

CAPITULO DOCE.

Luis XVI, rey de la clase media.

Noche del 14 de julio de 1789 en Versailles.—Sesion del 15 de julio.—Secretas disposiciones de la Asamblea.—Escenas de la corte de mármol.—Aspecto de París armado.—Viage de Luis XVI á París.—Miras de los principales gefes de la clase media.—Maria Antonieta permanece en Versailles.—Luis XVI en el salon del ayuntamiento; es consagrado rey de la clase media.—Verdadero carácter del dia del 17 de julio de 1789. 135

FIN DE LA TABLA.

HISTORIA
DE LA
REVOLUCION FRANCESA.

THE

ALMA

OF THE UNIVERSITY OF

CHICAGO

HISTORIA
DE LA
REVOLUCION FRANCESA.
POR
LUIS BLANC.

Version libre

por Luis Cortés y Súaña.

TOMO VII.

Madrid:

—
IMPRESA DE DON GABRIEL GIL,
PRINCIPE, 14, BAJO.



CAPITULO XIII.

Primera emigracion.

La princesa Adelaida y la Reina. —Partida nocturna de la familia Polignac. — Salida de los principes; fuga secreta del conde de Artois. — Aislamiento de Luis XVI. — Efecto producido por la primera emigracion. — Tentativa de regicidio. — Calumniosas imputaciones. — Historia de Dubois. — Papel del duque de Orleans despues del 14 de julio. — Papel del conde de Provence.

La toma de la Bastilla tuvo por consecuencia singular hacer á Luis XVI, Rey de la

~~esta~~ media; resultado que favoreció poderosamente una circunstancia, tal fué, la primera emigracion.

En la noche del 16 al 17 de julio, madama de Polignac, disfrazada de camarista, subia en la delantera de una berlina que iba á llevarla lejos de Francia. ¿Por qué aquella marcha precipitada? ¿por qué aquellos misteriosos preparativos? Ya hemos dicho la tierna amistad que mediaba entre la reina y madama de Polignac, amistad que aun cuando hubiese tenido algunos nublados, se habia asegurado con una grande comunidad de dolores, pero estaba demasiado irritada la opinion para que María Antonieta no fuese, tarde ó temprano obligada á renunciar al encanto mas amargo á la vez y mas dulce de su vida. Despues del 4 de julio, madama Adelaide, primogénita de las tias de Luis XVI, se acercó á la reina (1); la hizo presente que habia llegado la hora del sacrificio; que la presencia de la duquesa en la corte seria muy peligrosa; que iban á llegar dias tristes en que las grandes afeciones necesitarian mucho valor. Apoyada María Antonieta por el baron de Besenval (2), quien no creia indispensable el voluntario

(1) *Secreta correspondencia de varios grandes é illustres personages á fines del siglo XVIII*, p. 107.

(2) *Ibid.*, p. 102.

destierro de la favorita, rechazó desde luego la idea de una separacion á la que no estaba preparada su alma; pero no se incomodaron en alarmarla con la suerte de la que amaba, y entonces ella misma descaba por momentos la foga. Tan activa y tan imperiosa era la vigilancia ejercida al rededor de los príncipes, que María Antonieta no se atrevió á asistir á la marcha de su amiga (1), y la escribió estas palabras en que se revelaba la turbacion y el desorden de un corazon desgarrado: ¡A Dios, mi mas tierna amiga. Cuán horrible es esta palabra! pero es necesario. ¡A Dios! No tengo fuerza mas que para abrazaros (2).» Raras miserias de las situaciones elevadas! Esta reina que, aun el dia anterior, hallaba á la Francia demasiado pequeña para su orgullo, y á la monarquía con leyes demasiado limitadas para su deseo, ahora se veia reducida á los cuidados de una desesperacion clandestina y á la humillacion de ocultar sus lágrimas!

Temiendo ser reconocidos juntos, partian en direccion á la Suiza, el duque y la duquesa de Polignac, la duquesa de Guiche hija de estos, la condesa Diane y el abate de Baligneville; evitaron estos el peligro que corrian, pe-

(1) *Memorias de madama Campan*, t. II, cap. XIV, p. 53.

(2) *Memorias de VVeber*, t. I, cap. IV, p. 307.

ro las exclamaciones y los gritos de odio les persiguieron en su incógnito hasta la frontera, y al rededor del carruage en que iban, oyeron preguntar si los Polignac estaban siempre cerca de la reina (1).

Otros personajes, mas elevados sino mas impopulares, dejaban al mismo tiempo á Versailles y á la Francia, los cuales fueron, ademas de los ministros del golpe de Estado abortido, el príncipe de Condé, el duque de Bourbon, el duque de Enghien, el príncipe de Conti, y finalmente el propio hermano de Luis XVI, conde de Artois.

Este último, cuya vida se creia amenazada, se escapó del palacio de Luis XIV, como un criminal que se libra de la justicia, no partió hasta el despuntar del alba (2), á fin de burlar mejor la vigilancia del pueblo, atravesó en silencio por la ciudad adormecida y fué al alcance de un regimiento que debia proteger su fuga: le creian blanco de tan terribles enemistades, que hasta cierta distancia hicieron escoltar sus carruages con dos piezas de artillería (3), y se dirigió á Turin.

Como se vé, de los mismos pasos del trono, vino la señal de la emigracion de los no-

(1) *Memorias de madama Campan*, t. II, cap. XIV, p. 55.

(2) *Memorias de VVeber*, t. I, cap. IV, p. 394.

(3) *Ibid*, p. 395.

bles, esto es, de príncipes de sangre, de los cuales los primeros osaron avisar á la Europa que la regeneracion de la Francia les era mortal, y que á sus ojos no podia estar la patria donde aparecia la libertad.

Quedó, pues, solo Luis XVI en su palacio desierto; un rasgo bastará para pintar la situacion en que le ponia semejante abandono. Cuando sus servidores le vieron en aquella soledad, olvidaron hasta tal punto el respeto que para con él tenian, que un dia vió Besenval á uno de ellos leyendo por encima de los hombros de Luis XVI lo que este escribia (1). Asi, á los atrevidos complots y á las fiestas amenazadoras se sustituyeron aposentos cerrados constantemente, salas mudas, soldados de dudosa fidelidad interrogándose en las puertas, una reina gimiendo á solas, y criados insolentes al rededor de un monarca abandonado.

Tambien fué juzgada de diverso modo la conducta de los príncipes por los realistas, aquellos que violentamente irritados de las concesiones de Luis XVI, comenzaban á colocar todas sus esperanzas en los reyes de Europa, se jactaron de ello: pero al lado de aquellos ciegos entusiastas de la emigracion, estuvieron los que la miraban como una felonía. ¡Có-

(1) *Memorias de Besenval*, t. II, p. 368.

mo! ;Cuando el trono necesitaba mas que nunca que se le defendiese, le dejaban espuesto á los golpes de sus enemigos! ;Qué habia que pedir á la proteccion de los subalternos, cuando los miembros de la familia real, los gefes de la nobleza no vacilaban en dar ejemplo de desercion? Si era cierto que la tempestad fue inevitable, al menos el honor mandaba que no se le persuadiese demasiado pronto: por otra parte, ;huyendo de ella, era menor el peligro que combatiéndola?

No se limitaron á estos razonamientos, y bien pronto á extraordinarias sospechas agregaron una imputacion, grave, temible. Como suele suceder, primeramente hablaron en voz baja, con misterio; despues ya no tuvieron tanto escrúpulo, y últimamente, viniendo la licencia de los tiempos en ayuda de la osadía de los enemistados, se despojaron de todo recato, de todo comedimiento. Entre las acusaciones que nacen de las discordias civiles, á muchos se les condena de antemano al olvido: pero la acusacion de que hablamos encontré muchos crédulos ingenios; ella caracteriza muy bien la estension de la desconfianza que inspiraba la faccion de los intratables realistas á los partidarios de Luis XVI; ella, en una palabra, queda muy adelante en la memoria de ciertas familias para que nos sea lícito pasarla en silencio.

Hé aquí el hecho, tal como se conviernen en presentarle, salvo algunas variantes en circunstancias accesorias, varias narraciones realistas (1) y un manuscrito cuyo autor recibió los detalles de un amigo del conde de Estaing, con quien se encontró preso en la conserjería ó sea la cárcel real de los Parlamentos (2).

Los fanáticos de contra-revolucion ponian al mismo rey en el número de sus mas crueles perplejidades: todo en él les hacia obstáculo y les parecia funesto: su repugnancia en adoptar las últimas medidas, sus dudas, sus bruscas y repentinas vueltas, el sello vulgar con que estampaba á la Magestad Real, su inclinacion á escuchar de lejos los rumores de la popularidad, su imposibilidad en ser el verdadero jefe de la alta nobleza; con todo, en el alma de unos luchaba el descontento y el disgusto con un resto de respeto, fruto de la educacion monárquica; pero otros no conocian límites en su desafecto, porque no le conocian en sus temores.

En lo mas fuerte de tales recelos mal di-

(1) Y un folleto de ocho páginas publicado en 1789, que, probablemente le lanzó á la luz pública el partido orleanista, porque termina con estas palabras: «¿Cuándo no tendremos que elogiar mas que á príncipes dignos de nuestro amor, de nuestro respeto y de nuestras alabanzas, tales como nuestro augusto monarca y su ilustre pariente monseñor duque de Orleans?»

(2) Manuscrito de M. Sanquaire-Souligné.

simulados, el conde de Estaing barruntó una trama espantosa: resolvieron que, aquella noche, á hora determinada, asesinarían á Luis XVI siendo un gran personaje de la corte el que debía guiar al asesino. El primer movimiento del conde de Estaing fué de incredulidad; pero insistían y no creyó de su deber callarse ni abstenerse. Se dirige á Luis XVI, le da parte de lo que acaba de oír, y pide al instante autorizacion para pasar la noche en la primera ante-cámara, á lo que accedió el rey, sin dar fé á la realidad de los peligros que inquietaban al celo del leal guerrero.

Sin embargo, la sombra y el silencio penetraron en el castillo; Luis XVI se acostó á la hora que tenia de costumbre, y el conde de Estaing, colocado en su puesto interior, reflexionaba con dolor sobre las consecuencias, cuando de repente se dejó oír un ruido de pasos y de voces sufocadas. Dormía profundamente Luis XVI; despertado por su leal custodio permanece un instante como herido de estupor; despues, lleno de cólera, pálido de indignacion, se levanta impetuosamente, desvia al conde que en vano trata de contenerle, y corre á la puerta que él mismo abre con violencia.

Esta repentina aparicion, esta cólera inesperada, la presencia del conde de Estaing desbarataron el complot; se añade á esto que un

incógnito armado de un puñal cogido en palacio, confesó el proyectado crimen y desconfiaron de él secretamente, bien para impedir importantes revelaciones ó bien para evitar un escándalo cuyas consecuencias eran difíciles de prever.

Para declarar absolutamente la narracion de aquella odiosa tentativa á pesar de los graves testimonios sobre que reposa, seria menester olvidar que los anales de los tribunales estan llenos de semejantes maldades; seria preciso ignorar que nada es imposible al frenesí de la ambicion, al delirio del orgullo, á la cólera de los alarmados intereses, en aquellas soberanas regiones en que los crímenes toman tan fácilmente el nombre de golpes de Estado! Nadie duda que tuviese Luis XVI á su alrededor hombres que creian fatal su existencia á la monarquía. ¿No convocó á la Asamblea nacional? ¿No titubeaba en deshacerla? Convenian en que se cambiase su debilidad en violencia, pero ¿qué se podia esperar de un ingenio flotando continuamente entre las resoluciones de la víspera y las influencias del dia siguiente? No obstante, ¿no era un interés mediano el que se trataba de defender, ó mejor dicho, el que se trataba de salvar á toda costa? Eran dignos pues los destinos de la alta nobleza y la suerte de tantas familias ilustres de que se les dejase á merced de una in-

consecuencia, de un nuevo consejo, de un capricho de la debilidad, de un arrepentimiento?

Así hablaban los fanáticos, y lo cierto es que entre los realistas adictos á Luis XVI, creyeron muchos que efectivamente habian sido amenazados los dias del monarca por un abominable complot; otros que iban mas lejos, no tuvieron reparo en ascender el ultraje de la sospecha hasta el mas jóven de los hermanos de Luis XVI (1); pero aqui es donde se manifestaba la inverosimilitud, vecina y compañera del absurdo.

Las estúpidas preocupaciones de que estaba imbuido el conde de Artois, la vanidad de raza que su incapacidad trasformaba en derecho, le llevaban naturalmente á conspirar contra la libertad de los pueblos, pero esta era la única conspiracion en que se pintaba solo: inclinado constantemente el conde á los atractivos de los fáciles placeres, amable con frivolidad, de oscura inteligencia, de corrupcion de costumbres pero no sin mezcla de gracia y de generosidad estaba tan poco hecho á cosas de grandes proporciones, fuesen crímenes ó virtudes, que su habilidad en los ejercicios del cuerpo le habia dado suficiente gloria y á

(1) Véase un folleto publicado en 1789 con el título de: *El sacrilego Fratricida*.

los veinte y tres años, discípulo del acrobata ó volatinero Plácido, ambicionó los talentos del bailarín de maroma (1): mas allá de cierto límite se necesita fuerza para el mal como para el bien, y el conde de Artois no tuvo nunca otra fuerza que la obstinación, esto es, la de la ignorancia cuando se agrega la sinceridad.

Por lo demás el ódio de los enemigos del duque de Orleans, se armó, hacia la misma época de una acusación no menos odiosa y no menos injusta. Decíase que habiendo tomado dos hombres juntos el camino de Turin, algunos días después de la marcha de los príncipes, uno de ellos echó de ver en casa de su compañero que se llamaba Dubois, señales de inquietud difícilmente contenida, pero á medida que avanzaban, mas viva era la emoción de Dubois, cada vez mas marcada la alteración de su rostro. Bien pronto, sea que un remordimiento turbase su razón, sea que fuese inepto para guardar uno de esos secretos que hacen brillar á la conciencia, dejó estenderse en palabras imprudentes, el motivo de sus angustias. Llegan á Chambery, donde el desconocido que habia observado á Dubois muy

(1) Pedro de Champrobert, el conde de Artois y la emigración p. 17.

detenidamente, le ofrece una cena, á consecuencia de la que le dieron horriboras convulsiones; acababa de ser envenenado.

He aqui lo que se cuenta primeramente; pero cuál era el secreto de ese Dubois? Qué iba á hacer en Turin? Por qué le habia envenenado su compañero de viaje? Se sostuvo sin que nunca haya duda alguna, prueba de tan horribles imputaciones, que Dubois era un miserable comprado por los Maquiavelos de la faccion de Orleans, para envenenar al conde de Artois; que el incógnito era un emisario encargado de vigilar la conducta del asesino y de sofocar en su muerte, si vacilaba, el peligro de su arrepentimiento; se sostuvo tambien que en el momento de espirar habia usado de este lenguaje; que acto continuo se habia entablado proceso-verbal de las declaraciones del moribundo; que, por último legalizado dicho proceso, se habia enviado á monsieur de Montmorin, el cual lo habia comunicado oficial pero secretamente el embajador de Francia cerca de la corte de Cerdeña (1).

Hay necesidad de hacer observar que, si

(1) Véanse la *Historia imparcial de las revoluciones de Francia*, t. I, p. 223, y las *Memorias particulares de Clermont-Gallerande*, t. II, p. 190 y 191 citadas por M. Pedro de Champrobert, en *el conde de Artois y la emigracion*, p. 162.

hubiese habido realmente pruebas, no se habría dejado de presentarlas? No solamente no tenia razon la corte para tener contento al duque de Orleans, sino que por el contrario tenia un manifesto interés en oprimirle. El conde de Artois, por otra parte, no poseia ese título de presunto heredero que llama á los golpes de la ambicion; saliendo del reino, no podia ser obstáculo sério para el duque de Orleans. Dónde pues hubiese estado el beneficio de atentado? Es uno de los tristes poderes del odio suponer fácilmente el crimen cuando debe ser provechoso; pero al mismo odio está prohibido creer en crímenes inútiles.

La verdad es que el duque de Orleans no tenia ninguna de las facultades violentas que engendran el furor de reinar, que le mantienen, que le esplican. En el mes de julio despues de la toma de la Bastilla convinieron el príncipe y sus afiliados en que se presentase en el consejo; que se propusiese como mediador; que en precio de su mediacion, pudiese la dignidad de teniente general del reino... y cuando se trató de ejecutar el proyecto, se turbó en términos que en vez de discurso preparado de antemano, pronunció estas humildes palabras: «Señor, en caso que los negocios se hagan mas pesados, mas molestos, suplico á Vuestra Magestad permita

que me retire á Inglaterra (1).» No tienen tanta timidez ni tanto pudor las pasiones profundas.

El conde de Provençe era príncipe en quien la sed de reinar era ardiente, pero de distinto modo: sino tuvo valor de ambicion, tuvo al menos su prevision y su tenacidad: atento y cuidadoso de sacar partido de las faltas de sus deudos, dejó á los Condé y al conde de Artois correr los riesgos de una primera emigracion, y esperó; lo cual al crearse prudentemente en el seno de la real familia una posicion particular y favorable, era obrar sin moverse; era ostentarse sin salir del medio dia.

Por lo que hace á las córtes estranjeras, se sobrecogieron de una especie de espanto profético, á la noticia de la soledad en que se hallaba el trono de Francia: no obstante, aun no habian formado el vasto complot de que la revolucion hizo la materia de sus triunfos. Pero, á la manera que se escucha el ruido lejano de una tempestad inevitable, escuchaban ya los reyes desde el fondo de sus palacios el ruido ó estruendo de nuestra gran contienda; parecian presentir que la Francia iba á ser en adelante encargada definitivamente de los ne-

(1) Véanse las diversas deposiciones, particularmente las de MM. de Virieu y Bergasse, en el *Proceso criminal*, relativo á los días 3 y 6 de octubre.

gecios generales de la humanidad. Glorioso presentimiento para nosotros que no ha engañado á la fortuna! porque aun hoy dia, es tal el soberano ascendiente de la Francia, que removiéndose conmueve, estremece á la Europa, y aun la inquieta permaneciendo inmóvil.



CAPITULO XIV.

Emocion de la Francia.

Humillacion de todos los antiguos poderes. — Lally-Tollendal y Robespierre. — Terrible situacion del pueblo. — Los diputados de la Asamblea nacional se arrodillan en la plaza pública delante del pueblo. — Homicidio de Sauvage; perdon concedido á Thomassin. — Muerte de Foullon. — Muerte de Berthier. — Verdadero carácter de estos acontecimientos. — Sensacion. — Proclamacion propuesta por Lally-Tollendal. — Raro papel de Mirabeau. — Advenimiento del cuerpo municipal. — Terror entre los nobles; movimiento de emi-

gracion. — Desconfianza del pueblo. — Complot de Brest; proposicion de Dupont; establecimiento de un comité de indagaciones. — Dos doctrinas en la Asamblea. — Vuelta de Necker; exceso y término de su popularidad. — Misteriosa aventura de Pinet; compañía de monopolistas. — Trágico fin del mayor Belsunce. — Revolucion en toda la Francia.

Los martillazos que demolian la Bastilla se oyeron en ambos polos de la Francia: fué inmensa la emocion en todas las provincias; pero antes de decir bajo qué diversidad de formas estalló la emocion, antes de referir como se mezclaron el entusiasmo y el terror hasta en los campos mas remotos, es menester concluir la pintura del cuadro que presentaba Paris, los últimos dias de aquel mes de julio tan glorioso al par que tan terrible.

Habiendo dado la dignidad real ejemplo de sumision, los antiguos poderes le imitaron; la Asamblea nacional, nueva magestad, tuvo como todas las magestades, cortesanos y adoradores: á sus pies vinieron á postrarse alternativamente el consejo, la contaduría mayor y la real junta de moneda. El Parlamento debió tambien humillarse; poco antes quiso levantar la cabeza, y la Asamblea con una sola palabra le habia echado á la nada; comprendió

que habian pasado para él los dias de orgullo; que tratando de reanimar los restos de su abatida autoridad, no haria sino profundizar su vergüenza, y se resignó: de esto se puede juzgar por la resolucion que tomó con motivo del viage de Luis XVI á París.

«El consejo ha acordado que el señor presidente se dirija al Rey á darle gracias por haber otorgado toda su confianza á los representantes de la nacion y por haber disipado la alarma de la capital, trayendo á ella con su presencia la tranquilidad y la seguridad. Asi mismo ha acordado que el señor presidente se dirija á la Asamblea nacional á fin de darle gracias por haber interpuesto su poderoso influjo con el Rey, para el restablecimiento de la paz en la capital.»

Habia lejos de aquel lenguaje las arrogantes palabras de la magistratura cuando esta se presentaba como la única y viva imágen de la patria. Pero no solo *hacia el Rey* era donde habia hoy que dirigirse sino *hacia la Asamblea nacional*, reunion de reyes; el parlamento que habia quedado visible al lado del trono, desapareció en la sombra de la Asamblea.

Asi que llegaron á su auge los representantes de la clase media, tenian que mantener su alma á la altura de su fortuna, lo cual fué gloria en unos y turbacion en otros.

En honor de la justicia debemos añadir,

que si la Asamblea era omnipotente para con los poderes de lo pasado, no lo era para con el pueblo que desde el 14 de julio se creia soberano; para con el pueblo cuya actitud tenia algo de indómito. Por otra parte, comenzaban á producirse los errores. «¡Respeto á la dignidad real sometida!» decia la clase media, porque buscaba garantías. «¿Qué otra cosa es la dignidad real, sino el mas brillante privilegio?» preguntaba el pueblo, porque buscaba la igualdad: de aquí resultó en la mayor parte de los miembros de la Asamblea nacional una disposicion invencible en alarimarse á los menores detalles de la vida popular. Borrarr la palabra *real* de cada bandera (1); beber en la nacion sin acordarse del Rey; perseguir con familiares amenazas toda lujosa librea; aplaudir al actor Dugazon cuando comparaba en las tablas á madama de Polignac, amiga de la reina, con la celebérrima favorita de Maria de Médicis (2);... todo esto no era mas que un juego para el pueblo, y motivo de terror y de espanto para la clase media.

En la sesion del 20 de julio se levantó Lally-Tollendal marcada la frente con el sello de profunda tristeza; acababa de rogar á sus colegas que tuviesen cuidado con las emociones

(1) *El Amigo del Rey*, etc., cuarto cuaderno, capítulo LVI, p. 55.

(2) *Memorias de Weber*, t. I, cap. IV, p. 396.

de la libertad: á pocos pasos del juego de pelota invadido con tanto atrevimiento, á algunas leguas de la Bastilla derribada, á presencia de enemigos que no tenían la espada en la vaina, acaba de decir que el gran riesgo del momento era el espíritu de revuelta; que los representantes de la nación no debían formar sino uno con el rey, padre de su pueblo y verdadero fundador de la libertad; que todo ciudadano debía estremecerse, debía temblar á la sola palabra de disturbios; que cualquiera que desconfiase de la Asamblea ó fuese infiel al rey, se le reputaría en adelante como mal ciudadano; que era menester poner á las manos de su juez natural á todo hombre sospechoso, acusado y arrestado; en fin, que las municipalidades esclairian de la formación de las milicias urbanas á los que eran capaces de perjudicar, de dañar á la patria (1); y Lally-Tollendal pedía con estos sentimientos que una solemne proclamación hiciese la ley moral del pueblo francés. Las provincias se agitaban; un molinero, llamado Sauvage, acababa de ser muerto en Poissy como monopolista; la villa de Saint-Germain estaba entregada al tumultuoso imperio de la carestía; Lally-Tollendal fué á los ojos de muchos de sus colegas orador de la salvación pública y estre-

(1) *Monitor*, sesión del 20 de julio de 1789.
TOMO VII. 3

pitosos aplausos saludaron su discurso. Nadie duda que su proyecto no habria sido admitido, «habiendo sacado casi todos los sufragios (1)» si los miembros mas enérgicos y mas acalorados del club Breton, si de Glaizen, de Blesan, Buzot, y especialmente Robespierre no hubiesen estallado. Este último era aun muy poco conocido (2), pero aquel dia se pudo adivinar que podria hacerse la autoridad de su palabra, y lleno de imperiosa admiracion, lleno de austera vehemencia «pues qué ha sucedido? exclamó, ¿qué autoriza M. Lally-Tollendal á tocar á rebato? ¿Se habla de motin! Este motin, señores es la libertad: no os engañeis; el combate no ha tocado á su fin. Mañana, quizá, se renovarán funestas tentativas; y quien las rechazará si de antemano declaramos rebeldes á los que se han armado para nuestra salvacion? (3).» El absoluto, el libre ademan de Robespierre, el fuego cubierto que brillaba en sus ojos, el movimiento convulsivo de sus delgados lábios, su rostro de terrible palidez, el llamamiento breve y amenazador que hacia á la fuerza del pueblo insultado, todo esto causó indudablemente en la Asam-

(1) *El correo de Versailles á Paris*, núm. 18, p. 301.

(2) Tan poco, que casi todos los periódicos de la época le llaman Robert-Pierre.

(3) Véase *el correo de Versailles á Paris*, núm. 18, p. 303 y 306.

blea profunda impresion, porque de repente cambió la escena de aspecto. Nadie se atrevió ya á sostener el proyecto de proclamacion, aplaudido al principio con increíble ardor. Cuando Lally-Tollendal trató de defenderse reinaba un silencio sepulcral al que despues substituyeron estrepitosos murmullos (1). «Caballero, le gritó una voz desde una tribuna; abuse vd. de su popularidad!» y él, sobrecojido de súbita turbacion, propuso modificar su proyecto, afirmando que habia estado muy lejos de su pensamiento atacar la conducta de los parisienses, y declarando que retiraba la palabra *rebeldes* (2); pero la Asamblea no se atrevió á resolver nada y envió el proyecto de proclamacion al exámen de las oficinas quienes le desfiguraron (3).

Hubiese sido, por lo demas, muy extraño que no se pensase sino en mantener al pueblo, cuando habia que sálvarle de la agonía del hambre; era esta la situacion mas dolorosa, mas irritante: todos los dias venian inesplicables escenas á espantar á los barrios populó-

(1) Este cambio repentino consta en el *Monitor*, en que, por lo demas, se ve la fisionomía de aquella sesion tan importante, no solo reproducida de una manera incompleta, sino alterada.

(2) *Correo de Versailles á Paris*, núm. 19, p. 319 y 321.

(3) *Ibid.*, p. 321.

sus de la libertad. En el arrabal de San Antonio, millares de hombres podian con triste desesperacion alguna ocasion de gloriosa lucha. «Morir para morir, decian, preferimos el cañon á la miseria (1);» hicieron circular listas de suscripcion; Caron de Beaumarchais dió doce mil libras á los pobres (2), y el arzobispo de París se tasó generosamente en veinte mil; pero estos esfuerzos particulares no servian sino para probar la impotencia de la caridad. El pan de cuatro libras estaba hacia algunos meses, á quince sols, y la Asamblea de electores le puso á dos sols y seis dineros. ¡Insolente, burlesco beneficio! la cuestion era poder procurarse pan por doce sols, y los pobres no podian porque les encubrian con bárbara mano las fuentes de la vida; porque monopolistas (3) á quienes nadie se atrevia á denunciar, maniobraban con toda comodidad valiéndose de la infamia y agotaban el crimen de su conspiracion de asesinos: ademas de esto, á tantos males, falsos rumores llenaban á la emocion de peligros imaginarios; se creyó que la abadesa de Montmartre habia consentido en que

(1) Relacion de Bessin, comandante de la milicia urbana del distrito de Saint-Mery, y procurador del Châtelet.

(2) Prud'homme, *révolucions de Paris*, t. I, p. 34.

(3) El mismo Montjoie lo confiesa. Véase el *Amigo del Rey*, cuarto cuaderno, cap. LVIII, p. 75.

hiciesen de su convento un misterioso arsenal (1); y se creyó tambien que se habia formado la trama de envenenar á los guardias franceses del cuartel de l'Oursine mezclando en su comida ó en su bebida drogas dañosas (2): de suerte que el pueblo se veia rodeado de enemigos; si prestaba oídos á las deliberaciones de la Asamblea nacional, le trataban de rebelde en premio de su heroica adhesión á la libertad; si dirigia la vista á su alrededor, no encontraba sino el espectáculo del hambre impresa con sello fatal en los rostros de los hijos y de las madres; si interrogaba á los rumores que provanían de arriba, no le traían mas que objetos de alarma, y si, cansado de tanta resignacion, esclamaba: ¡justicia! no habia un tribunal en que aun ocupase su puesto lo pasado, no habia un juez que pudiese ser acusado de connivencia ó tolerancia con aquellos á quienes era necesario castigar.

Acontecimientos van á oír mis lectores que quizá les abrirán el corazón; por poco que aprecien la equidad, les suplico que no olviden lo que precede.

Hemos hablado de la muerte del molinero Sauvage: pues bien; cuando este desgraciado parecia víctima de escitadas sospechas, se

(1) *Correo de Versailles á Paris*, núm. 16, p. 264.

(2) *El Amigo del Rey*, etc. cuarto cuaderno, c. LVI, p. 84.

advirtió á la Asamblea nacional que á un rico arrendatario de las cercanías de Saint-Germain le amenazaba igual suerte: este arrendatario, llamado Thomassin, habia sido señalado como monopolista, y precauciones insensatas que tomó acabaron de denunciarle; escoltándole por todas partes un soldado de á caballo (1), no dudaron ya, y resolvieron matarle: acababan de encerrarle en la cárcel de Poissy, á cuyo alrededor gritaba desaforadamente la multitud, cuando llegó una diputación de la Asamblea nacional impaciente por salvarle. Arenga el obispo de Chartres á aquella furiosa multitud, y la apacigua; pero como esclamase uno: «No han tratado de proteger á Sauvage porque era pobre; lo que quieren es salvar á Thomassin porque es rico,» á estas palabras, se despierta el furor de los recién llegados, invaden impetuosamente la cárcel, sacan de ella al preso y brillan las cuchillas. El obispo de Chartres se arrodilló en la plaza pública, y le imitaron los diputados, tendiendo todos hácia el pueblo las manos en acción de súplica; pero, á los gritos de: «No, no, es necesario que muera,» bañados los ojos en llanto, pidió el obispo de Chartres por última gracia que permitiesen á la víctima que se con-

(1) *Correo de Versailles á París*, núm. 15, p. 227.

sesase: un cura se acercó, el pueblo se enterneció y Thomassin fué salvado (1).

Pero, el mas detestado, el mas aborrecido de todos los hombres señalados en los resentimientos populares, era Foullon, hombre de carácter duro, de alma oscura y violenta. «Yo me acuerdo, dijo uno de sus fervientes apologistas (2), me acuerdo muy bien que, cuando se hablaba de admitirle en el ministerio, todos los arrabales se alarmaron. «Se prestaban las feroces palabras de: *Si yo fuese ministro, haria comer heno á los franceses*, y aun estas de: *Se deberia segar á París como se siega un prado*. ¿Soltó en efecto Foullon estas palabras dignas de la insolente crueldad de los antiguos emperadores de Roma? La mayor parte de los escritos contemporáneos (3) se le atribuyen, y no se le juzgó incapaz de haberlas pronunciado; se sostenia tambien que habia marchado con actos de concusion y de robo sus funciones sucesivas de intendente de ejército, de guerra, de marina y de la hacienda pública; que habia aconsejado la bancarrota; que se

(1) Relacion de Le Camus á la Asamblea nacional.

(2) *El Amigo del Rey*, etc., cuarto cuaderno, capítulo LVIII, p. 79.

(3) El primo Jacobo, p. 122.—*Sucesos de la semana*, hoja contemporánea.—Gorsas, correo de Versailles á París.—*Historia de la revolucion por dos amigos de la libertad*, t. II, p. 117.—Carta al marqués de Luchet, etc. etc.

había hecho un medio de opulencia de las desgracias públicas; que había especulado sobre la carestía: pero en justicia debemos añadir que ninguna de estas acusaciones se probó, no siendo contra él su fortuna, aunque muy considerable, suficiente testimonio (1). Lo cierto es que la revolucion tuvo derecho de contarle en el número de sus mas acérrimos enemigos: le conocían tambien en el consejo que, cuando se trató de oponer la fuerza al génio de la libertad, el mariscal de Broglie se apresuró á pedirle por aliado. No aceptó Foulton un peso de que se asustaba su vejez; pero dió consejos, terribles consejos; segun él, al rey solo le quedaban dos partidos que tomar: ó echarse perdido en brazos de la revolucion, ó abatirla de un solo golpe (2). En este último caso no había que perder un momento; era menester dirigirse á los principales conductores, darles jueces; era necesario matar la revolucion, asestando á su cabeza. Aquellos á quienes había amenazado Foulton, no tar-

(1) De una nota detallada que nos ha remitido la familia de M. Foulton, y que hemos consultado con suma desconfianza, como era de nuestro derecho y deber, resulta que la fortuna dejada por M. Foulton á sus hijos no igualaba lo que hubiesen representado el capital y los intereses capitalizados, á lo que pasaba en 1787.

(2) Véase en las *Memorias de madama Campan*, lo que cuenta esta de las dos memorias que Foulton había presentado al rey.

daron en saberlo, y desde entonces, se extendió su sentencia.

Después de la toma de la Bastilla comenzó á rugir á su alrededor la tempestad de un modo tan amenazador que el 16 de julio fué á tomar un pasaporte á su seccion: en esto, por lo demas, no habia hecho sino ceder á las súplicas de su nuera (1), y, cuando al otro dia le instó á que se refugiara en Moulins, rehusó partir, engañado por las ilusiones de su conciencia ó de su orgullo.

Sin embargo el peligro crecia de hora en hora; el 17 de julio, como se ha visto, habia venido Luis XVI á Paris á contraer alianza con la clase media: habia consentido en adornarse con los colores de la insurreccion; la derrota del partido feudal era completa, evidente, irreparable: Foulon se sentia conmovido: la muerte de su ayuda de cámara, acaecida entretanto, le sugirió la idea de una estratagemia propia para burlar la cólera de sus enemigos y la venganza del pueblo, haciéndose pasar por muerto (2). Salió de Paris el 19 de

(1) Nota remitida por la familia de Foulon.

(2) En la nota remitida por la familia de Foulon, se niega este hecho pura y simplemente; lo que no nos impide tenerle por verdadero:

1.º Porque la mayor parte de los escritos contemporáneos lo afirman;

2.º Porque ni aun lo niega Montjoie, quien le apelli-

julio, y al amanecer del 20 estaba en casa de M. de Sartines; en Viry, pueblo situado en el camino de Fontainebleau, al salir de su castillo de Morangis á donde se habia dirigido primeramente, dejó mandado que le enviasen sus cartas; en el acto se las llevó su postillon á Viry, pero quien las recibió fué un criado de M. de Sartines: además, se habia difundido de tal modo el odio que perseguia á Foullon, que en vez de remitirle el criado las cartas, corrió á llevarlas á Grappe, síndico del pueblo. Toca en seguida á rebato; acuden los labradores, y Foulton es descubierto y arrestado.

Los defensores de su memoria disputan el hecho de su arresto *por sus propios vasallos*: es cierto, no obstante, que sus tierras no estaban apartadas del sitio en que se apoderaron de su persona, y en el mismo Montjoie leemos esta confesion característica: «Se dice de él que era detestado de sus vasallos y es

da *innocente estratagem*a, cuarto cuaderno, cap. LVIII, p. 79;

3.º Porque fué tambien engañado allí el pueblo que se reian de que Foullon habia *bajado de sí mismo á los infiernos*;

4.º Ultimamente porque seria imposible la historia si para destruir los hechos notorios bastase una mera *denegacion* de parte de los parientes, á quien un sentimiento, por otra parte muy respetable, hace tan difícil la imparcialidad.

probable que así era, puesto que no fué á casa de ellos á buscar un asilo (1).

Sea lo que quiera, apenas fué descubierto, cuando comenzó su suplicio: los labradores le pusieron un collar de ortigas, un ramo de cardo en un ojal, un manojo de heno en las espaldas; le ataron con las manos detrás de una carreta, le llevaron arrastrando á Paris, llenándole en el camino de oprobios y de ultrajes, y como tuviese sed le ofrecieron un vaso de vinagre (2).

El 22 de julio, á eso de las seis de la mañana subia las gradas del ayuntamiento, y la aparición repentina de aquel hombre ya sentenciado fué gran objeto de desorden para los miembros del comité permanente. ¿Cómo evitar la responsabilidad de su suplicio? ¿Cómo librarse del peligro de su impunidad? El comité acordó que se le trasportaria secretamente al anochecer á las cárceles de la abadía de Saint-Germain. Pero habiendo sido conocido muy luego de todo Paris el arresto de Foullon, no tardó la plaza de Gréve en cubrirse de grupos que alentados por personajes de elegante exterior, por hombres de mundo (3), se pusieron

(1) *El Amigo del Rey*, etc. cuarto cuaderno c. LVIII, p. 79.

(2) *Memoria de Grappe*.

(3) *Proceso verbal de la Asamblea de electores*, t. II,

á gritar «Foullon! Foullon! queremos ver á Foullon!» Presentándose un incógnito á los electores reunidos, les entregó una carta con barapos que decian habia rasgado el preso con los dientes cuando le arrestaron. Entonces Bailly, acompañado de veinte electores se adelantó á las gradas á fin de arengar á la multitud; pero no pudiendo hacerse oír de todos ni atraer largo tiempo á los que le escucharon, se desesperó: la situacion era urgente; amenazábase con prender fuego á la casa de ayuntamiento si el comité dejaba escapar á Foullon; los clamores se cambiaban en rugidos.... qué hacer? qué partido tomar? Sobrecogidos de espanto los electores presentes no sabian donde estaba Foullon; ignoraban tambien en qué paraje le habian ocultado los miembros del tribunal nocturno, y por último si habian favorecido su evasion. Recorren el ayuntamiento, descubren al preso en la sala de la reina, y le incitan á que se deje ver del pueblo.

Tenia Foullon setenta y cuatro años, así es que á la vista de aquel rostro marcado con el infalible vello de la vejez, la multitud se tranquilizó, y ya parecia moverse á compasion,

cuando de repente se oye un grito de: «Traígasele y sea juzgado (1),!» y en el mismo instante una banda de furiosos penetra en el ayuntamiento; derriban los centinelas, rompen las barreras, é invaden la sala del comité permanente. Reclama silencioso el enérgico Moreau de Saint-Mery y lo consiguen; dirigiéndose luego á la multitud el elector Delapoise esclama con voz conmovida: «Todo culpable debe ser juzgado; no creo que haya entre nosotros un solo verdugo.—Sí, juzgado y colgado inmediatamente.—Pero, replica otro elector llamado Osselin: para juzgar se necesitan jueces.—Pues juzgar vosotros mismos.» Ato continuo se improvisó una especie de tribunal compuesto de siete individuos cuyos nombres se habían sacado de diversos papeles de la sala, entre los cuales se escogieron dos curas de París. Nominado Davenier para ejercer las funciones de acusador público, empieza un simulacro de instrucción del modo siguiente: «De qué crimen se acusa á Foullon?—De haber oprimido al pueblo; de haber dicho que le haría comer yerba; de haber influido en la bancarrota y de ser monopolista.» Levántanse los dos sacerdotes y dijeron: «Aquí se trata de crímenes capitales; deber nuestro es recusarnos, porque la iglesia pro-

(1) *Memorias de Bailly*, t. II, p. 111.

hibe el derramamiento de sangre.—Si, si, tienen razon.» Pero temiendo sin duda que el furor de la multitud llegase á faltarles, se encolerizaron; que se tuviese cuidado! y se burlaban de la credulidad del pueblo, y no pensaban sino en lograr la evasión del culpable. Foullon oia desde la sala de la reina el ruido de aquella inmensa y horrible multitud. «Etais muy sereno, le dijo uno de sus guardias. —«Solo el criminal puede turbarse,» contestó el interrogado (1). Ignoraba este que la vida pública tiene sus crímenes como la privada y que uno de ellos es conspirar contra la libertad. Entraron para cogerle y llevarle al salon, donde los hombres del pueblo habian formado con los brazos entrelazados una cadena que protegió la entrada de Foullon (2). Se puso una silla sobre una mesa y en aquella se le hizo sentar: espuesto así á las miradas de todos, su acusado de setenta años habria inspirado alguna compasion sino se hubiera encontrado entre los acusadores á hombres á quienes encendia el ardor de una venganza particular, á otros que quizá ansiaban por momentos sepultar un secreto en el seno de aquel muerto, y otros en fin, que ocultos enemigos de la revolucion, esperaban una vez

(1) Prud'homme, *Revoluciones de Paris*, t. I, p. 23.

(2) *Memorias de Bailly*, t. II, p. 111.

sumergida en la embriaguez de sangre, verla marchar vacilante al acaso (1).

Se presentó Lafayette: justificar á Foullon era imposible: interesarse por él, peligroso: «No puedo, dijo, vituperar la indignacion que teneis á ese hombre: nunca le he querido; siempre le he mirado como un gran malvado para quien ningun suplicio es demasiado riguroso... Pero hay cómplices y es necesario que los conozcamos. Voy á mandar que le conduzcan á la Abadía; donde instruiremos su proceso y le condenaremos á la infame muerte que tiene demasiado merecida (2).» Los que estaban al alcance de entender este discurso, aplaudieron; desgraciadamente el anciano á quien se veia de todas partes de la sala, comprendió muy bien la intencion del general Lafayette; se creyó salvado, y con un movimiento maquinal, unió señales de aprobacion á los aplau-

(1) Que el asesinato de Foullon no haya sido verdaderamente obra del pueblo, lo dan claramente á entender el *Proceso verbal de los electores* y las *Memorias de Bailly*. Tal era tambien la opinion de la reina, como puede verse en las *Memorias de madama Campan*.

(2) Este discurso es el que tomaron todos los periodistas contemporáneos y se encuentra en la *Historia de la Revolucion por dos amigos de la libertad*. Mas tarde por razones que fácilmente se adivinan, ni Bailly, ni los electores, ni Lafayette, publicaron este discurso hasta despues de haber moderado singularmente sus formas.

ros del auditorio: «Lo veis, exclamó una voz; ellos se entienden!» y un particular decentemente vestido (1) añadió: «¿Qué necesidad hay de juzgar á un hombre juzgado ya hace treinta años?» Esta era una sentencia de muerte. En vano se esforzó Lafayette varias veces en retardar el momento fatal; se anunció que el Real Palacio se sublevaba y que el arrabal de San Antonio se habia puesto en marcha. Nueva multitud empuja á la que ya inundaba las escaleras del ayuntamiento, los corredores y la sala de San Juan: electores, jueces y testigos se agrupan á la oficina, la mesa se mueve, la silla de Foullon cae, y el desgraciado es arrastrado bajo la linterna; le pasan una cuerda alrededor del cuello, le levantan á cierta altura... dos veces se rompió la cuerda: dos veces se vió caer de rodillas al anciano gritando misericordia! Hombres del pueblo, conmovidos de piedad, tendian los sables para que abreviasen la agonía de aquel hombre (2); los ejecutores se oponen; reclaman la ignominia del suplicio como de derecho y van á buscar otra cuerda, mientras que Foullon,

(1) Véase el tomo II del *Proceso verbal*, y el *Amigo del Rey*, etc., cuarto cuaderno, cap. LVIII, p. 83.—Por lo demás, esta es la palabra de que se sirve Bailly, t. II, p. 114.

(2) *El amigo del Rey*, etc., cuarto cuaderno, capítulo LVIII, p. 84.—*Memorias de Ferrer*, t. I, p. 160.

sucumbiendo de terror, la mirada angustiosa, y las manos enlazadas pide la vida y aun no puede obtenerla muerte: despues de un cuarto de hora de espera, le cuelgan por tercera vez, y espira: registrándole, encontraron una hebilla de plata, dos relojes de oro, y dos bolsillos que contenian doce luises, lo que llevaron al comité de los electores de lo que dió recibo (1). Acto continuo un furioso cortó la cabeza, cuya boca tapó con una mordaza formada con un puñado de heno y corrió á pasear por todo París tan horrible trofeo (2) llevando el tronco á la Morgue, museo de cadáveres sin número.

El mismo dia iba á brillar un drama no menos espantoso, no menos horrible; Foullon habia cometido el crimen de alentar á la conspiracion tramada contra la mas legítima y mas inviolable revolucion; Bertier de Sauvigny, yerno de Foullon, habia sido intendente del ejército contra-revolucionario, y debió en calidad de tal, proveer á la subsistencia de las tropas cuya presencia amenazaba, ultrajaba y mataba de hambre á París: sospechaban de él que habia querido se segase la cosecha, tanto para alimentar á la caballeria como para

(1) Carlos Comte, *Historia de la guardia nacional* p. 104.

(2) El primo Jacobo, p. 124.—*Anales parisienses* p. 61.

introducir la subida de granos (1); le acusaban de haber sacado listas de proscripción; y distribuido á los soldados del campo de San Dionisio ocho mil cartuchos y mil doscientas libras de pólvora (2); por último, varias cartas encontradas en su cartera y publicadas en impresión (3), indican á que hechos se referían las imputaciones:

«El día 5, el señor conde de Revellac pide la particion de fondos en las ventas de granos hechas para el gobierno.—El 11, cuenta del número de soldados, de sectas del Real-Palacio y del nombre de los oradores. —*El mismo día*, M. de Lambesc acusa el recibo de tres mil cartuchos entregados á la una de la mañana.—*El mismo día*, M. de Besenval se queja de no tener cartuchos.—*La misma fecha*, M. Despres se lamenta de la falta de balas.—El 12, la hija del intendente de

(1) Este hecho se niega en una memoria que nos ha remitido la familia de M. de Bertier, donde se dice, sin prueba ninguna, que M. de Bernier se opuso á la siega de frutos y al seco alimento de los caballos. Con arreglo á la nota, M. de Bertier habría representado al mariscal de Broglie que segar los frutos sería una medida inútil y nada popular: en todo caso hubiera sido necesario decir criminal.

(2) *Historia de la revolucion por dos amigos de la libertad*, t. II, p. 128 y 129.

(3) *Gorsas, correo de Versailles á Paris y de Paris á Versailles*, núm. 17. p. 288 y 289.

«Paris se queja del espíritu de licencia que se apodera de los ánimos: tiembla esta por las consecuencias y le incita á salir de París.—*La misma fecha*, M. de Bar pregunta á donde puede ir á buscar balas?—*La misma fecha*, el señor conde de Vassan pide tres mil cartuchos.—Intencion de establecer un campo en San Dionisio.—De cortar los frutos no sazados, salva indemnizacion, etc...»

Bertier era un administrador íntegro é inteligente; pero su dureza, su altanería, la insolencia de sus modales y de su lenguaje (1), le habian grangeado numerosos amigos: recordaban con gusto que era el digno yerno de Foulon, el digno hijo del antiguo presidente del parlamento Maupeou. Cuenta Montjoie (2) que un día un viejo labrador de Vincennes se presentó al intendente de París para pedir á su hijo, caído en suerte y que rechazado sócamente, despues de ofrecer el poco dinero que poseia, despues de mil súplicas mezcladas con llanto, dirigió á Bertier estas siniestras palabras: «Mi hijo partirá, pero vos, hombre rígido, alma de bronce, padre de familia, acordaos de la maldición que es hecha otro

(1) Véase en *el Amigo del Rey*, cuyo autor es el mas enérgico defensor de la memoria de Foulon y de Bertier, cuarto cuaderno, cap. LIX, p. 87.

(2) *Ibid*, p. 88.—El autor que refiere este hecho asegura haberle oído á un testigo ocular.

padre de familia: morireis miserablemente, morireis en la plaza de Gréve y no está muy distante ese dia.»

Tres meses despues, el 20 de julio, dos albañiles vieron á Bertier atravesar una calle de Compiègne; bajan en seguida de los andamios, se dirijen á Bertier y se apoderan de su persona diciéndole que tenían orden de prenderle donde quiera que le encontrasen (1).

Informado el comité de electores de París de este arresto, le desaprobó al principio: áribros ya de la suerte de los ciudadanos aquellos admirables dictadores habrian querido ahora apoderarse del derecho de gracia, usurpar la clemencia; pero, sabiendo que si estaba puesto en libertad el intendente los oficiales municipales de Compiègne no respondian ya de su vida, resolvieron que un destacamento de doscientos cuarenta soldados de á caballo iria á Compiègne, al mando de dos electores, Esteban de La Rivière y Andrés de la Presle, se apoderaria de Bertier y le conduciria á una de las cárceles de París (2).

Entretanto, una escena tierna pasaba en Versailles. Al amanecer del dia 22, no habien-

(1) En la memoria manuscrita que nos ha remiudo la familia de M. de Bertier.

(2) *Memorias de Bailly*, t. II, p. 91 y 92.

do subido aun el sol al horizonte, acentos lastimeros hicieron despertar sobresaltado á Lally-Tollendal; entreabre sus cortinas y vé delante de sí á un jóven cuyo rostro estaba cubierto de palidez mortal; le tiende los brazos; el jóven se precipita y con voz ahogada por los sollozos esclama: ¡Ah señor! habeis pasado quince años defendiendo la memoria de vuestro padre, salvad la vida del mio (1).» La persona de quien hablaba era el hijo de Bertier; Lally-Tollendal le guió á casa del duque de Liancourt, elevado poco antes á la presidencia de la Asamblea nacional, pero se encontró con que aquel dia no habia sesion, y aqui el retardo era la muerte: parecia que las súplicas del hijo de Bertier se transmitieron á Luis XVI quien dictó una carta de salvacion (2). Inútil intervencion! Luis XVI no era ya rey. La marcha del Intendente desde Compiègne á Paris fué semejante á un triunfo fúnebre; no habiendo servido el paso de la caballería de escolta mas que para despertar la curiosidad de las poblaciones, acudieron de diversos puntos seiscientos hombres de á caballo, menos para aumentar la comitiva que para vigilarla: rodean con aire feroz el cabriolé en que subiera Bertier con Esteban de la Riviere, mien-

(1) Nota remitida por la familia de M. de Bertier.

(2) *Ibid.*

tras que en el camino, millares de ciudadanos (1) salian al encuentro del preso.

En vano habian espedido los electores á la escolta la órden de hacer noche en Bourget, á fin de que la llegada de Bertier no coincidiese con la muerte de Foullon: esta órden no pudo ejecutarse, ¡tan numerosa y amenazadora era la multitud! En toda la longitud del camino se dejaban oír maldiciones y gritos siniestros: en Louvres habian roto el cobertizo del cabriolé para que nada impidiese ver al antiguo intendente; veinte veces apuntaron á Bertier, y otras tantas el elector le protegió con su cuerpo. Hubo un momento en que no pudiendo distinguir la multitud cuál de los dos era Bertier, quiso que el preso se quitase el sombrero; pero en el mismo instante, con un movimiento heroico, Esteban de La Rivière se descubrió. Apareció en la barrera de San Martin una carreta que llevaba en tablas colocadas en pisos rótulos en que se leía: *El ha robado al Rey y á la Francia.—Ha decorado el sustento de los pueblos.—Ha sido esclavo de los ricos y tirano de los pobres.—Ha vendido á su patria, etc...* (2), y otras frases acusadoras cuya redaccion, poco conforme con el

(1) *Quincena memorable.*—Carta al marqués de Luchet.

(2) *El amigo del Rey*, 4.º cuaderno, cap. LIX.

lenguaje de los arrabales, parecia mas bien referirse al de los personajes bien vestidos que en el curso de aquel sangriento dia se ensayaron en irritar las pasiones del pueblo; á la vista y como bajo el fuego de tan infamatorias inscripciones, de este modo entró Bertier en París: de aquel pan negro y duro, de aquel pan homicida al que estaban condenados los pobres, le enseñaban pedazos puestos en la punta de las picas, ó bien se los echaban en el carruage y exclamaban: «Ahí tienes el pan que nos hacias comer (1).» Hombres de la clase media coronados de laureles (2) precedian el carruage; las mugeres cantaban al son de una música militar, interrumpida por el redoble de los tambores, y cincuenta hachas encendidas esparcian en la comitiva una luz lúgubre (3). A la altura de Saint-Méry vino á presentar un grupo á Bertier, la cabeza de Foullon, bañada en sangre y cieno, puesta en el extremo de una pica, apresurándose á decir el generoso Estaban de La Biviere: «Esta es la cabeza de de Launey.» Bertier lo creyó; sin embargo palideció; una sonrisa dolorosa

(1) *Ibid.*, p. 91.

(2) *Historia de la Revolucion por dos amigos de la libertad*, t. II, p. 131.

(3) Carta al marqués de Luchet, conforme á un grabado que representa la entrada de Bertier en París, que tenemos á la vista.

contrajo sus labios y dijo al elector: «Yo creería esas injurias, esas vejaciones sin ejemplo, si Jesucristo no hubiese sufrido otras mas sangrientas: él era un Dios, y yo no soy mas que un hombre (1).»

A eso de las nueve de la noche fué conducido Bertier al ayuntamiento é introducido en la sala de San Juan ante la Asamblea de electores, y como le interrogase Bailly: «He obedecido, respondió con seguridad, á órdenes superiores; vosotros teneis mis papeles, y estais tambien tan instruidos como yo.» Prolongaba por la forma Bailly un interrogatorio insignificante, cuando Bertier pidió permiso para descansar un poco diciendo que habia pasado cuatro noches sin dormir. En este momento salen de la plaza de Gréve espantosos clamores, y en medio del tumulto se distinguen estas palabras: «¡Hé aquí el Real Palacio! ¡Hé aquí el arrabal de San Antonio!» Al punto un grupo violento se lanza á la sala; los electores son bataneados y Bailly turbado hasta el fondo del corazon, balbucea estas palabras... «Señores... el resultado... nuestras deliberaciones de esta mañana... Es menester trasladarle á la Abadía (2)...» Dicho esto,

(1) . *Rélation de Esteban de La Rivière, citada por Bailly en sus Memorias, t. II, p. 120.*

(2) *Correo de Versailles á Paris, núm. 17, p. 283.*

salió Bertier acompañado de M. de la Rivière, y en la escalera pronunció estas palabras que anunciaban en él ó una admirable seguridad ó raras preocupaciones: ¡Dios mio! ¡Qué estravagante es este pueblo con sus gritos! (1). Despues, volviéndose á Esteban de La Rivière: «Voy, le dije, á la cárcel, y no tengo dinero.» Este, que comprendia muy bien el sentido de los clamores de la Gréve, no respondió, dió un profundo suspiro, y sacando de su bolsillo algunos luisés, se los entregó á Bertier (2); pero, no bien llegaron á la plaza, cuando una multitud se precipita sobre el preso, le coge y le arrastra á la linterna en que acaba de espirar Foullon; entonces trasportado de rabia, se apodera de un fusil, se mete con la cabeza baja entre todos sus agresores, pega á su vez, y cae maltido de golpes. Un dragon que decia tener que vengar á su padre, que probablemente era el hijo del anciano de que hemos hablado, se aproximó al cuerpo, le abrió las entrañas, le arrancó el corazón y le llevó sangriento al comité del ayuntamiento exclamando: «¡Hé aquí el corazón de Bertier! (3). «A tan terrible como espantoso espectáculo, un elector se desmaya; Bailly permanece tímido.

(1) *Ibid*, p. 286.--El primo Jacobo, p. 126.

(2) *Correo de Versailles á Paris*, núm. 17, p. 286.

(3) *Memorias de Bailly*, t. II, p. 123.

vil y como herido de un rayo, mientras que Lafayette esclama: «Quíteseme un cargo que me obliga á ser testigo de estos horrores! (1).» Un estremecimiento de indignacion corrió tambien entre el pueblo, y el feroz soldado fué muerto en un duelo, la misma noche, por sus camaradas (2) que le impusieron la necesidad de morir.

El cuadro que acaba de trazarse presenta rasgos contra los cuales es imposible que no se pronuncie una alma elevada; la excesiva crueldad, la venganza lentamente saboreada, la impaciencia de tener entre las manos la cabeza de un enemigo muerto, el ardor por verle bañado en sangre, esas son delicias que es menester dejar á los tiranos, y el pueblo debe no descender jamás aun en su cólera mas legítima, hasta colocarse al nivel de sus opresores: pero aquí las inútiles barbaries fueron obra de un escaso número de furiosos cuyos golpes se precipitaban á dar algunos hombres de condicion superior. Lo cierto es que todo el pueblo en masa aborrecia á Foullon y á Bertier, que junto tambien se regocijó de su arresto y que su muerte le pareció salvo las circunstancias que la hicieron odiosa, no un

(1) *Correo de Versailles á Paris*, núm. 17, p. 287.

(2) *Historia de la revolucion por dos amigos de la libertad*, t. II, cap. V, p. 137.

acto de venganza, sino de justicia. A los ojos de aquella multitud amenazada, insultada, hambrienta y desesperada, Foulon y Bertier personificaban el reciente complot de la corte; cayó sobre sus personas la contra revolución, como cayera la Bastilla en la persona de de Launey. Conviene también no olvidar que entonces no había ningún tribunal regular ante el cual se les pudiese hacer comparecer; que el poder judicial, tal como le toleraban los grandes cambios que habían sobrevenido, no existía aun; que el antiguo poder judicial era precisamente una de las instituciones que había que destruir; que de parte de la revolución habría habido demencia en saludar á sus jueces en sus enemigos; que si la Francia, en fin, se hallaba sometida al estado de guerra, era la culpa de los que habían tenido la sacrilega osadía de poner entre París y ellos un aparato de armas, un campo, soldados extranjeros: y para responder á la voz de la patria... cañones.

Sea lo que quiera, todo fué agitacion al rededor de aquel doble suplicio. Lafayette presentó su dimision que no admitieron los distritos; Mirabeau escribió sobre los crímenes de los usurpadores de la tierra, sobre la demasiada paciencia de los pueblos, sobre la legitimidad en ciertos casos de la esplosion de la cólera pública páginas de enérgica y terri-

ble elocuencia, añadiendo no obstante que el régimen de la furia popular no podia prolongarse sin llevar los ánimos á mirar tarde ó temprano á un déspota como á un salvador (1). Desgraciadamente, al lado de los comentarios que unian la gravedad á la vehemencia, aparecieron folletos llenos de odiosa alegría: *Vida, muerte y milagros de M. Foullon*.—*El monton de heno, ó muerte trágica de un ministro de cuarenta y ocho horas*.—*Los rabiosos en los infernos*.—*Carta de accion de gracias de monseñor Belcebú, al pueblo parisiense*.—*Cortejo, pompa y entierro de los altisimos y poderosissimos señores Foullon y Bertier de Sauvigny, muertos de repente en la plaza de Grève, y enterrados... en su parroquia, etc.* Se puso tambien de manifiesto una estampa que representaba á un hombre sentado en un despacho, con una pluma en la mano y haciendo una regla de aritmética; tenia sobre su mesa cinco cabezas cortadas, y en el papel se leia: *quien de veinte y cuatro, paga cinco, le quedan diez y nueve* (2). Es del todo permitido suponer que aquellos horribles chistes, que aquellas crueles y sanguinarias imágenes, hayan sido un cálculo contra-revolucionario, es lícito esto, decimos, cuando se piensa en

(1) *Carta décima nona del conde de Mirabeau á sus comitentes.*

(2) *El Amigo del Rey, etc.* cuarto cuaderno cap. LX, p. 98.

las únicas consecuencias posibles de semejante desvergüenza, por cuanto que entre los folletos de que hablamos, hubo clara y ostensiblemente realistas, como por ejemplo, estos: *Dimision del verdugo de Paris.—Carta del ejecutor de las altas obras á sus compañeros. ¿Qué importa? la revolucion no tiene que reconocer como suyos á los que aun siguiéndola, la hubiesen faltado al respeto: por otra parte, no se juzgan por la espuma las olas del mar.*

La muerte de Foullon y de Bertier, causaron profunda impresion en la Asamblea nacional: reprender los ímpetus del pueblo, comprimir la violencia de su entusiasmo, imponer silencio á la Grève é impedir á la libertad individual que pereciere inmolada á la ley de la salvacion pública, todo esto lo deseaban con ansia; pero ya comenzaba el torrente á rodar sus diques. Sin embargo, Lally-Tollendal reprodujo su proyecto de proclamación, pronto á interesar en el éxito de sus miras la sensibilidad de su auditorio, presentó una relacion patética de su entrevista con el joven Bertier, esforzándose así por cambiar en piedad para con el hijo, el odio que inspirára el padre (1). Interrumpiéndole Mirabeau bruscamente: «No sabeis, le dijo, sino sentir cuando no se necesita otra cosa que pensar» y acom-

(1) *Correo de Versailles á Paris*, núm. 20, p. 338.

pañando estas palabras de un gesto expresivo, agitaba con indiferencia las cintas que llevaba en las mangas (1) pues estaba de luto riguroso; acababa de perder á su padre (2). Aunque muellemente apoyada, aunque vivamente combatida la mocion de Lally-Tollendal, pasó pero con modificaciones cuya importancia destruian completamente. La Asamblea nacional invitaba á los ciudadanos á la paz, y declaraba que solo la ley debia castigar á los depositarios del poder, quienes con sus crímenes causarían la desgracia del pueblo. Semejante acto era nulo, porque carecia de sancion: París no se ocupó de esto absolutamente; gracias que llegó á conocerlo.

La actitud de Mirabeau merece notarse aqui: recuérdese que á fines del mes de junio había sido el primero en proponer un sobrescrito de que el proyecto de Lally-Tollendal no fué, á decir verdad, no fué mas que su resurreccion: aquellas consecuencias populares que entonces vituperaba con tanta vehemencia, su genio las adoptaba ahora: es menester decir la causa.

(1) *El Amigo del Rey*, etc. cuarto cuaderno, c. LXIII, p. 143.

(2) Mirabeau, anunciando la muerte de su padre, dice: «La pérdida de mi padre, me atrevo á decirlo, viste de luto á los verdaderos ciudadanos del mundo.» *Carta decimona.*

Hacia tiempo que se trataba en la corte de Hamar al conde plebeyo al socorro de la monarquía moribunda: era la opinion de los mas hábiles consejeros de Luis XVI: era la opinion de sus dos tías, madama Adelaida y madama Luisa que las dos mezclaban su vida en la política, aquella en su castillo de Belleone, esta en el interior de su convento de San Dionisio (1). Llegaron á oídos de Mirabeau estas disposiciones, y sucumbiendo á los insaciables deseos de su corazón, encargó al conde de Larmarck le sirviese de medianero cerca del Rey (2): aceptar las prevenciones de Mirabeau... Luis XVI lo hubiera hecho, pero la reina se opuso abiertamente. ¿Había descendido tanto la dignidad real que su salvación fuese á costa de semejante alianza? Despues de haber temido á Mirabeau como enemigo, recibirle como auxiliar, era demasiada humillación; sin contar que esos hombres se engañan cuando parece que se dan: así pensaba, así hablaba María Antonieta, la cual detestaba á Mirabeau, y como alma estropeada por el reciente sacrificio de sus afecciones, se irritaba de tener que agregar á este el sacrificio de su odio. Mirabeau, pues, fué rechazado segunda

(1) *Correspondencia de varios grandes personajes, etc.*, p. 109.

(2) Droz, *Historia del reinado de Luis XVI*, t. II, página 368.

vez; ya se deja adivinar su cólera: seguro de lo que podía contra los que tenían la imprudencia de desdenarle, juró ponerles á sus pies á fuerza de infundirles miedo: hallando su rencor en demasiada estrechez en la Asamblea nacional, resolvió crearse una dignidad real de lugar público; corrió de distrito en distrito, haciendo sentir en todas partes su furia, dejando donde quiera la inflamada huella de elocuencia, desacreditando el indeciso reinado de los electores, preparando la caída de su poder usurpado y colocando en plena agitación su propia candidatura: su grande ambición consistia en ser elegido corregidor de París, y estaba muy resuelto á hacer gobierno de tempestades del poder que flotaba en las inciertas manos de Bailly, si la corte no se aplacaba.

Pero los distritos se hallaban á merced de una inmensa mayoría de hombres de la clase media para quienes la violencia de sus pasiones fué objeto de inquietud, de suerte que sus esfuerzos no hicieron sino precipitar cambios cuyo beneficio huyó.

Natural es, tentar por decirlo así, de probarse así mismo su potestad despues de una larga esclavitud; no bien se ocupó á las Asambleas primarias de su soberania cuando se estremecieron; por su parte la oligarquía del ayuntamiento estaba lejos de creer en su de-

recho. Sucedió pues, que á la invitacion de Bailly, los sesenta distritos nombraron una nueva Asamblea de ciento veinte miembros encargada de proveer á la reorganizacion del poder municipal; pero llevándola mucho mas allá su primer impulso, confirmar en sus funciones á Bailly y á Lafayette; felicitó á los electores por su celo invitándoles á que continuasen sus sesiones; estableció una comision de policia; instituyó una junta de subsistencias; en una palabra, tomó las riendas de la ciudad y se adornó despues con el nombre tan trágico de: **EL CUERPO MUNICIPAL.**

Sin embargo, habiendo llenado de terror á los nobles la muerte de Foullon y de Berruyer, muchos de ellos emigraron, siendo de este número el duque de Luxembourg, el duque de Coigny, el príncipe de Lambesc, el conde de Vaudreuil, la princesa de Beaufrémont, el conde de Cayla, el marqués de Serrens, etc., etc. Esta vasta desercion de los principales de la nobleza ¿no encubria una señal de guerra? no era un recurso silencioso, pero siniestro en la intervencion del extranjero? No se engañó el pueblo; conoció que si personajes unidos á la patria por mil lazos de riqueza, de felicidad, de orgullo, y de suaves costumbres, huian en vez de resignarse á defender, no podria ser sino con la intencion de

TOMO VII. 3

volver la cabeza de los mismos soldados extranjeros con quienes poco antes habian estado amenazando á París. También el pueblo fué inflexible en su vigilancia; el baron de Bachman, mayor del regimiento de los guardias suizas, se vió arrastrado al ayuntamiento, únicamente porque al bajar su carruaje por el Puente-Real frente á las Tullerías, se dirigió á la izquierda hacia Versailles (1). No tardó en introducirse en las provincias la desconfianza que reinaba en París; la sospecha guardó los caminos, se formó en las puertas de las ciudades, amelinó á los pueblos y se extendió por todas las fronteras; la municipalidad de Villeneuve retuvo preso á Bouchval; Gaudes que habia dejado precipitadamente á la Asamblea nacional donde debía engrandecerse por los combates de la elocuencia, fué arrestado á la entrada de Gausade, y vuelto á perseguir á su renombre; el abate Maury se habia fugado hacia el Norte despues de haberse quitado su alzacuello y enganchado sus caballos; pero como atravesase por Peronne (2), secando varios labradores que no llevaban guarda en el sombrero le interrogaron, le conocieron y le encerraron en una sala del ayuntamiento de aquella ciudad. Poco despues, ca-

(1) *El Amigo del Rey*, etc., tomo cuarto, cuaderno, capítulo LXI, p. 121.

(2) Perona de Francia.

En el mismo tiempo, llevaban á las autoridades del Havre un personaje de ademan sospechoso, el cual se hacía llamar Chevalier, de era que era un comerciante y que su compañero de viaje era un joven en quien no se encontró pasaporte: uno y otro fueron hechos prisioneros (1); pero el comerciante, el sospechoso viajero, aquel hombre al que se arrestó como á un oscuro vagabundo, era el duque de La Vauguyon, embajador de Francia en España, ex-gobernador de Luis XVI; su compañero era el duque de Carney, hijo suyo: semejantes hechos bastan para denotar cuál era entonces la situación de los ánimos en toda la estension de la Francia.

PERO por qué admirarse de esto? Todo concurría á escitar, á agriar la desconfianza popular; lo cual no era mas que fonestos mensajes, correos misteriosos que surcaban los ánimos; por remate de fiesta, los primeros poderes nacidos de la revolución se mostraban inciertos, se negaban sino á la zozobra al menos á la responsabilidad de la vagabunda, tenían bien á las claras miedo á las condiciones en las cuales los días de crisis ponen la salvacion comun: y mientras que en el ayuntamiento los representantes de la alta clase me-

(1) *El Amigo del Rey*, etc. cuarto cuaderno, capítulo LXI, p. 122.

dia no tenían escrúpulo en traer injuriosas restricciones al derecho de llevar á estas los escritos de autores *sin existencia* conocida (1), la mayoría de la Asamblea nacional no se atrevía á disputar á conspiradores *conocidos* el derecho de corresponder impunemente con sus secretos cómplices, el derecho de sellar sus intrigas con sello inviolable, la libertad en fin, de conspirar contra la libertad.

El conde de Artois, como se ha visto, se habia hecho el foco, el punto céntrico de la contra-revolucion: pero, habiéndose cogido al baron de Castelnau, residente de Francia en Ginebra, cartas á él dirigidas, se dieron prisa á llevarlas al ayuntamiento, de donde las mandó Bailly al dupue de Liancourt, presidente de la Asamblea nacional.

Abrumado con tal carga el duque de Liancourt remitió los pliegos al ayuntamiento, y se abrieron los debates. Cuando la patria estaba en peligro, cuando salia del triunfo de los mas nobles sentimientos que hayan hallado nunca al corazon de los hombres, ¿podia permitirse romper el sello de una correspondencia manifiestamente peligrosa? Dupont de Nemours, Le Camus, Lally-Tollendal y Mirabeau se pronunciaron abiertamente por la negativa; sosteniéndose la opinion contraria por

(1) Decreto sobre los buhoneros.

el conde de Chatenay, Resovell y Gouy d'Arcy. A estos últimos opuso el obispo de Langres ejemplos sacados de antigüedad citando á César; pero segun espresion de Gorsas, Robespierre fulminó, esto es, *echó á tierra con un rayo el argumento* del obispo de Langres (1). No era la antigüedad á la que tenia que invocar, sino que era á la suprema ley de la salvacion pública. Salvacion pública! Estas dos palabras en boca de Robespierre habrian hecho temblar á la Asamblea, si hubiese podido vislumbrar entonces todo el poder, magestad, terror y prodigio que contenia. La discusion por lo demas, no fué seguida de ningun voto. ¿Qué decian las cartas cogidas? Se ignoró, y los recelos fueron en aumento. Gloriosos tormentos del pueblo, muy fáciles de concebir; habia costado tanto conquistar el tesoro que se trataba de conservar.

En medio de la universal inquietud se esparció una noticia que llenó los ánimos de tanta indignacion que iban hombres de calle en calle gritando: *La grande conspiracion, la grande traicion de los aristócratas*, y las gacetas anunciaron que efectivamente se había concebido el odioso designio de entregar el puerto de Brest á los ingleses (2). Asi pues, el rumor

(1) *Correo de Versailles á Paris*, núm. 21, p. 7.

(2) Algunos decian que de prenderle fuego. Véase á Prud'Homme, *Revoluciones de Paris*, t. I, núm. 3, p. 39.

era de origen oficial; no era otra cosa que el eco de una confidencia hecha a M. de Montmorin por el embajador de Inglaterra, a principios del mes de junio. Faltaba saber si denunciando a la corte de Francia una trama de la que por otra parte se guardaba cuidadosamente, de determinar las circunstancias, la Inglaterra fiel al genio de su política, no había querido agitar la llama de nuestras discordias, lo cierto es que el duque de Dorset hizo singulares instancias para aumentar el escándalo, y escribió a M. de Montmorin una carta que se leyó en plena Asamblea; en ella decía el embajador (1):

«V. E. recordará varias conversaciones que he tenido a principios del mes pasado junio, el horrible complot que se propuso relativo al puerto de Brest, el conato que he tenido que poner al rey y a sus ministros sobre sus guardias, la respuesta de mi corte que tan fuertemente correspondía con mis sentimientos, y que rechazaba con honor la proposición que se le hacía... conocéis cuán esencial es para mí que se haga justicia a mi conducta y a la de mi corte...»

La acusación, aunque vaga, era demasiado grave, casi de mucha altura, respondía a temores escitados con demasiada energía, pa-

(1) *Monitor*, sesión del 27 de julio.

ra que no se tratase de profundizarla; por otra parte, pudiendo renovarse tentativas del mismo género, era menester procurarse los medios de conocer en adelante su origen, sus autores, el lazo secreto que encerraba el objeto y fin definitivo que llevaba. En la sesión del 28 de julio pidió Duport la palabra; era este de espíritu firme, atrevido; pero cuando lo daba lo hacía con vigor. Sobre la proposición de Volney, había establecido ya la Asamblea un comité de treinta miembros encargados de recibir y examinar las memorias, quejas y demandas (1); Pero Duport quiso más: después de una descripción sobria y nerviosa de las desgracias que afligían al país, concluyó pidiendo se instituyese una comisión de cuatro individuos para *entender de los informes e indicios acerca del complot de Brest y otros semejantes*. Hacer pesar sobre la libertad de algunos una vigilancia favorable á la seguridad de todos; restringir el derecho individual á nombre y en utilidad del derecho social, tal era en fin, el objeto, cuyo círculo podía preverse, se que sería saltado: no había más que un paso de una comisión encargada especialmente de castigarla. Así fueron colocadas en manos de un consejero del Parlamento, de un magistrado, las primeras bases del famoso tri-

(1) *Monitor*, sesión del 28 de julio.

bunal revolucionario. Combatida la proposición con menos autoridad que vehemencia por Virieu, por el elegante caballero de Bouffier tuvo por principales apoyos, circunstancia bastante notable, á nobles como el vizconde de Noailles, el conde de Castellane, y el duque de La Rochefoucauld. Habiendo descorrido Resobell el velo á la imagen de un tribunal provisional; y habiendo Gouy d'Arcy hablado de establecer una comision secreta, el espanto y el terror se apoderaba ya de la Asamblea cuando Le Chapelier trajo á las ideas de Duport, la mayoría de los sufragios presentando el proyecto bajo una forma hábilmente suavizada. D'André habia pedido que el número de comisionados se estiendese de cuatro á doce, lo que tendia á enervar la institucion; esta peripecia facilitó la adopcion de la medida; lo demas lo hizo el recelo que inspiraba Paris. Los comisionados escogidos fueron Duport, el obispo de Chartres, el duque de la Rochefoucauld, de Glaisen, Frétan, Fouchet, Resovell, d'André, Bouche, Pethion, Ivernault y el adversario mas acérrimo del proyecto, el conde de Virieu.

Los debates cuyo recuerdo acabamos de hacer revivir no tuvieron el estrépito de ciertas grandes lides oratorias; pero eran de una importancia capital porque trazaban las dos doctrinas rivales que iban á dividir la revo-

lucion como se habian dividido el siglo XVIII.

Los discípulos de Voltaire y de Montesquieu sostenian con Lally-Tollendal, Mounier y Malouet que el código de las naciones civilizadas es, ante todas cosas, un código de garantías; que ninguna consideracion de utilidad pública debe llevarle sobre la religion del derecho individual; que dar demasiada elasticidad á la accion comun, aun cuando la patria esté en peligro, es fraguar armas para la tiranía.

Robespierre y los alumnos de Juan-Jacobo, pensaban por el contrario, que los hombres están ligados por una solidez, cadena misteriosa cuyo primer anillo está asido al trono de Dios; que la que suministra el principio, la regla, la medida y la justificacion de los derechos es la felicidad de toda la familia humana; que fuera de aqui no podria haber mas que descaradas usurpaciones ó injustas pretensiones; que no pudiéndose determinar los derechos de los individuos sino con arreglo á sus relaciones con la ventaja de todos, inmolarse estos derechos, aisladamente considerados, que es lo que se debe á la patria en peligro, es una locura deplorable cuando no es un crimen.

Esto equivalia á sostener, bajo el punto de vista del combate, (y entonces era muy necesario), una doctrina que es esencialmente la de la paz: porque el progreso consiste en rea-

lizar cada vez mas, en el seno de las sociedades humanas, la ley de unidad que se ve en las obras divinas, esa ley admirable que se revela en el cuerpo humano por la mutua dependencia de los miembros, y en el relumbrante mecanismo del universo por la atraccion de los mundos.

Mientras que la Asamblea nacional, sujeta á la ley de los acontecimientos que, á cierta altura se hurta de la voluntad de los hombres, mientras que aquella Asamblea, decimos, se dejaba arrastrar á medidas de precaucion casi siniestras, Necker volvia de su destierro, abierta su alma á pensamientos de clemencia. Asi que llegó á Bale (1) el 20 de julio, se habia mandado preparar una habitacion en la posada de los Tres Reyes. Informado al dia siguiente de que el duque y la duquesa de Polignac, acababan de bajar á la posada vecina, no vaciló en visitarles, y por ellos supo las recientes noticias de París (2). Pocos dias despues, Dufresne de Saint-Leon, le trajo la carta del rey, y la resolucion de la Asamblea. Necker empezaba entonces á experimentar en el corazon esa fatiga que anuncia la noche de la ambicion; no dejó la duquesa de Polignac de hacerle una

(1) Basilea, ciudad de Suiza, en el cantón de N. del T. y

(2) Madama de Stael, *consideraciones sobre la revolucion francesa*, t. I, cap. XXIII, p. 243.

horrible pintura de la cólera del pueblo, lo que le hizo titubear un instante. La respuesta que dió al rey respiraba gravedad melancólica: á la Asamblea escribió estas líneas... «Debo, señores, ir a presentaros el homenaje de mi respetuoso reconocimiento; no necesitáis de mis servicios, pero importa á mi felicidad probar al rey y á la nación francesa que nada puede entibiar el celo que por tanto tiempo ha constituido el interés de mi vida (1).»

El regreso de Necker fué un verdadero triunfo; los labradores corrían á su encuentro sembrando el camino de flores, y cuando pasaba, gritaban todos agitando sus sombreros: *Viva M. Necker, padre del pueblo!* Venían delante de él las milicias urbanas; las campanas de los pueblos ó aldeas que atravesó sonaban á vuelo: Chaumont (en Bassigny) fué recibido por los oficiales municipales que le esperaban llenos de una especie de religiosa impaciencia los cuales le ofrecieron, como hacen los alemanes, los vinos de la ciudad (2). Era el entusiasmo tan extraordinario, tan desarreglado aun en sus trasportes, que en el momento en que Necker se ponía á la mesa con su familia,

(1) Dice Barrere, en el *Point du jour*, que la Asamblea acogió esa carta con trasporte.

(2) *Relacion de lo que pasó en Chaumont, en Bassigny, cuando la llegada de M. Necker* (publicada en la misma época), p. 3.

uno de los que allí habitaban reclamó el honor de servirle; indigno homenaje que desvió madama de Stael con estas palabras: «No, señor, sois ciudadano (1).» Habiéndose retirado Necker para descansar un poco, toda la milicia urbana quiso velar su sueño, y Durville, comandante del primer cuerpo de infantería, se acostó en su alcoba (2); tanta exaltación había en el fondo de las ideas que Necker parecía representar á la sazón!

Apenas llegó á Versailles el ministro llamado, cuando se dirigió al palacio que encontró triste y desierto: Maria Antonieta, poco antes tan altanera, tan amenazadora, presentaba á la sazón la actitud del abatimiento; Luis XVI había perdido hasta la fuerza de la indiferencia: el cargo de aya de los hijos de la cara Francia vacante por la marcha de la duquesa de Polognac, se había conferido á la marquesa de Touzzel; la cartera de negocios extranjeros se había dado á M. de Montmorin; en reemplazo de M. de Vilhedeuil entró el conde de Saint-Priest en el ministerio de la real casa (3), en

(1) *Ibid.*

(2) *Relacion de lo que pasó en Chaumont, en Basigny, cuando la llegada de M. Necker* publicada en la misma época, p. 3.

(3) *Noticia sobre el conde de Saint-Priest* por M. de Barante, p. 117.

una palabra se hallaba completamente cambiado el aspecto de la corte.

El 29 de julio fué Necker á la Asamblea á manifestarla su agradecimiento, la cual acogió su presencia con aplausos de que nunca hubo ejemplo. A algunas palabras que pronunció con voz trémula, promesas de sincera voluntad mezcladas con testimonio de gratitud, respondió el duque de Liancourt con una arenga en que agotaba todas sus fórmulas de admiración.

Por lo demas, para tener una idea de la popularidad de que gozaba Necker en aquella época, es necesario leer los periódicos contemporáneos. «El corazón, dice Gorsas (1), se comprime pensando en lo que ha sufrido, en lo que hubiera podido sufrir; se trata de adivinar en sus ojos los sentimientos de su alma: es un padre que vuelve al seno de su familia que le ama con delirio; aun cuando ya no haya que temer, todos se inquietan, le interrogan para saber si tiene alguna herida oculta que no quiere descubrir por miedo de afligir á sus hijos.»

¿Cómo se preservaría del vértigo del orgullo un hombre rodeado de tanto amor, de tanto respeto? Necker se tuvo por la mano cuando no era sino el instrumento; amnistiar la

(1) *Correo de Versailles á Paris*, núm. 23, p. 48.

derrota, en el origen de la lucha; decretar el olvido de los resentimientos cuando se agravaban las injurias, cuando se multiplicaban los peligros; salvar á los culpables, en riesgo de alentar á sus cómplices; salvar á Besenval, cortar á la revolucion su cólera que era su prudencia, esto es lo que Necker se atrevió á concebir: una cosa, no obstante, habria debido advertirle la temeridad de sus esperanzas: al pasar á Villenaux habia escrito á toda prisa en su carruaje una carta á las autoridades de aquel pueblo en la que imploraba la libertad de Besenval, pero no obtuvo nada: el incienso, la adulacion de Versailles le embriagaban, y no comprendió sino que en todo aquel ruido que habia alrededor de su persona habia un error formidable; que lo que en él aplaudian, eran justamente ideas que superaban en mucho á las suyas! ignoraba, además, que la gloria es un lazo tendido á la actividad de los corazones selectos; que la reputacion es la librea con que un pueblo adorna los talentos que admite á su servicio y que la popularidad quiere por esclavos á aquellos que parece escoger por idolos.

Necker tomó, pues, la ruta del ayuntamiento de Paris que acaba de presenciar la angustia de Luis XVI, á cuya estremidad estaban los pavimentos que de Launey, Bertier y Foulhon habian tenido con sangre. Todo un

ejército precedía, rodeaba y seguía el carruaje del ministro: tan numerosa y más brillante aun la corte de Necker que la que había acompañado al rey, se componía de la marquesa de Lafayette, de las princesas Lubomiska y Protoska, de la baronesa de Stael, del conde de Saint-Priest, de MM. de Lafayette, de Clermont-Tonnerre, de Rochechouart, de Lusignan, etc. Doce electores salieron del ayuntamiento á recibir al esperado visitador á quien condujeron á su sitio en medio de estrepitosos aplausos; entonces dirigiéndose á el Moreau de Saint-Mery, le presentó la cucarda de la revolución, y le dijo: «Estos colores que os son tan queridos, son los de la libertad.» Después de haber sido arengado por M. de La Vigne, en nombre del cuerpo municipal, Necker, en un discurso noble y sensible pidió el perdón de Besenval: mientras hablaba, sus facciones estaban alteradas, sus ojos húmedos; suplicaba, y aquella tristeza en el trínfo, aquella humildad en la gloria, causaron viva impresión. Sí, exclamaron de todas partes, gracia, perdón, amnistía!» Fue tan energético el entusiasmo que la amnistía general propuesta por Clermont-Tonnerre, fue al punto acordada. Necker, con el rostro radiante y el corazón henchido de alegría, volvió á Versailles. Ahí, sin embargo, acababa de ser el escollo, el término de su popularidad. No bien fue

conocida la resolución de los electores concediendo la amnistía, cuando todos los ánimos se encendieron. ¿Quién, pues, había dado derecho á los electores de anular los decretos de la Asamblea nacional, de perdonar á los enemigos declarados del pueblo, de disponer de la venganza ó de la generosidad de París? Aquel baron de Besenval, objeto de tan rara solicitud, ¿no era el mismo que debía presidir al degüello de los parisienses, el mismo que escribía al gobernador de la Bastilla que se mantuviese firme? Qué, ¿no tenían para los crímenes oscuros, para los de la miseria, para los del hambre, aquella indulgencia con que encubrían los nacidos del delirio, de la ambición, de la embriaguez, del orgullo? En vano lo esperaban: la revolución no se dejaría desarmar, y si tuviese á bien ser generosa, lo sería después y no antes del combate. El desenfreno fué universal: el distrito del Oratoire, envió á dos de sus miembros, á Villonau, con orden expresa de impedir que Besenval fuese puesto en libertad: el distrito de Blancs-Manteaux, hizo resonar en la Asamblea nacional sus quejas, sus amenazas: entonces sobre cogidos los electores de espanto, se apresuraron á insistir en su anterior decreto: esplicaron que solo habían entendido que se proscribirían los actos de violencia, las penas extra-legales: la Asamblea nacional declaró por su

para que aprobara la aplicacion emitida por los electores y que Bessival quedaria bajo la guardia de la ley. Solo un dia fué suficiente para precipitar á Necker desde la cúspide de su pedestal; y al saber la retractacion de los electores, palideció y escribió estas palabras: «Poco ha durado mi dicha.»

Precisamente fué en aquella época cuando tuvo lugar la aventura de Pinet, aventura sangrienta, misteriosa, que conviene referir, porque está estrechamente ligada con las causas que contenian al pueblo en la pendiente del rigor.

Pinet, agente de cambio y secretario del Rey, era un hombre generalmente apreciado (1), de finos modales, de alma benéfica, hombre que ponía religiosa esactitud en el cumplimiento de sus obligaciones: no obstante, su fortuna muy limitada al principio, habia tomado en poco tiempo un prodigioso acrecentamiento. ¿Cómo? se ignoraba: todo lo mas que se sabia, es que no era jugador, que no esponia nada á los azares de la lotería, que no se dedicaba á ninguna negociacion usuraria, y que pagaba un crecido interés de fondos que atraía á su caja la confianza universal

(1). *Fruct' homme, Révolutions de Paris*, t. I, núm. 3, p. 44.

que habia sabido inspirar (1): sus relaciones con algunos de los principales personajes de la corte eran íntimas, y aumentaban su crédito, que por otra parte parecia emplear con nobleza, prefiriendo admitir en sus beneficios á las personas de cortos haberes como para santificar su dicha por la bondad. Despues de la muerte de Foullon y de Bertier, se le vió caer de repente en profunda melancolía (2). Habiéndole sido entregada una carta el 29 de julio, la leyó tres veces, comió tranquilo con su familia y aun convidó á cenar á algunos amigos; pero entre seis y siete de la noche, salió bajo cualquier pretesto y no volvió. Al otro dia, á la entrada del bosque del Vesinet, cerca de Saint-Germain, se halló un hombre anegado en sangre; este era Pinet: trasladado á la posada del Peck é interrogado, respondió que no recordaba su horrible aventura; que llamado el dia anterior á los Campos Eliseos para una operacion de Hacienda, se habia despertado en el bosque del Vesinet, recostada su cabeza en un tronco de arbol teñi-

(1) *El Amigo del Rey*, etc., quinto cuaderno, capítulo LXX, p. 69.

(2) *Historia de la revolucion por dos amigos de la libertad*, t. III, cap. III, p. 92, edicion de 1792.—Todo lo que contiene el *Monitor*, sea sobre el pacto de carestía, sea sobre la aventura de Pinet, no es otra cosa que la reproduccion testual de la relacion de los dos amigos de la libertad, la cual necesita rectificarse y completarse.

de en sangre, que no podía comprender como le habían herido, ni como se había encontrado en un parage tan separado de su camino. A toda priesa llamaron á un cirujano, el cual dijo á Pinet: «No ha sido el tronco del árbol el que os ha causado la herida, sino un tiro (1).» A estas palabras, Pinet se turbó, llevó el dedo á sus labios dando á entender que no podía hablar delante de testigos; acabó sin embargo por declarar que había sido asesinado, que sus negocios estaban en buen estado, que no se perdería nada si se quería entender; que deseaba con ánsia se le trasladase á París... y recomendaba de un modo particular su cartera roja: tres dias despues era cadáver.

Se debió entablar proceso verbal de las declaraciones del moribundo; este proceso verbal no fué exhibido; la cartera roja no llegó á presentarse á pesar de las indicaciones que Pinet había hecho; últimamente, para complemento de la singularidad, los redactores de la *Crónica* publicaron la cifra exacta de la quiebra dos meses antes de que hubiese sido verificada (2), la cual no ascendia á menos de cincuenta y cuatro millones; era un abismo en que fueron envueltas mil quinientas familias.

(1) *El Amigo del Rey*, etc. quinto cuaderno, c. LXX, p. 70.

(2) *Ibid*, p. 71.

Una pistola descargada que se halló en el bosque del Vesinet, y otra cargada en el bolsillo de Pinet, hicieron creer al punto en un suicidio; pero luego se supo que el desgraciado agente de cambio fué sometido á un sistema seguido de intimidacion en los dias que precedieron á su muerte. De aquí nacieron raras sospechas: como pruebas del asesinato, se pudo alegar la desaparicion de la cartera, el propio testimonio del moribundo, las anteriores amenazas de que habia sido objeto, circunstancia capaz de probar que su situacion habia sido próspera hasta el último momento; examinada mas de cerca la hipótesis del asesinato, condujo á observaciones importantes: se acordaron algunos que Pinet habia cubierto siempre sus operaciones con un velo impenetrable; que cuando confiándole fondos pensaban en hacerle preguntas acerca de la imposicion, acostumbraba á demostrar en el acto el estado de aquellos. Revisada la lista de sus amigos, se notaron en ella nombres sospechosos. El dinero colocado en su casa, devengaba un interés monstruoso hasta el 75 por 100 (1). ¿Cuál era, pues, el género de operacion capaz de reportar semejantes beneficios en un tiempo de disturbios y sospechas, en un tiempo

(1) *Historia de la Revolucion por dos amigos de la libertad*, t. III, cap. III, p. 91. Edicion de 1792.

en que la industria había muerto, en que el comercio huía ante la guerra, en que los campos estaban sin cultivo? Se creyó negar á descifrar el enigma: imposible parecía que no hubiese sido Pinet el banquero del monopolio de granos, el cajero del monopolio de géneros: en cuanto á su beneficencia le servía de consuelo contra los impulsos de su corazón. Hemos visto á la Asamblea establecer un comité de subsistencias, el cual, aunque se mantuvo en la oscuridad, no dudaban que hubiese buscado con actividad la huella de los monopolistas: la opinion se redujo á esto: Pinet había sido instado á denunciar á los odiosos perseguidores de aquel sistema de monopolio que con el nombre de *pacto de carestía*, había deshonrado el reinado de Luis XV (1); los culpables habían temido una revelacion que les hubiese hecho degollar sobre la marcha, y después de haber tratado de evitarla con amenazas, se había decidido á sofocarla con un asesinato.

Nadie ha sabido mas de esto. Loustelot anunció en su periódico la muerte de Pinet, añadiendo: «Este acontecimiento debe produ-

(1) Los detalles de esta abominable especulación se encuentran en una obra titulada *el Prisionero de Estado ó cuadro histórico de la cautividad de J. G. G., preboste de Beaumont*: de aquí es de donde han tomado todos los autores que han hablado del pacto de carestía.

cir grandes esplicaciones sobre la actual revolucion (1):» pero el número de culpables, su rango, su reputacion y sus riquezas impidieron la verdad de estallar.

Alli se aumentó la desconfianza y la cólera del pueblo, y la enormidad del crimen se agravó á sus ojos con todo el escándalo de la impunidad: hubo en París demostraciones formidables: las quejas de las familias que acababan de ser arruinadas, mezclaban sus clamores con los de la multitud que sintiéndose herida por manos invisibles, se estremecía de no poder librarse de los desastres del monopolio ni alcanzar á los monopolistas. El subido precio del pan produjo en París violentos motines cuyas vibraciones prolongaba el Real-Palacio. Chatel, corregidor de San Dionisio, fué degollado (2) en un momento de ciega y furiosa embriaguez.

En la electricidad moral que, á horas determinadas, comunica á todos los ánimos, una misma conmocion es el peligro al par que la fuerza de la Francia. Tal acaba de mostrarse la capital, tal se mostró el reino: la provincia tuvo sus tragedias, no menos oscuras que las de París. A la manera que Berthier en esta ciudad, el mayor Belsunce espíó en Caen

(1) *Revoluciones de París*, t. I, núm. 3, p. 42.

(2) El primo Jacobo, p. 141 y sig.

con una muerte terrible la cólera de su desden: aborrecido del pueblo porque perseguia á la Revolucion con ultrajantes desafios; porque á caballo, armado de pies á cabeza, y acompañado de un hombre de siniestra figura aparentaba una sonrisa de desprecio dirigida á las fiestas del llamamiento de Necker; porque le acusaban de haber hecho arrancar de un modo insultante á tres granaderos del regimiento de Artois, una medalla dedicada á su civismo; porque sospechaba que queria compeler al regimiento de Borbon de que era mayor á algun golpe sacrilego (1), fué atacado en su caserna, entregado, arrastrado al ayuntamiento, y muerto de un balazo en la travesia. En seguidase echaron sobre su cuerpo cuyos harapos dividieron entre sí; y haciéndose lugar la venganza del ofendido á través de la cólera pública, una mujer le arrancó el corazon (2).

Asi en todas partes feroz inquietud, en todas partes, respecto de los enemigos del nuevo espíritu, un odio sin piedad, pero en todas partes tambien el valor, el ardor, y una poderosa esperanza, los estremecimientos de

(1) Véase á Prud'homme, *Revoluciones de París*, t. I, número 7, p. 45.--*Memorias de Dumouriez*, t. II, lib. III, cap. III, p. 53 y 54.

(2) «Se cree que se lo comió,» dice Dumouriez, t. II, p. 55.

la vida en los primeros rayos del día; y un pueblo en pie, con la cara vuelta á París, la ciudad del Sol.

He aquí en qué terminos describo en aquella época un alemán llegado á Francia á últimos de julio, la emoción que le causó el aspecto de nuestro país: «No podría esplicitar las impresiones que se apoderaron de mí, cuando por la primera vez vi la cacarada francesa en los sombreros y en los gorros de aquellos que encontrábamos, aldeanos y labriegos, ancianos y niños, sacerdotes y mendigos, y cuando pude leer en las risueñas frentes una especie de soberbia, á presentia de hombres pertenecientes á otros países, hubiera querido poder estrechar en mis brazos á los primeros que se me presentasen: ya no había franceses; mis compañeros y yo habíamos dejado por un instante de ser Brandeburgueses, habitantes de Brunswick; las disidencias, los intereses de la nación habían desaparecido: «Yo, decía cada uno de nosotros, soy hombre y nada de lo que condicione á la humanidad me exige» (1).

Fué este un bello espectáculo, mas bello aun que todos los de los tiempos heroicos: la

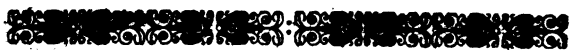
(1) Cartas de Francia, escritas en alemán, en la época de la revolución, por J. H. Campe, carta primera, p. 11.

bandera tricolor (1), á la que Lafayette habia predicho tantas inmortales conquistas y que radiaba estension por el labrador, el artesano, el caballero, el sacerdote, el soldado, el vagabundo, daba un emblema á la igualdad, interin se la diese un imperio. Tuvo tambien esto de admirable, que muchos humildes pastores de parroquia, se encontraron á la sazón súbitamente elevados á la inteligencia del Evangelio, código del mundo: porque no fué solamente en Paris donde sacerdotes como el abate Fouchet, apelaron al Crucificado en testimonio de los nuevos deseos; no fué solo en Paris donde á la vista de las blancas procesiones de niñas que iban á rezar á la patrona de aquel lugar por la salvacion del pueblo, pudieron esclamar: «¡O bienaventurada!» ¡cuántas y cuan diversas súplicas os habeis dignado escuchar! San Luis os pedia la conquista de Jerusalén, Luis XVI el perdon de sus crímenes; Carlos IX, la Saint-Barthélemy, Luis XIV sus victorias y nuestras vírgenes os piden la libertad (2). «Es que en efecto la Revolucion se habia llevado de la ciudad al pueblo y del pueblo á las cabañas, dejando en todas partes tras de sí, largo rastro de entusiasmo: Sí,

(1) A los colores rojo y azul que eran los de Paris se habia agregado el blanco para honrar al rey, segun d'Alonville; para representar al pueblo, segun Campe.

(2) *Revoluciones de Paris*, t. I, número 6, p. 26.

el entusiasmo revolucionario, hé aqui lo que antes y mejor que las leyes cambió el mapa de nuestro país de Francia! de un mismo impulso hácia el reinado del derecho salió la unidad del territorio: la libertad formó la patria.



CAPITULO XV.

Destruccion de la feudalidad.

Prohunciamiento en los campos.—Incendiarlos del Delfinado.—Tragedia de Vesoul.—Terror pánico en toda la Francia.—Escenas de venganza.—Los aldeanos prenden fuego á los castillos y á los archivos.—La clase media y los aldeanos.—Secretos conciliábulos en París.—Noche del 4 de agosto de 1789.—Destruction de la feudalidad en Francia.—Fin del primer acto de la revolucion urbana.

A fines del mes de julio corrieron tres labradores á anunciar á los habitantes de la pequeña villa de Montluel que á media legua de allí habian encontrado cincuenta hombres armados reunidos en el rincon de un bosque, alrededor de hogueras encendidas para una comida grosera. «¡Hé aqui los bandidos!» era el grito que resonaba entonces de un extremo á otro de la Francia: el terror se apoderó de los habitantes de Montluel. Andres, recaudador de gabelas se apresuró á poner á cubierto los caudales del rey, y un telescopio dirigido hacia el sitio en que los desconocidos acababan de ser señalados, les mostró deshilando una gruesa cuerda, haciendo derretir resina en la que mojaban mechas y formando con bastones especies de hachas (1). Habiendo venido un soldado de á caballo que parecia ser jefe de la banda, entró esta precipitadamente en la selva. A la caída de la noche los extranjeros sospechosos hicieron una demostración contra la ciudad; pero, encontrando cerradas las puertas, se dirigieron á un castillo situado en las cercanías de Montluel, habitado solo por el conserje á quien le obligaron á que se retirase con sus efectos y con su familia: echaron abajo despues las puertas, buscaron situ-

(1) *Memorias para servir á la historia del año 1789*, t. III, p. 193.

los y papeles, los reunieron, pusieron fuego al castillo, continuaron la marcha con antorchas en las manos, y al atravesar los pueblos en que el toque de alarma anunciaba su aproximación, esclamaban: «¡No temais buenas gentes! no buseamos mas que á vuestros enemigos; hemos jurado guerra á los tiranos del pueblo.» Quemaron sucesivamente doce castillos de los cuales el mas considerable era el del baron de Anton; respetaban, por lo demas, la morada del pobre, no maltrataban á nadie y «tenian realmente trazas de vengar al pueblo oprimido (1).» El castillo de Mezin fué salvado porque encontraron alli una mujer enferma que guardaba eama; se contentaron con cojer los títulos señoriales que encandieron en medio de la corte.

Un folleto de la época, publicado bajo el título de: *los Incendiarrios del Delfinado ó los Enemigos de los Grandes*, hace observar que los actos que preceden no fueron de modo ninguno el fruto de manejos sediciosos, y añade:

«Grandes, ricos y señores de provincias han arruinado el pueblo por tanto tiempo y tan cruelmente que hay un antiguo ódio casi indeleble: se ha tomado á este pueblo su subsistencia para fundirla en dinero, para llevarla en censos á señores tiránicos; ya eran corveas,

(1) *Ibid*, p. 196.

ya injustos procesos, ya violencias: la venganza se amontona durante un siglo en corazones ulcerados, y al punto que puede obrar es un torrente que no conoce freno.»

El movimiento que compelia á los hombres del campo á la destruccion de las fortalezas feudales habia recibido por otra parte el mas violento impulso de una catástrofe imprevista. En las cercanias de Vesoul se elevaba un castillo cuyo poseedor se habia hecho notable por una oposicion ardiente, emponzoñada en todas las ideas nuevas. M. de Mesmay, consejero del Parlamento, era del número de los nobles que el Estado llano llamaba protestantes, es decir, que habia protestado contra la doble representacion. No juzgándose en seguridad, se ausentó hácia los últimos dias de julio, despues de haber recomendado á sus gentes que abriesen el castillo á una fiesta popular. El domingo, 19 de julio, los labradores de la vecindad se habian reunido en un bosquecillo contiguo á la fortaleza, se entregaban al júbilo, cuando de repente, entre once y doce de la noche se dejó oir una espantosa explosion y al mismo tiempo se vió sembrado el suelo de muertos y heridos. Habian pegado fuego á un barril de pólvora; acto continuo los labradores se dispersan con la maldicion en los lábios; el grito de *traicion* resonó de aldea en aldea mezclado con el toque de alarma; entáblase un

proceso verbal, y soldados de á caballo parten para Versailles á toda rienda. El teatro de una fiesta patriótica anegado en sangre, miembros esparcidos, teas encendidas al rededor del castillo por manos vengadoras; el baile de Vesoul víctima de terribles agitaciones, esto es lo que acababa de poner á la vista de la Asamblea el proceso verbal que leyó M. Prunelle, diputado de Franche-Comté. Hubo en todos los bancos un estremecimiento de horror, y se acordó que el presidente se dirijiese al rey para suplicarle que ordenase la averiguacion de los autores ó cómplices de aquella maldad; lo cual era sancionar las sospechas del pueblo en un momento en que bien presto se cambiaban en furor.

Mas tarde fué reconocida la inocencia de M. de Mesmay (1); pero el golpe estaba dado: rápidamente propagada la nueva de la tragedia de Vesoul hizo estremecer á toda la Francia; en varios lugares la presentaron como indicio de un vasto complot, como señal de una Saint-Barthélemy de los labradores: pero ciertos señores se habian hecho tan odiosos que, por su parte, ningun atentado parecia inverosímil.

Añádase á esto la fermentacion universal producida por el temor de aquel fantástico

(1). Proceso verbal de la sesion del 5 de junio de 1791.

ejército de bandidos, que se decían pagados por aristócratas y encargados de destruir las miserias, porque tal era el gran pavor del año; frecuentemente se veían llegar á los pueblos grupos de mujeres, que con los ojos bañados en llanto esclamaban: «Hé ahí los bandidos!» y esto era bastante (1). Corrían al campanario, el toque de rebato pedía socorro, los hombres se armaban, volaban al encuentro de un enemigo siempre invisible, pero siempre esperado: los caminos se cubrían ora de bandas armadas que marchaban cantando á la conquista de los casares, ora de hacendados despavoridos que, echando delante de sí á sus ganados, iban precipitados á las ciudades: despues, eran tropas errantes hambrientas á quienes la desesperacion lanzaban á la persecucion de los monopolistas, ó bien correos que los caballeros se espedían unos á otros para exhortarse mutuamente á la vigilancia; nunca reinó mas vasto desorden, ni desorden mas heroico; porque, sobre imaginarias alarmas é inspiraciones de odio, sobre la miseria y el hambre se allanaba el entusiasmo de la libertad.

Los labradores del Maconnais, bajaron de las montañas é inundaron la Bourgogne: en la alta Alsace (2) muchos castillos fueron redu-

(1) Prud'homme, *revoluciones de París*, n. 3, p. 12.

(2) Alsacia, provincia de Frándia. (N. del T.)

oides á canzinas y varios bailes (1) debieron tomar la fuga: en Frenche-Comté, bandadas de labradores cercaron las abadías de Clairfontaine, de Lure y de Bithaine; devastaron el castillo de Molans, destruyeron hasta los cimientos el de Vauxvillias que pertenecía á la duquesa de Clermont-Tonnerre, la cual huyó cuando se acercaron los asaltadores y se refugió en un granero donde permaneció escondida detrás de haces de leña hasta que llegó una compañía de cazadores, enviados por la princesa de Broglie que la pusieron en salvo (2): no quería decir esto que la cólera de las poblaciones rurales tratase de desplegarse contra las personas; en general se las apostaba con aquellas insolentes piedras que hacían durar el recuerdo de la esclavitud, y á los títulos que, por herencia perpetuaban la tiranía feudal.

Hubo, no obstante, algunas escenas por las que estalló el furor de las discordias civiles. El marqués de Urmenan, anciano pariente, fué expulsado de su casa durante la noche, y obligado á huir apoyado en sus dos hijas; el barón de Montputin, suspendido en un pozo, iba á ser precipitado en él, cuando

(1) Juzá ordinario de alguna villa ó pueblo en ciertos países de Francia. (N. del T.)

(2) *El Amigo del Rey*, etc. quinto tomo c. LXXII p. 91.

algunos soldados que por allí pasaban le salvaron. En Normandía el agente de un señor ausente, rehusaba entregar los títulos de este, y para obligarle á ello le quemaron las plantas de los pies (1): en el Languedoc, fue degollado el marqués de Barrasá presencia de su mujer en cinta (2).

Pero á aquellos ímpetus de crueldad, por otra parte rarísimos, respondieron admirables rasgos de generosidad, actos de sensible solicitud. En muchos parages, los campesinos hicieron mas que evitar; protegieron las posesiones de los señores que habian usado con ellos de justicia y humanidad, por ejemplo: habiendo sido acusado de monopolio el marqués de Montfermeil, los habitantes de su pueblo fueron en masa al ayuntamiento de París á declarar que aquel señor habia sido por el contrario el protector de la comarca.

En esta general efervescencia de los ánimos, el papel que representaba la clase media era de notable indecision: colocada entre la feudalidad que ansiaba por momentos destruir, y el pueblo á quien temia, empleó alternativamente su milicia en servir al movimiento y combatirle: sabedores los habitan-

(1) *Historia de la conjuración de Luis-Felipe-José de Orleans*, p. 407. París 1796.

(2) *Ibid.*—Droz, historia del reinado de Luis XVI, t. II, p. 378.

tes de Tournu de que iban á poner fuego al castillo de Comartin, acudieron presurosos, atacaron á los labradores, matando á unos y llevándose á otros prisioneros. Formóse acto continuo un consejo de guerra y los gefes fueron colgados por la guardia entrante (1). Los voluntarios de Chalons-sur-Saone hicieron tambien en el campo varias salidas, á consecuencia de las cuales tuvieron lugar sangrientas ejecuciones que ordenó el preboste; pero en Lyon sobre todo, fué donde la clase media separó abiertamente su causa de la del pueblo y donde se vieron, á la aurora de la revolucion, jóvenes de todas clases, hijos de familia, banqueros, secretarios de negociantes, y á capellanes del honor organizarse en cuerpos de voluntarios, adoptar un uniforme especial, nombrarse oficiales con la pretension de contener violentamente las agitaciones populares. El primer regidor llamaba á aquellos jóvenes su *guardia de honor* y el pueblo les persiguió con el nombre de *currutacos* (2): pero como llegase á Lyon la noticia de que los castillos de MM. de Loras, de Leuze, de Combe, de Saint-Priest y de Pusignat estaban demolidos ó devorados por las llamas y que el convento

(1) *El Amigo del Rey*, etc., quinto cuaderno, capítulo LXXII, p. 90.

(2) Balloydier *Historia del pueblo de Lyon durante la Revolucion francesa* cap. 1, p. 7.

de Salôte se hallaba amenazado, voluntarios y dragones se pusieron de campaña á las órdenes de un capitán de la milicia. Los aldeanos vivamente asaltados, se dispersaron dejando en tierra á ochenta de los suyos, y los prisioneros en número de sesenta, fueron arrastrados hasta Lyon con las manos atadas. A la vista de este espectáculo, se amotina el arrabal de la Guillotiére; los trabajadores toman los tejados de las casas desde donde lanzan una lluvia de piedras, á lo que contestan los voluntarios con tiros que mataron á dos rebeldes: los dragones, llamados á toda prisa, hicieron una descarga general; por último, los cónsules (1) y síndicos de la ciudad intimidaron la revuelta declarando que sino se desguarnecían los techos poria puesto al arrabal á sangre y fuego (2): así, aun antes que los enemigos comunes hubiesen sido abatidos, la ola se media se volvía contra los auxiliares en razón á que no vislumbraban todavía en la tormenta mas que un poder destructor, y olvidaban que los gérmenes viajaban sobre el ala de las tempestades y que los vientos impetuosos han

(1) Llamábase así en algunas ciudades de Francia los concejales ó regidores que en Paris, Marsella y Lyon se llamaban *Echevins*; en Tolosa, *Capitouls* y en Burdeos *Jurato*. (N del T.)

(2) Balleydier, *Historia del pueblo de Lyon durante la revolucion francesa*, cap. I, p. 8 y 9.

recibido la facultad de derramar la fecundidad.

Los nobles sin embargo, al ruido de sus ruidosos torreñucillos, á la luz de las llamas que consumían sus archivos, se habian sobrecogido de inexplicable turbulencia: habia llegado el momento de vestir de luto las cosas antiguas y era menester resolverse á ello. La Asamblea nacional empezaba á ocuparse de grandes trabajos de que pronto daremos cuenta á nuestros lectores. En la sesion del 27 de julio despues de una relacion de Clermont-Tonnerre sobre el despojo de las actas, leyó Mounier los dos primeros artículos de la constitucion, y en la sesion del primero de agosto se agitó vivamente la cuestion de saber si á la cabeza de aquella institucion debia colocarse una *declaracion de los derechos*; pero interin se sostenia la afirmativa por Montmorenci, Mounier, Target, Castellane, Lally-Tollendal y Mirabeau, contra Crenière, Grondin, Malouet, el duque de Lévi y el obispo de Langres; mientras que Barnave pronunciaba la palabra decisiva de; *Catecismo nacional* (1), relaciones alarmantes, narraciones llenas de siniestras imágenes llegaban á Versailles de cada punta de la Francia. Evidentemente todos los deba-

(1) Correo de Provenza, para servir de continuacion á las cartas del conde de Mirabeau á sus comitentes, t. II, número 22, p. 18.

tes de la Asamblea marchaban con menos velocidad que las pasiones del pueblo. Hubo entonces, entre los caballeros á quienes la filosofía del siglo XVIII habia alistado á medias á su servicio, conciliábulos (1) secretos en que dominaron el impetuoso vizconde de Noailles, el duque de Aiguillon ardiente en ocultar á su padre á los ojos de la posteridad, el duque de la Roche-foucauld, Alejandro de Lameth y aquellos á quienes el ágrío despecho de Rivarol llama *demagogos de la democracia* (2). «¿A qué titubear? se decian; parece que el destino se pronuncia: ¡salvaremos el régimen feudal! ¡ah! no nos queda otra cosa que honrarlo mejor que podamos su agonía;» y decidieron que serian los primeros en proponer la abolición de los derechos feudales. Acompañar á los funerales de lo pasado era á la sazón el punto de honor de la nobleza.

Se ha escrito que esta resolución no tuvo nada de voluntaria; que el miedo le habia aconsejado; que la necesidad la impulsó... Nosotros por nuestra parte, no tenemos á la naturaleza humana en tan poco aprecio que nos guste no asignar á los brillantes hechos de la historia otra cosa que un origen vil y deshonesto: nos avergonzaríamos de tener que reconocer que

(1) *Memorias de Barrère*, p. 31.

(2) *Memorias de Rivarol*, p. 139.

siempre, inevitablemente, la justicia es inferior en poder al egoismo ó al miedo. No, no; es precisamente la gloria de la revolucion de haber abrasado con su llama ó dos corazones enemigos, de haber visto aun aquellos á quienes hirió, caer de hinojos ante ella de respeto y de admiracion.

Un martes, á las ocho de la noche se abrió en Versailles una de las sesiones mas memorables cuyo recuerdo haya conservado la historia de las Asambleas. Presidia Le Chapelier quien habia sido elegido el dia anterior en la plaza de Thouret, hácia el cual se habia dirigido al principio la eleccion de la Asamblea, pero imperiosos rumores que salieran del Real Palacio, acababan de apremiar á hacer una dimision humillante. En algunos rostros se veian vestigios de una preocupacion des-acostumbrada; los nobles hablaban en voz baja en sus bancos, y algunos buscando á Mirabeau, se admiraban de su ausencia (1).

Se levantó Target, el cual estaba encargado de leer un proyecto de proclamacion en el que se pedia respeto á las personas y á las propiedades (2).

(1) *Memorias de Mirabeau*: «Poco insistiremos en la sesion nocturna del 4 de agosto á la que no pudo ó no quiso asistir.» T. VI, p. 466.

(2) Véase el *Monitor*, sesien de la noche del 4 de agosto.

Apenas acaba Target la lectura, cuando el vizconde de Noailles pide impetuosamente la palabra. ¿Se puede proteger á las personas, garantizar las propiedades, fundar el reinado de la ley, apagar el fuego prendido en los cuatro rincones de la Francia? Pues bien; dése tregua á las vanas exhortaciones. La salvacion... es la justicia, es decir:

La igualdad en los impuestos;

La destruccion de los privilegios que arruinan al pueblo;

La abolicion de los derechos feudales, mediante rescate;

La abolicion sin rescate de las corveas señoriales, de las manos muertas, de todas las servidumbres personales.

Un movimiento de sorpresa brilló entre los individuos del club Breton; porque la iniciativa de que se apoderaba el vizconde de Noailles, era la que el día anterior habian inspirado al duque de Aiguillon; uno de los suyos, el cual no pudo mas que apoyar la proposicion de su colega, lo que hizo con la fuerza y la emocion que se necesitan en un spicidí. Entonces comenzaron las agitaciones de aquella noche fecunda; pidiendo que se rescatasen aquellas servidumbres personales que no eran derecho, sino que eran un crimen en lugar de abolirlas, el duque de Aiguillon retrocedió ante un límite saltado intrépidamente

por el vizcondé de Noailles; pero este mero hijo segundo de familia; era pobre; aquel por el contrario, en punto á señores opulentos, siempre marchaba después del Rey (1).

Tan profunda fué la sensacion, que una docta disertacion de Legrand sobre las diferentes especies de derechos feudales, apenas fué escuchada; por mucho tiempo habia hablado la ciencia á los hombres; la palabra estaba en el entusiasmo, en el entusiasmo de la verdad.

Presentóse á la tribuna vestido de aldeano un hacendado de tosco ademan y de austero semblante, llamado Le Guen de Kerengal, á quien no se le habia oído hablar, motivo por el cual todos prestaron suma atencion, no para oír pronunciar un discurso, sino para oír hacer un acto: «Traigánsenos esos títulos que ultrajan el pudor, que insultan á la humanidad, que obligan forzosamente á hombres á unirse á una carreta, como animales de labor: traigánsenos esos títulos en virtud de los cuales pasan hombres las noches en bañar estanques para impedir que las ranas turben el sueño de un señor voluptuoso (2).—¡Sí, sí!» exclamaron los que ocupaban las ruidosas tribunas.

(1) Alejandro Lameth, *Historia de la Asamblea constituyente*, t. I, p. 66, 66 y 67. 1793.

(2) *Le point du jour*, t. II, p. 60, núm. 42.

Al diputado Breton, sucede un diputado de Franche Comté, y todo lo que suministraban en recuerdos de sangre los archivos del régimen feudal, le pone á la vista de la Asamblea (1).

En vano han intentado los escritores que han sido testigos oculares, en vano, decimos, han intentado pintar fielmente la santa, la indómita embriaguez cuyo misterioso imperio señaló la noche del 4 de agosto de 1789, lo cual fué una fiebre de generosidad, un delirio de abnegacion, con los que anales de pueblo ninguno tuviera nunca comparación. Habiéndose quejado el marqués de Foucault del abuso de las pensiones de la corte, los duques de Guiche y de Mortemart, se apresuraron á declarar que la alta nobleza se envanecería de renunciar por la comun ventaja, á los beneficios del rey. El duque del Chatelet propuso convertir los diezmos en censos pecuniarios; el vizconde de Beauharnais, proclamar todos los ciudadanos admisibles en las funciones públicas; el conde de Custine, poner el precio del rescate de los derechos feudales á una tasa

(1) *Le Point du jour*, en su número 44, indica, sin reproducir, la arenga de aquel diputado llamado La Poule. —En su *Correo de Provenza*, t. II, núm. 23, p. 13 analiza Mirabeau solamente el discurso. En cuanto al *Monitor*, en que la sesion del 4 de agosto, está por otra parte malísima é incompletamente referida, no dice palabra del diputado de Franche-Comté.

menos elevada que el *interés de treinta por ciento*, indicado por M. de Aiguillon; el duque de La Rochefoucauld, entregar á los negros de las colonias; M. de Cotin, suprimir las justicias señoriales, y por último, M. de Richer propuso abolir la venalidad de empleos.

La emocion iba en aumento: una impaciencia que no se diferenciaba del heroismo, confundia los votos uniendo las almas: tan considerable era el número de las generosas ofertas, y tan vehemente el concurso de las espiatorias proposiciones, que los secretarios no podian escribir su rapidísima enumeracion. Un consejero del Parlamento reclamó la destruccion de los privilegios de la magistratura, Barrére hizo donacion á sus conciudadanos del desembolso de su cargo (1), y los que no tenian ningun sacrificio personal que hacer, pedian la palabra para explicar el dolor que eso les causaba. «Yo soy como Catulo, dijo el conde de Virien; no tengo mas que un gorrion y le ofrezco,» á lo que contestó uno:—«Aquí hay mas de una Lesbia dispuesta á aceptarlo (2).» Tal era la gracia del entusiasmo; dejáronse oir prolongados aplausos y se votó por aclamacion la supresion de los palomares en todo el reino. «Y nosotros tambien, dijo el

(1) *Memorias de Barrere*, p. 233.

(2) *Correo de Provenza*, t. II, núm. 23, p. 48 y 49.

cura Thibault. (1) queremos servir de ayuda al pueblo ofreciendo de todo corazon lo poco que tenemos, hasta el *pié de altar*.» A estas palabras sucede un enternecimiento general: «No, no, responde una multitud de voces; la patria está agradecida de la ofrenda del pobre, pero no le acepta.» De la proposición de Dupont se acordó que se aumentaría la dotación de los sacerdotes del campo, resolución que fué acogida con estrepitosos aplausos, con lágrimas en los ojos.

El presidente había invitado al clero á que se pronunciase, y el obispo de Nancy declara que aprueba abiertamente el rescate de las feudalidades eclesiásticas, con la condición de que el precio se emplee en un depósito para alivio de los pobres. A su vez, el obispo de Chartres describe con vivas imágenes la calamidad de las poblaciones campestres; señala al hacendado forzado á asistir en silencio al espectáculo de sus campos asolados por las jarrías del señor vecino, y pide la abolición del derecho exclusivo de caza: en seguida sale de los bancos de la nobleza un grito de adhesión, un grito poderoso y apasionado. Levántase la Asamblea en un raptó invencible; cúbrese todos los rostros de la palidez de las grandes inspiraciones; una especie de fuego divino ra-

(1) *Ibid.*, p. 48.

dian todas las miradas; todos en aquel instante se animan, se incitan á ser dichosos por la justicia, á ser fuertes por el amor; una mano invisible parece haber descorrido, á lo menas por un instante, el velo que roba á las sociedades imperfectas la vista de luminosos horizontes. La sesion era una fiesta sagrada, la tribuna un altar y la sala de las deliberaciones un templo. ¡Ah! tales recuerdos nos oprimen á nosotros que no somos mas que débiles mortales; porque en resumidas cuentas, que sabemos hoy de igual á Vuestra Magestad, imponentes escenas que fuisteis la gloria de nuestros padres!

Las barreras que separaban el reino definitivamente abatidas, los *países de estados* suprimidos, los privilegios particulares de las ciudades aniquilados, el honor de pertenecer sin reserva á la familia, preferido únicamente al orgullo de las soberanías locales, al encanto de las costumbres, al respeto de las tradiciones del hogar, á la devocion de los recuerdos, he aquí lo que coronó la obra inmortal. Los representantes del Delfinado habian abierto el camino por el que entraron dándose la mano los representantes de las demas provincias. Los de Provence, de Bourgogne, de Lorraine, de Normandie, de Languedoc, de Auvergne, de Franche-Comté, de Alsace, y hasta los de Bretagne, todos estos pueblos des-

aparecieron, y solo quedó uno; era la Francia.

Entonces el duque de Liancourt propuso que, á fin de inmortalizar la memoria de aquellas horas tan llenas de acontecimientos, se acuñase una medalla, y cuando Lally-Tollendal llamó al rey, todos los corazones se habian elevado hácia el Criador.

Hé aquí lo que se conquistó sobre la preocupacion, sobre la mentira, sobre la tiranía, sobre la muerte:

Abolicion de la calidad de siervo y de la mano muerta bajo cualquiera denominacion que exista;

Facultad de reintegrar los derechos señoriales;

Abolicion de las jurisdicciones señoriales;

Supresion del derecho esclusivo de caza, de palomares, y de vivares;

Tasa en metálico representativa del diezmo: rescate posible de todos los diezmos de cualquiera especie que sean;

Abolicion de toda clase de privilegios y franquicias pecuniarias;

Igualdad de impuestos;

Admision de todos los ciudadanos á los empleos así civiles como militares;

Declaracion del próximo establecimiento de una justicia gratuita y de la supresion de la venalidad de empleos;

Abandono del particular privilegio de las provincias y ciudades;

Supresion del derecho de vacante, de las anatas, y de la pluralidad de beneficios;

Destruccion de las pensiones obtenidas sin título;

Reforma de las veedurias (1).

Se acordó que se acuñaria una medalla; que se cantaria un solemne *Te Deum*, y que la Asamblea nacional iria en diputacion á presentarse al rey para darle el título de *Restaurador de la libertad francesa*, suplicándole asistiese al *Te Deum*.

Cuando se separaron eran las dos de la noche; cuando amaneció, y los diputados se despertaron, creyeron salir de un sueño alucinador; se encontraban en medio de una sociedad enteramente nueva.

Acaso pensaron entonces algunos que la obra de redencion habia tocado á su fin. ¡Cuánto no se hubieran sorprendido si se les hubiese dicho que aun no habian visto mas que el primer acto del drama! ¡Y qué dolorosa admiracion no se hubiera apoderado de sus ánimos si les hubiese sido dable preveer que furias sobre humanas, luchas desenfrenadas, prodigios de voluntad y de gratitud, una generacion entera empujada al cadalso, y del cadalso

(1) *El Monitor*, sesion de la noche del 4 de agosto.

arrastrada á la guerra, la razón orrendándose de locura, el génio en furor, el mundo en fuego no bastarian para destronar el mal; si les hubiese sido dable preveer que un dia en Francia, millares de hombres declararían guerra á fin de tener pan; que la industria tendria su circo ensangrentado, sus feroces gladiadores; que aun en París vendrian á amontonarse en el seno de una espantosa confusion, los leprosos del mundo moral, los héroes lividos de la mendicidad, y todos los desgraciados á quienes su excesiva miseria abre paso al vicio; que alli, en barrios hediondos, en calles llenas de misterios, habria moradas en que se venderia por dos sous el reposo de la noche, que en ciertos momentos se marcharia á ellas entre los hornillos encendidos de los encubridores de robos, y los puñales de los vagabundos nocturnos; que por encima de la multitud de los irritados trabajadores, la inquietud se apoderaria de los dichosos y les roeria el corazón; que se verian obligados á prestar oidos incesantemente al silencio de los complots y que el fantasma de las guerras civiles concurriria á todos sus festines; en una palabra, que habria dos sociedades, la del hambre y la del miedo.

Hay una tiranía (lo hemos dicho en otra parte y séanos permitido repetirlo aqui), hay una tiranía que se compone de la ignorancia, del

abandono, de los malos ejemplos, de los dolores del alma que no hallan consuelo, de deseos legítimos injustamente atacados, de la naturaleza humana arrojada á ser víctima del azar. Esta tiranía impalpable, pero demasiado real, que no pudieron pensar en destruir los revolucionarios de 1789, se llama miseria, tiene por víctima á todo el que está ansioso de alimento, de un vestido y de una cama, en un país que tiene abundantes cosechas, almacenes atestados de preciosas telas y palacios vacíos; engendrará, no solo el dolor, sino el crimen. Ved aquí un desgraciado que ha nacido en la desesperación y en el vicio; su entendimiento permanece en las tinieblas; su indigencia le ha imbuido funestas tentaciones; la mano de un amigo no ha estrechado nunca la suya; ni una voz siquiera ha despertado en él los ecos de la ternura y del amor: joven, ha atravesado la edad del sol y de las flores sin disfrutarla; ahora, si se hace culpable, reclamada á vuestra justicia que intervenga porque así lo exige nuestra seguridad; pero no olvidéis que vuestro orden social no ha tendido sobre este desgraciado la protección debida á su debilidad; no olvidéis que su libre albedrío ha sido parvertido desde la cuna; que una inicua fatalidad ha pesado sobre su alma; que ha tenido hambre, que ha tenido frío; que no ha conocido la bondad... sin embargo, de que sea

vuestro hermano y que vuestro Dios sea también el Dios de los pobres, de los débiles, de los ignorantes, de todas las criaturas, en fin, de los pobres é inmortales.

La víspera del 4 de agosto, como por una inspiración que hará honor á su memoria, rogase encarecidamente Malouet á sus colegas que avisasen al gremio de obreros, que abriesen asilos de beneficencia, y estableciesen talleres, se levantó un sordo rumor (1).

Aun era poco esto: á la *declaración de los derechos* quería Camus que se añadiese una *declaración de los deberes*. La proposición fue desechada, y Mirabeau escribió que eran aquellas sutilezas poco dignas de una Asamblea política (2). Es de advertir que lo que Mirabeau llamaba sutilezas, era una revolución.

De este modo empezaban á dividirse los dos doctrinas cuyo ardiente antagonismo explicaremos mas adelante. Mientras que el régimen feudal permanecía en pie, discípulos de Voltaire y discípulos de Juan Jacobo, reunieron sus esfuerzos: pero llegaba el momento en que los terrores iban á hacerse ostensibles: el individualismo acababa de presentar su fórmula, cuando ya la fraternidad dejaba de vivir la suya.

(1) *Memorias*, sesión del 3 de agosto.

(2) *Gobierno de Francia*, t. II, lib. II, c. 1.

Hé aqui por que, por brillante, por fecunda que fuese la revolucion urbana de 89, era inevitable otra revolucion, la que, como veremos, elevó á desconocidas alturas el nivel de la humanidad; en cuanto á lo que costó.... fué nuestro rescate; ahora que ya está satisfecho el porvenir, nos llama, no nos amenaza.

¡Pero qué! ¿una ley soberana, una ley terrible no ha ligado el mal al bien como una condicion absoluta, irrevocable? ¿Qué es el universo en animacion? el teatro de una lucha ilimitada. ¿Qué es la verdad? una llama que eternamente crece y brilla en los sepulcros. En la naturaleza, las especies no subsisten sino por la destruccion de las especies interiores: la tierra en que los vivos se agitan se ha hecho con el polvo de los muertos.

¡No os apresureis á concluir! la ardiente, la invencible protesta que sale de lo mas recóndito de la conciencia humana, es lo que prueba que la NECESIDAD DEL MAL es una farsa: la dignidad del hombre consiste en creerlo; á su poder toca probarlo.

Digitized by Google

TABLA

de las materias contenidas en el tomo sétimo.

CAPITULO TRECE.

Primera emigracion.

PAGS:

La princesa Adelaida y la Reina. 77 —
Partida nocturna de la familia Polignac. — Salida de los principes, fuga secreta del conde de Artois. — Aislamiento de Luis XVI. — Efecto producido por la primera emigracion. — Tentativa de regicidio. — Calumniasas imputaciones. — Historia de Dubois. — Papel del duque de Orleans despues del 14 de julio. — Papel del conde de Provence. 5

CAPITULO CATORCE.

Emocion de la Francia.

PAGS.

Humillacion de todos los antiguos poderes.—Lally-Tollendal y Robespierre. — Terrible situación del pueblo.—Los diputados de la Asamblea nacional se arrodillan en la plaza pública delante del pueblo.—Homicidio de Sauvage; perdón concedido á Thomassin.—Muerte de Foullon.—Muerte de Berthier.—Verdadero carácter de estos acontecimientos.—Sensación.—Proclamación propuesta por Lally-Tollendal.—Raro papel de Mirabeau.—Advenimiento del cuerpo municipal.—Terror entre los nobles; movimiento de emigración.—Desconfianza del pueblo.—Complot de Brest; proposición de Dupont; establecimiento de un comité de indagaciones.—Dos doctrinas en la Asam-

blea.—Vuelta de Necker; esceso y término de su popularidad.—Misteriosa aventura de Pinet; compañía de monopolistas.—Trágico fin del mayor Belsunce.—Revolucion en toda la Francia.	21
--	----

CAPITULO QUINCE.

Destruccion de la feudalidad.

Pronunciamiento en los campos.—Incendiarrios del Delfinado.—Tragedia de Vesoul.—Terror pánico en toda la Francia.—Escenas de venganza.—Los aldeanos prenden fuego á los castillos y á los archivos.—La clase media y los aldeanos.—Secretos conciliábulos en París.—Noche del 4 de agosto de 1789.—Destruccion de la feudalidad en Francia.—Fin del primer acto de la revolucion urbana.	83
--	----

FIN DE LA TABLA.

1. El primer acto de la revolución
 2. El segundo acto de la revolución
 3. El tercer acto de la revolución
 4. El cuarto acto de la revolución
 5. El quinto acto de la revolución

FIN DE LA TABLA

1. El primer acto de la revolución
 2. El segundo acto de la revolución
 3. El tercer acto de la revolución
 4. El cuarto acto de la revolución
 5. El quinto acto de la revolución

1. El primer acto de la revolución
 2. El segundo acto de la revolución
 3. El tercer acto de la revolución
 4. El cuarto acto de la revolución
 5. El quinto acto de la revolución
 6. El sexto acto de la revolución
 7. El séptimo acto de la revolución
 8. El octavo acto de la revolución
 9. El noveno acto de la revolución
 10. El décimo acto de la revolución

1. El primer acto de la revolución
 2. El segundo acto de la revolución
 3. El tercer acto de la revolución
 4. El cuarto acto de la revolución
 5. El quinto acto de la revolución

FIN DE LA TABLA

